
CUENTOS
VICTORIANOS DE
NAVIDAD
Lectulandia

El extenso periodo victoriano fue, por diversas y variadas circunstancias, quien dio carta de naturaleza al «espíritu navideño» y consolidó buena parte de la imagen y el carácter que asociamos a estas festividades hoy en día. Fue, asimismo, la edad de oro del cuento de Navidad, del que dejaron muestras los más destacados autores de la época, siendo los de miedo y los de misterio los que gozaron de más aceptación.

En esta recopilación antológica no falta, como es natural, Charles Dickens, y junto a los suyos se recogen también magníficos relatos de Anthony Trollope, Charlotte Riddell, Arthur Conan Doyle (uno de ellos protagonizado por Sherlock Holmes), Juliana Ewing y Wilkie Collins.

AA. VV.

Cuentos victorianos de Navidad

ePub r1.0
Titivillus 21.11.2021

Título original: *Cuentos victorianos de Navidad*
AA. VV., 2017
Selección: Miguel Ángel Pérez Pérez
Traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

ÍNDICE

Presentación

Durante el extenso periodo victoriano (1831-1901) y el desarrollo de su capitalismo liberal que en ocasiones puede llegar a calificarse de «salvaje», se produjo paulatinamente una comercialización de la Navidad a partir de la década de 1840 que obviamente aún hoy perdura y que también afectó de lleno a la literatura. Esto se tradujo en un mercado literario navideño que se basaba en unos hechos bien sencillos y palmarios: la sempiterna disposición del público a hacer gastos adicionales en ese periodo festivo, la prosperidad de la clase media, la progresiva alfabetización de las clases humildes y el gusto de las familias victorianas por reunirse ante el fuego y leer en voz alta todo tipo de textos en las frías noches de invierno (lo que, obviamente, no excluía la lectura individual y privada). La industria editorial de la época supo satisfacer esa demanda con ediciones más baratas y tiradas especiales para las festividades navideñas, lo que también incluía números extra de revistas (como fue el caso, por ejemplo, de las dirigidas por Dickens).

He dicho que los victorianos gustaban de leer todo tipo de textos en tan «señaladas fechas», y en eso hemos de hacer especial hincapié para entender la selección que aquí presentamos. Sus lecturas navideñas favoritas iban de las que trataban directamente de esa festividad y de su espíritu, tanto para el público adulto como para el infantil, pasando por textos religiosos, poemas, canciones y pantomimas, hasta, sobre todo, cuentos de misterio y miedo que gozaban de especial aceptación en esos días festivos (lo que nos da parte de la clave para entender la peculiar composición de algunos de los libros navideños de Dickens). La gran mayoría de escritores victorianos aprovecharon el mercado literario de Navidad para escribir, a fin de cuentas, el tipo de literatura que siempre hacían, y que abarca de las sátiras sociales de Thackeray a los relatos de terror de Stevenson, por poner dos ejemplos destacados que, por lo coyuntural de su relevancia navideña y por mera cuestión de espacio, han quedado fuera de esta recopilación.

Así pues, la selección que aquí presentamos es una muestra de esa diversidad. Son todos relatos que tienen en común que transcurren en Navidad y poco más. Cierto es que muchos de ellos enfatizan hasta cierto punto los buenos sentimientos y el amor generalizado que se tienden a exacerbar en esas fechas, pero sin caer en un empacho que es preferible dejar para las comilonas que también les son consustanciales. Son cuentos y novelas cortas, en definitiva, que se pueden leer y disfrutar en cualquier época del año.

Ya en estas pocas líneas he citado en varias ocasiones a Dickens. A fin de cuentas, para algunos es casi el inventor del «espíritu navideño». Alianza Editorial ya publicó en un volumen, *Cuentos de Navidad,* las cinco novelas cortas que el autor escribió a lo largo de la década de 1840, entre las que destaca la celebérrima *Canción de Navidad*. No obstante, una recopilación de cuentos victorianos navideños podría parecer un tanto escasa sin algún texto dickensiano, y de ahí que ofrezcamos dos de los que dedicó a la Navidad durante su carrera. Así, el lector tendrá ocasión de constatar que «La historia de los duendes que robaron un sacristán», extraído de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, es una especie de borrador de lo que unos años después sería *Canción de Navidad*, y que *Los siete viajeros pobres* responde a la técnica que Dickens emplearía en varios de los números especiales de Navidad de sus revistas, creando una historia que sirviera de marco al relato de varias narraciones escritas por él mismo y otros colaboradores suyos. Dickens nunca pedía a estos colaboradores que sus historias fueran estrictamente de temática navideña, sino más bien que transmitiesen ese «espíritu navideño» de concordia y perdón, de lo que «La historia de Richard Doubledick», del propio Dickens, es una buena muestra.

Otro de los grandes novelistas victorianos, Anthony Trollope (lamentablemente también uno de los más desconocidos en España), escribió varios cuentos de ambientación navideña en los que hace gala de sus habilidades y características habituales. Así, «Navidad en Thompson Hall» es el divertido relato de las peripecias de una digna señora inglesa una aciaga noche en un hotel parisino, que sirve al autor para insinuar temas constantes en su obra como la verdadera naturaleza de las relaciones humanas, mientras que «La rama de muérdago» demuestra por qué podemos considerar a Trollope el más austeniano de los escritores victorianos.

Charlotte Riddell, quien también firmaba como J. H. Riddell, fue una prolífica escritora que destacó por esos cuentos de fantasmas que tanta aceptación tenían, uno de los cuales, «Un extraño juego de Navidad»,

presentamos aquí. No cuesta imaginarse el efecto que podría tener la lectura ante el fuego de una historia como esta.

El nombre de Arthur Conan Doyle ha quedado lógica e ineludiblemente unido al de su gran creación, el detective Sherlock Holmes, pero su producción literaria no se limita a las aventuras de este, como demuestra el entretenido cuento «Una Nochebuena trepidante», en el que un timorato científico alemán que se cree gafado por el destino ha de enfrentarse a un peculiar grupo de anarquistas, que por las circunstancias políticas y sociales del momento se convertirían en actores bastante frecuentes de la literatura de la época. Y como siempre es muy grato leer a Conan Doyle, creo que no está de más que añadamos también «La aventura del carbúnculo azul», aunque solo sea para ver cómo Sherlock Holmes no es inmune al bondadoso espíritu de la Natividad.

Juliana Ewing fue una escritora de literatura infantil de mucho éxito que nos demuestra sus dotes en «Dragones: un cuento de Nochebuena», en el que, mezclando lo costumbrista y lo fantástico con suma facilidad, nos recuerda la importancia de los buenos modales y el carácter didáctico de este tipo de literatura, que aquí no se ciñe a los hijos, sino también a los padres.

Y el broche final lo pone el siempre interesante Wilkie Collins, cuyos relatos de intriga invariablemente producen gran satisfacción. El autor subtituló su novela corta *La máscara robada* como «Una historia para leer al amor de la lumbre navideña», y, en efecto, con su habitual mezcla de humor, misterio y melodrama, nos proporciona una narración muy placentera en cualquier circunstancia que se lea.

La literatura navideña de la época victoriana es, en resumidas cuentas, tan variada como entretenida, así como un buen reflejo de al menos parte de la sociedad para la que fue escrita. Esperamos que disfruten con esta selección.

MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PÉREZ

CHARLES DICKENS

LA HISTORIA DE LOS DUENDES QUE ROBARON UN SACRISTÁN
(1836)

En un pueblo que había crecido alrededor de una vieja abadía, al sur de esta parte del país, hace mucho, mucho tiempo —tanto que la historia debe de ser cierta, ya que nuestros bisabuelos se la creían a pies juntillas—, ejercía un tal Gabriel Grub de sacristán y sepulturero en el cementerio. El que alguien sea sacristán y esté constantemente rodeado de símbolos de mortalidad no tiene por qué implicar que sea taciturno y melancólico; hay trabajadores de pompas fúnebres que son los tipos más joviales del mundo, y en su momento tuve el honor de mantener una estrecha amistad con un hombre que trabajaba de plañidero de entierros, el cual, en su vida privada, cuando no estaba de servicio, era el individuo más cómico y jocoso que jamás haya entonado alegremente una canción despreocupada sin que le falle nunca la memoria, o que se haya tomado de un trago un vaso bien grande de ponche sin pararse para tomar aliento. Sin embargo, y pese a esos precedentes en sentido contrario, Gabriel Grub era un sujeto descontento, terco y hosco; un hombre huraño y solitario que solo tenía trato consigo mismo y con una vieja garrafa de mimbre que le cabía en el ancho y profundo bolsillo del chaleco; que observaba cada rostro alegre que pasaba por su lado con tan intensa expresión de rencor y malhumor, que era imposible verla y no sentirse un poco peor.

Una Nochebuena, poco antes del crepúsculo, Gabriel se echó la pala al hombro, encendió el farol y se dirigió hacia el viejo cementerio, ya que tenía que terminar una tumba para la mañana siguiente y, como estaba muy alicaído, pensó que tal vez se animara si se ponía con la faena de inmediato. Mientras iba subiendo por la antigua calle, veía la radiante luz de los fuegos de los hogares que brillaba por las viejas ventanas, y oía las fuertes risas y jubilosos gritos de quienes estaban reunidos alrededor de ellos; notaba los bulliciosos preparativos para la fiesta del día siguiente, y olía los numerosos aromas sabrosos que resultaban de aquellos según salían por las ventanas de las cocinas en nubes de vapor. Todo eso era ajenjo y veneno[1] para Gabriel Grub; y cuando grupos de niños que salían a saltos de las casas cruzaban corriendo la calle y, antes de que pudieran llamar a la puerta de enfrente, eran recibidos por media docena de pilluelos de pelo rizado que se agolpaban a su

alrededor mientras subían en tropel las escaleras para pasar la velada entregados a sus juegos navideños, Gabriel sonreía con tristeza, agarraba el mango de la pala con más fuerza y pensaba en el sarampión, la escarlatina, el afta, la tos ferina y otras muchas fuentes de consuelo para él.

En tan feliz estado de ánimo, Gabriel siguió avanzando a grandes zancadas mientras contestaba con un breve gruñido hosco a los saludos amistosos de los vecinos con que se cruzaba de vez en cuando, hasta que echó por la oscura callejuela que llevaba al cementerio. Gabriel había estado deseando llegar a esa callejuela oscura porque era, en general, un agradable lugar luctuoso y lúgubre que apenas se decidían a tomar los habitantes del pueblo, salvo a plena luz del día y siempre que brillara el sol; por lo que cuál fue su indignación cuando oyó a un golfillo que a voz en cuello cantaba una canción festiva sobre una feliz Navidad en ese mismísimo santuario, que recibía el nombre de Coffin Lane[2] desde los tiempos de la vieja abadía y los monjes tonsurados. Conforme Gabriel avanzó y tuvo la voz más cerca, comprobó que se trataba de un niño de corta edad que se dirigía a toda prisa a unirse a una de las pequeñas celebraciones de la calle vieja, y que, en parte para hacerse compañía, y en parte como preparativo para la ocasión, iba gritando la canción a pleno pulmón. Así pues, Gabriel esperó a que llegara el niño y, acorralándolo en una esquina, le dio cinco o seis veces con el farol en la cabeza para que aprendiese a modular la voz. Mientras el niño se alejaba con la mano en la cabeza y cantando una melodía bien distinta, Gabriel Grub se rio entre dientes con ganas y, una vez dentro del cementerio, cerró la verja con llave.

Se quitó la chaqueta, colocó el farol y, metiéndose en la fosa a medio terminar, estuvo trabajando en ella alrededor de una hora con mucho afán. Sin embargo, la tierra estaba endurecida por la escarcha y no resultaba nada fácil cavarla y palearla; y aunque había luna, era muy nueva y apenas iluminaba la tumba, a la que cubría la sombra de la iglesia. En cualquier otro momento esos impedimentos habrían vuelto a Gabriel Grub muy abatido y malhumorado, pero estaba tan contento de haber interrumpido la canción del niño, que casi ni prestó atención a sus escasos progresos y, cuando hubo terminado por esa noche, contempló la tumba con adusta satisfacción mientras recogía sus cosas y murmuraba:

Qué gran sitio este en el que morar,
bajo la fría tierra tras la vida terminar;
una piedra a la cabeza y a los pies más,
y un rico festín para gusanos tú serás;

malas hierbas encima y de humedad tanto,
qué gran sitio para morar del camposanto.

—¡Ja, ja! —se rio Gabriel Grub, sentándose en la lápida horizontal que era uno de sus sitios favoritos de descanso al tiempo que sacaba la garrafa—. Un ataúd en Navidad: ¡un aguinaldo[3] navideño! ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! —repitió una voz que sonó muy cerca a sus espaldas.

Gabriel se detuvo un tanto alarmado a mitad de llevarse la garrafa a los labios y se volvió. A su alrededor, hasta el fondo de la tumba más vieja estaba tan quedo como el mismo cementerio a la pálida luz de la luna. La fría escarcha brillaba sobre las lápidas y relucía como hileras de gemas entre las tallas de piedra de la vieja iglesia. La nieve cubría dura y crujiente el suelo, y extendía sobre los montículos de tierra agolpados por todas partes una capa tan blanca y suave que era como si allí yaciesen cadáveres ocultos únicamente por sus mortajas. Ni el menor susurro rompía la profunda tranquilidad de tan solemne escena. El propio sonido parecía congelado, de frío e inerte que estaba todo.

—Ha sido el eco —se dijo Gabriel Grub llevándose de nuevo la garrafa a los labios.

—No, no lo ha sido —contestó una voz grave.

Gabriel se puso en pie de un respingo y se quedó clavado en el sitio de asombro y terror, pues de pronto vio una forma que hizo que se le helase la sangre.

Sentado sobre una lápida vertical, cerca de él, se encontraba un extraño ser sobrenatural del que al instante Gabriel pensó que no era de este mundo. Tenía las largas y estrafalarias piernas, que le podrían haber llegado al suelo, levantadas y cruzadas de un modo curioso y extraño; desnudos los nervudos brazos y las manos apoyadas en las rodillas. Alrededor de su cuerpo corto y orondo llevaba una envoltura muy ceñida y adornada con pequeños látigos, y de la espalda le colgaba una breve capa de cuello cortado en forma de curiosos picos que servían al duende de gorguera o pañuelo, mientras que los extremos de los zapatos se le ondulaban en largas puntas. Lucía en la cabeza un sombrero de copa redondeada y ala ancha, adornado con una única pluma. El sombrero estaba cubierto de blanca escarcha, y el duende tenía aspecto de llevar cómodamente sentado doscientos o trescientos años en esa misma lápida. Permanecía totalmente inmóvil, con la lengua fuera como si le hiciese burla, al tiempo que sonreía a Gabriel Grub de un modo que solo podría lograr un trasgo.

—No ha sido el eco —repitió este.

Paralizado, Gabriel Grub fue incapaz de contestar.

—¿Qué haces aquí en Nochebuena? —le preguntó el duende en tono severo.

—He venido a cavar una fosa, señor —balbució Gabriel Grub.

—¿Y qué hombre se dedica a pasearse por cementerios y entre tumbas en una noche como esta? —inquirió el trasgo.

—¡Gabriel Grub, Gabriel Grub! —gritó un frenético coro de voces que parecieron llenar el camposanto. Gabriel miró muy asustado a su alrededor, pero no vio nada.

—¿Qué contiene esa botella? —preguntó el duende.

—Ginebra holandesa, señor —contestó el sacristán, el cual tembló entonces más que nunca porque se la había comprado a unos contrabandistas y pensó que tal vez su interrogador perteneciese al servicio de aduanas de los duendes.

—¿Y quién bebe ginebra holandesa a solas, en un cementerio y en una noche como esta? —insistió el duende.

—¡Gabriel Grub, Gabriel Grub! —exclamaron las frenéticas voces de nuevo.

El duende sonrió con lascivia y malicia al aterrorizado sacristán y, elevando la voz, preguntó:

—¿Y quién es, pues, nuestro justo y legítimo premio?

A esa cuestión el coro invisible contestó con un son que era como las voces de muchos miembros de un orfeón que cantasen con el fortísimo acompañamiento del viejo órgano de la iglesia; pareció llegar al sacristán llevado por un suave viento y fue desapareciendo conforme el leve soplo siguió adelante; no obstante, la esencia de la respuesta fue la misma:

—¡Gabriel Grub, Gabriel Grub!

La sonrisa burlona del trasgo fue aún más amplia cuando quiso saber:

—¿Y bien, Gabriel, tú que dices?

El sacristán respiraba con dificultad.

—¿Qué opinas de esto, Gabriel? —preguntó el duende, levantando los pies a ambos lados de la lápida y mirándose las largas puntas onduladas con la misma complacencia que si hubiera estado contemplando el par de botas de montar Wellington más elegantes de todo Bond Street.

—Son… son… muy curiosos, señor —contestó el sacristán medio muerto de miedo—; muy curiosos y muy bonitos, pero si no le importa, señor, me voy a terminar el trabajo.

—¿Trabajo? —dijo el duende—. ¿Qué trabajo?

—La tumba, señor, a terminar la tumba —balbució el sacristán.

—Ah, conque la tumba… ¿Y quién se dedica a cavar tumbas mientras todos los demás se divierten, y encima le gusta?

De nuevo las misteriosas voces respondieron:

—¡Gabriel Grub, Gabriel Grub!

—Me temo que mis amigos te quieren para ellos, Gabriel —dijo el duende, empujando la lengua contra la mejilla más que nunca, y bien asombrosa que era esa lengua—. Sí, me temo que mis amigos te quieren, Gabriel —repitió.

—Si es tan amable, señor —contestó el horrorizado sacristán—, no creo que sea así, señor, porque no me conocen, señor; no creo que esos caballeros me hayan visto nunca, señor.

—Ah, sí que te conocen —replicó el duende—. Conocemos muy bien al hombre de rostro malhumorado y ceño fruncido que ha venido esta noche por la calle lanzando miradas malignas a los niños y agarrando aún más fuerte su pala de sepulturero. Conocemos muy bien al hombre que ha golpeado al niño por pura maldad y envidia porque el niño era feliz y él no podía. Lo conocemos, sí, lo conocemos muy bien.

Entonces el duende soltó una fuerte risa estridente que el eco devolvió ampliada por veinte, y, elevando las piernas, se puso a hacer el pino sobre su cabeza, o más bien sobre el mismísimo extremo del sombrero, en el estrecho borde de la lápida, desde donde dio un salto mortal con extraordinaria agilidad para ir a caer a los pies del sacristán y plantarse con la actitud con que los sastres se suelen sentar en el mostrador.

—Per… perdóneme, pero voy a tener que dejarle, señor —dijo el sacristán intentando moverse.

—¿Dejarnos? —exclamó el trasgo—. ¿Que Gabriel Grub va a dejarnos? ¡Ja, ja, ja!

Mientras el otro se reía, el sacristán observó un instante un brillante resplandor por las ventanas de la iglesia, como si todo el interior del edificio estuviera iluminado; luego desapareció, el órgano tocó un alegre aire y un auténtico tropel de duendes, iguales al primero, salieron al cementerio y empezaron a jugar a saltar al potro sobre las lápidas, sin que se detuvieran ni un momento para tomar aliento, sino que superaban al que más alto llegaba uno tras otro con extraordinaria destreza. El primer duende era un saltador increíble contra el que ninguno de los otros podía rivalizar; aun estando tan aterrorizado, el sacristán se percató de que, mientras sus amigos se contentaban con saltar las lápidas de tamaño normal, el primero lo hacía sobre

panteones familiares, verjas de hierro y de todo de gran tamaño con la misma facilidad que si hubieran sido postes de la calle.

Finalmente, el juego llegó a su punto de mayor emoción: el órgano tocaba cada vez más deprisa y los duendes saltaban cada vez más rápido, haciendo piruetas en el aire, rodando por el suelo y botando sobre las tumbas como balones de fútbol. Al sacristán le daba vueltas la cabeza por la rapidez del movimiento que contemplaba, temblándole las piernas mientras veía volar a los espíritus ante sus ojos, hasta que, de pronto, el rey de los duendes se abalanzó sobre él, lo agarró del cuello de la chaqueta y juntos se hundieron en la tierra.

Cuando Gabriel Grub hubo tenido tiempo de recuperar la respiración, de la que la rapidez del descenso le había privado momentáneamente, se encontró en lo que parecía una enorme caverna, rodeado por todas partes por multitud de trasgos feos y adustos; en el centro, en un asiento elevado, estaba su amigo del cementerio, y muy cerca de él el propio Gabriel Grub, sin poder moverse.

—Hace frío esta noche —dijo el rey de los duendes—, mucho frío. Venga, un vaso de algo caliente.

Esa orden hizo que media docena de oficiosos duendes, que tenían una sonrisa perpetua en el rostro y Gabriel Grub supuso que serían cortesanos, desaparecieran a toda prisa para volver al poco con una copa de fuego líquido que entregaron al rey.

—¡Ah! —dijo el duende, cuyas mejillas y garganta se tornaron muy transparentes mientras se bebía la llama—. Esto sí que lo calienta a uno. Traedle una copa bien llena de lo mismo al señor Grub.

En vano adujo el desdichado sacristán que no tenía costumbre de tomar nada caliente de noche, pues uno de los duendes lo sujetó mientras otro le echaba el ardiente líquido por el gaznate, y todos los presentes se rieron a carcajadas conforme tosía, se asfixiaba y se limpiaba las lágrimas que le salían a borbotones después de tragarse la abrasadora bebida.

—Y ahora —dijo el rey, al tiempo que de un modo muy extraño le metía al sacristán la punta del sombrero en un ojo, lo que le produjo un intensísimo dolor—, y ahora, mostrad a este hombre amargado y pesimista unas cuantas imágenes de las de nuestro gran almacén.

Según decía eso el trasgo, una espesa nube que oscurecía el extremo más alejado de la caverna se fue apartando poco a poco hasta mostrar, al parecer a gran distancia, una habitación pequeña y poco amueblada, pero ordenada y limpia. Una multitud de niños pequeños estaban reunidos ante un brillante

fuego, agarrándose a las faldas de su madre y retozando alrededor de la silla de esta. La madre se levantaba de vez en cuando y apartaba la cortina de la ventana para ver si llegaba alguien; una frugal cena ya estaba puesta en la mesa y una butaca colocada cerca del fuego. Llamaron a la puerta: la madre abrió y los niños, agolpados en torno a ella, dieron palmadas de alegría al entrar su padre. Mojado y cansado, se sacudió la nieve de la ropa, y los niños con mucho afán se llevaron corriendo la capa, sombrero, bastón y guantes de la habitación. A continuación, cuando el padre se sentó a cenar ante el fuego, los niños se le subieron a las rodillas y la madre se situó a su lado, en lo que parecía una feliz escena de placidez hogareña.

Sin embargo, de manera casi imperceptible, la escena cambió para mostrar un pequeño cuarto en el que yacía moribundo el hijo más pequeño y delicado; las rosas ya habían abandonado sus mejillas y la luz sus ojos, y mientras el sacristán lo contemplaba con un interés que nunca había sentido o conocido, el niño murió. Sus hermanos y hermanas, amontonados alrededor de su camita, le cogieron la diminuta mano, tan fría y pesada, pero enseguida se apartaron de su contacto y observaron sobrecogidos su infantil rostro; pues, pese a lo tranquilo y sereno que se veía al precioso niño que parecía dormir en paz, sabían que estaba muerto y se había convertido en un ángel que los observaba y bendecía desde el luminoso y dichoso cielo.

De nuevo la nube pasó por delante de la imagen y de nuevo esta cambió. Ahora los padres eran ancianos y desvalidos, y el número de quienes los rodeaban había disminuido en más de la mitad; pero el contento y la alegría presidían todos los rostros y brillaban en todos los ojos según, sentados alrededor del fuego, contaban y escuchaban viejas historias de antaño. Lenta y pacíficamente el padre se fue a la tumba y, poco después, la que había compartido todas sus penas y preocupaciones lo siguió al mismo lugar de descanso eterno. Los pocos que aún les sobrevivían se arrodillaron ante su lápida y regaron con sus lágrimas el verde césped que la cubría; luego se levantaron y marcharon, tristes y abrumados, mas sin llantos de amargura, pues sabían que algún día se volverían a reunir todos y, al mezclarse de nuevo con el ajetreado mundo, recuperaron el contento y la alegría. La nube cayó sobre la escena ocultándosela al sacristán.

—¿Qué piensas de eso? —preguntó el duende girando su enorme rostro hacia Gabriel Grub.

Mientras este murmuraba algo sobre que había sido muy bonito, con aspecto de sentirse un tanto avergonzado, el trasgo agachó su feroz mirada hacia él.

—¿Que tú eres desdichado? —bramó con desmesurado desprecio—. ¿Tú?

Parecía dispuesto a añadir más, pero, como se ahogara de indignación, levantó una de sus piernas tan flexibles y, blandiéndola un poco por encima de su cabeza para asegurarse que daba en el blanco, le propinó una buena patada a Gabriel Grub, tras lo que de inmediato todos los duendes al servicio del otro rodearon al desdichado sacristán y lo patearon sin clemencia, según la costumbre establecida e invariable de los cortesanos del mundo, los cuales dan patadas a quien la realeza las da, y abrazan a quien la realeza abraza.

—Mostradle más —ordenó el rey de los duendes.

La nube se disipó de nuevo y apareció un fértil y hermoso paisaje; hoy en día existe uno idéntico a unos cientos de metros del pueblo de la abadía. El sol brillaba en el despejado cielo azul, el agua relucía bajo sus rayos y los árboles parecían más verdes y las flores más alegres por su reconfortante influencia. El agua susurraba de un modo muy placentero, los árboles se movían por el ligero viento que murmuraba entre sus hojas, los pájaros cantaban en las ramas y la alondra recibía alegremente con su fuerte son a la mañana. Sí, era por la mañana, una resplandeciente, templada y agradable mañana de verano, y hasta la hoja más diminuta y la brizna de hierba más pequeña estaban llenas del instinto de la vida. La hormiga salió con sigilo para realizar su labor diaria, la mariposa revoloteaba y disfrutaba de los cálidos rayos de sol, y miríadas de insectos abrían sus alas transparentes y se deleitaban de su existencia breve pero feliz. Las personas caminaban por allí contemplando extasiadas tal escena, en la que todo era luminosidad y esplendor.

—¿Que tú eres desdichado? —repitió el rey de los duendes en tono aún más despectivo que antes. Y de nuevo blandió la pierna, que de nuevo cayó en el hombro del sacristán, y de nuevo los duendes de su séquito imitaron el ejemplo de su señor.

Muchas veces pasó la nube y muchas lecciones enseñó a Gabriel Grub, el cual, aunque los hombros le ardían de dolor por la frecuente aplicación de los pies del duende en ellos, miraba con un interés que nada podía hacer disminuir. Vio que hombres que trabajaban mucho y se ganaban el escaso pan con toda una vida de esfuerzo estaban alegres y contentos; y que, hasta para el más ignorante, el dulce rostro de la naturaleza era una fuente inagotable de dicha y regocijo. Vio a quienes, habiendo sido alimentados con manjares y criados con toda ternura, mostraban un buen humor en los momentos de privaciones y una fortaleza ante sufrimientos que podrían haber acabado con otros muchos más curtidos por la vida, por albergar ellos en su pecho los

fundamentos de la felicidad, la satisfacción y la paz. Vio que las mujeres, las más delicadas y frágiles de todas las criaturas de Dios, muy a menudo eran las que más por encima estaban de las penas, adversidades y aflicciones, y vio que se debía a que albergaban en sus corazones un manantial inagotable de afecto y abnegación. Sobre todo, vio que hombres como él mismo, que gruñían ante el regocijo y alborozo de otros, eran las malas hierbas más repugnantes sobre la hermosa capa de la tierra; y, sopesando todo lo bueno del mundo y lo malo, llegó a la conclusión de que, a fin de cuentas, era un mundo muy aceptable y respetable. En cuanto tuvo ese pensamiento, la nube que había cubierto la última imagen pareció posarse en sus sentidos y sumirlo en el reposo. Uno a uno los duendes fueron desvaneciéndose de su vista y, según el último desaparecía, él cayó dormido.

Ya había despuntado el día cuando Gabriel Grub despertó y se encontró con que estaba tumbado cuan largo era sobre la lápida horizontal del cementerio, con la garrafa vacía a su lado y la chaqueta, pala y farol bien blanqueados por la escarcha de esa noche y esparcidos por el suelo. La losa sobre la que había visto al principio sentado al duende se erguía muy tiesa ante él, y la tumba en que había estado trabajando la noche anterior no se hallaba muy lejos. En un primer momento tuvo la duda de que sus aventuras hubiesen sido reales, pero el intenso dolor de hombros cuando intentó levantarse lo convenció de que las patadas de los duendes no habían sido en modo alguno imaginarias. También le dejó estupefacto que no se percibiesen huellas en la nieve sobre la que los duendes habían estado jugando a saltar al potro sobre las lápidas, pero rápidamente se explicó esa circunstancia al recordar que, siendo espíritus, no dejarían rastros visibles tras ellos. Así pues, Gabriel Grub se levantó como pudo por el dolor de espalda y, después de sacudir la escarcha de la chaqueta, se la puso y se volvió para dirigirse hacia la ciudad.

Sin embargo, era un hombre distinto y no soportaba la idea de regresar a un lugar en el que se burlarían de su arrepentimiento y no se creerían su transformación. Después de vacilar unos instantes, echó a andar en sentido contrario para vagar por donde fuera y ganarse el pan en alguna otra parte.

Ese día encontraron el farol, la pala y la garrafa en el cementerio. Al principio hubo muchas especulaciones sobre lo que le pudiera haber pasado al sacristán, pero rápidamente determinaron que se lo habían llevado los duendes: no faltaron algunos testigos muy creíbles que afirmaron haber visto que se iba por los aires montado en un caballo zaino, ciego de un ojo, con patas traseras de león y cola de oso. Al final todo eso llegó a ser creído

fielmente, y el nuevo sacristán acostumbraba a mostrar a los curiosos, a cambio de un nimio emolumento, un pedazo de buen tamaño de la veleta de la iglesia que el caballo antes mencionado había partido accidentalmente durante su vuelo, y que él había recogido del cementerio uno o dos años después.

Lamentablemente esos cuentos quedaron un tanto trastocados con la repentina reaparición del propio Gabriel Grub unos diez años después, convertido en un anciano harapiento, resignado y con reuma. Contó su historia al clérigo y también al alcalde; y, con el paso del tiempo, empezó a tenerse por totalmente verídica, que es como ha llegado hasta nuestros días. No fue fácil que los que se habían tragado lo de la veleta, como ya los habían engañado una vez, se decidieran a creerle, así que pusieron toda la cara de sagacidad de la que fueron capaces, se encogieron de hombros, se tocaron la frente y murmuraron algo sobre que Gabriel Grub se habría bebido toda la ginebra holandesa y después se habría quedado dormido sobre la lápida; y pretendieron explicar lo que él creía haber presenciado en la caverna de los duendes alegando que a partir de entonces había visto mundo y se había vuelto más sabio. Sin embargo, esa opinión, que en ningún momento gozó de mucha aceptación, poco a poco se fue olvidando; y, ocurriera lo que ocurriese, como Gabriel Grub padeció de reuma hasta el final de sus días, de esta historia se puede extraer al menos una moraleja a falta de otra mejor: y es que, si uno se pone de mal humor y se dedica a beber a solas en Navidad, puede que decida no volverse ni un ápice mejor persona, por mucho que los espíritus sean tan buenos, o incluso tan libres de sospecha, como los que Gabriel Grub vio en la caverna de los duendes.

CHARLES DICKENS

LOS SIETE VIAJEROS POBRES
(1854)

En la vieja ciudad de Rochester[4]

En sentido estricto, solo se trataba de seis viajeros pobres, pero, como yo también viajaba, aunque por puro entretenimiento, y además era todo lo pobre que espero llegar a ser, el número ascendía a siete. Tenía que dar esta explicación cuanto antes, habida cuenta de lo que reza la inscripción de encima de la pintoresca y vieja puerta:

El señor Richard Watts[5]
en su testamento de fecha 22 de agosto de 1579
fundó este hospicio
para seis viajeros pobres que
si no son maleantes o falsos mendigos
recibirán gratuitamente por una noche
alojamiento, refacción y cuatro peniques por cabeza.

Fue en la antigua y pequeña ciudad de Rochester, en Kent, de todos los buenos días del año el de Nochebuena, donde leí esa inscripción de encima de la pintoresca y vieja puerta en cuestión. Vagando por la vecina catedral había visto la tumba de Richard Watts, en la que la efigie del honorable maese Richard sobresalía como el mascarón de proa de un barco, y, mientras le daba propina al sacristán, pensé que lo menos que podía hacer era preguntarle por dónde se iba al hospicio de Watts. Como el camino era muy corto y sencillo, llegué sin problemas a la inscripción y a la pintoresca y vieja puerta.

—Bueno —me dije mientras miraba la aldaba—, sé que no soy un falso mendigo; ¡espero no ser tampoco un maleante!

En conjunto, y por más que la conciencia me reprodujo dos o tres bonitos rostros que tal vez hubieran sentido menor atracción por un Goliat de sólida moral de la que habían sentido por mí, que solo soy un Pulgarcito en ese sentido, llegué a la conclusión de que no era ni villano ni maleante. Así pues, como empezara a considerar ese establecimiento como si en cierto modo fuese de mi propiedad, legado a mí y a otros coherederos por el honorable maese Richard Watts para compartirlo por igual, di unos pasos atrás para observar mi herencia desde la calle.

Vi que era una pulcra casa blanca, de aspecto serio y venerable, que tenía esa pintoresca y vieja puerta que ya he mencionado tres veces (una puerta ojival), exquisitas ventanas de celosía pequeñas, alargadas y bajas, y tejado de tres hastiales. La silenciosa Calle Mayor de Rochester está llena de hastiales en cuyas viejas vigas y maderos se han tallado extraños rostros. La adorna de peculiar modo un extraño y viejo reloj que se proyecta sobre el pavimento desde un solemne edificio de ladrillo rojo, como si el Tiempo se dedicara allí a los negocios y hubiera colgado un cartel indicándolo[6]. En verdad había realizado mucha faena en Rochester en tiempos de los romanos, de los sajones y de los normandos hasta llegar a la época del rey Juan[7], en que el inexpugnable castillo —no me aventuraré a decir de cuántos cientos de años de antigüedad por entonces— quedó abandonado a siglos de inclemencias meteorológicas que han desfigurado tanto las oscuras aberturas de sus muros que parece como si los grajos y las grajillas le hubieran sacado los ojos a esas ruinas.

Quedé muy complacido con mi propiedad y su localización. Mientras seguía observándola con un contento cada vez mayor, atisbé en una de las celosías abiertas de arriba un respetable y sano cuerpo con aspecto de matrona, cuyos ojos me percaté que se dirigían inquisitivos a los míos. Decían con tanta claridad: «¿Le gustaría ver la casa?», que contesté en voz alta: «Sí, si es tan amable». Y en menos de un minuto la vieja puerta se abrió, y yo, agachando la cabeza, bajé los dos escalones por los que se accedía a la entrada.

—Aquí —me explicó la presencia matronil haciéndome pasar a una sala de techos bajos de la derecha— es donde los viajeros se sientan a calentarse al fuego y cocinan lo que se hayan comprado de cenar con los cuatro peniques.

—Ah, ¿es que no les dan refacción? —pregunté, pues la inscripción de encima de la puerta todavía me rondaba la cabeza, y no dejaba de repetir mentalmente como una especie de soniquete: «Alojamiento, refacción y cuatro peniques por cabeza».

—Se les proporciona el fuego —contestó la matrona, una persona muy cortés que no me pareció que estuviera muy bien pagada— y estos utensilios de cocina. Y eso que está escrito en ese cartel de ahí son las normas de conducta. Reciben sus cuatro peniques del administrador cuando van a pedirle las cédulas de entrada antes de venir (porque yo no soy la que los dejo entrar, sino que primero tienen que conseguir la cédula), y a veces uno se compra una loncha de tocino, otro un arenque, otro una libra de patatas o lo que sea. A veces dos o tres juntan sus cuatro peniques y con eso cenan. Pero ahora no

se obtiene mucho de nada con cuatro peniques, con lo caros que están los víveres.

—Ya lo creo que sí —comenté. Había estado mirando la habitación y admirando su acogedora chimenea del fondo, así como lo que se vislumbraba de la calle a través de la baja ventana con parteluz y las vigas del techo—. Se ve muy confortable —añadí.

—Es una incomodidad —observó la presencia matronil.

Me gustó oírle decir eso, pues demostraba una preocupación muy loable de llevar a cabo sin ninguna mezquindad las intenciones de maese Richard Watts. No obstante, la habitación estaba verdaderamente tan bien adaptada para su propósito, que me manifesté con bastante entusiasmo en contra de su menosprecio.

—No, señora mía —dije—, estoy convencido de que es calentita en invierno y fresca en verano. Tiene aire de dar una bienvenida muy hogareña e invitar a un descanso reparador. Con un solo parpadeo de esa chimenea tan acogedora que brille en la calle una noche de invierno, seguro que basta para que se caliente todo Rochester. Y en cuanto a la comodidad de los seis viajeros pobres…

—No, si no me refería a ellos —replicó la presencia—. Digo que es una incomodidad para mi hija y para mí que no tengamos otra habitación en que poder sentarnos de noche.

Eso era muy cierto, pero había otra pintoresca estancia de dimensiones similares al otro lado de la entrada; así que fui a ella atravesando las puertas abiertas de ambas habitaciones y pregunté para qué se usaba esa.

—Es la sala de juntas —respondió la presencia—. Donde se reúnen los caballeros cuando vienen.

Veamos. Yo había contado desde la calle seis ventanas superiores además de estas de la planta baja. Tras hacer algo perplejo un cálculo mental, pregunté:

—Entonces ¿los seis viajeros pobres duermen arriba?

Mi nueva amiga negó con la cabeza.

—Duermen —contestó— en dos pequeñas galerías exteriores de la parte de atrás, donde siempre han estado sus camas desde que se fundó este hospicio. Como para mí es una disposición tan incómoda tal y como está ahora, los caballeros van a quitarle un poco al patio trasero para hacer un cuartito en el que puedan estar los viajeros antes de irse a acostar.

—¿Y entonces los seis viajeros pobres quedarán totalmente fuera de la casa? —dije.

—Totalmente fuera de la casa —asintió la presencia mientras se frotaba satisfecha las manos—. Se considera mucho mejor para todas las partes, y mucho más conveniente.

En la catedral me había sobresaltado un poco el énfasis con que la efigie de maese Richard Watts salía de su tumba; pero ahora empecé a pensar que no sería de extrañar que una noche de tormenta atravesara la Calle Mayor y armase un alboroto en ese lugar.

No obstante, me guardé mis pensamientos para mí y acompañé a la presencia a las pequeñas galerías de la parte trasera. Vi que eran como las galerías de los patios de las viejas posadas a escala diminuta y que estaban muy limpias. Mientras las observaba, la matrona me explicó que todos los días les llegaba el número prescrito de viajeros pobres, con lo que las camas siempre se ocupaban. Mis preguntas a raíz de eso, así como sus respuestas, nos llevaron de nuevo a la sala de juntas, tan fundamental para la dignidad de «los caballeros», en la que me enseñó la contabilidad impresa del hospicio, que colgaba junto a la ventana. Por ella supe que la mayor parte de las tierras legadas por el honorable maese Richard Watts para el mantenimiento de esa fundación eran, en el momento de su muerte, meras marismas, pero, con el transcurso del tiempo, se habían ganado al mar y se había construido en ellas, con lo que habían aumentado de valor considerablemente. También me enteré de que alrededor de una trigésima parte de los ingresos anuales se gastaban ahora en los propósitos que conmemoraba la inscripción de encima de la puerta; el resto se dedicaba muy espléndidamente a gastos judiciales, recaudaciones, sindicaturas, comisiones y otros apéndices administrativos que tanto decían en favor de la importancia de los seis viajeros pobres. En definitiva, que hice el descubrimiento, no del todo nuevo, de que en la vieja y querida Inglaterra se puede afirmar de un establecimiento como ese que, al igual que de la ostra gorda en el cuento norteamericano, hacen falta muchos hombres para tragársela entera.

—Y dígame, señora —pregunté, consciente de que la expresión de perplejidad de mi rostro empezaba a iluminarse conforme se me ocurría cierta idea—, ¿se puede ver a los viajeros?

—Pues… —contestó ella dubitativa— no.

—¿No se podría esta noche, por ejemplo? —insistí.

—Pues no —dijo más convencida. Nadie pedía nunca verlos, y nadie los veía nunca.

Como no se me disuade fácilmente cuando estoy decidido a algo, hice ver a la buena señora que era Nochebuena; que solo es Navidad una vez al año —

lo cual es lamentablemente muy cierto, pues, cuando empiece a quedarse con nosotros todo el año, haremos de este mundo un lugar bien distinto—; que yo tenía muchas ganas de invitar a los viajeros a cenar y a tomarse un vasito de ponche caliente; que la voz de la fama se había dejado oír en aquella tierra[8] afirmando mi pericia para preparar ponche caliente; que, si me permitía dar el festín, comprobaría que mi comportamiento era razonable, me mantenía sobrio y me retiraba a horas prudentes; en resumen, que sabía ser tan juicioso como alegre, e incluso, de ser necesario, sabía hacer que los demás también lo fuesen, por más que no iba condecorado con ninguna insignia o medalla de la Sociedad para la Abstinencia, ni era Hermano, Orador, Apóstol, Santo o Profeta de confesión alguna. Al final, para mi gran alegría, conseguí convencerla. Acordamos que, a las nueve de esa noche, un pavo y un rosbif humearían en la mesa, y yo, modesto e indigno ministro de maese Richard Watts por esa vez, la presidiría como anfitrión de la cena de Nochebuena de los seis viajeros pobres.

Volví a mi posada a dar las instrucciones necesarias para el pavo y el rosbif, y el resto del día ya no pude hacer nada más de tanto pensar en los viajeros pobres. Cuando el viento soplaba con fuerza contra las ventanas —hacía frío, y oscuras rachas de aguanieve se alternaban con momentos de gran luminosidad, como si el año se fuera muriendo a espasmos—, me los imaginaba avanzando hacia su lugar de descanso por diversos caminos gélidos, y me deleitaba al pensar lo poco que preveían ir a encontrarse con la cena que los aguardaba. Dibujé mentalmente sus retratos, en los que me permití unos pequeños toques para darles mayor realce. Los hice con pies doloridos; los hice cansados; los hice llevar paquetes y fardos; los hice detenerse en señales y mojones, apoyándose en sus bastones torcidos y mirando con añoranza lo que en ellos estaba escrito; los hice perderse y llené sus cabezas del miedo a tener que pasar toda la noche a la intemperie y morir congelados. Cogí el sombrero y salí; subí a la cima del viejo castillo y observé las colinas ventosas que bajan hasta el río Medway, llegando casi a creer que podía divisar en la distancia a algunos de mis viajeros. Después de que oscureciera, y de que se oyese la campana de la catedral dando las cinco, las seis, las siete en su invisible torre —una enramada de escarcha helada la última vez que la había visto—, estaba tan obsesionado con mis viajeros que no pude comer nada mientras seguía viéndolos en las brasas del fuego de mi sala. Pensé que ya habrían llegado todos para entonces, habrían sacado las cédulas y ya estarían allí. Mi satisfacción se truncó cuando me asaltó la idea

de que probablemente algunos viajeros hubieran llegado tarde y se hubiesen quedado fuera.

Después de que la campana de la catedral diera las ocho, me llegó un delicioso olor a pavo y rosbif por la ventana del cuarto contiguo, mi dormitorio, que daba al patio de la posada justo donde las luces de la cocina enrojecían una enorme parte de la muralla del castillo. Ya era la hora de preparar el ponche; por lo tanto, pedí que me subieran los ingredientes (que declino divulgar cuáles eran, así como sus cantidades y combinaciones, ya que es el único secreto mío que he conseguido guardarme en esta vida), e hice un espléndido brebaje. No fue en una ponchera —pues, salvo en un estante, una ponchera es un absurdo mito plagado del peligro de que su contenido se enfríe o se derrame—, sino en un jarro marrón de barro que, una vez lleno, asfixié con delicadeza con un trapo grueso. Cuando estaban a punto de dar las nueve, me dirigí al hospicio de Watts con mi belleza marrón en brazos. A Ben, el camarero, le habría confiado cantidades incalculables de oro, pero hay cuerdas del corazón que nunca deben tocar otros, y las del mío son las bebidas que yo preparo.

Ya estaban todos los viajeros y la mesa puesta; Ben llevó un grueso tronco que colocó hábilmente sobre el fuego para que con un toque o dos del atizador después de cenar ardiese con fuerza. Después de depositar mi belleza marrón en un hueco caliente del hogar detrás del guardafuegos, donde pronto empezó a cantar como un etéreo grillo al tiempo que esparcía aromas a viñas maduras, bosques de especias y naranjales; como digo, después de dejar mi belleza en lugar seguro y beneficioso, me presenté a mis invitados dándoles a todos la mano y una calurosa bienvenida.

El grupo estaba formado del siguiente modo: en primer lugar, yo mismo; en segundo, un hombre muy amable que tenía el brazo derecho en cabestrillo y cierto olor limpio y agradable a madera, de lo que deduje que debía de tener algo que ver con la construcción naval; en tercero, un pequeño marinero, apenas un niño, de abundante cabello castaño oscuro y profundos ojos femeninos; en cuarto, un personaje venido a menos que vestía un raído traje negro y parecía hallarse en muy mala situación, de mirada seca y suspicaz, con los botones que le faltaban del chaleco sustituidos por cinta roja y un paquete de papeles muy gastados sobresaliéndole de un bolsillo interior; en quinto, un extranjero de nacimiento e inglés de habla que llevaba la pipa en la cinta del sombrero y se apresuró a contarme, de un modo relajado, sencillo y encantador, que era relojero de Ginebra y viajaba por todo el continente, sobre todo a pie, trabajando de oficial y conociendo nuevos países (y

posiblemente, pensé, también haciendo contrabando de relojes de vez en cuando); en sexto, una pequeña viuda, que había sido muy hermosa y seguía siendo muy joven, pero cuya belleza se había ajado en alguna gran desgracia y era muy tímida, asustadiza y solitaria; y en séptimo y último, un viajero de un tipo habitual en mi niñez, pero ahora casi obsoleto: un vendedor ambulante de libros, que llevaba encima cierta cantidad de panfletos y entregas, y que pronto alardeó de que sabía repetir de memoria más versos en una velada de los que vendía en un año.

Nos he mencionado en el orden en que nos sentamos a la mesa. Yo presidía, con la presencia matronil enfrente. No tardamos en ocupar nuestros puestos, ya que la cena había llegado a la vez que yo con el siguiente desfile:

Yo con el jarro.
Ben con la cerveza.

Un chico despistado con platos calientes. Otro chico despistado con platos calientes.

EL PAVO.
Una mujer con salsas para calentar allí.
EL ROSBIF.

Un hombre con una bandeja en la cabeza que contenía verduras y demás.

Un mozo de cuadra de la posada, voluntario, que lucía una gran sonrisa y no prestaba ninguna ayuda.

Conforme avanzábamos por la Calle Mayor como una exhalación, íbamos dejando un delicioso y largo rastro que hacía que la gente se detuviese y olieran sorprendidos. Se había quedado en la esquina del patio de la posada un joven bizco, relacionado con el departamento de calesas de alquiler y bien acostumbrado al sonido del silbato de tren que Ben siempre llevaba en el bolsillo, con instrucciones de que, en cuanto oyera el pitido, fuese a toda prisa a la cocina, cogiera el budín de pasas y los pastelillos de frutos secos calientes y los llevase a toda velocidad al hospicio de Watts, donde se los entregaría a la mujer de las salsas, la cual estaría provista de coñac en estado azul de combustión.

Todas estas disposiciones se realizaron con absoluta exactitud y puntualidad. Nunca vi un pavo o un rosbif mejores, ni mayor abundancia de salsas; y mis viajeros hicieron espléndida justicia a todo lo que se les sirvió. Quedé henchido de gozo al observar que sus rostros, endurecidos por el

viento y el frío, se ablandaban en medio de todo el ruido de platos y cubiertos, y se suavizaban con el calor del fuego y de la cena. Mientras, sus sombreros, gorras y prendas de abrigo colgados, unos cuantos fardos pequeños en el suelo de un rincón, y, en otro, tres o cuatro bastones viejos que ya no podían tener la punta más gastada, unían ese acogedor interior al crudo exterior como con una cadena dorada.

Una vez terminada la cena, y subida mi belleza marrón a la mesa, se me pidió de forma generalizada que «me pusiera en el rincón», lo que me dio a entender con bastante satisfacción lo importante que era un buen fuego para mis amigos; pues ¿cuándo había pensado yo en un rincón con tanta estima desde los tiempos en que lo relacionaba con Jack Horner?[9]. No obstante, según decliné la invitación, Ben, que sabía tocar la tecla perfecta de la cordialidad, apartó la mesa y, pidiendo a mis viajeros que se situaran a izquierda y derecha de mí, cerró el centro conmigo y mi silla manteniendo el orden que habíamos guardado en la mesa. Con mucha discreción ya había dado sopapos a los chicos despistados hasta sacarlos de forma imperceptible de la habitación, y ahora rápidamente echó a la mujer de las salsas a la Calle Mayor y desapareció cerrando la puerta con sigilo tras de sí.

Era el momento de aplicar el atizador al grueso tronco. Le di tres golpecitos como si fuera un talismán encantado y de él salió una brillante miríada de juerguistas que, después de retozar por la chimenea, subieron por el centro bailando una fogosa contradanza para nunca volver a bajar. Mientras, al brillo de su luz, que dejaba nuestra lámpara en sombra, llené los vasos y brindé con mis viajeros por «la Navidad, y la Nochebuena, amigos míos, cuando los pastores, que a su modo también eran viajeros pobres, oyeron a los ángeles cantar: “En la tierra paz, y a los hombres benevolencia”».

No sé quién fue el primero de nosotros que pensó que deberíamos cogernos de la mano allí sentados, por deferencia al brindis, o si cualquiera de nosotros se adelantó a los demás, pero el caso es que eso hicimos. Luego bebimos a la memoria del buen maese Richard Watts. Y espero que su espíritu nunca haya recibido peor trato bajo ese techo que el nuestro.

Era medianoche, la hora de contar historias.

—Toda nuestra vida, viajeros —dije—, es una historia más o menos inteligible, por lo general, menos, pero que leeremos bajo una luz más clara cuando haya terminado. Por mi parte, esta noche me siento tan dividido entre la realidad y la ficción que apenas distingo una de otra. ¿Quieren que pasemos el rato contando historias en el orden en que estamos sentados?

Todos contestaron que sí, a condición de que empezase yo. No tenía mucho que contarles, pero yo había hecho la propuesta y no me quedaba más remedio. Así pues, después de contemplar unos instantes la columna espiral de humo que se elevaba de mi belleza marrón, a través de la cual casi podría haber jurado que vi la efigie de maese Richard Watts menos sobresaltada de lo habitual, di inicio a mi relato.

La historia de Richard Doubledick

En el año 1799, un pariente mío bajó renqueando a esta ciudad de Chatham. Digo a esta ciudad porque, si alguno de los presentes sabe con exactitud dónde termina Rochester y dónde empieza Chatham, ya sabe más que yo. Era un viajero pobre sin un penique en el bolsillo. Se sentó ante el fuego de esta misma habitación, y durmió una noche en la cama que hoy ocupará uno de ustedes.

Mi pariente bajó a Chatham a alistarse en un regimiento de caballería, si es que alguno quería aceptarlo; en caso contrario, a coger el chelín del rey Jorge de cualquier cabo o sargento que le pusiera un ramillete de cintas en el sombrero. Su objetivo era que lo matasen de un disparo, y pensó que lo mismo le daba cabalgar hacia la muerte que tener que molestarse en caminar.

El nombre de pila de mi pariente era Richard, pero se le conocía como Dick. Abandonó su apellido bajando por el camino y adoptó el de Doubledick. Así pues, se hacía llamar Richard Doubledick; edad, veintidós años; altura, un metro cincuenta y cinco; lugar de origen, Exmouth, en donde no había estado en la vida. No había caballería en Chatham cuando cruzó renqueando el puente de aquí con solo la mitad de los zapatos cubriéndole los pies polvorientos, así que se alistó en un regimiento de infantería de línea, y luego se limitó a emborracharse y olvidarse de todo.

Han de saber que este pariente mío había ido por el mal camino. Tenía el corazón en su sitio, pero lo tenía condenado. Había estado prometido con una chica buena y hermosa a la que quería más de lo que ella —o quizá incluso él— creía; pero en mala hora le dio motivos para que le dijese muy solemnemente: «Richard, nunca me casaré con otro hombre. Permaneceré soltera por ti, pero los labios de Mary Marshall (así se llamaba ella) jamás volverán a dirigirte la palabra en esta vida. ¡Vete, Richard, y que Dios te perdone!». Eso acabó con él. Eso lo trajo a Chatham. Eso lo convirtió en el soldado raso Richard Doubledick, decidido a morir de un tiro.

En el año 1799 no había soldado más disoluto y temerario en el cuartel de Chatham que el soldado raso Richard Doubledick. Se juntaba con la escoria de cada regimiento; estaba sobrio lo menos posible y constantemente bajo arresto. Todo el cuartel tenía claro que el soldado raso Richard Doubledick sería muy pronto azotado.

Pues bien, el capitán de la compañía de Richard Doubledick era un joven caballero que no tendría más de cinco años que él, y cuyos ojos tenían una expresión que afectaba al soldado Richard Doubledick de un modo muy notable. Eran unos ojos brillantes, apuestos y oscuros, de los que se dicen risueños en general y, cuando serios, más firmes que severos, pero eran los únicos ojos de su restringido mundo cuya mirada el soldado Richard Doubledick no era capaz de soportar. Por mucho que ni se inmutara por los informes de su mala conducta y los castigos, y que tuviese una actitud desafiante contra todo y contra todos, le bastaba con saber que esos ojos lo miraban un instante para sentirse avergonzado. Ni siquiera podía saludar al capitán Taunton por la calle como a cualquier otro oficial. Se notaba indigno y confuso, y le preocupaba la mera posibilidad de que el capitán lo mirase. En los peores momentos, prefería dar media vuelta y apartarse de él la distancia que hiciera falta, antes que encontrarse con esos ojos apuestos, oscuros y brillantes.

Un día, después de que el soldado Richard Doubledick saliera del calabozo, donde había estado las últimas cuarenta y ocho horas, y en cuyo retiro pasaba buena parte del tiempo, le ordenaron que se presentase en las habitaciones del capitán Taunton. En el estado sucio y maloliente en que se encontraba, recién salido del calabozo, le apetecía aún menos que lo viese el capitán, pero todavía no estaba tan loco como para desobedecer órdenes y, en consecuencia, subió a la terraza que daba a la plaza de armas en que estaban las dependencias de los oficiales, mientras retorcía entre las manos una brizna de la paja que componía el mobiliario decorativo del calabozo.

—¡Pase! —exclamó el capitán después de que llamara con los nudillos a la puerta. El soldado Richard Doubledick se quitó la gorra, dio una zancada adelante y fue muy consciente de que se hallaba ante esos ojos oscuros y brillantes.

Hubo una pausa de absoluto silencio. El soldado Richard Doubledick se había metido la paja en la boca y poco a poco la iba doblando y metiéndosela en la traquea hasta ahogarse.

—Doubledick —le dijo el capitán—, ¿sabe usted adónde se dirige?

—¿Al infierno, señor? —balbució Doubledick.

—Sí —contestó el capitán—, y muy deprisa.

El soldado Richard Doubledick movió en la boca la paja del calabozo e hizo una abatida señal de aquiescencia.

—Doubledick —dijo el capitán—, desde que entré al servicio de Su Majestad, cuando era un muchacho de diecisiete años, me ha apenado ver que

gran cantidad de hombres que prometían mucho tomaban ese camino, pero nunca me ha apenado tanto ver a un hombre hacer ese ignominioso viaje como observarlo a usted desde que se alistó en este regimiento.

El soldado Richard Doubledick empezó a percibir una película que se extendía sobre el suelo en el que tenía fija la mirada, y también que las patas de la mesa de desayuno del capitán se doblaban, como si las distinguiese a través de agua.

—Solo soy un soldado raso, señor —dijo—. A nadie le importa lo que le pueda ocurrir a un pobre desgraciado como yo.

—Usted es un hombre educado y de grandes facultades —replicó muy serio e indignado el capitán—; y, si dice eso de verdad, es que ha caído aún más bajo de lo que me creía. Dejo que sea usted quien considere lo bajo que debe de ser, sabiendo lo que sé de su desgracia y viendo lo que veo.

—Espero que me maten pronto, señor —dijo el soldado raso Richard Doubledick—, y así el regimiento y el mundo se librarán de mí.

Las patas de la mesa se estaban doblando mucho. Doubledick, levantando la mirada para que se le estabilizara la visión, se encontró frente a frente con los ojos que tan fuerte influencia ejercían en él. Se cubrió los suyos con una mano, y la delantera de la chaqueta de castigo[10] se le hinchó como si fuera a salir volando partida en dos.

—Me alegro más de verlo así, Doubledick —dijo el joven capitán—, que si viera que contaban en esta mesa cinco mil guineas para dárselas a mi buena madre. ¿Tiene usted madre?

—Doy gracias de que ya esté muerta, señor.

—Si los elogios de usted corrieran de boca en boca por todo el regimiento, por todo el ejército y por todo el país, querría usted que siguiese con vida para que pudiera decir con orgullo y júbilo: «¡Es mi hijo!» —replicó el capitán.

—No me diga eso, señor —le pidió Doubledick—. Mi madre nunca habría oído nada bueno de mí. Nunca habría sentido ningún orgullo o júbilo al reconocerme como su hijo. Puede que hubiera sentido amor y compasión y siempre lo hubiese sentido, pero… ¡No me diga eso, señor! Solo soy un pobre hombre que está totalmente a su merced…

Y volvió la cara hacia la pared mientras implorante alargaba una mano.

—Amigo mío… —empezó a decir el capitán.

—Que Dios lo bendiga, señor —sollozó el soldado Richard Doubledick.

—Está usted en el momento crítico de lo que pueda ser su suerte. Siga un poco más como hasta ahora y sabe lo que le ocurrirá. Sé aún mejor de lo que

se puede imaginar que, después de que eso suceda, estará usted perdido. Ningún hombre que sea capaz de derramar estas lágrimas podría soportar esas marcas en su piel.

—Así lo creo yo, señor —dijo el soldado Richard Doubledick en voz baja y trémula.

—Pero un hombre, cualquiera que sea su posición, puede cumplir con su deber —añadió el joven capitán— y, al hacerlo, ganarse su propio respeto, aun cuando su caso sea tan lamentable y poco común que no pueda ganarse el de nadie más. Un soldado raso, por mucho que sea un pobre desgraciado como lo ha llamado usted, cuenta con la ventaja, en estos tiempos turbulentos en que vivimos, de que siempre cumple con su deber ante muchos testigos que le son favorables. ¿Duda de que pueda llegar a ser ensalzado por todo un regimiento, por todo un ejército y por todo un país? Enmiéndese mientras aún le es posible reparar el pasado, e inténtelo.

—¡Lo haré! Y solo pido un testigo, señor —exclamó Richard muy emocionado.

—Le entiendo, y seré un testigo vigilante y leal.

Oí de boca del propio soldado Richard Doubledick que cayó sobre una rodilla, besó la mano del oficial, se levantó y se apartó de la luz de esos ojos oscuros y brillantes convertido en un hombre nuevo.

En ese año de 1799, los franceses estaban en Egipto, en Italia, en Alemania y en todas partes. Asimismo, Napoleón Bonaparte había empezado a revolverse contra nosotros en la India, y casi todo el mundo veía señales de los grandes problemas que se avecinaban. Al año siguiente, cuando nos aliamos con Austria contra los franceses, el regimiento del capitán Taunton estaba destinado en la India. Y no había mejor suboficial en él —no, ni en toda la línea lo había— que el cabo Richard Doubledick.

En 1801 el ejército de la India estaba en la costa de Egipto. El siguiente año fue el de la proclamación de la breve tregua de Amiens y volvieron a casa. Para entonces, miles de hombres ya bien sabían que, dondequiera que el capitán Taunton, el de los ojos oscuros y brillantes, estuviese al frente de su tropa, allí, cerca de él, siempre a su lado, tan firme como una roca, tan de fiar como el sol y tan valeroso como el dios Marte, seguro que se encontraría, mientras aún les latieran los corazones, ese famoso soldado, el sargento Richard Doubledick.

1805, además de ser el gran año de Trafalgar, también lo fue de enconados enfrentamientos en la India. En ese año se vio que un brigada realizaba tales proezas, abriéndose paso en solitario entre una masa compacta

de hombres hasta recobrar el estandarte de su regimiento, que habían arrebatado a un pobre chico al que un disparo había atravesado el corazón, y rescatar a su capitán herido, que había caído a tierra en medio de una auténtica jungla de cascos de caballo y sables; se vieron tales proezas, digo, por parte de ese valiente brigada, que lo nombraron portador del estandarte que había recuperado, y así el abanderado Richard Doubledick ascendió al rango de oficial.

Sufriendo muchas bajas en cada batalla, pero siempre reforzado con los hombres más aguerridos —pues la fama de seguir al viejo estandarte, ya tan agujereado por los disparos, que el abanderado Richard Doubledick había rescatado era un estímulo para todos—, ese regimiento fue abriéndose paso en la guerra de la península ibérica hasta llegar al asedio de Badajoz de 1812. Una y otra vez fue vitoreado por las tropas británicas a tal punto que las lágrimas brotaban en los ojos de todos al escuchar esa poderosa y unísona voz británica, tan exultante de valor; y hasta el último tambor conocía la leyenda de que, adondequiera que se viese que marchaban los dos amigos, el comandante Taunton, el de los ojos oscuros y brillantes, y el abanderado Richard Doubledick, que había consagrado su vida a él, allí los seguían enfervorizados los soldados más osados del ejército inglés.

Un día, en Badajoz —no durante el gran asalto, sino al repeler una peligrosa incursión de los sitiados contra nuestros hombres de las trincheras, que hubieron de retirarse—, los dos oficiales se encontraron avanzando rápidamente hacia un destacamento francés de infantería que les oponía resistencia. Había un oficial al mando dando ánimos a sus hombres; un oficial valiente, apuesto y gallardo de treinta y cinco años, al que Doubledick solo vio en medio del fragor y prácticamente apenas por un instante, pero al que vio bien. Se fijó sobre todo en que ese oficial blandía la espada e, instando a sus hombres a atacar con un grito entusiasta y vehemente, estos disparaban obedeciendo su orden, tras lo que el comandante Taunton cayó.

A los diez minutos todo había acabado, y Doubledick volvió al lugar en que había dejado al mejor amigo que hombre alguno jamás haya tenido, tumbado en una levita extendida sobre el barro. El comandante Taunton tenía el uniforme abierto por el pecho, y en su camisa había tres pequeñas manchas de sangre.

—Querido Doubledick —dijo—, me muero.

—¡Por el amor de Dios, no! —exclamó el otro arrodillándose a su lado y pasándole el brazo por el cuello para levantarle la cabeza—. ¡Taunton! ¡Mi

protector, mi ángel de la guarda, mi testigo! ¡La persona más querida, leal y buena! ¡Taunton! ¡Por Dios!

Los ojos brillantes y oscuros —tan oscuros ahora en ese pálido rostro— le sonrieron; y la mano que había besado trece años antes se apoyó con cariño en su pecho.

—Escribe a mi madre. Volverás a casa. Cuéntale cómo nos hicimos amigos. Eso la consolará tanto como me consuela a mí.

No dijo nada más, pero por un instante se señaló débilmente el cabello, que el viento le agitaba. El abanderado entendió lo que le quería decir. El comandante sonrió de nuevo al comprobarlo y, volviendo con dulzura el rostro sobre el brazo que lo sujetaba como si fuese a descansar, murió con la mano todavía en el pecho en que había conseguido que reviviese un alma.

Ese triste día no hubo ojos que miraran al abanderado Richard Doubledick sin humedecerse. Enterró a su amigo en el campo de batalla y se convirtió en un hombre solitario y afligido. Además de cumplir con su deber de militar, solo parecían quedarle dos preocupaciones en la vida: una, conservar el pequeño paquete de cabello que tenía que entregar a la madre de Taunton; la otra, encontrar al oficial francés que diera la orden a los hombres bajo cuyo fuego cayó Taunton. Una nueva leyenda empezó a circular entre nuestras tropas, y era que, cuando el oficial francés y él volviesen a estar frente a frente, habría mucho llanto de desconsuelo en Francia.

Continuó la guerra, y con ella la imagen exacta del oficial francés por un lado y su realidad corpórea por otro, hasta que se libró la batalla de Toulouse. En los partes que se enviaron a Inglaterra, figuraban estas palabras: «Herido de gravedad, pero fuera de peligro, el teniente Richard Doubledick».

A mitad de verano del año 1814, el teniente Richard Doubledick, ahora un soldado curtido de treinta y siete años, fue repatriado a Inglaterra por invalidez. Llevaba el cabello con él, cerca de su corazón. A muchos oficiales franceses había visto desde aquel día; muchas noches terribles, buscando con hombres y faroles a sus heridos, había ayudado a oficiales franceses que yacían lisiados; pero la imagen mental y la real nunca habían llegado a juntarse.

Aunque estaba débil y padecía grandes dolores, no perdió ni un instante en dirigirse a Frome, en Somersetshire, donde vivía la madre de Taunton. Por decirlo con las dulces y compasivas palabras que es normal que a uno le vengan a la cabeza esta noche, «era el único hijo de su madre viuda»[11].

Era domingo por la tarde, y la señora estaba sentada ante la ventana que daba a su tranquilo jardín leyendo la Biblia; leyendo para sí, con voz trémula,

ese mismo pasaje, como me contó Doubledick. Este oyó las palabras: «Joven, te lo ordeno, ¡levántate!»[12].

Tenía que pasar por delante de la ventana, y le pareció que los ojos brillantes y oscuros de sus tiempos de depravación lo miraban. La madre de Taunton supo en su corazón quién era; fue corriendo a la puerta y lo abrazó.

—Él me salvó de la perdición, me volvió un ser humano, me rescató de la infamia y la vergüenza. ¡Que Dios lo bendiga eternamente! ¡Y lo hará, sí, lo hará!

—Sí, lo hará —contestó la señora—. Sé que está en el cielo. —Y luego lloró lastimeramente—: ¡Pero, ay, mi querido hijo, mi querido hijo!

Desde el momento en que el soldado Richard Doubledick se alistara en Chatham, jamás el soldado raso, cabo, sargento, brigada, abanderado o teniente había dicho su verdadero nombre, o el de Mary Marshall, o una palabra de la historia de su vida, a persona alguna a excepción de su salvador. Esa fase anterior de su existencia estaba cerrada. Había tomado la firme determinación de que su expiación sería vivir en el anonimato; no alterar más la paz que hacía mucho que había crecido sobre sus antiguas culpas; dejar que se supiera, una vez muerto, que se había esforzado y sufrido y nunca había olvidado; y después, si podían creerle y perdonarle…, bueno, entonces ya sería hora, ¡ya sería hora!

Sin embargo, esa noche, recordando las palabras que llevaba dos años atesorando en su interior: «Cuéntale cómo nos hicimos amigos. Eso la consolará tanto como me consuela a mí», se lo relató todo. Poco a poco le pareció que en plena edad adulta recuperaba una madre; poco a poco a ella le pareció que en pleno pesar encontraba un hijo. Durante su estancia en Inglaterra, el tranquilo jardín por el que había entrado arrastrándose lentamente y con mucho dolor siendo un desconocido se convirtió en el límite de su hogar. Y cuando en primavera estuvo en condiciones de reincorporarse a su regimiento, salió por ese jardín pensando que era la primera vez que iba a volver a ver su viejo estandarte llevando consigo la bendición de una mujer.

Siguió al estandarte —ya tan andrajoso, rasgado y atravesado que por poco no se hacía pedazos— a Quatre Bras y Ligny. Junto a él, en medio de la imponente quietud de muchos hombres, de formas imprecisas bajo la neblina y la llovizna de esa húmeda mañana de junio, se halló en el campo de batalla de Waterloo. Todavía no había podido comparar su imagen mental del oficial francés con la real.

El famoso regimiento entró en acción al principio de la batalla, y sufrió su primer revés en muchos años agitados cuando a él lo vieron caer. No obstante,

el regimiento siguió adelante para vengarlo y no dejó atrás ningún ser con vida que se pudiera igualar al teniente Richard Doubledick.

Atravesando hoyos de lodo y charcos de lluvia, recorriendo profundas zanjas, en su momento caminos que habían sido bombardeados y destrozados por artillería, carros pesados, la marcha de hombres y caballos y el difícil avance de toda cosa con ruedas que pudiera llevar soldados heridos; dando tumbos entre los moribundos y los muertos, tan desfigurado por la sangre y el barro que apenas era reconocible; sin que le molestaran los gemidos de los hombres y los chillidos de los caballos que, recién sacados de sus pacíficas actividades cotidianas, no soportaban la visión de los rezagados que yacían al borde del camino para nunca reemprender su arduo viaje; muerto por lo que se refería a cualquier vida sensitiva que pudiera albergar, pero al tiempo vivo, el cuerpo que había sido el teniente Richard Doubledick, del que tantas alabanzas corrían por toda Inglaterra, fue transportado a Bruselas. Allí lo tumbaron con cuidado en la cama de un hospital, y allí permaneció semana tras semana, a lo largo de los largos y luminosos días de verano, hasta que la cosecha que había sido perdonada por la guerra estuvo madura y fue recogida.

Una y otra vez el sol salió y se puso en la abarrotada ciudad; una y otra vez las noches de luna estuvieron tranquilas en las llanuras de Waterloo; y todo ese tiempo fue un espacio en blanco para lo que antes fuera el teniente Richard Doubledick. Tropas exultantes entraron en Bruselas y se marcharon; hermanos y padres, hermanas, madres y esposas llegaron allí en tropel, recibieron su lote de dicha o de dolor y luego se fueron; tantas veces al día repicaron las campanas; tantas veces las sombras de los grandes edificios cambiaron; tantas luces surgían al anochecer; tantos pies iban de aquí para allá por las aceras; tantas horas de sueño y del aire más fresco de la noche se sucedieron; e indiferente a todo, un rostro marmóreo yacía en una cama, como el rostro de una estatua yacente en la tumba del teniente Richard Doubledick.

Al fin, saliendo lenta y laboriosamente de un largo y profundo letargo de tiempo y lugar confusos, en el que alcanzaba a ver tenuemente los rostros de cirujanos del ejército a los que conocía, y otros de personas de su juventud —el rostro más querido y amable de todos el de Mary Marshall, con una expresión de preocupación que parecía tan real—, el teniente Richard Doubledick volvió a la vida. A la hermosa vida de un tranquilo atardecer de otoño, a la pacífica vida de una habitación aireada y silenciosa cuyo gran ventanal estaba abierto; más allá, un balcón lleno de hojas en movimiento y

fragantes flores; aún más allá, el cielo despejado, en el que podía ver el sol vertiendo su dorado resplandor sobre su cama.

Era todo tan apacible y encantador que pensó que estaba en otro mundo. Y dijo con un hilo de voz:

—¿Estás cerca de mí, Taunton?

Un rostro se inclinó sobre él. No era el de Taunton, sino el de su madre.

—Vine a cuidarte. Te hemos estado cuidando muchas semanas. Hace tanto que te trajeron aquí. ¿No recuerdas nada?

—No, nada.

La señora le besó la mejilla y le cogió la mano para calmarlo.

—¿Dónde está el regimiento? ¿Qué ha pasado? Permítame que la llame madre. ¿Qué ha pasado, madre?

—Hubo una gran victoria, querido mío. La guerra ha terminado, y el regimiento fue el más valeroso del campo de batalla.

A Doubledick se le iluminaron los ojos, le temblaron los labios, sollozó y las lágrimas le surcaron el rostro. Estaba muy débil, tanto que no podía mover la mano.

—¿Estaba oscuro justo hace un momento? —preguntó al poco.

—No.

—¿Solo estaba oscuro para mí? Algo ha pasado por delante, como una negra sombra. Pero al irse y tocarme el sol la cara (ah, el bendito sol, qué hermoso es), me ha parecido ver una ligera nuble blanca que salía por la puerta. ¿No ha salido nadie?

Ella negó con la cabeza, y al rato él se quedó dormido mientras la señora seguía cogiéndole la mano para calmarlo.

A partir de ahí, Doubledick se recuperó; lentamente, pues lo habían herido de gravedad en la cabeza y le habían disparado en el cuerpo, pero haciendo pequeños progresos día a día. Cuando tuvo suficientes fuerzas para hablar tumbado en la cama, pronto empezó a notar que la señora Taunton siempre reconducía la conversación hacia la historia de él. Entonces recordó las últimas palabras de su salvador y pensó: «Eso la consuela».

Un día se despertó sintiéndose muy descansado y le pidió a la señora que le leyera. Sin embargo, la cortina de la cama, cerrada para mitigar la luz, y que ella siempre descorría cuando él se despertaba para poder verlo desde la mesa de la cabecera donde se sentaba a hacer labor, permaneció corrida; y entonces habló una voz de mujer que no era la de la señora Taunton.

—¿Soportarás ver a una extraña? —dijo—. ¿Quieres ver a una extraña?

—Una extraña… —repitió él. La voz le hizo revivir viejos recuerdos anteriores a los tiempos del soldado raso Richard Doubledick.

—Una extraña ahora, pero no en su momento —dijo en un tono que a él lo emocionó—. Richard, mi querido Richard, tantos años perdido, mi nombre…

Él exclamó su nombre, «¡Mary!», y entonces ella lo abrazó y le apretó la cabeza contra su pecho.

—No estoy rompiendo ninguna promesa precipitada, Richard. No son los labios de Mary Marshall los que te hablan. Mi nombre es otro.

Se había casado.

—Mi nombre es otro, Richard. ¿Has oído alguna vez mi nuevo nombre?

—¡Nunca!

La miró a la cara, tan hermosa y pensativa, y le sorprendió que, pese a las lágrimas, ella sonriera.

—Piénsalo de nuevo, Richard. ¿Estás seguro de que nunca has oído mi nuevo nombre?

—¡Nunca!

—No muevas la cabeza para mirarme, mi querido Richard. Déjala aquí apoyada mientras te cuento mi historia. Yo amé a un hombre noble y generoso; lo amé con todo mi corazón; lo amé durante muchos años; lo amé con lealtad y devoción; lo amé sin esperar que me correspondiese; lo amé sin conocer sus mayores virtudes, y sin tan quisiera saber si estaba vivo. Era un valiente soldado. Cientos de miles lo honraban y adoraban, y la madre de su querido amigo me encontró y me mostró que, a lo largo de todos sus triunfos, él nunca me había olvidado. Lo habían herido en una gran batalla y lo habían traído aquí, a Bruselas, moribundo. Y aquí me vine a verlo y cuidarle, como habría ido encantada con el mismo propósito a los peores confines de la tierra. Cuando él no reconocía a nadie más, me reconocía a mí. Cuando más sufría, lo soportaba todo con apenas un murmullo, contento de descansar la cabeza donde la descansas ahora. Cuando estaba a las puertas de la muerte, se casó conmigo para poder llamarme su esposa antes de morir. Y el nombre que pasó a ser el mío, mi amor, esa noche que no recuerdas…

—¡Ahora lo sé! —sollozó él—. Mis vagos recuerdos se tornan más claros. Han vuelto a mí. Gracias a Dios que he recuperado la cabeza. Bésame, mi Mary; arrúllame para que mi agotada mente descanse, o me moriré de gratitud. Sus palabras de despedida se han cumplido: ¡he vuelto a casa!

Bien, pues eran muy felices. Su recuperación fue larga, pero fueron felices en todo momento. La nieve ya se había derretido sobre la tierra, y los pájaros

cantaban en los matorrales sin hojas de principios de primavera, cuando los tres pudieron salir por primera vez a dar un paseo y la gente se agolpó alrededor del carruaje abierto para vitorear y felicitar al capitán Richard Doubledick.

Mas incluso entonces era necesario que, en vez de volver a Inglaterra, el capitán terminara de restablecerse en el clima del sur de Francia. Encontraron un lugar en el Ródano a poca distancia de la vieja ciudad de Aviñón, desde el que se podía contemplar su destrozado puente[13], que no podría haber sido más perfecto; allí vivieron juntos seis meses, y después regresaron a Inglaterra. Al cabo de tres años, la señora Taunton, que notaba que se estaba haciendo mayor —aunque no tanto como para que sus ojos brillantes y oscuros se apagaran—, recordó que ese cambio de aires le había sentado muy bien a sus fuerzas y decidió volverse un año a aquellos lares. Y allí se marchó, con un fiel sirviente que tantas veces había llevado a su hijo en brazos, tras lo que el capitán Richard Doubledick iría al término del año a recogerla para acompañarla de vuelta a casa.

Escribía con frecuencia a sus hijos —pues así los llamaba ahora—, y estos a ella. Se instaló en los alrededores de Aix, y allí intimó con una familia de esa parte de Francia que vivían en un castillo cerca de la granja que ella había alquilado. La amistad empezó después de que la señora Taunton se encontrara a menudo en los viñedos con una niña muy guapa y compasiva que nunca se cansaba de escuchar las historias de la solitaria señora inglesa sobre su pobre hijo y las crueles guerras. La familia fue tan amable como la niña, y, al final llegaron a conocerse tanto, que ella aceptó la invitación para que pasara su último mes de estancia en el extranjero bajo su techo. De vez en cuando escribía a casa contando todo eso según iba ocurriendo, y en su última carta adjuntaba una educada nota del señor del castillo en la que este pedía, con ocasión de su inminente viaje a aquel lugar, tener el honor de gozar de la compañía de «*cet homme si justement célèbre, Monsieur le Capitaine Richard Doubledick*».

El capitán Doubledick, para entonces ya un hombre fuerte y apuesto, lleno de vigor y más ancho de pecho y de hombros que nunca, envió una cortés respuesta a la que al poco siguió en persona. Mientras viajaba por toda esa extensión del país después de tres años de paz, bendijo esos tiempos mejores que corrían en el mundo. El trigo era dorado, y no manchado de un rojo anormal; estaba recogido en haces para comida, y no pisoteado por hombres enzarzados en combate mortal. El humo se elevaba de los hogares de casas en paz, y no de casas que ardían en ruinas. Los carros estaban cargados de los

buenos frutos de la tierra, y no de heridos y muertos. Para él que tantas veces había visto el terrible reverso, todo eso era verdaderamente hermoso, y contribuyó a que llegara con ánimo sosegado al viejo castillo cerca de Aix una tarde de un azul intenso.

Era un gran castillo francés del auténtico tipo fantasmagórico de antaño, con torres redondas y rematadas con lo que parecían apagavelas, un alto tejado emplomado y más ventanas que el palacio de Aladino. Las ventanas de celosía estaban abiertas de par en par tras el calor que había hecho ese día, y en el interior se vislumbraban paredes y corredores laberínticos. También había inmensas edificaciones anexas en parcial deterioro, una masa de oscuros árboles, jardines en terrazas y balaustradas; depósitos de agua demasiado raquíticos para jugar y demasiado sucios para trabajar; estatuas, malas hierbas y verjas de hierro que parecían estar abandonadas como los propios arbustos y haber crecido en toda clase de formas silvestres. La puerta principal estaba abierta, como suelen estarlo las puertas de ese país una vez que ha pasado el calor del día, y, como el capitán no viese campana o aldaba, entró.

Accedió a un salón de piedra de altos techos, de un frescor y penumbra muy agradables después de viajar todo el día bajo el resplandor del sol meridional. Por los cuatro lados del salón se extendía una galería que llevaba a diversas estancias, y que se iluminaba desde arriba. Seguía sin ver ninguna campana.

—Vaya —dijo el capitán deteniéndose, avergonzado del ruido de sus botas—, ¡qué comienzo más espectral!

Entonces se volvió y notó que palidecía. Mirándolo desde lo alto de la galería se encontraba el oficial francés, aquel cuya imagen llevaba en la mente desde hacía tanto tiempo. Al fin la podía comparar con el original, y hasta la última facción era idéntica.

El otro se movió y desapareció, y el capitán Richard Doubledick oyó sus pasos que bajaban rápidamente al salón, adonde entró por un arco. Tenía una viva expresión de ímpetu en el rostro, muy similar a la de aquel fatídico momento.

«*Monsieur le Capitaine Richard Doubledick?* ¡Encantado de recibirlo! ¡Mil disculpas! Los sirvientes estaban todos fuera, celebrando una pequeña fiesta en el jardín. De hecho, era la fiesta de su hija, la pequeña protegida de *Madame* Taunton a la que esta tanto quería».

Se mostró tan cortés y sincero que *monsieur le Capitaine Richard Doubledick* no pudo negarle la mano.

—Es la mano de un valiente inglés —dijo el oficial francés reteniéndola según hablaba—. Si yo podría respetar a un valiente inglés aunque fuese mi enemigo, ¡cuánto más como mi amigo! También soy soldado.

«No me recuerda como yo a él; no se fijó en mi cara ese día como yo en la de él —pensó el capitán Richard Doubledick—. ¿Cómo se lo voy a decir?».

El oficial francés condujo a su invitado a un jardín en el que le presentó a su esposa, una mujer encantadora y hermosa que estaba sentada con la señora Taunton en un pabellón caprichoso y anticuado. Su hija, con su bonito y joven rostro resplandeciente de alegría, fue corriendo a abrazarlo; y también un pequeñín cayó rodando por entre los naranjos de la amplia escalinata al ir a cogerse de las piernas de su padre. La multitud de niños invitados bailaban al son de una música vivaz, como asimismo danzaban todos los sirvientes del castillo y los campesinos de los alrededores. Era una escena de inocente felicidad que se diría creada como punto culminante de esas escenas de paz que habían reconfortado al capitán durante el viaje.

Este siguió observándolo todo, muy atribulado, hasta que resonó una campana y el oficial francés le pidió que le permitiera enseñarle sus habitaciones. Subieron a la galería desde la que el oficial lo había mirado, y este puso con toda cordialidad a disposición de *Monsieur le Capitaine* Richard Doubledick una magnífica cámara que tenía otra más pequeña dentro, llenas de relojes y colgaduras, chimeneas, perros de latón, azulejos, ingeniosos artefactos, elegancia y amplitud.

—Usted estuvo en Waterloo —dijo el oficial francés.

—Sí —contestó el capitán Richard Doubledick—. Y en Badajoz.

Una vez a solas, con el eco de su severa voz todavía en los oídos, se sentó a considerar qué iba a hacer y cómo se lo iba a decir. Lamentablemente, en esa época muchos oficiales ingleses y franceses se batían en deplorables duelos que tenían su origen en la reciente guerra; y esos duelos, y el modo de evitar la hospitalidad de ese oficial, ocupaban los pensamientos del capitán Richard Doubledick.

Mientras cavilaba, dejando que transcurriese el tiempo en que tendría que estar arreglándose para la cena, la señora Taunton tocó a la puerta para pedirle que le diese la carta de Mary que tenía para ella. «Y, por encima de todo, está su madre —pensó el capitán—. ¿Cómo se lo voy a decir?».

—Espero que inicies una amistad con tu anfitrión —le dijo la señora Taunton, a la que rápidamente él abrió la puerta— que sea de por vida. Es tan leal y generoso, Richard, que es imposible que no os apreciéis. Si mi hijo se hubiera salvado —añadió besando, no sin lágrimas, el relicario en que llevaba

su cabello—, por su propia magnanimidad lo habría tenido en alta estima, y se habría alegrado mucho de que ya hubieran terminado esos tiempos funestos que volvieron a un hombre como este su enemigo.

Salió de la habitación, y entonces el capitán fue primero a una ventana desde la que se veía el baile del jardín y luego a otra desde la que se contemplaban las bonitas vistas y los pacíficos viñedos.

—Espíritu de mi difunto amigo —dijo—, ¿eres tú quien hace que estos pensamientos mejores surjan en mi cabeza? ¿Eres tú quien me ha mostrado, mientras me dirigía aquí a encontrarme con este hombre, las bendiciones de este tiempo nuevo? ¿Eres tú quien me ha enviado a tu doliente madre para que contenga mi mano airada? ¿Eres tú quien me susurra que este hombre cumplía con su obligación al igual que tú, y al igual que yo gracias a tu guía, lo que me ha salvado por completo en este mundo, y nada más?

Se sentó cubriéndose la cara con las manos y, cuando se levantó, tomó la segunda resolución firme de su vida: que ni al oficial francés, ni a la madre de su difunto amigo ni a nadie, mientras cualquiera de los dos viviera, contaría jamás lo que solo él sabía. Y cuando esa noche durante la cena tocó la copa del oficial francés con la suya, para sus adentros lo perdonó en nombre del Santísimo que todas las afrentas perdona.

Así concluyó la historia que conté en mi condición de primer viajero pobre. No obstante, de haberla relatado ahora, podría haber añadido que más adelante llegó el momento en que el hijo del comandante Richard Doubledick y el del oficial francés, amigos al igual que sus padres antes que ellos, lucharon hombro con hombro con sus respectivas naciones por la misma causa, como hermanos largo tiempo separados a los que los tiempos mejores unieron estrechamente[14].

El camino

Terminadas todas las historias, así como el ponche, nos levantamos mientras la campana de la catedral daba las doce. No me despedí de mis viajeros esa noche, pues se me había ocurrido volver a aparecer a las siete de la mañana para llevarles café bien caliente.

Conforme iba por la Calle Mayor, oí a lo lejos un grupo de músicos navideños y fui en su busca. Estaban tocando cerca de una de las viejas puertas de la ciudad, en la esquina de una hilera muy pintoresca de viviendas de ladrillo rojo que el clarinetista tuvo la amabilidad de informarme que las habitaban los canónigos menores de la catedral. Las puertas tenían unos extraños porches pequeños que eran como tornavoces de los viejos púlpitos, y pensé que me gustaría que uno de esos canónigos saliera y, desde el escalón superior, nos honrase con un sermón navideño sobre los pobres estudiosos de Rochester, basando su texto en las palabras de su Señor sobre los que devoran las casas de las viudas[15].

El clarinetista era tan comunicativo, y yo tenía tantas ganas (como de costumbre) de vagabundear un poco, que acompañé a los músicos a un prado comunal llamado «Las vides»[16], donde asistí a la interpretación de dos valses, dos polkas y tres melodías irlandesas antes de que volviese a pensar en retirarme a mi posada. No obstante, regresé entonces a ella, y encontré a un violinista en la cocina y a Ben, el chico bizco, y a dos camareras dando vueltas a la gran mesa de pino con la mayor animación.

Pasé muy mala noche. No pudo ser por el pavo o el rosbif —y mucho menos por el ponche—, pero todos mis intentos de conciliar el sueño fracasaban estrepitosamente. Lo mismo estaba en Badajoz con un violinista, que perseguido por la hermana asesinada de la viuda; lo mismo iba montado en una niña ciega para salvar mi ciudad natal del saqueo y la destrucción, que estaba reconviniendo a la madre del pequeño marinero inconsciente; lo mismo me dedicaba al comercio de diamantes en Sky Fair, que por una cuestión de vida o muerte escondía pastelillos debajo de alfombras de dormitorios[17]. Por todo eso no conseguí dormirme en ningún momento; y, cualquiera que fuese la dirección irracional que tomasen mis pensamientos, la efigie de maese Richard Watts se me aparecía constantemente.

En definitiva, que solo pude librarme del honorable maese Richard Watts levantándome de la cama en la oscuridad a las seis de la mañana, y tropezando y cayéndome, como tengo por costumbre, dentro de toda el agua fría que se pudiera acumular con tal propósito. Cuando salí a la calle, estaba nublado y hacía bastante frío, y la única vela de la sala en que habíamos cenado en el hospicio de Watts se veía tan pálida al encenderla que también daba la impresión de haber pasado mala noche. Sin embargo, mis viajeros habían dormido todos profundamente, y se tomaron el café y la pila de tostadas con mantequilla que Ben había dispuesto como tablones de un almacén de maderas con todo el agradecimiento del mundo.

Cuando todavía apenas despuntaba el día, todos salimos a la calle y allí nos despedimos con un apretón de manos. La viuda se llevó al pequeño marinero a Chatham a buscarle un vapor con rumbo a Sheerness; el abogado, lanzándonos una intensa mirada de complicidad, se fue solo sin anunciarnos cuáles eran sus propósitos para no ponerse en un compromiso; otros dos echaron por la catedral y el viejo castillo hacia Maidstone, y el vendedor ambulante de libros me acompañó por el puente. Mi intención era caminar por los bosques de Cobham en dirección a Londres todo lo lejos que me apeteciese.

Cuando llegamos a la verja y el sendero por los que me había de separar del camino principal, me despedí de ese último viajero pobre que me quedaba y continué solo. Y entonces la neblina empezó a despejarse de un modo muy hermoso y el sol a brillar; y conforme avanzaba por ese aire tan tonificante, viendo la escarcha relucir por doquier, era como si toda la naturaleza compartiese la dicha de la gran Natividad.

Mientras caminaba por los bosques, la suavidad de mis pasos sobre la tierra cubierta de musgo y entre las hojas pardas realzaba el espíritu sagrado de la Navidad en el que me sentía inmerso. Rodeado por aquellos tallos blanquecinos, pensé que el Fundador de ese tiempo nunca había levantado Su benévola mano salvo para bendecir y curar, a excepción del caso de un árbol inconsciente[18]. Pasando por la mansión de Cobham Hall llegué al pueblo, y al cementerio en que los muertos habían sido pacíficamente enterrados con la certeza y esperanza que la Navidad inspira. ¿Cómo no iba a querer yo a los niños que veía jugando, sabiendo quién los había querido primero? No recorría jardín que no estuviera en consonancia con ese día, pues recordé que la tumba estaba en un jardín y que «ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú te lo llevaste, dime dónde lo pusiste y yo lo recobraré»[19]. Al rato pude ver el lejano río con sus botes, y con él imágenes de los pobres

pescadores que dejaron de remendar sus redes para levantarse y seguirlo; de las enseñanzas a la gente desde una barca un poco retirada de la orilla por la gran multitud de congregados; de una figura majestuosa caminando sobre el agua en la soledad de la noche. Mi propia sombra proyectada en el suelo era prueba elocuente de la Navidad, pues ¿acaso no sacaba la gente a sus enfermos adonde las meras sombras de quienes lo habían visto y oído pudieran tocarlos al pasar?[20].

Así la Navidad me envolvió por todas partes hasta que llegué a Blackheath y, después de bajar por el largo panorama de viejos árboles retorcidos de Greenwich Park, cogí un ruidoso vapor que, entre la neblina que volvía a caer, me llevaba hacia las luces de Londres. Resplandecían intensamente, pero no tanto como el fuego de mi casa y los aún más resplandecientes rostros a su alrededor cuando nos reunimos a celebrar ese día. Y entonces les hablé del honorable maese Richard Watts y de mi cena con los seis viajeros pobres que no eran maleantes ni falsos mendigos, y a los que desde entonces jamás he vuelto a ver.

ANTHONY TROLLOPE

NAVIDAD EN THOMPSON HALL
(1876)

El triunfo de la señora Brown

Todo el mundo recuerda la crudeza de la Navidad de 187*. No voy a nombrar el año con mayor exactitud, no sea que así permita a quienes sientan mucha curiosidad que investiguen las circunstancias de esta historia y averigüen detalles que no quiero que se conozcan. Aun así, ese invierno fue especialmente crudo, y creo que el frío de los diez últimos días de diciembre se dejó sentir más en París que en cualquier parte de Inglaterra. De hecho, hasta se podría poner en tela de juicio que haya ciudad de cualquier país en que el rigor del mal tiempo sea más pernicioso que en la capital francesa. La nieve y el granizo parecen allí más fríos, y desde luego los fuegos calientan menos que en Londres. Y además está esa impresión de quienes visitan París de que esa ciudad debiera ser alegre; de que la alegría, la belleza y la animación son sus principales objetivos, del mismo modo que el dinero, el comercio y los negocios son los de Londres (con lo que a menudo parece que su aspecto sombrío y oscuro quiere hallar una excusa para su fealdad). Sin embargo, esa Navidad de 187*, París no estaba ni alegre, ni hermosa ni animada. Uno no podía caminar por sus calles sin hundir el pie hasta el tobillo, no ya en nieve, sino en nieve que acababa de volverse fangosa; y todo el día y la noche del 23 de diciembre estuvo cayendo del cielo una sucesión de abominaciones húmedas y medio heladas que hizo casi imposible que hombres y mujeres se pudiesen dedicar a sus asuntos.

A las diez de esa noche, una dama y un caballero ingleses llegaron al Gran Hotel del Boulevard des Italiens. Como tengo mis razones para ocultar el nombre de esos casados, los llamaré los señores de Brown. Ahora bien, quisiera que quedase bien claro que, en términos generales, esa dama y ese caballero vivían felizmente juntos y disfrutaban de todas las cosas gratas de la vida que unen a un matrimonio. La señora Brown era de familia rica y, al casarse con ella, el señor Brown se había librado de la necesidad de ganarse el pan. No obstante, ella había cedido enseguida al deseo de él de pasar todos los inviernos de su vida en el sur de Francia, y él, aunque de disposición un tanto ociosa y poco proclive a ocupaciones que requiriesen de mucha energía, por lo general dejaba que en otras épocas del año ella, a la que por su naturaleza más robusta le encantaba viajar, lo llevase de aquí para allá. Sin embargo, en esta ocasión habían tenido sus diferencias.

A principios de diciembre, había llegado a la señora Brown en Pau la noticia de que esas Navidades se iban a reunir todos los Thompson en la mansión familiar de Stratford-le-Bow, y querían que ella, antes una Thompson, también asistiese con su marido. Su única hermana estaba deseando aprovechar la oportunidad para presentar a todos al excelente joven con quien recientemente se había prometido. Los Thompson —también oculto su verdadero nombre— eran una familia muy numerosa y próspera. Había tíos, primos y hermanos a los que les había ido muy bien, y a los que era probable que les fuera aún mejor. Hacía poco que uno de ellos había vuelto al Parlamento como representante de los llanos de Essex, y en la época de la que escribo era miembro destacado de la aguerrida mayoría conservadora. La gran reunión navideña de los Thompson era en parte para celebrar ese éxito, y el propio legislador había expresado su opinión de que, en el caso de que la señora Brown y su marido no se unieran a la fiesta familiar con motivo de tan feliz ocasión, habría que considerarlos unos Thompson *fainéant*[21].

Desde que se casara, lo que había ocurrido casi ocho años antes, la señora Brown no había pasado ninguna Navidad en Inglaterra. A menudo ella planteaba la conveniencia de pasarlas allí. En lo más profundo de su ser ansiaba celebrar las fiestas entre acebo y pastelillos de frutos secos. En esos años los Thompson siempre se habían reunido en Thompson Hall, aunque no se tratase de reuniones tan significativas ni importantes para la familia como la que los iba a juntar en esta ocasión. Más de una vez había manifestado ella el deseo de celebrar las Navidades de toda la vida en la casa de toda la vida y entre los rostros de toda la vida, pero su marido siempre alegaba cierta afección de pecho y garganta para quedarse disfrutando de las delicias de Pau. Año tras año ella cedía, pero ahora había llegado ese contundente llamamiento.

Con bastantes dificultades consiguió que el señor Brown se desplazara hasta París. Este dejó Pau de muy mala gana, y dos veces durante el itinerario —en Burdeos y en Tours— intentó volverse. Desde el primer momento había alegado que estaba muy mal de la garganta, y cuando finalmente consintió en emprender el viaje, estipuló que harían noche en esas dos ciudades y en París. La señora Brown, que podría haber hecho todo el trayecto de Pau a Stratford sin ninguna escala y sin sentir la menor fatiga, accedió a todo con tal de que estuviesen en Thompson Hall en Nochebuena. Cuando el señor Brown se quejó infructuosamente de sus dolencias en esas dos primeras ciudades en que pararon, tal vez ella no terminara de creerse todo lo que él decía sobre su

estado. Ya sabemos lo proclives que son los fuertes a sospechar de la debilidad de los débiles, del mismo modo que lo son los débiles a que les moleste la fortaleza de los fuertes. Quizá se dijeran unas cuantas cosas durante el viaje, pero hasta el momento el resultado había sido favorable para la dama. Había conseguido llevar al señor Brown a París.

De no haberse tratado de algo tan importante, sin duda ella habría desistido. Ya hacía mal tiempo cuando dejaron Pau, pero conforme subían al norte se fue volviendo cada vez peor. Al salir de Tours, el señor Brown afirmó con un susurro ronco que estaba convencido de que ese viaje iba a acabar con él. Sin embargo, lamentablemente la señora Brown se había percatado media hora antes de que su marido reprendía a un camarero por cobrarles uno o dos francos de más con voz bien alta y clara. De haber creído ella de verdad que había peligro de por medio, o incluso algún sufrimiento, habría desistido; pero en una cuestión así a ninguna mujer le gusta que la engañen con excusas falsas. Observó que él cenaba muy bien de camino a París, y que se tomaba una copita de coñac con absoluto deleite, lo cual nunca haría quien verdaderamente padeciera de bronquitis. Así pues, la señora Brown perseveró hasta que llegaron a París de noche en medio de toda esa nieve fangosa y de la que caía. Luego, cuando se sentaron a cenar, sí que le pareció que él tenía la voz ronca, y entonces su bondadoso corazón femenino empezó a hacerla dudar.

Pero, en cualquier caso, tenía algo muy claro: que su marido no se iba a poner peor por seguir hasta Londres que si se quedaba en París. Si uno va a enfermar, mejor que lo haga en el seno de su familia que en un hotel. ¿Qué comodidad, qué alivio, iba a encontrar en ese enorme barracón? En cuanto a la crudeza del tiempo, Londres no estaría peor que París, y además le parecía haber oído que la brisa marina era buena para la garganta irritada. En ese cuarto *au quatrième*[22] que les habían asignado ni siquiera había un fuego en condiciones. Estaría mal en todos los sentidos que renunciaran a esa gran reunión familiar de Navidad cuando no iban a ganar nada quedándose en París.

La señora Brown ya había notado que, cuando su marido se ponía enfermo de verdad, también se volvía más manejable y discutía menos las cosas. Justo después de tomarse esa copita de coñac, afirmó que por nada del mundo pensaba seguir más allá de París, con lo que ella empezó a temerse que al final todo hubiera sido en vano. Sin embargo, cuando bajaron a cenar a las diez y pico de la noche, el señor Brown estaba más contenido, y tan solo comentó de nuevo que estaba seguro de que ese viaje acabaría con él. A las

once y media volvieron a su cuarto, y entonces él pareció hablar con mucho sentido común, así como también con mucho miedo real.

—Si no consigo algo que me alivie, sé que no voy a poder hacer el viaje —dijo.

Tenían intención de salir del hotel a las cinco y media de la mañana siguiente para llegar a Stratford en el tren que tenía conexión con el vapor a las siete y media del día de Nochebuena. El madrugón, el largo viaje, el tiempo infame, la perspectiva de atravesar ese horrible golfo entre Boulogne y Folkestone, no habrían sido nada para la señora Brown de no ser por esa constante expresión de angustia que ahora dominaba el rostro de su marido.

—Si no me encuentras algo que me alivie, yo no salgo de esta —volvió a decir él, hundiéndose en la cuestionable comodidad de una butaca de hotel parisino.

—Pero, querido, ¿qué puedo hacer yo? —preguntó ella casi llorando, de pie ante él y acariciándolo. Era un hombre delgado de aspecto refinado y bonita barba larga, sedosa y castaña; un poco calvo por la coronilla, pero a fin de cuentas un hombre de aspecto refinado. Ella lo quería mucho, y en sus momentos más indulgentes lo malcriaba con sus caricias—. ¿Qué puedo hacer, cariño mío? Sabes que haría por ti lo que fuese si pudiera. Métete en la cama calentito, mi niño, y mañana por la mañana te encontrarás bien.

En ese momento él se estaba preparando para acostarse con la ayuda de ella. Después su mujer le ató un pedazo de franela en la garganta, lo besó y lo arropó.

—Te voy a explicar lo que puedes hacer —dijo el señor Brown con voz muy ronca, tanto que ella apenas podía oírle, así que se le acercó más y se agachó sobre él. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de que le dijera el qué. Entonces él le contó su plan. Abajo, en el salón comedor, había visto un tarro grande de mostaza en un aparador. Al salir, se había fijado en que no lo habían retirado junto con todo lo demás de la cena. Si ella bajaba con un pañuelo plegado al efecto, conseguía apropiarse de parte del contenido del tarro y luego volvía con el botín y se lo aplicaba a la garganta, pensaba que lo aliviaría un poco y así podría levantarse a las cinco de la mañana.

—Pero supongo que te disgustará tener que bajar sola a estas horas de la noche —graznó él con un susurro lastimoso.

—Pues claro que voy a bajar —repuso ella—. No me importa en absoluto. No me va a morder nadie —dijo al tiempo que empezaba a doblar un pañuelo limpio—. No tardo ni dos minutos, cariño, y si hay un grano de mostaza en este hotel, te lo estaré poniendo en el pecho en un periquete.

No era mujer que se acobardase fácilmente, y eso de tener que bajar al comedor no era nada para ella. Antes de salir, volvió a arroparlo con cuidado hasta las orejas.

Correr por el primer pasillo hasta llegar a un tramo de escalera fue muy fácil, como también lo fue bajar por él. Luego había otro pasillo, y otro tramo, y un tercer pasillo y un tercer tramo, y entonces empezó a pensar que se había equivocado de camino. Se encontraba en una parte del hotel que no conocía, y pronto descubrió, mirando por algunas puertas abiertas, que había llegado a un grupo de salas privadas que no había visto nunca. Intentó volver sobre sus pasos, por las mismas escaleras y los mismos pasillos, para comenzar de nuevo. Ya empezaba a pensar que estaba totalmente perdida, y que no podría dar ni con el comedor ni con su cuarto, cuando por fortuna se encontró con el portero de noche. La señora Brown llevaba una bata blanca holgada, una redecilla blanca sobre el cabello suelto y zapatillas blancas de estambre. Tal vez tendría que haberla descrito antes. Era una mujer corpulenta de busto prominente, que algunos juzgaban atractiva al modo de Juno. Sin embargo, entre desconocidos adoptaba cierta actitud severa: una fortificación, por así decirlo, de su virtud contra todo posible ataque; una determinación declarada de preservar por encima de todo su excelente reputación de matrona inglesa, lo cual, pese a haber sido tan apreciado en Thompson Hall, había recibido algunas críticas maliciosas de franceses y francesas. En Pau la llamaban «la fière anglaise». El mote había llegado a sus oídos y a los de su marido. A él le había molestado mucho, pero ella se lo había tomado bien, e intentaba hacer honor al nombre. Aunque con su marido se mostrase en ocasiones tierna, era de la opinión de que con otros hombres una matrona británica siempre debería mostrarse severa. Ahora necesitaba ayuda desesperadamente, pero, aun así, al encontrarse con el portero recordó su reputación.

—Me he perdido vagando por estos pasillos espantosos —dijo, en su tono más adusto, en respuesta a algo que le preguntó él, y a lo que ella contestó muy lentamente. Luego, cuando él inquirió adónde quería ir, *madame*, hubo una pausa mientras ella volvía a pensar cuál debería anunciarle que era su destino. Sin duda ese hombre la podía llevar a su cuarto, pero, en ese caso, tendría que renunciar a la mostaza, y, con ella, empezaba a temerse que a toda posibilidad de llegar a Thompson Hall para Nochebuena. Aunque era en muchos aspectos una mujer valiente, no se atrevía a explicarle a ese hombre que iba merodeando por el hotel para hacer una incursión nocturna contra el bote de la mostaza. Así pues, guardó silencio unos instantes para poder pensar, irguiendo entretanto la cabeza a su mejor estilo a lo Juno, hasta que el

portero quedó totalmente admirado. De ese modo ganó tiempo para inventarse una historia. Dijo que se le había caído el pañuelo debajo de la mesa de la cena, y le pidió que le indicase el camino al comedor para recogerlo. Sin embargo, el portero hizo más que eso, ya que la acompañó al salón en que habían cenado.

Allí, por supuesto, tuvo lugar una prolongada y, huelga decirlo, infructuosa búsqueda. El amable portero insistió en vaciar un enorme recipiente lleno de servilletas sucias e ir mirando una por una con tal de encontrar el pañuelo de la señora. Ella permanecía a su lado desdichada, pero, a la vez, muy paciente, y mientras el hombre se afanaba agachado en la tarea, ella no le quitaba ojo al tarro de mostaza. Ahí estaba, con contenido de sobra para aliviar las gargantas de una veintena de enfermos. Se acercó un poco al bote según el hombre seguía ocupado, intentando convencerse de que él seguro que la perdonaría si cogiese la mostaza y le dijera toda la verdad. ¡Pero la caída de su porte de Juno sería tan grande! No solo tendría que reconocer que iba en busca de la mostaza, sino también que le había contado una mentirijilla, y eso sí que no lo podía hacer. Finalmente el portero manifestó su opinión de que *madame* debía de haber cometido un error, y *madame* estuvo de acuerdo en que eso debía de haber sido.

Con mirada anhelante y muy triste que no podía apartar, ay, del gran tarro, salió de la habitación con el portero delante. Aseguró a este que podía encontrar el camino sola, pero él se empeñó en acompañarla a su pasillo. El trayecto le pareció más largo que nunca, pero, conforme subía las muchas escaleras, la señora Brown juró para sus adentros que nada se iba a interponer en la consecución de su propósito. Necesitando su marido alivio para su pobre garganta, y teniéndolo ella al alcance de la mano, ¿cómo no se lo iba a procurar? Fue contando los escalones mientras subía y fijándose en cada giro que tomaban. Estaba segura de que ahora no se perdería y de que podría regresar a la habitación sin problemas. Tenía que volver al comedor. Si se encontraba otra vez con el hombre, seguiría resuelta adelante y cogería el remedio que su pobre marido tanto precisaba.

—Ah, sí —dijo cuando el portero le informó de que su habitación, la 333, estaba en el pasillo al que habían llegado—. Ya reconozco esto. Le quedo muy agradecida. No hace falta que siga.

Él quería acompañarla hasta la misma puerta, pero la señora Brown se detuvo e impuso su voluntad. Aun así, el hombre se entretuvo en el pasillo, como era normal. Por desgracia ella no llevaba dinero encima, con lo cual no podía darle los dos francos que se había ganado, como tampoco podía ir al

cuarto a cogerlos, pues tenía la impresión de que, de volver con su marido sin la mostaza, no le sería posible realizar un segundo intento. Finalmente, el decepcionado portero dio media vuelta y, bajando las escaleras, se marchó por el pasillo. A la señora Brown casi se le hizo una eternidad el tiempo que siguió oyendo sus pasos. Después de acercarse con sigilo a la puerta de su cuarto, aguardó allí, tapando con la mano la luz de la vela que llevaba, hasta que le pareció que el hombre ya había desaparecido en algún remoto rincón de ese interminable edificio. Entonces echó a andar de nuevo por donde había venido.

Ya no corría peligro de perderse. Se conocía hasta el último peldaño. Al llegar a cada tramo de escalera, se detenía y prestaba atención, y, como nunca oía nada, continuaba avanzando. El corazón le palpitaba mucho de las ganas de conseguir su objetivo, y también de miedo. Lo que en un primer momento podría haber explicado tan fácilmente, ahora tendría difícil explicación. Al fin llegó al gran vestíbulo público, en la que era su tercera visita a este, y del que en la anterior había tomado buena nota de todo. Ahí estaba la puerta del comedor; cerrada, sí, pero que abrió sin ningún problema. En el vestíbulo, escaleras y pasillos había luz de gas, pero allí solo tenía la de su pequeña vela. Cuando la acompañaba el portero no le había dado miedo la oscuridad, pero ahora había algo en esa penumbra que hacía que le aterrara tener que recorrer toda la habitación hasta el tarro de mostaza. Se detuvo, aguzó el oído y tembló. Entonces pensó en el esplendor de Thompson Hall, en la agradable calidez de una Navidad inglesa, en el orgulloso legislador que era primo hermano suyo, y rápidamente cubrió la distancia y puso la mano en el copioso tarro de porcelana de Delft. Miró a su alrededor y no vio a nadie; no se oía nada, ni siquiera el lejano crujido de un zapato o el ruido de una puerta. Allí parada, con una bella mano en la tapa del tarro y la otra sosteniendo el trapo blanco en que iba a depositar el compuesto medicinal, parecía *lady* Macbeth escuchando tras la puerta de la cámara de Duncan.

No había duda de que contenía cantidad suficiente. El tarro estaba lleno casi hasta el borde. Sería una mezcla muy distinta a la de la excelente y saludable mostaza inglesa que te preparaba la cocinera con un poco de agua en dos minutos. Olía un poco a agrio y a ojos ingleses tenía un color bastante desagradable. Aun así, era mostaza. La señora Brown cogió el cucharón y, sin mayor dilación, extendió una considerable cantidad en el centro del pañuelo plegado, tras lo que inició a toda prisa el regreso a su cuarto.

Pero había otra dificultad en la que no había pensado. La vela le ocupaba una mano, así que solo disponía de la otra para llevar su tesoro. De haber

cogido un plato o fuente del comedor, no habría ningún problema. En cambio ahora no le quedaba más remedio que ir todo el rato pendiente de su mano derecha y avanzar muy lentamente. Le sorprendió la facilidad que tenía aquello para resbalársele. Pese a todo, pudo seguir adelante despacio y sin desorientarse en ningún momento hasta que llegó sana y salva a la puerta de su habitación. Sí, esa era, la 333.

El fracaso de la señora Brown

Todavía pendiente de su preciosa carga, miró el número de la puerta: 333. En todo momento su empeño había sido que no se le olvidara. Abrió y entró con sigilo. El cuarto también estaba oscuro después de la luz de gas de las escaleras, pero mejor así. Ella misma había apagado las dos velas del tocador antes de dejar a su marido. Tras cerrar la puerta, permaneció inmóvil y oyó que él dormía. Sabía bien que había estado mucho tiempo fuera, lo bastante para que se durmiera un hombre que era propenso a dormirse. Debía de haber estado ausente una hora entera. Ese examen de servilletas que ella bien sabía que no serviría de nada se había hecho eterno. Se detuvo junto a la mesa del centro de la habitación sin quitar ojo a la mostaza, que con mucho cuidado dejó encima para limpiarse lo que de ella le había pringado la mano. Jamás habría pensado que fuera tan difícil llevar algo tan ligero y pequeño. Pero el caso es que ahí estaba, sin que se hubiera perdido nada. Cogió algún utensilio del lavamanos y con el mango devolvió lo que se extendía por los bordes al centro. Entonces se planteó si, ya que su marido dormía tan plácidamente, estaría bien que lo molestara. Escuchó de nuevo y concluyó que al ligero ronquido que le regaló los oídos no le afectaba en absoluto ningún malestar de garganta. Entonces se le ocurrió que tal vez después de todo solo se tratara de que su marido se había enfurruñado por la fatiga. Durante todo el viaje ella se había negado a creer que estuviera enfermo. ¡Con lo bien que había comido! ¡Y lo que había disfrutado fumándose los cigarros después! Y también esa copa de coñac a la que ella había puesto cierta objeción. Y ahora ahí estaba, durmiendo como un niño, con un funcionamiento de garganta tan completo, perfecto y casi sonoro. ¿Quién no conoce ese sonido casi como de dos trozos de hierro oxidados rascándose entre sí que emana de una tráquea resentida? Pues este no se le parecía en nada. ¿Para qué iba a molestarlo cuando estaba disfrutando tanto de ese descanso que, más que ninguna otra cosa, lo prepararía para soportar el cansancio del viaje del día siguiente?

Creo que, después de tantos esfuerzos, la señora Brown habría dejado la acre cataplasma en la mesa y se habría metido con sigilo en la cama con él, de no ser porque de pronto pensó en la grave afrenta que le había hecho su marido si no estaba enfermo de verdad. ¿Qué era eso de mandarla abajo en un hotel desconocido, recorriendo pasillos en mitad de la noche y exponiéndose

a la contumelia de cualquiera con quien se pudiera encontrar, con un encargo que, de no estar santificado por la necesidad más imperiosa, sería del todo inaceptable? En ese momento casi ni se creía que él hubiera llegado a ponerse enfermo jamás. Le iba a poner la cataplasma; si no de remedio, que le sirviera de castigo. A fin de cuentas no le podía hacer ningún mal. Más con intención de vengarse que de justificar sus esfuerzos de esa noche, la señora Brown pasó rápidamente a la acción.

Tras dejar la vela en la mesa para sujetarse la mano derecha con la izquierda, corrió a hurtadillas junto a la cama. Aunque su marido se había portado mal con ella, tampoco era cuestión de que lo incomodase despertándolo bruscamente. Iba a cumplir con su obligación de esposa como una buena matrona británica. No solo pensaba ponerle la mixtura caliente en el cuello, sino que se iba a quedar sentada tranquilamente veinte minutos a su lado para retirarle ese remedio contra la irritación cuando ya le hubiera hecho efecto. Cierto era que no sería fácil quitarle la mostaza después de que hubiera cumplido su propósito; si hubiera estado en casa, rodeada de todas sus comodidades, se la habría aplicado con una bolsa de delicado lino a través de la cual habría penetrado la acritud de la especia con la fuerza suficiente. Sin embargo, las circunstancias no lo permitían. Ya había tenido ella que hacer maravillas para conseguir aquello, así que él se habría de aguantar si había algo desagradable en el proceso. Su marido le había pedido mostaza para la garganta, y mostaza iba a tener.

Mientras todo eso pasaba velozmente por su cabeza, inclinada sobre él en la oscuridad y pendiente de la pócima no se le fuera a caer, le levantó la sedosa barba con la mano izquierda e, invirtiendo rápidamente la otra, con tanta firmeza como suavidad le aplicó el pañuelo a la garganta. Le cubrió toda la noble extensión de debajo de la barbilla hasta el punto en que las dos clavículas se juntan y forman el orificio del pecho. Aunque apenas tuvo tiempo para mirar, nunca le había parecido tan grande el tamaño de ese varonil cuello. La invadió entonces una dulce compasión que la llevó a decidir que lo libraría de aquello en el plazo más breve de quince minutos. Él estaba tumbado boca arriba con la boca abierta, y entre la barba levantada y su mano la señora Brown casi le tapaba todo el rostro. Sin embargo, él no hizo ningún intento de zafarse. Ni siquiera movió un brazo o una pierna; simplemente emitió un ronquido más fuerte que los anteriores. Ella sabía que su marido no acostumbraba a ser tan ruidoso, sino que por lo general había algo más delicado y quizá más quejumbroso en su voz nocturna, pero, claro, esas circunstancias eran excepcionales. Dejó caer la barba con mucho cuidado

y entonces, sobre la almohada, vio el rostro de un desconocido. Le había puesto el emplasto de mostaza a otro hombre.

Ni Príamo al despertarse de madrugada, ni Dido al enterarse de que Eneas había huido, ni Otelo al saber que Desdémona había sido casta, ni Medea al ser consciente de la matanza de sus hijos, se horrorizaron tanto como esa matrona británica al quedarse un momento mirando sobrecogida al extraño de la cama. Hizo ademán de ir a quitarle el pañuelo, pero enseguida retiró la mano. Si lo tocaba, tal vez él se despertara de inmediato y la encontrase en su habitación, y en ese caso, ¿cómo se lo podría explicar? ¿Con qué palabras podría ella ponerlo rápidamente al corriente de ese extraño suceso, de manera que él aceptase la situación antes de tener tiempo de decir nada que pudiera ofenderla? Permaneció unos instantes totalmente paralizada tras ese leve e inútil movimiento de brazo. Entonces él agitó inquieto la cabeza sobre la almohada, abrió más la boca y en rápida sucesión roncó dos veces con aún mayor fuerza. La señora Brown dio dos pasos atrás de un respingo y, situada entre él y la vela, con el rostro apartado pero la mano todavía apoyada en los pies de la cama, intentó pensar qué debía hacer.

Había agraviado a ese hombre. Aun sin ser en absoluto consciente, estaba claro que lo había agraviado. Si fuera capaz de ser valiente por un instante, ciertamente el mal sería muy pequeño; pero a saber lo desastrosas que podrían llegar a ser las consecuencias si por cobardía se iba y lo dejaba allí de ese modo. Aplicada quince o veinte minutos, una cataplasma de mostaza podía ser la salvación de una garganta enferma, pero, si se quedaba toda la noche sobre el cuello de un hombre fuerte al que nada aquejaba, y al que su buena salud hacía proclive a dormir profundamente, ¡qué tristes, desagradables y, que ella supiera, incluso peligrosos podrían llegar a ser los efectos! Cierto era que se trataba de un error que perdonaría cualquier hombre a quien no le cupiese el corazón en el pecho, y, a juzgar por lo poco que había visto, este tenía corazón y pecho. ¿No debería despertarlo y luego librarlo discretamente del bochorno que le había infligido?

Pero, en caso de que se atreviera a hacerlo, ¿cómo explicárselo? ¿Y cómo despertarlo? ¿Y cómo conseguir que comprendiera su bondad, su beneficencia, su sentido del deber, antes de que él tuviera tiempo de saltar de la cama y, corriendo al timbre, llamara a todo el hotel a su rescate? «Señor, no se mueva, no se levante ni tampoco grite. Le he puesto una cataplasma de mostaza en la garganta creyendo que era usted mi marido. No le ha pasado nada malo. Permítame que se la quite y luego usted cállese lo sucedido para siempre». Pero ¿había hombre de tanta lealtad y espíritu gentil que, justo al

despertarse y llevarse un susto, oyera tales palabras de boca de una mujer desconocida que tenía al lado de la cama y de inmediato las obedeciese al pie de la letra? Lo más seguro era que saltara de la cama con ese horrible emplaste cayéndole por todas partes, lo que sería inevitable que ocurriese a menos que siguiera tal y como estaba sin moverse. La señora Brown se pintó un cuadro tan negro de la que podría ser la reacción más probable de él, que se sintió incapaz de correr semejante riesgo.

Pero entonces tuvo una idea. Todos sabemos la de cosas que pueden pasar rápidamente por una mente perspicaz en un instante. Buscaría a ese portero y lo enviaría a que lo explicase todo. Ya no iba a ocultar nada. Le contaría toda la historia y le pediría que fuese a auxiliar a ese hombre. Sin embargo, al tiempo que se decía que eso era lo que iba a hacer, bien sabía que de ese modo solo estaría huyendo del peligro al que tenía la obligación de enfrentarse. De nuevo alargó el brazo como si fuese a volver a la cabecera de la cama, pero en ese momento él roncó tres veces aún más fuerte y levantó inquieto una rodilla debajo de las mantas como si ya notase la acidez de la mostaza en la piel. Lo observó unos segundos más y luego, vela en mano, huyó de allí.

¡Ay de la pobre naturaleza humana! De haber sido un anciano o incluso un hombre de mediana edad, la señora Brown no lo habría dejado a merced de ese sufrimiento inmerecido. Pero tal y como estaban las cosas, y pese a que era plenamente consciente de cuál era su obligación y sabía lo que la justicia y la bondad le exigían, se sentía incapaz de hacerlo. No obstante, todavía le quedaba ese plan de mandarle al portero de noche. Una vez fuera de la habitación, y habiendo cerrado con sigilo la puerta, empezó a darse cuenta de cuál había sido su error. Levantó la mirada y vio el número: 353. Mientras se decía con la habitual crítica de un británico a todo lo francés que esos espantosos extranjeros ni siquiera sabían escribir bien las cifras, echó a volar, más que a correr, por el pasillo, bajó unas escaleras y siguió por otro corredor, para que no la pudiesen encontrar por allí cerca en el caso de que ese pobre hombre se levantara rápidamente de la cama en plena agonía.

En la confusión de la huida, casi ni se aventuró a buscar su propio pasillo, como tampoco tenía la menor idea de cómo había podido desorientarse al subir con la mostaza en la mano. Pero en ese momento su principal objetivo era el portero de noche. Siguió bajando hasta que llegó de nuevo al vestíbulo, y, mirando el reloj, vio que era más de la una. Había dejado a su marido antes de medianoche, pero no se sorprendió en absoluto de ese lapso de tiempo, ya que le parecía llevar toda la noche pasando penalidades. ¡Y vaya noche! Pero

todavía le quedaba mucho por hacer. Tenía que encontrar al portero y luego volver con su doliente marido. ¿Y qué le iba a decir? Si de verdad estaba enfermo, ¿cómo lo iba a aliviar? Y, a la vez, era más preciso que nunca que se marcharan de ese hotel a primera hora de la mañana; que se fueran de París en el tren más rápido que saliese más pronto para huir de todos esos peligros. La puerta del comedor estaba abierta, pero no se sentía con valor para entrar en busca de un segundo suministro. No tendría ni fuerzas para subirlo arriba. Pero ¿dónde se había metido ese hombre? Del vestíbulo salió a la entrada: todo parecía desierto. A través del cristal vio una luz en el patio de enfrente, mas ni siquiera se atrevía a abrir la puerta.

Y encima ahora tenía mucho frío; estaba congelada. Todo esto sucedía en Navidad mientras los parisinos padecían un tiempo de una crudeza que nunca habían conocido. Empezó poco a poco a compadecerse de sí misma. ¿Qué mal había cometido para ser tan gravemente castigada? ¿Por qué tenía que ir de un lado para otro hasta el punto de que le fallaran las piernas? ¡Con lo importantísimo que era que contase con todas sus fuerzas por la mañana! El hombre no se iba a morir aunque se quedase sin recibir ayuda; que se quitara él la cataplasma como mejor pudiera. ¿De verdad era absolutamente necesario que ella se deshonrara de ese modo?

Sin embargo, ni siquiera encontraba la forma de deshonrarse, si es que contarle la historia al portero de noche fuese a ser una deshonra. Como no daba con él, al final decidió dejar de buscarlo y regresar a su cuarto. Empezaba a pensar que había hecho todo lo que había podido. Nadie se había muerto jamás porque le pusieran un emplaste de mostaza en el cuello. Como mucho, la incomodidad que pasara ese hombre no sería peor que la de ella, o probablemente que la de su pobre marido. Así pues, volvió a subir las escaleras y a recorrer los pasillos, y esta vez llegó a la puerta de su habitación sin ninguna dificultad. Se sabía tan bien el camino que no pudo menos que asombrarse de que se hubiera equivocado antes. Claro que ahora llevaba las manos vacías y tenía absoluto control de su mirada. Levantó la vista y ahí estaba el número bien claro: 333. Abrió la puerta con mucho cuidado, pensando que su marido estaría durmiendo tan profundamente como el otro hombre, y entró en el cuarto con sigilo.

La señora Brown intenta huir

Sin embargo, su marido no dormía. Ni siquiera estaba en la cama como al salir ella. Lo encontró sentado delante de la chimenea, en la que un leño medio quemado todavía conservaba una chispa de lo que antes pretendía ser un fuego. No podría imaginarse aspecto más desdichado que el suyo. Había una única vela encendida en la mesa en la que tenía ambos codos apoyados y la cabeza entre las manos. Se había puesto la bata encima de la camisa de dormir, pero, por lo demás, no estaba vestido. Tiritaba de forma muy audible, o más bien se agitaba de frío haciendo que la mesa traqueteara, cuando ella entró en el cuarto. Entonces gimió, y dejó que la cabeza le cayese de las manos a la mesa. En cuanto reconoció el tono de su voz quejumbrosa y vio la forma de su cuello, la señora Brown pensó que tenía que haber estado sorda y ciega para confundir a ese fornido desconocido con su marido.

—Pero, querido —dijo—, ¿por qué no estás en la cama? —Él no contestó con palabras, sino que se limitó a gemir de nuevo—. ¿Por qué te has levantado, con lo calentito y cómodo que te he dejado?

—¿Dónde has estado toda la noche? —preguntó él a mitad de camino entre el susurro y el graznido haciendo un esfuerzo atroz.

—He estado buscando la mostaza.

—¿Toda la noche buscándola y no la has encontrado? ¿Adónde has ido?

Ella se negó a decirle nada más hasta meterlo en la cama, tras lo que le contó la historia. Pero, ay, no le contó la verdad. Mientras lo convencía para que se volviese a descansar y lo arropaba de nuevo, decidió no sin bastante dificultad lo que iba a hacer y decir. Vivo o muerto tenía que obligarlo a partir hacia Thompson Hall a las cinco y media de esa mañana. Ya no se trataba de disfrutar de las diversiones navideñas, ni del mero deseo de satisfacer la ambición familiar de los suyos, ni de las ganas de conocer a su nuevo cuñado. Ahora había en ese establecimiento un hombre al que ella había infligido un serio agravio, y de cuya venganza, e incluso de su propio aspecto, debía huir. ¿Cómo podría soportar ver esa cara que estaba tan segura que reconocería, ni oír el menor sonido de esa voz que tan familiar le sería, por más que no había dicho ni una palabra en su presencia? Sin duda tenía que escapar de allí en el primer tren que la llevara a la vieja mansión, pero para eso primero tenía que propiciarse a su marido.

Así que le contó un cuento. Había salido, tal y como él le pidiera, en busca de la mostaza, pero de pronto se había perdido; y venga a subir y bajar por todo el edificio, quizá casi una docena de veces.

—¿Y no te has encontrado con nadie? —preguntó él con ese mismo susurro áspero y ronco—. ¡Seguro que tiene que haber alguien en el hotel, como tampoco es posible que hayas estado vagando sin rumbo tantas horas!

—Solo ha sido una hora, querido —repuso ella.

A eso le siguió una discusión sobre el tiempo que había estado fuera en la que los dos se enfadaron bastante; cuanto más se enojaba ella, más lo hacía él, y como se agitaba mucho bajo las mantas, la señora Brown barajó de nuevo la reconfortante posibilidad de que tal vez su marido no estuviera tan enfermo como parecía. No le quedó más remedio que mencionar al portero, ya que, para explicar el lapso de tiempo transcurrido, le dijo que había pedido al pobre hombre que buscase el pañuelo que en realidad ella nunca había perdido.

—¿Y por qué no le has dicho que querías la mostaza?

—Pero ¡querido!

—¿Y por qué no? No tiene nada de vergonzoso que uno quiera mostaza.

—¿A la una de la mañana? Qué bochorno… Además, él no se ha mostrado muy cortés, y hasta me ha parecido… que puede que estuviera un poco achispado. Venga, cariño, duérmete.

—¿Por qué no has conseguido la mostaza?

—Porque no había, y eso que he mirado por todo el comedor. Luego he vuelto a bajar y he buscado por todas partes. Por eso he tardado tanto. En estos hoteles franceses siempre guardan esas cosas bajo llave. Son tan agarrados que no dejan nada fuera. Cuando me nombraste la mostaza, ya sabía yo que no habría cuando bajara. Venga, querido, a dormir, que nos tenemos que ir por la mañana.

—¡Eso es del todo imposible! —exclamó él sentándose de un salto en la cama.

—Nos tenemos que ir, querido, te digo yo que sí. Después de todo lo que ha pasado, no me perdería estar con el tío John y el primo Robert mañana por la noche ni por… ni por…, en fin, es que ni te lo cuento.

—Pero ¡será posible!

—Sí, claro, tú puedes decir lo que quieras, Charles, pero no sabes las cosas. Te digo que nos tenemos que marchar mañana, y eso vamos a hacer.

—Empiezo a pensar que quieres matarme, Mary.

—Eso ha sido muy cruel, Charles, además de muy falso y muy injusto. Si quisiera que te pusieses enfermo, no habría mejor sitio que este tan espantoso, en el que nadie puede entrar en calor ni de día ni de noche. Lo que te curará la garganta en un santiamén será la brisa marina. Y piensa en lo mucho más cómodo que podrás estar en Thompson Hall que en ninguna parte de este país. Estoy totalmente decidida, Charles, y nos vamos a ir. Si no estamos allí mañana por la noche, el tío John dejará de considerarnos de la familia.

—No me creo nada.

—Me lo dijo Jane en su carta. No quería que lo supieras porque es muy injusto, pero esa es la razón por la que estaba yo tan empeñada en que fuéramos.

Era muy de lamentar que tan buena mujer se viese obligada por la triste presión de las circunstancias a contar tantas mentiras. Se las iba inventado una tras otra con tal de poder huir del horror de una estancia prolongada en ese hotel. Finalmente, tras mucho refunfuñar, su marido guardó silencio, con lo que la señora Brown confió en que se hubiera dormido. Aunque él aún no había dicho que aceptase partir a la hora que ella quería, estaba totalmente decidida a obligarlo a hacerlo. Mientras él yacía inmóvil, y ella iba por el cuarto fingiendo que se hacía el equipaje, la señora Brown casi resolvió en más de una ocasión contárselo todo a su marido. Entonces seguro que este estaría dispuesto a realizar el esfuerzo que hiciera falta. Sin embargo, de pronto se le ocurrió que tal vez él no llegara a captar todas las circunstancias que había en juego, por lo que podría insistir en quedarse para presentar sus disculpas al caballero agraviado. Lo de disculparse habría estado muy bien si ella no hubiera dejado allí a ese hombre de aquel modo; ahora ya no servían las disculpas. Tendría que verlo y hablar con él, y todo el hotel se enteraría de hasta el último detalle de lo sucedido. Toda Francia se enteraría de que ella había llegado hasta la cama de un desconocido y le había puesto una cataplasma de mostaza en el cuello a altas horas de la noche. No, no podía contar la historia ni siquiera a su marido, no fuera a ser que este terminara delatándola.

Lo que sufría en ese momento no era poco. De alterada que estaba, tomó la absurda decisión de no acostarse. La tragedia de esa noche le parecía tan rigurosa, que no debía permitirse ningún consuelo personal. Y, además, ¿qué pasaría si se quedaba dormida sin que nadie la avisara de la hora? Era fundamental que estuviese en plena posesión de sus facultades para despertar a su marido, y seguro que el sirviente del hotel la llamaría demasiado tarde. Tenía que encargarse de todo por los dos, así que no iba a dormir. Pero tenía

mucho frío, por lo que primero se echó un chal encima de la bata y luego una capa. Como era imposible que dedicara todas las horas que quedaban de noche a hacer una maleta y un baúl, finalmente se sentó en el estrecho sofá de terciopelo rojo y, mirando el reloj, comprobó que todavía eran pasadas las dos. ¿Qué iba a hacer esas tres largas, tediosas y gélidas horas que faltaban?

Entonces su marido le dijo desde la cama:

—¿No vienes?

—Ah, creía que estabas dormido, querido.

—No me he dormido. Mejor que te acuestes, si no quieres ponerte tan enferma como yo.

—Pero no estás tan mal, ¿verdad, cariño?

—No sé lo que será para ti estar mal, pero yo desde luego no había tenido la garganta tan obstruida en la vida.

Según lo oía, la señora Brown pensó que sí que la había tenido más obstruida otras veces. Si ese marido de sus amores era capaz de jugar con sus sentimientos y engañarla en una ocasión como esa, entonces… entonces… es que hasta preferiría no tener marido de sus amores. No obstante, se metió en la cama y se tumbó a su lado sin decir ni una palabra.

Y por supuesto se durmió, pero el suyo no fue el sueño de los benditos. Cada vez que sonaba el reloj del patio interior se despertaba sobresaltada, temiendo que se le hubiera pasado la hora. Aunque la noche fuese tan corta, a ella se le hizo muy larga. Él, por el contrario, dormía como un niño. La señora Brown notaba por su respiración que no estaba todo lo bien que ella quisiera, pero, aun así, descansaba perfectamente tranquilo. Ni una sola vez se movió al despertarse ella de pronto, lo cual ocurría con mucha frecuencia. Había dado órdenes, repetidas una y otra vez, de que los llamaran a las cinco. El hombre de recepción casi parecía enfadado al asegurar a la señora Brown por cuarta vez que no se preocuparan *monsieur* y *madame*, que los despertarían a esa hora. Pero ella no se fiaba de nadie, y antes de que dieran las cuatro y media ya estaba en pie y dando vueltas por la habitación.

En lo más profundo le tenía mucho cariño a su marido. Para que pudiese sentir un poco de calor mientras se vestía, la señora Brown juntó los trozos de madera medio quemada de la chimenea e intentó encender un pequeño fuego. Después sacó de la maleta un cacharro pequeño, un hornillo y cacao, y le preparó una taza caliente para que se la tomara nada más despertarse. Haría lo que fuese para cuidarle cuando lo necesitaba… ¡pero se tenían que marchar de allí! ¡Sí, vamos que si se tenían que marchar!

Y entonces se preguntó cómo le iría a aquel desconocido. De buen grado también lo hubiese cuidado de ser posible, pero, ay, era del todo imposible. Probablemente ya se hubiera despertado de su agitado sueño, pero ¿cómo? ¿A qué hora de la noche habría abierto los ojos por el ardor del pecho sintiendo una tortura que le sería del todo inexplicable? Su viva imaginación le mostró la escena con toda claridad, por más que todo hubiese ocurrido a oscuras: cómo debía de haberse retorcido bajo las mantas; cómo habría levantado y bajado sus fuertes rodillas antes de que el poderoso dios del sueño le permitiese recuperar la consciencia por completo; cómo con los dedos, libres de cualquier restricción, se habría manoseado el ardiente cuello desparramando ese lamentable emplasto por todas partes. Luego, una vez sentado y ya totalmente despierto, pero todavía a oscuras —a la imaginación de ella no se le escapaba nada—, con la sensación de que algún fuego del infierno le había caído sin que supiera de dónde, ¡cómo se habría encolerizado! Sí, ahora sabía, ahora sentía, ahora reconocía que su obligación habría sido despertarlo entonces, independientemente de la inconveniencia que eso hubiera supuesto para sí misma. ¿Qué haría él en esa situación, o, más bien, que habría hecho? Podía verlo casi todo en su mente: se levantaría enloquecido de la cama y, con una mano todavía en el cuello, cogería rápidamente las cerillas con la otra. Se haría la luz y correría al espejo. ¡Y, ay lo que contemplaría! La señora Brown podía ver hasta la última mancha extendida.

Lo que no podía ver, lo que no sabía, era qué haría un hombre en esa situación; al menos, lo que haría ese hombre. Suponía que su marido se lo diría a ella y entre los dos se apañarían. Hay desgracias que, si se dan a conocer, empeoran aún más por el ridículo. Sin embargo, recordaba los rasgos del desconocido que había visto en el instante en que le había bajado la barba, y tenía la impresión de que había en ellos una ferocidad, cierta tenacidad y engreimiento, que impedirían que soportara ese trato en silencio. ¿No montaría en cólera y gritaría y, llamando al timbre, convocaría a todo París para que fuese testigo de su venganza?

Sin embargo, la cólera y los gritos todavía no habían llegado a sus oídos, y ya eran las cinco menos cuarto. Tres cuartos de hora más e irían en ese semiómnibus que habían encargado para ellos, y media hora después ya estarían huyendo hacia Thompson Hall. Se deleitó pensando en ese bienestar que se avecinaba; en ese bienestar tan dulce ¡siempre que por fin llegara! Era 24 de diciembre, y esa misma noche estaría con todos sus tíos y primos disfrutando de la Navidad y cogiendo con afecto a su nuevo cuñado de la

mano. Ah, qué cambio del Pandemónium[23] al Paraíso; de ese espantoso cuarto, de ese mísero establecimiento en el que tanto tenía que temer, a toda la dicha navideña del hogar de los Thompson. Decidió que bajo ningún concepto iba a consentir que la disuadiera la menor oposición de su marido.

—Son las cinco menos cuarto —dijo poniéndole la mano con firmeza en el hombro—. Te voy a dar una taza de cacao para que te levantes más a gusto.

—Lo he estado pensando —dijo él frotándose los ojos con el dorso de las manos—, y creo que será mucho mejor que nos vayamos en el tren correo de esta noche. Llegaríamos igual a tiempo de celebrar la Navidad.

—De eso nada —replicó ella categóricamente—. Venga, Charles, después de tantas molestias, no me des ahora un disgusto.

—Es que va a ser una paliza tan grande…

—¡Piensa en todo lo que yo he tenido que pasar, en todo lo que he hecho por ti! Dentro de doce horas estaremos allí con ellos. Espero que no seas tan poco hombre de no querer seguir ahora. —Su marido se volvió a tumbar e intentó arreglarse los paños del cuello—. No, Charles, que no —prosiguió ella —. Tómate el cacao y levántate, que no hay tiempo que perder.

Dicho lo cual, le puso una mano en el hombro para darle a entender con toda claridad que no iba a dejar que siguiera descansando en esa cama.

Refunfuñando malhumorado, sin dejar de toser y afirmando que para vivir así prefería morirse, finalmente se levantó y se vistió. En cuanto la señora Brown vio que la obedecía, volvió a sentir una gran ternura por él y se ocupó de casi todo. Mucho antes de que fuera la hora ya lo tenía todo preparado y había llamado al portero para que bajase el equipaje. Cuando este apareció, la señora se alegró mucho de que no fuese el mismo con el que se había encontrado por los pasillos en sus excursiones nocturnas. El hombre se echó el baúl al hombro y les informó de que encontrarían café y tostadas en el pequeño *salle-à-manger* de abajo.

—Mira que te lo he dicho, pero tú empeñada en hervir eso —dijo el desagradecido de su marido, el cual, no obstante, se había tragado el cacao caliente en cuanto se lo había dado.

Fueron detrás del equipaje en dirección al vestíbulo mientras, a cada paso que daban, la dama no dejaba de mirar a su alrededor. Temía encontrarse con ese portero de noche; temía que alguien de la dirección del hotel la abordara y le hiciese alguna pregunta horrible; pero, de todos sus miedos, el más grande era que se le apareciese ese rostro que había visto yaciendo sobre la almohada.

Cuando pasaron por delante del comedor principal, el señor Brown se asomó por la puerta.

—¡Pero si todavía está ahí! —exclamó.

—¿El qué? —preguntó ella temblando de la cabeza a los pies.

—¡El tarro de la mostaza!

—Lo habrán puesto ahora —afirmó ella con decisión en plena desesperación—. Pero bueno, ya lo mismo da. Venga, que está aquí el ómnibus —dijo agarrándolo con fuerza del brazo.

Sin embargo, en ese momento se abrió una puerta detrás de ellos, y la señora Brown oyó que la llamaban por su nombre. Y ahí estaba el portero de noche, con un pañuelo en la mano. Mas será mejor que relatemos lo que sucedió esa mañana en otro capítulo.

La señora Brown consigue escapar

Desde el momento que había llegado a la planta baja, se había hecho evidente para la señora Brown que «allí pasaba algo», si se nos permite emplear la expresión; y estaba totalmente convencida de que ese algo tenía que ver con ella. Le parecía que todos los del hotel la observaban mientras se tomaba, o intentaba tomarse, el café. Al pagar su marido la cuenta, creyó percibir algo desagradable en la mirada del hombre que le cobró. Sufría mucho, sin que nadie se compadeciese de ella. Su marido estaba de lo más tranquilo, aunque no dejaba de quejarse del frío. Cuando intentó sacarlo del hotel y meterlo en el carruaje, se rezagó poniéndose un chal tras otro alrededor de la garganta.

—Eso lo puedes hacer igual en el ómnibus —acababa de decirle ella muy enfadada cuando apareció en escena por una puerta lateral justo el portero con el que tanto temía encontrarse con un pañuelo manchado en la mano.

Incluso antes de oír su nombre, la señora Brown ya lo sabía todo. Comprendió la espantosa situación en que se hallaba al ver la expresión hostil de ese hombre y el artículo que tenía en la mano. Si durante su vigilia hubiera llevado dinero encima, si se hubiese ganado la amistad de ese sujeto codicioso siendo generosa en el momento oportuno con él, todo habría sido bien distinto. Sin embargo, no le había dado propina después de que él se hubiera tomado tantas molestias, con lo que ahora era su enemigo. Lo que más temía era el pañuelo. Pensó que sería capaz de negar con todo descaro cualquier cosa menos eso. Nadie la había visto entrar ni salir de la habitación de ese desconocido. Nadie la había visto meter la mano en ese tarro. Sí, se la habían encontrado vagando por el hotel mientras el durmiente sufría de ese modo tan extraño, y eso podría dar lugar a sospechas y quizá acusaciones; pero ella tenía preparadas todo tipo de protestas para negar todos los cargos contra su persona y, aunque nadie la creyese, tampoco la podrían condenar. Sin embargo, ahí estaba la prueba que era incapaz de rebatir. Nada más verlo, reconoció la gravedad de ese condenatorio pedazo de lino.

Durante todos los padecimientos de la noche no había pensado en ningún momento en el pañuelo, cuando tendría que haberse dado cuenta de que era una prueba palmaria y cierta contra ella. Su nombre, «M. Brown», estaba escrito con toda claridad en una esquina. ¡Qué tonta había sido al no pensar en

eso! De haberse acordado de esa sencilla marca que ella, como buena matrona británica precavida y organizada, ponía en toda su ropa, habría hecho lo que fuera con tal de recuperar el pañuelo. ¡Ay, ojalá hubiera despertado al hombre, o sobornado al portero, o incluso se lo hubiera contado a su marido! En cambio, ahora estaba sin amigos ni apoyo, por así decirlo; sin nada que pudiese decir en su defensa, acusada de cometer esa agresión contra un desconocido mientras este dormía en su cama para después abandonarlo a su suerte. Ese embrollo solo se solucionaría explicando toda la verdad, pero ¿cómo explicar toda la verdad, cómo contar semejante historia de manera que satisficiera a las partes agraviadas, y encima cuando a ella apenas le quedaba tiempo para coger el tren? Entonces se le ocurrió que no podían tener derecho legal alguno a retenerla porque hubiesen encontrado su pañuelo en el cuarto de un caballero desconocido.

—Sí, es mío —dijo volviéndose hacia su marido cuando el portero, en voz alta, preguntó si era *madame* Brown—. Cógelo, Charles, y vayámonos.

Como era de esperar, el señor Brown quedó atónito e inmóvil. Sí que hizo ademán de coger el pañuelo, pero el portero no parecía dispuesto a consentir que la prueba dejara de estar tan fácilmente bajo su custodia.

—¿A qué viene esto? —preguntó el señor Brown.

—A un caballero lo han… esto… esto… Bueno, que a un caballero le han hecho algo en su cuarto —dijo el empleado.

—¿Que le han hecho algo a un caballero? —repitió el señor Brown.

—Sí, algo muy malo —dijo el otro—. Mire —añadió mostrándole el estado en que se encontraba el pañuelo.

—Charles, que vamos a perder el tren —dijo su aterrorizada esposa.

—Pero ¿a qué demonios viene esto? —insistió el marido.

—¿Entró *madame* en el cuarto del caballero? —preguntó el empleado. Se hizo un terrible silencio durante el que todas las miradas estuvieron fijas en la dama.

—Pero ¿a qué viene esto? —quiso saber su marido—. ¿Entraste en el cuarto de alguien?

—Sí —contestó la señora Brown muy digna, mientras miraba a sus enemigos como un venado acorralado mira a los sabuesos que lo atacan—. Deme el pañuelo. —Sin embargo, el portero de noche se lo escondió rápidamente detrás de la espalda—. Charles, no podemos dejar que nos retrasen. Ya le escribirás una carta al director del hotel explicándolo todo.

Entonces intentó salir a toda prisa por la puerta principal al patio en que los aguardaba el vehículo, pero tres o cuatro hombres y mujeres se

interpusieron en su camino, e incluso su marido no parecía muy dispuesto a emprender viaje.

—Esta noche es Nochebuena y no vamos a llegar a Thompson Hall —dijo la señora Brown—. ¡Piensa en mi pobre hermana!

—¿Por qué entraste en el cuarto de ese hombre, querida? —le susurró su marido en inglés.

Pero el portero oyó el susurro y lo entendió; ese portero que no había recibido propina.

—Eso, ¿por qué? —preguntó él también en inglés.

—Fue un error, Charles, pero no tenemos tiempo que perder. Ya te lo explico todo en el carruaje.

Sin embargo, entonces el empleado sugirió que sería mejor que *madame* pospusiera un poco el viaje. El caballero de arriba había sido muy maltratado, y exigía saber por qué habían perpetrado semejante ultraje contra él. Añadió que no quería llamar a la policía —a lo que la señora Brown dio un grito ahogado de terror y se apretó contra el hombro de su marido—, pero no podía dejar que se fueran hasta que el caballero de arriba recibiese alguna satisfacción. Ya era totalmente imposible que cogieran en el primer tren. Hasta la señora Brown desistió, y en su lugar pidió a su marido que la llevase de nuevo a su cuarto.

—Pero ¿qué le decimos al caballero? —preguntó el portero.

También era totalmente imposible que la señora Brown le contara la historia allí en presencia de todo el mundo. El empleado, una vez que había impedido que se marchasen del hotel, se conformó con que el señor Brown le prometiese que preguntaría a su mujer cuáles habían sido esas misteriosas circunstancias y después bajaría a la oficina a explicarse. De ser necesario, estaba dispuesto a ver al caballero desconocido, que entonces supo que se trataba de un tal señor Jones que regresaba del este de Europa. También se enteró de que ese señor Jones tenía especial interés en coger el mismo tren de la mañana que ellos y había dado instrucciones muy específicas a ese respecto, pero en el último momento había dicho que no tenía fuerzas ni para vestirse por la injuria que había sufrido durante la noche. Cuando el señor Brown oyó todo eso, justo antes de que le permitiesen llevarse arriba a su mujer, la cual estaba sentada en un sofá de un rincón ocultándose el rostro, le sobrevino una expresión de sobrecogedora seriedad. ¿Qué le podía haber hecho su mujer a ese caballero que fuese tan terrible?

—Venga, vamos arriba —le dijo con severidad marital, y la pobre mujer acobardada lo acompañó dócilmente cual paciente Griselda[24]. No

intercambiaron ni una palabra hasta que estuvieron en su habitación con la puerta cerrada.

—¿Y bien? —preguntó él—. ¿Qué significa todo esto?

Habían pasado casi dos horas cuando el señor Brown bajó las escaleras muy despacio mientras le daba vueltas a todo en la cabeza. Poco a poco se había enterado de toda la verdad, y muy poco a poco había terminado por creérsela. En primer lugar, tenía que asimilar que su mujer le hubiese contado tantas mentiras durante la noche, aunque, como ella siempre alegaba al quejarse él de ese comportamiento, se las había contado todas por su bien. ¿Acaso no había hecho ella de todo con tal de conseguir la mostaza para alivio de él, y, una vez ganado el botín, no había ido corriendo a… (como había pensado ella con cariño) a ponérsela en la garganta? Y aunque después le hubiese mentido, ¿no había sido para no preocuparle?

—¿No estás enfadado conmigo porque estuve en el cuarto de ese hombre? —preguntó ella mirándolo a los ojos, por más que no pudiese dejar de sollozar. Él guardó silencio un instante y luego afirmó, con algo del tono de confianza de un buen marido, que no estaba en absoluto enfadado con ella por eso. Entonces su mujer lo besó y le recordó que, a fin de cuentas, no podían hacerles nada—. ¿Qué daño ha habido, Charles? El caballero no se va a morir porque haya tenido un emplaste de mostaza en el cuello. Lo peor es lo del tío John y mi querida Jane. ¡Con la importancia que le dan a que pasemos esta Nochebuena en Thompson Hall!

De nuevo en la oficina del empleado, el señor Brown pidió que subiesen su tarjeta al señor Jones. Este había mandado abajo la suya, que entregaron al señor Brown: «Sr. Barnaby Jones».

—¿Y qué es lo que pasó, señor? —preguntó el recepcionista con un susurro que tenía tanto de exigencia autoritaria como de cierto respeto sumiso. El empleado, por supuesto, se moría de ganas de conocer el misterio. Casi huelga decir que, para entonces, todo el mundo en ese vasto hotel se moría de ganas de que se aclarara el misterio. El señor Brown, sin embargo, no estaba dispuesto a contarle nada a nadie.

—Eso es algo entre el señor Jones y yo —dijo.

Subieron su tarjeta, y al poco él mismo fue conducido a la habitación del señor Jones. Era, claro está, esa misma habitación 353 que el lector ya conoce. El fuego estaba encendido, y los restos del desayuno del señor Jones sobre la mesa. Este se encontraba sentado en bata y zapatillas, con la pechera de la camisa abierta y un pañuelo de seda cubriéndole bastante suelto la garganta. Al entrar en el cuarto, el señor Brown miró muy preocupado, como

era natural, al caballero sobre cuyo estado había oído tan triste informe, pero lo único que observó fue cierta rigidez de movimientos y de comportamiento cuando el señor Jones volvió la cabeza para recibirlo.

—Ha sido un accidente muy desagradable, señor Jones —se disculpó el marido de la dama.

—¿Accidente? ¿Que esto ha sido un accidente? ¡Esto ha sido una… una…, he de decir que una injerencia de lo más… de lo más… de lo más intolerable en la intimidad y descanso personal de un caballero!

—En efecto, señor Jones, pero… por parte de la dama con quien estoy casado.

—Sí, eso tengo entendido. Yo mismo estoy a punto de casarme, así que entiendo lo que debe de sentir usted y no quiero decir nada que lo empeore. —El señor Brown se inclinó ante él en señal de agradecimiento, y el otro continuó—: Pero… el caso es que su señora me ha hecho esto.

—¡Es que creía que era yo!

—¿Qué?

—Le doy mi palabra de caballero, señor Jones. Mientras le ponía a usted ese potingue, creía que era yo. Se lo digo de verdad.

El señor Jones contempló a su nuevo conocido y negó con la cabeza. No le parecía posible que ninguna mujer cometiera semejante error.

—Yo tenía la garganta muy irritada —prosiguió el señor Brown—, lo que puede que todavía note usted —inciso este en el que quizá exagerase un poco las muestras de su dolencia—, así que le pedí a mi mujer que bajara a por…, bueno, a por lo que le puso a usted.

—Pues ojalá se lo hubiera puesto a usted —dijo el señor Jones llevándose la mano al cuello.

—Sí, desde luego, ojalá hubiera sido así tanto por el bien de usted como por el mío, y también por el de ella, pobrecita, que no sé yo cuándo va a conseguir recuperarse de esta conmoción.

—Tampoco sé cuándo me recuperaré yo, y encima esto ha impedido que continuara mi viaje. Tenía que reunirme esta noche, justo esta noche, esta Nochebuena, con la señorita con la que estoy prometido, pero, claro, yo así no podía viajar. El alcance de esta afrenta es inimaginable en estos momentos.

—Para mí también es muy grave, señor. Teníamos que reunirnos con nuestra familia esta Nochebuena. Había razones muy especiales, pero que muy especiales. Lo único que ha impedido que nos fuéramos es el enterarnos del estado de usted.

—Pero ¿por qué entró su señora en mi habitación? No lo entiendo. Una dama siempre sabe cuál es su habitación en un hotel.

—La de usted es la 353, y la nuestra la 333. ¿Se da cuenta de lo fácil que era que se equivocase? Se había perdido, y además le daba miedo que se le cayera el mejunje.

—Pues ojalá se le hubiera caído…

—El caso es que eso es lo que pasó. Bien, señor Jones, no me cabe duda de que aceptará usted las disculpas de una dama. Fue un error muy lamentable, lamentabilísimo, y ya no sé qué más puedo decir.

El señor Jones reflexionó unos momentos antes de contestar a eso. Pensó que no le quedaba más remedio que creerse la historia tal cual. De todos modos, tampoco sabía cómo podría decir que no se la creía, por más que le parecía casi increíble sobre todo por lo que respectaba a esa confusión de personas, ya que, salvo por que los dos tenían barbas largas y castañas, el señor Jones no creía que hubiese ningún parecido entre el señor Brown y él. No obstante, hasta eso tendría que dar por cierto. Pero, entonces, ¿por qué lo habían abandonado a su suerte para que sufriera ese tormento?

—Supongo que su señora terminaría dándose cuenta del error, ¿no? —preguntó.

—Sí, sí, claro.

—¿Y por qué no me despertó y me quitó eso?

—Ay…

—Digo yo que no le preocuparía mucho mi bienestar si se marchó y me dejó de ese modo.

—Ay, es que ese era el problema, señor Jones.

—¿El problema? ¿Y quién causó el problema? Entra en mi habitación en mitad de la noche, me pone esa cosa y luego me la deja puesta y se va sin decir nada. La verdad es que suena mucho a gastarle a uno una broma.

—No, no, señor Jones.

—Pues yo lo veo así —afirmó este armándose de valor.

—No hay mujer en toda Inglaterra, ni en toda Francia, menos dispuesta a hacer una cosa así que mi esposa. Es muy formal, señor Jones, y nunca se le ocurriría entrar en el cuarto de un caballero ni de broma ni… No, no, nunca. Piense que usted se va a casar pronto.

—A menos que esto lo cambie todo —replicó el señor Jones casi con lágrimas en los ojos—. Le juré a mi prometida que estaría con ella esta Nochebuena.

—Bueno, pero estoy seguro de que eso no va a suponer ningún obstáculo para su felicidad. ¿Y cree usted que su futura esposa haría algo así ni de broma?

—Ella jamás haría una cosa así, ni de broma ni de nada.

—¿Y cómo saber lo que le pueda ocurrir de pronto a uno?

—Por lo menos mi prometida despertaría después al pobre hombre. Estoy convencido. Ella nunca lo dejaría padecer de ese modo, que es muy buena. ¿Por qué no lo envió su mujer a usted a despertarme y explicármelo todo? Eso es lo que habría hecho mi Jane, y yo habría ido a despertarlo. Claro que todo eso sería imposible —añadió negando con la cabeza al caer en la cuenta de que su Jane y él todavía no estaban en condiciones de pasar juntos esos problemas. Finalmente, el señor Jones terminó reconociendo que ya no había nada más que se pudiera hacer. La dama le había enviado sus disculpas, le había dado todas las explicaciones y ahora él tenía que aguantarse todos los problemas e inconvenientes que ella le había causado. Aun así, seguía teniendo una opinión tan desfavorable del comportamiento de la dama, que le impedía dar ninguna muestra de concordia. Se limitó a inclinar la cabeza cuando el señor Brown intentó darle la mano y no envió palabra alguna de perdón a la gran culpable.

No obstante, el asunto quedó zanjado, con lo que no cabía esperar que fuese a intervenir la policía ni que no permitieran a la dama y su marido que se marcharan de París en el tren de la noche. Al final probablemente todo el mundo terminó enterándose de lo sucedido. El señor Brown fue interrogado por muchos y, aunque hubiera manifestado que no iba a contestar ninguna pregunta, consideró que sería mejor que le contase al empleado parte de la verdad en lugar de dejar que el asunto siguiera envuelto en el misterio. Es de temer que el señor Jones, el cual no apareció en público en todo el día, sino que dedicó todo el tiempo a intentar recomponerse de la injuria que había sufrido, siguiera convencido de que la dama le había gastado una broma. Mas como el receptor de una broma así nunca habla de ella, nadie, ni siquiera su amigable adepto el portero de noche, consiguió que dijese nada.

La señora Brown también permaneció recluida en su habitación, de la que no salió hasta la hora de bajar a coger el ómnibus. Arriba tomó las comidas, y arriba pasó el rato haciendo y deshaciendo el equipaje y pidiendo repetidas veces que mandaran telegramas a Thompson Hall. En el transcurso del día enviaron dos telegramas, en el último de los cuales se aseguraba a la familia Thompson que los Brown llegarían probablemente a tiempo de desayunar con ellos el día de Navidad, y sin duda a tiempo de ir a la iglesia. En más de una

ocasión se interesó con amabilidad por el señor Jones, pero no obtuvo ninguna información.

—Estaba muy enfadado, y ya no sé más —contestó el señor Brown.

Luego ella hizo un comentario sobre el nombre de pila del caballero, que figuraba en la tarjeta como «Barnaby».

—El futuro marido de mi hermana se llama Burnaby —dijo.

—Y este hombre se llama Barnaby. Es la única diferencia —apostilló su marido con inoportuna jocosidad.

Todos sabemos que las personas en circunstancias sospechosas tienden a no hacerse valer. El día anterior el señor Brown había encargado un vehículo que los llevase a su mujer y a él a la estación, pero ahora, después de sus desventuras, se contentó con aceptar el medio de transporte que el hotel pudiera facilitarles. A la hora señalada bajó a su mujer, la cual iba cubierta por un espeso velo. Según atravesaban el vestíbulo, había muchos extraños deseosos de ver a la dama que había hecho eso tan increíble a altas horas de la noche, pero ninguno pudo atisbar ni el menor rasgo de su rostro mientras su marido la llevaba a toda prisa hasta meterla en el ómnibus. Como también hubo muchos ojos pendientes del señor Jones, quien acto seguido apareció igual de rápido detrás de ella, ya que, pese a sus terribles males, se iba asimismo de París esa noche para poder reunirse con sus amigos ingleses el día de Navidad. Conforme avanzaba entre la multitud, adoptó un aire muy digno al que tal vez ayudase en algo sus esfuerzos por evitar que su pobre garganta se le irritara. Se montó en el mismo ómnibus que los Brown, tropezando en la oscuridad con los pies de su enemiga al subir. Una vez en la estación, sacaron los billetes casi de forma consecutiva, y luego se encontraron cara a cara en la sala de espera. Creo que hemos de dejar constancia de que en ese momento el señor Jones no solo fue muy consciente de que la tenía a ella delante, sino de que ella también lo era de tenerlo delante a él, y adoptó una actitud como si dijera: «¿Piensa que me voy a creer lo de que me confundió con su marido?». La señora Brown guardó absoluta calma, pero se pasó todo ese cuarto de hora con el rostro cubierto con el velo. El señor Brown hizo cierta tentativa de entablar conversación con él, pero el señor Jones, mascullando tan solo alguna breve respuesta entre dientes, dejó bien claro que no quería mayor relación con ellos. Luego vinieron la habitual estampida, las terribles prisas, la lucha intestina para conseguir asientos. Tengo la impresión de que hasta los más lentos acostumbran a conseguir asientos, pero siempre parece que los padres y maridos británicos actúan en esos momentos tumultuosos guiados por la convicción de que, a menos que

demuestren ser verdaderos Hércules, sus mujeres, hijas y ellos habrán de quedarse desolados en París. El señor Brown estuvo muy hercúleo, llevando él mismo dos bolsos y una sombrerera, además de las capas, abrigos, mantas de viaje, bastones y paraguas. Sin embargo, en cuanto su mujer y él estuvieron bien sentados, de cara a la locomotora y con la señora Brown en la esquina, el señor Jones ocupó el sitio de enfrente de ella. Nada más darse cuenta de lo inconveniente de su ubicación, el señor Jones intentó rápidamente encontrar otro asiento, pero ya era demasiado tarde. Tendrían que viajar hasta Dover con tanta contigüidad. Ella, la pobre, no se levantó el velo en ningún instante. Y él permaneció sin cerrar ojo, tieso como un palo de escoba, mostrando a veces con algún gesto de incomodidad que todavía tenía molestias en el cuello, y sin decir una palabra ni apenas mover un músculo.

Durante la travesía de Calais a Dover la dama se mantuvo, por supuesto, apartada de su víctima. Fue un viaje muy malo, y en más de una ocasión la señora Brown recordó a su marido lo bien que estarían si lo hubieran hecho como pretendía ella en un principio —¡como si los hubiesen retenido en París por culpa de él!—. Por su parte, el señor Jones, reclinado en su asiento, se dedicó a preguntarse si alguno de los hombres que tenía delante habría sufrido alguna vez injuria tan terrible. De vez en cuando se llevaba la mano a la barba, y empezó a dudar que se la pudieran haber movido, como tenían que haber hecho, sin que él se despertara. ¿No habrían usado cloroformo? Muchas sospechas de ese estilo le pasaron por la cabeza a lo largo de tan incómoda travesía.

Volvieron a coincidir en el mismo vagón del tren de Dover a Londres. Para entonces ya se habían acostumbrado a tanta cercanía y sabían soportar la presencia del otro. Sin embargo, el señor Jones todavía no le había visto la cara a la dama, y tenía muchas ganas de conocer los rasgos de la mujer que había estado tan ciega (eso siempre que la historia fuese verdad); y, en el caso de que no lo fuera, de ver cómo era la mujer que se había atrevido en mitad de la noche a gastarle esa jugarreta. Mas ella seguía muy cubierta con el velo.

En Cannon Street los Brown cogieron un coche de alquiler a la estación de Liverpool Street, de donde el ferrocarril de la compañía Eastern Counties los llevaría a Stratford. Ahora, cuando menos, ya habían terminado sus problemas. Llegarían con tiempo de sobra no solo al servicio religioso del día de Navidad, sino al desayuno previo.

—Va a ser lo mismo que si hubiéramos estado allí anoche —afirmó el señor Brown mientras recorrían el andén para meter a su mujer en el tren. Ella entró primero y, al hacerlo, ¡vio al señor Jones sentado en un rincón! Hasta

ese momento había sido capaz de tolerar su presencia bastante bien, pero ahora no pudo evitar dar un pequeño respingo y soltar un pequeño grito. Él inclinó la cabeza muy ligeramente, como si respondiera al cumplido, y entonces ella se quitó el velo. Cuando llegaron a Stratford al cabo de un cuarto de hora, Jones se bajó del vagón antes que los Brown.

—Ahí está el carruaje del tío John —dijo la señora Brown creyendo que, por fin, se iba a librar de tener que ver a ese terrible extraño. Desde luego era un hombre apuesto, pero jamás había posado ella la mirada en rostro alguno de expresión tan adusta y hostil. Tal vez no reflexionara también que jamás ella había agraviado tanto al poseedor de ningún otro rostro.

La señora Brown en Thompson Hall

-Perdone, señor, pero tenemos que recoger al señor Jones —dijo el sirviente metiendo la cabeza por la ventanilla del carruaje después de que los Brown se hubieran montado.

—¿El señor Jones? —exclamó el marido.

—Pero ¿por qué nombra al señor Jones? —quiso saber la esposa. Y cuando el sirviente estaba a punto de ofrecer una explicación, el señor Jones se montó y se presentó como tal—. Vamos a Thompson Hall —explicó la dama con mucha contundencia.

—Y yo también —respondió el señor Jones con mucha dignidad. No obstante, lo dispusieron de forma que él se sentara con el cochero, ya que en la parte trasera del carruaje también había sitio para el sirviente. Pusieron todo el equipaje en una carreta y allá que se fueron todos a Thompson Hall.

—¿Qué crees que significa esto, Mary? —preguntó entre susurros tras un momento de silencio el señor Brown, a quien era evidente que atemorizaba semejante circunstancia.

—No lo entiendo. ¿Qué crees tú?

—No sé qué pensar. ¿Como es que Jones va a Thompson Hall?

—Es un joven muy apuesto —dijo la señora Brown.

—Bueno, habrá quien opine eso, pero a mí me parece un sujeto muy estirado y creído. Todavía no te ha perdonado por lo que le hiciste.

—¿Perdonarías tú a su mujer, Charles, si ella te lo hiciera?

—Él no tiene mujer; vamos, no la tiene por ahora.

—¿Cómo lo sabes?

—Precisamente vuelve a casa para casarse —explicó el señor Brown—, y se va a reunir con su prometida este día de Navidad. Eso me dijo él. Es una de las razones por las que le enfadó tanto tener que retrasar el viaje por lo que le hiciste.

—Supongo que conocerá al tío John, o de lo contrario no se dirigiría a la casa —comentó ella.

—No sé, no entiendo nada —dijo el señor Brown negando con la cabeza.

—La verdad es que parece un caballero —prosiguió la señora Brown—, aunque haya estado tan estirado… ¡Jones! ¡Barnaby Jones! ¿Estás seguro de que se llama Barnaby?

—Eso ponía en la tarjeta.

—¿Y no ponía Burnaby?

—En la tarjeta ponía Barnaby, como en *Barnaby Rudge*[25], y, en cuanto a eso de que parezca un caballero, no estoy yo tan seguro. Un caballero acepta una disculpa cuando se le ofrece.

—Tal vez eso dependa de cómo tenga la garganta, querido. Si tú hubieras tenido un emplaste de mostaza puesto toda la noche, no te haría mucha gracia. ¡Ah, pero al fin estamos en Thompson Hall!

Thompson Hall era una vieja mansión de ladrillo, que se erigía tras una enorme verja de hierro y tenía una avenida de gravilla delante. Llevaba allí desde antes de que Stratford fuese un pueblo o incluso un barrio del este de Londres, cuando se llamaba Bow Place. Sin embargo, hacía treinta años que pertenecía a la familia Thompson, por lo que todo el mundo la conocía como Thompson Hall: un lugar acogedor, espacioso y anticuado, tal vez un poco oscuro y nada llamativo, pero de construcción mucho más sólida que la mayoría de nuestras villas modernas. La señora Brown se bajó con toda presteza del carruaje y con paso rápido entró en el hogar de sus antepasados. Aunque su marido la siguió más lentamente, él también se sentía en casa en Thompson Hall. A continuación apareció el señor Jones, pero con aire de no sentirse en casa en absoluto. Todavía era muy temprano y nadie de la familia había bajado aún. En tales circunstancias, se hacía casi imperativo decirle algo al señor Jones.

—¿Conoce al señor Thompson? —le preguntó el señor Brown.

—No he tenido el gusto de conocerlo de momento —contestó el señor Jones con mucha frialdad.

—Ah, no lo sabía. Como ha dicho usted antes que venía aquí…

—Sí, y aquí estoy. ¿Son ustedes amigos del señor Thompson?

—Sí, por supuesto —dijo la señora Brown—. De hecho, yo era una Thompson antes de casarme.

—¡Vaya…! —exclamó el señor Jones—. Qué curioso…, de lo más curioso, ya lo creo.

Mientras hablaban, estaban entrando su equipaje en la casa, y dos sirvientes de toda la vida de la familia les ofrecían asistencia. ¿Querían los recién llegados subir a sus cuartos? Entonces la señora Green, el ama de llaves, dijo, acompañándose de un guiño de ojo, que estaba segura de que la señorita Jane bajaría enseguida. Aun así, entretanto la situación continuaba siendo muy violenta. Probablemente la dama ya hubiera adivinado el misterio, pero los dos caballeros seguían en la inopia. Aunque sin duda la

señora Brown le había explicado su parentesco, el señor Jones, con tal multitud de hechos extraños en la cabeza, no la había terminado de entender. Como era suspicaz por naturaleza, empezaba a pensar si cabría la posibilidad de que el que esa señora le hubiera puesto la mostaza en la garganta pudiese estar relacionado con sus vínculos con Thompson Hall. ¿No sería que ella, por la razón que fuese, quería impedir que llegara allí y por eso había ideado tan indigna estratagema? ¿O que quería que él quedase en ridículo ante la familia Thompson, que todavía no lo conocían? Cada vez le parecía más improbable que todo eso hubiera sido un accidente. Cuando, después de los primeros horribles tormentos de la mañana en que, desesperado, había pedido ayuda al portero de noche, empezase a reflexionar sobre la situación, había decidido que sería mejor que no se hablara más de lo sucedido. ¿Qué sentido tendría la vida para él si allá donde fuera se lo conociese como el hombre al que una dama desconocida había puesto un emplaste de mostaza en mitad de la noche? Lo peor de esa clase de bromas es que a uno le cuesta muchísimo librarse de que lo asocien con la situación tan absurda en que se ha visto. En el hotel, ese portero de noche, después de hacerse con el pañuelo, leer el nombre y relacionarlo con la ocupante de la 333 a la que se había encontrado vagando por los pasillos con algún extraño propósito, no había dejado que el asunto pasara desapercibido, sino que había insistido en que los culpables eran los Brown y había provocado la entrevista que aquí hemos transcrito. Sin embargo, a lo largo del día el señor Jones había tomado la decisión de que nunca volvería a pensar en los Brown ni a hablar de ellos. Le habían hecho una gran injuria, una injusticia de lo más atroz, pero tendría que aguantarse. Una horrible mujer se había presentado de pronto en su vida como una pesadilla, pero lo único que él podía hacer era intentar olvidarse de tan terrible visita pesada. Eso es lo que había resuelto en ese largo día en París. ¡Pero entonces los Brown se le habían pegado desde el momento en que había salido de su habitación! Aunque se había visto obligado a viajar con ellos, siempre lo había hecho como si no los conociera de nada. Había intentado consolarse pensando que en la siguiente etapa del viaje se los quitaría de encima. En un tren tras otro su proximidad le había resultado nociva, pero jamás había dejado de hacer como si no los conociera de nada. Y ahora estaba en la misma casa que ellos, y por supuesto se sabría todo. ¿No lo habrían hecho a propósito para que terminara sabiéndose todo en Thompson Hall?

La señora Brown accedió a la propuesta del ama de llaves y, cuando estaba a punto de ser conducida a su habitación, se oyeron pasos por el pasillo

de arriba y por las escaleras, tras lo que apareció en escena una joven dando saltos.

—¡Habéis llegado todos un cuarto de hora antes de lo que pensábamos! —dijo—. ¡Con las ganas que tenía yo de estar ya levantada para recibiros!

Dicho lo cual, dejó a su hermana en las escaleras —pues la joven era la señorita Jane Thompson, hermana de nuestra señora Brown—, y bajó corriendo a la entrada. Allí el señor Brown, que siempre se había llevado muy bien con su cuñada, se adelantó para recibir su abrazo, pero ella, llevada por el entusiasmo, no pareció verlo y en su lugar se abalanzó contra el pecho del otro caballero.

—Este es mi Charles —dijo—. Ay, Charles, creía que no ibas a llegar nunca.

El señor Charles Burnaby Jones, pues tal era su nombre desde que había heredado la finca de los Jones de Pembrokeshire, recibió en sus brazos a la apasionada joven de su corazón con todo el amor y devoción que a ella correspondía, pero sin que pudiera evitar encogerse un poco de su abrazo.

—Pero, Charles, ¿qué te pasa? —preguntó ella.

—Nada, querida mía, es solo que… que…

Entonces miró implorante a la señora Brown, como si le rogase que no contara la historia.

—Creo que deberías presentarnos, Jane —dijo la señora Brown.

—¿Que os presente? ¿No habéis estado viajando juntos, y os alojasteis en el mismo hotel y todo eso?

—Sí, pero la gente se puede alojar en el mismo hotel y no llegar a conocerse. Y hemos hecho todo el viaje con el señor Jones sin tener ni idea de quién era.

—¡Qué raro! Entonces ¿no habéis hablado nunca?

—Ni una palabra —afirmó la señora Brown.

—Espero con todas mis ganas que os llevéis muy bien —dijo Jane.

—No será por mi culpa si no es así —contestó la señora Brown.

—Y desde luego tampoco por la mía —dijo el señor Brown ofreciendo la mano al otro caballero. Las diversas emociones del momento resultaron excesivas para el señor Jones, quien fue incapaz de reaccionar como era debido. No obstante, mientras lo llevaban a su cuarto decidió que lo arreglaría como mejor pudiera.

El dueño de la casa era el anciano tío John. Por ser soltero, vivían con él varios miembros de la familia. Estaba el gran Thompson por antonomasia, el primo Robert, ahora parlamentario por los llanos de Essex, y también John el

joven, como llamaban a cierto Thompson muy emprendedor de cuarenta años de edad, así como la anciana tía Bess y, entre otras ramas más jóvenes, la señorita Jane Thompson, prometida con el señor Charles Burnaby Jones. Ningún otro miembro de la familia conocía todavía al señor Burnaby Jones, y este, de natural retraído, no se sintió muy cómodo cuando se reunió en el comedor del desayuno con todos los Thompson. Aunque ellos, que sabían que era un caballero de buena familia y abundantes medios, aprobaban el enlace, durante ese primer desayuno navideño no pareció que él aceptara su favorable situación con mucha jovialidad. Tenía a su Jane sentada a su lado, pero justo enfrente a la señora Brown. Esta adoptó de inmediato un aire de intimidad con él, como saben hacer muy bien las mujeres en esas ocasiones, ya que estaba decidida a considerar desde el principio al futuro marido de su hermana como un hermano; sin embargo, Jones le seguía teniendo miedo. Para él era aún la mujer que se había metido en su cuarto a altas horas de la noche con esa horrible mixtura y después lo había abandonado a su suerte en semejante estado.

—Qué extraño que tanto Charles como vosotros os vierais retenidos en París justo el mismo día —comentó Jane.

—Sí, es extraño —asintió la señora Brown con una sonrisa, mirando a su vecino de mesa.

—Es que hacía un tiempo malísimo —alegó Brown.

—Con lo decididos que estabais todos a llegar para Nochebuena —dijo el anciano caballero—. Al recibir los dos telegramas a la vez, nos convencimos de que había algún acuerdo entre vosotros.

—No fue exactamente un acuerdo —repuso la señora Brown, lo que hizo que la expresión del señor Jones se tornara muy adusta.

—Yo creo que aquí hay algo que nos falta por entender… —comentó el parlamentario.

Luego se fueron todos a la iglesia, como corresponde a una familia unida el día de Navidad, y volvieron a casa para tomarse a las tres una buena comida inglesa de las de toda la vida: un solomillo de ternera bien gordo, un pavo que parecía un avestruz, un budín de pasas más grande que el pavo y dos o tres docenas de pastelillos de frutos secos.

—Qué pedazo de ternera más grande —se sorprendió el señor Jones, que llevaba tiempo sin residir mucho en Inglaterra.

—No parecerá tan grande cuando todos nuestros amigos de la cocina le hinquen el diente —dijo el anciano caballero—. Y un budín de pasas nunca es

demasiado grande el día de Navidad —añadió—, siempre que la cocinera se esmere con él. Jamás he visto que sobrara nada.

Para entonces ya habían tenido lugar ciertas explicaciones sobre lo sucedido entre las dos hermanas. Sí, la señora Brown se lo contó todo a Jane: que, por lo enfermo que estaba su marido, no le había quedado más remedio que bajar a por la mostaza y lo que después había hecho con ella.

—Pues la verdad es que yo no creo que se parezcan en nada, Mary, si es a eso a lo que te refieres —dijo Jane.

—Bueno, sí, puede que no se parezcan mucho, pero es que solo le vi la barba. Ya sé que fue una estupidez, pero es lo que hice.

—¿Y por qué no se lo quitaste después? —le preguntó su hermana.

—Ay, Jane, ponte en mi lugar. ¿Se lo podrías haber quitado tú?

A eso siguió, por supuesto, la explicación de todo lo ocurrido a continuación: que les habían impedido proseguir viaje, que Brown se había disculpado como mejor había podido y que Jones había viajado con ellos sin decir ni una palabra. Solo hacía una semana que este caballero había adoptado el nombre que le correspondía tras recibir la herencia, pero, como era normal, se había imprimido enseguida su nueva tarjeta de visita.

—Seguro que me habría dado cuenta si no se hubiesen confundido con el primer nombre. Charles dijo que era como el de *Barnaby Rudge*.

—No es como ese en absoluto —dijo Jane—. Y Charles Burnaby Jones es un nombre que está muy bien.

—Sí, sí, muy bien, y estoy convencida de que dentro de nada ya se le habrá pasado el disgusto del accidente.

El secreto no se propagó más antes de la comida, pero, aun así, se extendió entre los Thompson, e incluso entre el servicio, la sensación de que existía algún secreto. La vieja ama de llaves estaba segura de que la señorita Mary, como todavía llamaba a la señora Brown, tenía algo que contar relacionado con el bienestar del señor Jones. El cabeza de familia, anciano muy perspicaz, era de la misma impresión, y el parlamentario, convencido de que a él nunca deberían ocultarle ningún secreto, casi estaba enfadado. El señor Jones, sufriendo de algo parecido, se pasó toda la comida callado y descontento. Cuando hubieron hecho varios brindis —a la salud de la reina, a la del anciano caballero, a la de la joven pareja, a la de Brown y a la de todos los Thompson—, las lenguas empezaron a soltarse con la bebida y el tío dijo:

—Sé que en París ocurrió algo entre estos jóvenes que todavía no conocemos.

Entonces la señora Brown se echó a reír y Jane, riendo también, le dio a entender al señor Jones que estaba al tanto de todo.

—Si hay algún misterio, espero que se nos cuente de inmediato —exigió indignado el parlamentario.

—Venga, Brown, ¿de qué se trata? —dijo otro primo.

—Bueno, hubo un accidente, pero mejor que lo cuente Jones.

Este frunció el ceño y puso cara de muy pocos amigos, pero no dijo nada.

—No te enfades con Mary —le susurró su enamorada al oído.

—Venga, Mary, que tú nunca has sido reacia a hablar —le pidió su tío.

—Mira que odio estas cosas… —comentó el parlamentario.

—Bien, lo voy a contar todo —dijo la señora Brown casi a punto de llorar, o bien fingiendo que estaba casi a punto de llorar—. Sé que estuvo muy mal y le ruego al señor Jones que me perdone, y si no me dice que me perdona, nunca podré volver a ser feliz.

Dicho lo cual, juntó las manos y, volviéndose, lo miró implorante a la cara.

—Sí, claro que la perdono —dijo el señor Jones.

—¡Hermano mío! —exclamó la señora Brown abrazándolo y besándolo. Él rehuyó el abrazo, pero creo que intentó devolverle el beso—. Y ahora lo voy a contar todo —anunció ella.

Y lo hizo, reconociendo su culpa con verdadera contrición y jurando que la expiaría con devoción de hermana para toda la vida.

—¿Que le pusiste la cataplasma de mostaza al hombre que no era? —dijo el anciano caballero a punto de caerse de la silla de la risa.

—Sí —contestó la señora Brown sollozando—, y creo que jamás mujer alguna habrá sufrido lo que yo.

—¿Y Jones no os dejaba marcharos del hotel?

—Bueno, en realidad fue por el pañuelo —apuntó Brown.

—Si llega a tratarse de alguna otra persona —dijo el parlamentario—, podría haber tenido consecuencias muy serias, por no decir deshonrosas.

—Eso son tonterías, Robert —repuso la señora Brown, que no estaba dispuesta a consentir el uso de un término tan severo ni siquiera a su primo el legislador.

—¡Tú en el cuarto de un desconocido! —prosiguió este—. En fin, esto demuestra que lo que siempre he dicho es cierto: uno no se debe acostar nunca en casa ajena sin echar primero la llave de su cuarto.

Aun así, fue una reunión muy jovial, y antes de que terminara la velada el señor Jones ya se sentía a gusto, e incluso consiguieron que reconociera que

probablemente el emplaste de mostaza no le fuese a causar daños permanentes.

ANTHONY TROLLOPE

LA RAMA DE MUÉRDAGO
(1861)

-Deja que los chicos la pongan si quieren —dijo la señora Garrow a su única hija en defensa de sus dos hijos.

—No empiece, mamá, por favor —contestó Elizabeth Garrow—. Eso solo sirve para que la gente se ponga a retozar, que es algo que detesto, y estoy segura de que a la señorita Holmes tampoco le haría mucha gracia.

—Pues siempre la poníamos en Navidad cuando éramos pequeños…

—¡Ay, mamá, pero los tiempos han cambiado mucho!

El motivo de discusión era uno de naturaleza muy delicada, que ni siquiera en la ficción apenas se toca en toda su extensión, y cuya misma mención entre una madre y una hija mostraba la mucha confianza que existía entre ellas. Se trataba nada menos que de lo siguiente: ¿debían permitir que esa rama de muérdago que Frank Garrow había cogido en los bosques de Lowther colgase en Nochebuena en el comedor de Thwaite Hall como él quería, o bien negarle el permiso rotundamente? Quedó claro en esa conversación que no lo debían hacer, por lo que la señora Garrow se decidió en sentido contrario[26].

Me inclino a pensar que la señorita Garrow tenía razón al decir que los tiempos habían cambiado por lo que respecta a las ramas de muérdago. Me temo que besarse ahora es menos inocente que en los días de nuestras abuelas, y que nos hemos vuelto más quisquillosos a la hora de divertirnos. No obstante, también creo que la señorita Garrow se buscó recibir todas las pullas con que la atacaron sus hermanos.

—*Honi soit qui mal y pense*[27] —le dijo Frank, de dieciocho años.

—A ti no te querrá besar nadie, *milady* Señoritinga —dijo Harry, tan solo un año menor.

—Porque tú quieras ponerte puritana, nos tenemos que quedar sin diversión en esta casa —dijo Frank.

—En fin, ya sabemos eso que se dice de «cuídate del agua mansa» —añadió Harry.

Los chicos no habían estado presentes cuando la señora Garrow y su hija habían hablado del asunto y lo habían decidido, como tampoco estaba la

señora Garrow presente cuando hubo ese intercambio de cortesías entre hermanos y hermana.

—Porque lo ha dicho mamá y no quiero que parezca que voy en su contra —dijo Frank—, pero seguro que, si se lo pidiera a nuestro padre, él no cedería a semejantes tonterías.

Elizabeth se dio la vuelta sin responder y salió de la habitación. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no quería que sus hermanos vieran que la habían irritado. Solo hacía dos días que habían llegado a casa del colegio para pasar las vacaciones, y la semana anterior a su llegada ella la había dedicado por entero a prepararlo todo para que se encontrasen a gusto en Navidad. Les había arreglado sus cuartos para que estuvieran acogedores y bonitos. De su bolsillo había comprado una cartuchera para uno y patines para el otro. Le había dicho al viejo mozo de cuadra que su poni sería de propiedad exclusiva del señorito Harry durante las vacaciones, y ahora Harry le había soltado eso de «cuidarse del agua mansa». Había tenido que emplear a fondo toda su elocuencia para convencer a su padre de que le comprase esa escopeta a Frank, y ahora Frank la había llamado puritana. ¿Y todo por qué? Porque ella no quería que una rama de muérdago colgase del recibidor de su padre cuando Godfrey Holmes fuera a visitarlos. No se lo podía explicar a Frank, pero este tendría que haber estado más espabilado y darse cuenta por sí mismo. Sin embargo, Frank solo pensaba en Patty Coverdale, una chica muy retozona de dieciséis años y ojos azules que, junto con su hermana Kate, iba a llegar de Penrith para pasar las Navidades en Thwaite Hall. Elizabeth salió de la habitación con paso lento y grácil y ocultando las lágrimas; de hecho, escondiendo todas sus emociones, como de un tiempo a esa parte se había enseñado que correspondía a una fémina.

—Ahí va *milady* Señoritinga —la siguió la voz estridente de Harry.

Thwaite Hall no era un lugar muy pretencioso. Consistía en una casa de tamaño medio rodeada de bonitos jardines, muy cerca del río Eamont en el lado de Westmorland de este, que daba a una preciosa ribera boscosa de Cumberland. Como todo el mundo sabe, el Eamont sale del lago Ullswater, dividiendo los dos condados, y, tras pasar por el puente de Penrith y cerca de las viejas ruinas del castillo de Brougham, más abajo se une al río Eden. Thwaite Hall, enclavada sobre el limpio y rocoso arroyo, más o menos a mitad de camino entre el Ullswater y la ciudad de Penrith, había sido construida justo en una curva del río. Las ventanas del comedor y del salón estaban en ángulo recto, y desde cada una se dominaba un tramo del riachuelo. De una puerta lateral de la casa bajaban unos escalones por las

rocas rojizas hasta el borde del agua, y allí siempre había un pequeño bote amarrado con una cadena. Esta cadena se extendía sobre el río, fija a unas abrazaderas clavadas en la roca a cada lado, y de ese modo el bote podía cruzarlo sin ayuda de remos o zaguales. De la orilla opuesta salía un sendero que, atravesando el bosque y los campos, llegaba a Penrith, y era la ruta habitual de comunicación entre Thwaite Hall y esa ciudad.

El comandante Garrow era un oficial retirado del cuerpo de ingenieros que había servido en todas partes del mundo, y ahora pasaba el ocaso de sus días en esa pequeña finca que había heredado de su padre. Poseía unas veinte hectáreas de tierra, y también era dueño de una granja bastante cerca de allí que estaba arrendada. Con eso, además de su media paga y las rentas de las mil libras de su mujer, le bastaba para pagar la educación de sus hijos y vivir bastante bien. Era un hombre delgado y enjuto, de costumbres tranquilas, indolentes y literarias. Había trabajado toda la vida, y ahora podía permitirse disfrutar de la que le quedaba. Ya su única preocupación era dejar bien situados a sus hijos e hijas, y, hasta donde alcanzaba a ver, no parecía que hubiese motivos para que se fuera a llevar una decepción. Eran unos jóvenes inteligentes, agraciados y bien dispuestos, así que, en líneas generales, podríamos decir que el sol brillaba intensamente sobre Thwaite Hall. Y de la señora Garrow podemos sin duda afirmar que se merecía ese brillo.

En años anteriores era costumbre de la familia tener invitados en Thwaite Hall durante las Navidades. Habían dejado a Godfrey Holmes bajo la custodia del comandante Garrow y, como aquel siempre había pasado las vacaciones navideñas en casa de su tutor, probablemente eso hubiera dado inicio a dicha costumbre. Luego estaban las Coverdale, primas de los Garrow, que también solían ir de pequeñas. Las últimas Navidades se había roto la tradición por encontrarse el joven Holmes en el extranjero. Con anterioridad todos habían sido aún unos niños a excepción de él, pero, ahora que se iban a volver a reunir, ya no lo eran. Elizabeth, en cualquier caso, ya no era una niña, pues contaba diecinueve veranos. Y también iba a estar Isabella Holmes, dos años mayor que Elizabeth y educada en Bruselas. Además, para esta Thwaite Hall era prácticamente un lugar extraño, pues nunca había asistido a esas reuniones navideñas de antes.

Y ahora permítanme que empiece mi relato revelando el secreto de una señorita. Elizabeth Garrow ya había estado enamorada de Godfrey Holmes, o quizá sea más apropiado decir que Godfrey Holmes ya había estado enamorado de ella. Ya habían estado prometidos y, ay, ya habían decidido que debían romper el compromiso. Ahora el joven Holmes tenía veintisiete

años y trabajaba en un banco de Liverpool, y no de mero empleado sino de subdirector con muy buen sueldo. Era un hombre adinerado, pues además disponía de fondos propios y, por lo tanto, podía permitirse contraer matrimonio. Unos dos años antes, la víspera de que él se marchara de Thwaite Hall, le había susurrado dubitativo a Elizabeth al oído que la amaba, y ella había salido corriendo temblorosa en busca de su madre. «Godfrey, mi muchacho —le dijo el comandante al despedirse de él a la mañana siguiente —, Bessy no es más que una niña, demasiado joven para pensar en esas cosas». Las Navidades siguientes Godfrey las pasó en Italia, y parecía que el asunto había quedado zanjado, o al menos eso se dijeron los padres de ella. Sin embargo, la joven pareja se vio en verano, y entonces la muchacha escribió una jubilosa carta a su madre: «¡Queridísima mamá, le he dicho que sí! ¡Cuánto lo quiero! Pero no se lo cuente a papá aún, porque no le he dicho que sí del todo. Creo que estoy segura, pero tampoco del todo. No estoy segura del todo de que él lo esté». Y, dos días después, llegó otra carta que no tenía nada de jubilosa: «Queridísima mamá, no puede ser. No vamos a seguir adelante. Los dos estamos de acuerdo en que es imposible. Cuánto me alegro de que no se lo haya contado al querido papá, porque me habría sido muy difícil conseguir que me entendiese. Usted sí que me entenderá cuando se lo cuente con detalle y le repita hasta la última palabra de él. No obstante, hemos acordado que todo siga como si no hubiera pasado nada, y él irá a pasar las Navidades con nosotros como siempre. No tendría sentido que papá y él no se vieran, y además ahora no podemos darle el disgusto a Isabella. Es mucho mejor en todos los sentidos que no haya habido ninguna pelea entre nosotros. Seguimos apreciándonos. Yo desde luego lo aprecio, pero sé que no lo haría feliz si me convirtiera en su esposa. Él dice que la culpa es mía. Yo, al menos, no le he dicho nunca que creo que la culpa es suya». De todo lo cual se comprueba que había mucha intimidad entre madre e hija.

Elizabeth Garrow era muy buena chica, pero casi podríamos plantearnos si no sería demasiado buena. Había aprendido, o eso creía ella, que la mayoría de las chicas eran insulsas, tontas e inútiles, entregadas principalmente a la diversión y el ansia de conseguir enamorados, y ella había decidido que no iba a ser así. Se impuso como tareas la laboriosidad, el sacrificio y la religiosidad, y se dedicó a llevarlas a cabo con mucha convicción. Sin embargo, tales tareas, pese a estar excelentemente adaptadas para ayudar a una señorita en el trabajo de vivir, también puede que, de excederse con ellas, tengan el efecto de no ayudarla en ese trabajo. Cuando Elizabeth Garrow decidió que encontrar marido no era el *summum bonum*[28] de la vida, hizo

muy bien. Está muy bien que una señorita se sienta capaz de vivir felizmente sin necesidad de tener marido. No obstante, al inculcarse eso también se inculcó que tenía cierto mérito negarse a ser el placer natural de un enamorado, por mucho que tener un enamorado fuese compatible con sus obligaciones para consigo misma, sus padres y el mundo en general. No es que decidiera que no iba a tener ningún enamorado. No tomó semejante resolución, y cuando el enamorado idóneo apareció, lo dejó entrar en su corazón. Mas también se dijo inconscientemente que debía ponerse en guardia, no fuera a ser que tanta felicidad propia la traicionara y volviese débil. Resolvió que amaría a su señor, pero no lo adoraría, y que solo le entregaría su corazón como se lo entregaría a un ser humano como ella misma. Se comportó de acuerdo con tan elevadas resoluciones, y de ahí que el señor Godfrey Holmes le dijera, como era bastante de esperar, que «la culpa era de ella». Elizabeth había decidido que no adoraría a su enamorado, y tal vez él hubiera decidido que quería que lo adorasen.

Era una joven hermosa, de suave cabello castaño oscuro y suaves pestañas largas y oscuras: ojos grises tiernos y luminosos, rostro ovalado y mejillas y barbilla que guardaban perfecta simetría. Habitualmente era de comportamiento tranquilo, pero si la provocaban podía volverse muy enérgica y expresarse con mucha convicción y casi ardor. Su defecto era que sentía demasiada veneración por el martirio en general, además de creer inconscientemente que lo apropiado para una joven era ser infeliz en secreto: que lo apropiado para una joven, podríamos decir, era tener una fuente de infelicidad oculta para el mundo y sobrellevarla sin que se dejara notar en absoluto en su alegría exterior. Conocemos la historia del chico espartano que se escondió el zorro bajo la túnica. El zorro le devoraba las entrañas, pero el joven héroe nunca dijo ni una palabra. Pues bien, Bessy Garrow tendía a pensar que estaba bien tener un zorro siempre devorándote, con tal de que el tormento no alterase tus sonrisas. En esos momentos el zorro de su corazón la estaba devorando amargamente, pero ella lo soportaba sin pestañear.

—Si prefieres que no venga, lo puedo arreglar —le había dicho su madre.

—¡Por nada del mundo! —contestó ella—. Yo nunca podría volver a tener buen concepto de mí misma.

Su madre cambió de opinión más de una vez sobre lo que sería mejor que hiciera, pensando únicamente en el bienestar de su hija. «Si él viene, se reconciliarán y ella será feliz», fue lo primero que pensó, pero luego hubo una severa rigidez de intenciones en las palabras de Bessy al hablar del señor Holmes que echó por tierra esa esperanza, y durante algún tiempo la señora

Garrow consideró que sería mejor que el joven no fuera. Sin embargo, Bessy no estaba dispuesta a consentirlo. Eso desconcertaría a su padre, estropearía los planes de otros y sería una muestra de debilidad por su parte. Él iría, y ella lo soportaría sin pestañear mientras el zorro le devoraba el corazón.

Esa batalla del muérdago se libró la víspera de Navidad por la mañana, y los Holmes llegaron por la tarde para Nochebuena. Isabella era casi una extraña, por lo que al principio recibió buena parte de la atención. Elizabeth y ella se habían visto una vez, y, aunque llevaban uno o dos años carteándose, en persona nunca habían tenido una relación íntima. Lamentablemente para Elizabeth, la historia de que Godfrey se había declarado y había sido aceptado le fue comunicada a Isabella, como por supuesto también lo fue inmediatamente a continuación la de la ruptura. Ahora sería imposible no hablar del tema. «Queridísima Isabella, dejémoslo correr como si nunca hubiera ocurrido», le había escrito Elizabeth en una de sus cartas. Sin embargo, a veces es muy difícil dejar correr las cosas como si nunca hubiesen ocurrido.

Esa primera velada transcurrió muy bien. También estaban presentes las dos chicas Coverdale, y hubo mucha conversación y risas alborozadas que no vino nada mal que fueran ante todo de carácter juvenil. Isabella Holmes era una joven distinguida, alta y atractiva, jovial y fácil de complacer, de modales bastante afrancesados y perfectamente capacitada para cuidar de sí misma. No obstante, no consideraba que los juegos de cartas fueran algo indigno de ella, ni trató a los chicos con desprecio. Godfrey se comportó magníficamente, hablando mucho con el comandante, pero sin evitar a la señorita Garrow en absoluto. La señora Garrow, por más que lo conocía desde bien jovencito, le había cogido cierta aversión desde que se había peleado con su hija, pero, como no era cuestión de mostrársela esa primera noche, todo salió muy bien.

—Godfrey ha ganado muchísimo —le dijo el comandante a su mujer después de retirarse.

—¿Eso te parece?

—Ya lo creo que sí. Se ha puesto más robusto y se ha convertido en un hombre distinguido.

—Ah, te refieres de aspecto. Sí, es bastante apuesto…

—Y también me refiero de comportamiento. Le va muy bien en Liverpool, mira lo que te digo, y si piensa en Bessy para…

—No, no hay nada de eso.

—Es que me habló de ella hace dos años, como sabes, pero Bessy era demasiado joven entonces, y la verdad es que él también. Claro que si ahora a

ella él le gustara…

—No, no creo que le guste.

—Ah, pues entonces no hay nada más que hablar.

Y se fueron a dormir.

—Frank —le dijo la hermana al hermano mayor llamando a su puerta cuando ya estaban todos arriba—, ¿puedo entrar si no te has acostado aún?

—¿Acostado? —exclamó él levantando con cierto orgullo la mirada de su libro de griego—. Me faltan ciento cincuenta versos para que me pueda acostar. Supongo que me darán las dos. Tengo que leer muchísimo estas vacaciones, que solo me queda un semestre y luego…

—Pero tampoco te excedas, Frank.

—No, no me voy a exceder. Lo que tengo pensado es tomarme libre un día a la semana, y trabajar ocho horas al día los otros cinco. Eso son cuarenta horas a la semana, lo que solo me da doscientas horas durante las vacaciones. Lo tengo todo calculado aquí en una tabla. Las he repartido en ciento cinco para el teatro griego, cuarenta para álgebra… —Y le fue explicando el destino exacto de todas esas largas horas de trabajo que se proponía realizar. Solo llevaba un día y medio en casa y ya había trazado con líneas rojas y cifras azules esa tabla que le enseñó—. Si lo cumplo, estará muy bien, ¿no te parece?

—Pero, Frank, estás de vacaciones, para descansar y divertirte.

—Ah, pero hoy en día a uno no le queda más remedio que trabajar.

—Tú no te excedas, querido Frank; yo solo te digo eso. Pero, verás, no me puedo acostar sin hablar primero contigo, porque hoy me has dado un disgusto.

—¿Yo, Bessy?

—Sí, me has llamado puritana y después me has soltado ese proverbio francés tan malintencionado. ¿De verdad crees que tu hermana es una malpensada, Frank? —dijo mientras le pasaba con cariño un brazo por el cuello.

—Pues claro que no.

—Entonces ¿por qué me dices esas cosas? A Harry, como es más joven e irreflexivo, le puedo aguantar que me diga lo que sea sin padecer tanto. Pero si tú y yo no nos llevamos bien, me sentiré muy desdichada. ¡Con las ganas que tenía yo de que volvieras a casa!

—No era mi intención enojarte, y no te volveré a decir nunca nada así.

—¡Ese es mi Frank! Si le dije eso a la mamá, es porque me parece lo correcto, pero tú no me debes llamar puritana. Siempre haré todo lo que esté

en mi mano para que vuestras vacaciones sean alegres y agradables. Sé que los chicos necesitan mucho más para divertirse que las chicas. Buenas noches, querido mío. No te excedas con el trabajo, por favor, no sea que te afecte a la vista.

Dicho lo cual, lo besó y se marchó. Veinte minutos más tarde, él se había dormido sobre el libro y, cuando se despertó para encontrar que la vela cada vez ardía menos, decidió que no empezaría su plan de trabajo hasta después del día de Navidad.

La mañana del día de Navidad transcurrió muy tranquila. Fueron todos a la iglesia y luego estuvieron charlando sentados alrededor del fuego hasta que a las cuatro estuvo lista la comida. A las chicas Coverdale les pareció que todo era bastante más aburrido que en anteriores celebraciones en Thwaite Hall, y a Frank se le vio bostezar. Pero ya se sabe que la verdadera diversión navideña no comienza hasta que el día en sí ha pasado. La ternera y el budín son pesados de digerir y, a menos que haya niños en la fiesta, plantea ciertas dificultades encajar las diversiones de la tarde con las devociones religiosas de la mañana. Por la noche iban a tener baile; se lo habían prometido sin ambages a Patty Coverdale, pero empezaría a las ocho. Aunque la ternera y el budín fueron pesados de digerir, con el debido esfuerzo lo consiguieron. Se tomaron la copita de oporto con las almendras y las pasas y luego las damas se retiraron del comedor. Diez minutos después, Elizabeth se encontró sentada con Isabella Holmes ante el fuego de la pequeña biblioteca de su padre. Ella no había buscado esa reunión, ya que le espantaba tener que intercambiar confidencias con la otra, pero no se podía remediar y, al fin y al cabo, tal vez fuera mejor zanjar el asunto cuanto antes.

—Bessy —dijo la joven más mayor—, me muero por quedarme a solas contigo un momento.

—Bien, pues no te vas a morir; vamos, si es que quedarte a solas conmigo significa tu salvación.

—Tengo tanto que contarte, y, si eres una amiga de verdad, tú también debes de tener mucho que contarme.

Tal vez la señorita Garrow no fuese una amiga de verdad en esos instantes, ya que de ser posible habría evitado encantada tener que contarle nada. Sin embargo, para demostrar que no era tan deficitaria del sentimiento de amistad, le dio la mano a su amiga.

—Y ahora cuéntame todo lo de Godfrey —le pidió Isabella.

—Mi querida Bella, te aseguro que no tengo nada que contar.

—Eso son tonterías. Espera un momento, querida, porque quiero que entiendas que no es mi intención ofenderte. No puede ser que no tengas nada que contarme; basta con que quieras contármelo. No habrías aceptado a Godfrey si no lo amases, y él no se te habría declarado si no te amara. Cuando me escribiste diciendo que habías cambiado de idea, expresándote como si hablaras de un vestido, comprenderás que supe que no me lo habías contado todo. Ahora insisto en saberlo; esto es, si es que vamos a ser verdaderas amigas. No he querido decirle nada a Godfrey hasta verte y enterarme primero de tu versión.

—De verdad, Bella, que no hay ninguna versión que contar.

—Entonces tendré que preguntárselo a él.

—Mira, si quieres ser una verdadera amiga, deja correr el asunto sin decir nada. Has de entender que, en las presentes circunstancias, con tu hermano de visita aquí… Lo que quiero decir es que me es muy difícil hablar y actuar tal y como debiera, y unas pocas palabras desafortunadas podrían volver mi situación insoportable.

—¿Me contestarás al menos a una pregunta?

—Pues no sé… Yo creo que sí.

—¿Lo amas? —Por unos instantes Bessy guardó silencio, mientras intentaba pensar una contestación que no contuviese ninguna falsedad y a la vez no revelase ninguna verdad—. ¡Ah, ya veo que sí! —continuó la señorita Holmes—. Pues claro que lo quieres. En caso contrario, ¿por qué habrías aceptado su proposición?

—Me pareció que sí que lo quería, como les pasa a veces a las chicas.

—¿Y me vas a decir que ya no lo amas? —De nuevo Bessy se calló, y entonces su amiga se puso en pie—. Ya lo entiendo todo —dijo—. Qué lástima que no tuvierais entonces cerca a una amiga como yo. Pero tal vez no sea demasiado tarde.

Huelga que repita aquí literalmente todas las vehementes declaraciones de la pobre Bessy. Intentó explicar que se hallaba en una situación muy difícil. Esa visita de Navidad ya se había acordado antes de que ocurriera el desdichado suceso de Liverpool, y, además, la estancia de Isabella en la casa era en parte por cuestión de negocios, ya que había que arreglar unos asuntos de dinero entre esta, su hermano y el comandante.

—Así que decidí que mis sentimientos no debían interferir en nada —dijo Bessy—, y esperaba que pudiéramos volver a tener todos la buena relación de antes. Ya empiezo a temerme que me haya equivocado, pero, de todos modos, no sería generoso de tu parte que me castigaras de ese modo.

A continuación, añadió que, si alguien intentaba entrometerse en su vida, se marcharía de inmediato a casa de la hermana de su madre, que vivía en Hexham, condado de Northumberland.

Luego llegó el baile, con lo que finalmente Kate y Patty Coverdale fueron felices. Sin embargo, de nuevo la pobre Bessy tuvo que padecer lo difícil que era recibir como si fuera un amigo a un enamorado con el que solo hacía un mes o dos que se había peleado. Ya había calculado que no le quedaría más remedio que ser pareja de baile de Godfrey Holmes, y se sentía preparada para soportarlo. Estaba claro que sus hermanos bailarían con las Coverdale, como también lo estaba que su padre sacaría a Isabella. No había ninguna otra combinación posible, al menos al principio. También se había instruido en el modo en que debía hablarle en esa ocasión, y se había dicho que sería en todo instante dueña de sí misma y de sus pensamientos. Sin embargo, cuando llegó el momento la situación casi pudo con ella.

—Si no recuerdo mal, no te gustaba mucho bailar —le dijo Godfrey.

—No, sí que me gusta. No tanto como a Patty Coverdale, que es una apasionada del baile, pero, claro, es que yo soy mayor que ella.

Él guardó silencio un minuto o dos hasta que finalmente dijo:

—Se me hace tan raro estar aquí de nuevo…

Sí, era raro, y ella también lo pensaba, pero él no lo debería haber dicho.

—Dos años suponen una gran diferencia. Los chicos han crecido muchísimo…

—Sí, y también hay otras cosas.

—Y Bella no había estado nunca aquí; bueno, al menos contigo.

—Ya, pero no me refería a eso. No se me haría tan raro estar aquí de tratarse de lo que dices, pero es que noto a tu madre cambiada con respecto a mí… Antes casi era como mi propia madre.

—Me imagino que te verá cada vez más imponente conforme te haces mayor. Estaba muy bien que te regañara cuando todavía eras un mero empleado del banco, pero ya no se puede regañar al director. Es el precio que pagan los hombres al volverse tan importantes.

—No es esa importancia mía lo que se interpone entre nosotros, sino…

—Entonces no sé lo que podrá ser, pero Patty sí que te va a regañar como no lleves mejor el paso del baile, y a ella le daría igual que fueras todo el consejo directivo del banco junto.

Cuando esa noche Bessy se fue a la cama, empezó a pensar que el esfuerzo era excesivo para ella.

—Mamá —dijo—, ¿no podría poner alguna excusa e irme a casa de la tía Mary?

—¿Qué, ahora?

—Sí, mamá, ahora… bueno, mañana. No hace falta que le diga lo mucho que me apenará tener que ausentarme en estas fechas, pero me parece que será lo mejor.

—¿Y qué dirá el papá?

—Tendrá que contárselo todo.

—Y también habrá que contárselo a la tía Mary, y eso no te gustaría. ¿Es que Godfrey te ha dicho algo?

—No, nada… vamos, muy poco. Pero Bella sí que ha hablado conmigo. Ay, mamá, creo que hemos cometido una equivocación; bueno, que la he cometido yo. Es como si yo me fuera a poner en evidencia en cualquier momento y a estropearle la fiesta a todo el mundo.

Sería terrible tener que contarlo todo, aunque fuese su madre quien se encargara de hacerlo.

—Me quedaré si me es posible —añadió Elizabeth—, pero, mamá, si quiero irme, ¿verdad que no me lo impedirá?

Su madre le prometió que no se lo impediría, pero le aconsejó encarecidamente que se mantuviese firme.

A la mañana siguiente, cuando bajó antes del desayuno, encontró a Frank en el vestíbulo revisando el percusor de su escopeta.

—No estará cargada, ¿verdad, Frank? —dijo ella.

—¡No, no! Hoy en día a nadie se le ocurre cargarlas dentro de casa. Nada más desayunar me voy con Godfrey por detrás de Greystock a cazar urogallos. Me ha pedido que fuéramos, y no me podía negar.

—Pues claro que no. ¿Por qué habrías de negarte?

—Es que luego me va a costar muchísimo recuperar el tiempo perdido. Tenía que haberme levantado esta mañana a las cuatro, pero ha sonado el despertador y ni me he enterado. Pero, bueno, ya podré hacer algo esta noche.

—No te esclavices estas vacaciones, Frank. ¿De qué te sirve tener una escopeta nueva si no la disfrutas?

—No es por la escopeta nueva, que ya no soy tan infantil. Pero es que, como Godfrey está aquí, hay que ser cortés con él. Mira lo que quiero que hagáis las chicas, Bessy. Venid a nuestro encuentro cuando volvamos a casa. Cogéis el bote y seguís por el sendero hasta el camino de Patterdale. Nosotros estaremos allí, a los pies de la colina, hacia las cinco.

—¿Y si no estáis allí, tendremos que esperarnos en medio de la nieve?

—No empieces a poner pegas, Bessy. Te digo que estaremos allí. Vamos a coger la carreta, así que tendremos tiempo de sobra.

—¿Y cómo sabes que las otras chicas querrán ir?

—Bueno, a decir verdad, Patty Coverdale me lo ha prometido. Si la señorita Holmes no quiere, pues la dejas en casa con mamá. Pero Kate y Patty no pueden ir sin ti.

—Vaya, con tu discreción habitual parece que ya te has enterado de todo…

—Eso mismo dice Patty. Vas a ir, ¿verdad, Bessy? Y lo de que tengáis que esperar es una tontería. Podéis seguir adelante, claro está, pero ya te digo que estaremos en los escalones de la cerca hacia las cinco. Recuerda que llevo reloj.

Y Bessy le prometió que iría. ¿Qué no haría por él que estuviese en su mano?

—¿Que si voy a ir? ¡Pues claro que sí! —dijo la señorita Holmes—. Estoy dispuesta a ir adonde haga falta. Si me lo hubieran pedido, hasta habría cogido un arma y me habría ido con ellos. Claro que… mejor que no vaya.

—¿Y eso? —preguntó Patty, quien aún temía que pasara algo que pudiese estropear la excursión.

—¿Qué van a hacer tres caballeros con cuatro damas?

—Ah, no había caído —dijo Patty inocentemente.

—A mí me da igual —dijo Kate—. Se puede quedar a Harry para usted si quiere.

—Qué ocurrencias —repuso la señorita Holmes—. Necesito pareja y está muy bien que me haga el ofrecimiento, pero ¿y si Harry no quiere ir conmigo? Ya sabe que todo acuerdo es cosa de dos.

—A mí Harry me da exactamente igual. ¡Si todavía no tiene ni diecisiete años! —alegó Kate.

—Pobrecito, qué pena que ya lo estén despachando tan pronto. Nos esperaremos un año o dos, ¿verdad, señorita Coverdale? Pero como parece que estamos de acuerdo en que hay un galán de cuyos servicios aún no se ha apropiado nadie…

—Yo no me he apropiado de nadie —afirmó Patty—, ni pienso hacerlo.

—En ese caso, Godfrey es el único caballero cuyos servicios ya están cogidos —dijo la señorita Holmes mirando a Bessy. Esta no respondió de inmediato ni con la mirada ni con la lengua, pero en cuanto se fueron las Coverdale le leyó la cartilla a su nueva amiga:

—¿Cómo puedes llenarles la cabeza a esas chicas de tantas tonterías?

—Eso ya se lo había hecho la naturaleza, querida.

—Pero a la naturaleza hay que adiestrarla, ¿no? Vas a hacerles creer que esos chicos atontados están enamorados de ellas.

—Es lo que seguro que van a creer sin necesidad de ninguna enseñanza mía. De eso ya se ocuparán esos chicos atontados, como los llamas. Me da la impresión de que esos chicos atontados saben mejor lo que se traen entre manos que algunos de sus mayores. —Y, tras una pausa, añadió—: En cuanto a mi hermano, es que me saca de quicio…

—No me hables de tu hermano, te lo ruego —dijo Bessy—. Y, Bella, a menos que quieras que me vaya de aquí, también te ruego que no hables de él y de mí como acabas de hacer.

—¿Tan mal estás que la menor broma te molesta? ¿No es lo normal que él se ofrezca a acompañarte? Si tanto te picas por esas cosas, terminarás revelando tu secreto.

—No tengo ningún secreto; cuando menos, no lo tengo contigo, ni con mamá ni, desde luego, con él. Los dos fuimos muy tontos al pensar que nos conocíamos y que sabíamos lo que sentíamos, cuando no era así.

—Cómo odio que la gente diga que sabe lo que siente. Yo lo que pienso es que, si un joven te gusta y te pide que te cases con él, pues deberías aceptar; siempre que disponga de bastante para vivir, claro está. No creo que haga falta nada más. Sin embargo, hoy en día las chicas hablan y piensan como si sus corazones tuvieran que pasar por terribles sufrimientos en un horno abrasador antes de entregárselos a sus maridos para que los custodien. Me parece que la forma de hacer las cosas de los franceses es la mejor, y que debieran encargarse de ellas los padres, o tal vez los abogados de la familia. Las chicas que están tan empeñadas en saber lo que sienten, por lo general terminan sin saber lo que siente nadie más, sino solo ellas, y se mueren solteronas.

—Más vale eso que no que se entreguen a quienes no conocen o no pueden llegar a estimar.

—Eso es cuestión de gustos. Yo pienso quedarme con el primero que aparezca, siempre que tenga aire de caballero y disponga de al menos ochocientas libras al año. Godfrey tiene aire de caballero y dispone casi del doble de eso. Si se me presentara una oportunidad así, no me lo pensaría dos veces.

—Claro, y si no se te presentara, ni te lo pensarías.

—Vaya, conque así están las cosas…

—¡No, no! Bella, te lo ruego, déjame en paz. No te entrometas, por favor. Las cosas no están de ningún modo. Lo único que te pido es silencio y comprensión.

—Muy bien. Me estaré callada como una tumba y muy comprensiva. Pero no te pienses que también soy fría como una tumba. Aunque no es que esté muy de acuerdo con tus ideas, si no puedo hacer ningún bien, por lo menos intentaré no hacer ningún daño.

Después de comer, hacia las tres, las jóvenes emprendieron la marcha y consiguieron cruzar el río en el bote.

—Déjame a mí, Bessy —le pidió Kate Coverdale—, que sé cómo funciona esto. Mire, señorita Holmes, se tira así de la cadena…

—E inevitablemente se rasga una los guantes —replicó la señorita Holmes. Eso era en efecto lo que le había pasado a Kate, la cual no parecía nada complacida con el accidente.

—Es que hay un clavo asqueroso en la cadena —dijo—. Ya nos lo podrían haber advertido esos chicos estúpidos…

Como era de esperar, llegaron al lugar de encuentro mucho más pronto, y se cansaron de andar de un lado a otro para que no se les enfriaran los pies antes de que aparecieran los cazadores. No obstante, la culpa era de ellas, puesto que habían llegado a los escalones de la verja media hora antes de la hora acordada.

—No pienso quedar nunca más con caballeros por ahí —anunció la señorita Holmes—. Es de lo más ridículo que unas damas se pasen una hora abandonadas en medio de la nieve. En fin, jóvenes, ¿qué han cazado?

—Le he dado a ese macho negro tan grande —dijo Harry.

—¿De verdad? —exclamó Kate Coverdale.

—Y tengo aquí las plumas de la cola para ti. Se le han caído en el agua y me he tenido que meter por ellas hasta la cintura, pero te dije que te las conseguiría, y aquí están.

—¡Ay, mira que eres tonto! —dijo Kate—. Pero las conservaré siempre, te lo aseguro.

Hablaban un poco separados de los otros, ya que Harry había conseguido llevarse a un aparte a la joven antes de entregarle las plumas.

Frank también tenía trofeos para Patty, además del relato de sus proezas. Como era un año mayor que su hermano, estaba aún menos dispuesto que este a entregar a su bien amada su regalo en presencia de todos, pero encontró la ocasión de hacerlo y luego Patty y él echaron a andar un poco por delante de los demás. Mientras, Kate seguía consolando a Harry por el chapuzón, y de

ese modo los cuatro se dedicaron a lo suyo. Por lo tanto, la señorita Holmes, su hermano y Bessy Garrow quedaron solos en el sendero, hablando de lo acaecido ese día de una forma que no mostraba gran interés o euforia. Así avanzaron kilómetro y medio conforme la conversación iba disminuyendo hasta casi caer en el silencio.

—No hay cosa que me guste menos que salir con gente más joven que yo —dijo la señorita Holmes—, por lo vieja y aburrida que se siente una siempre. ¡Escuchad a esos niños de ahí! Hacen que me sienta una tía solterona que los acompaña para que guarden las formas.

—A Patty no le gustaría nada oírte decir que es una niña.

—Como a mí no me gustaría nada que me tratase como a una anciana.

Y entonces se adelantó y se unió a «los niños».

«No es que quiera estropearles la diversión —pensó—, pero para ellos solo voy a ser una molestia transitoria, mientras que, si me quedara atrás, podría causar un daño permanente».

Y así Bessy y su antiguo amor quedaron a solas.

—Espero que te lleves bien con Bella —dijo Godfrey después de que hubieran guardado silencio un minuto o dos.

—Sí, por supuesto. Es tan buena y alegre que digo yo que le tiene que caer bien a todo el mundo. Aunque me temo que aquí le debe de resultar todo muy aburrido…

—Ella nunca se aburre en ninguna parte; ni siquiera en Liverpool, que a veces me parece que para una señorita debe de ser el lugar más aburrido sobre la faz de la tierra. Desde luego para un hombre lo es.

—Pero un hombre con trabajo que hacer nunca tiene tiempo de aburrirse, ¿no?

—Ya lo creo que sí: es aburridísimo. Eso me pasa mucho a mí. No he estado muy animado desde que te fuiste de Liverpool, Bessy.

No había nada de especial en que él la llamara Bessy, habida cuenta de que era la costumbre que tenía desde que eran pequeños, y habían llegado al acuerdo formal de que todo siguiera entre ellos igual que con anterioridad a que intercambiaran esos absurdos susurros de amor. Ciertamente habían puesto mucho énfasis en ese punto concreto para evitar cualquier incomodidad a la hora de dirigirse el uno al otro. En su momento eso había parecido muy prudente, pero ahora no tuvo el efecto deseado en absoluto.

—No sé a qué te refieres con lo de estar animado —dijo ella tras una pausa—. Tal vez no esté escrito que las vidas de las personas hayan de ser lo que tú llamas animadas.

—La vida debiera ser todo lo animada que podamos hacerla.

—Depende del sentido que le des al término. Supongo que aquí en Thwaite Hall no somos muy animados y, sin embargo, nos sentimos muy felices.

—Por supuesto que sí —asintió Godfrey—. Pienso en vosotros y en este lugar muy a menudo.

—Siempre pensamos en los lugares en que estuvimos de pequeños —dijo Bessy. Y de nuevo siguieron caminando en silencio, mientras ella empezaba a acelerar para alcanzar a los otros. Ese paseo era de todo menos animado para Bessy, la cual reflexionó consternada que todavía faltaban tres kilómetros hasta llegar al bote.

—Bessy… —dijo al fin Godfrey, pero entonces se calló porque no sabía cómo seguir. Sin embargo, ella no contestó nada, sino que continuó caminando deprisa como si su único anhelo fuese alcanzar a los de delante; pero estos también caminaban deprisa, ya que Bella no quería que los de detrás los alcanzasen.

—Bessy, tengo que hablarte de lo que pasó entre nosotros en Liverpool.

—¿De veras tienes que hacerlo?

—A menos que tú me lo prohíbas terminantemente.

—Detente, Godfrey —le pidió ella; y ambos se detuvieron en mitad del sendero, pues Bessy ya no pensaba en acabar con aquel azoramiento uniéndose a sus acompañantes—. Si necesitas hablar para sentirte bien, no sería muy justo que yo te lo prohibiese. De hacerlo, podrías acusarme para tus adentros de ser demasiado severa. Eres tú quien ha de juzgar si vale la pena reabrir una herida que casi está cerrada.

—Es que para mí la herida no está casi cerrada, sino que sigue muy abierta.

—Hay algunas heridas que no permiten una cura perfecta y completa hasta al cabo de muchos años —dijo Bessy, quien, mientras lo decía, no pudo menos que pensar que las posibilidades de él de curarse por entero eran mucho mayores que las suyas. Tal cura era del todo imposible para ella, mientras que era casi igual de imposible que a él le durase mucho la herida.

—Bessy —dijo Godfrey, y de nuevo se detuvieron en el angosto sendero, situándose él justo delante de ella—, ¿recuerdas todas las circunstancias que nos llevaron a separarnos?

—Sí, creo que las recuerdo.

—¿Y sigues creyendo que hicimos bien?

Guardó silencio un instante antes de contestarle; pero solo fue un instante, tras el que habló con firmeza:

—Sí, Godfrey, lo sigo creyendo. Lo he pensado mucho en este tiempo; no he pensado en otra cosa, aunque me temo que no haya servido de nada. Sin embargo, en ningún momento he pensado que hiciésemos mal.

—Pero creo que tú me querías…

—No me queda más remedio que reconocer que sí, ya que de lo contrario estaría mintiendo. Te dije entonces que te quería y te dije la verdad. Pero es mejor, veinte veces mejor, que quienes se quieren se separen, por más que todavía se quieran, a que sigan juntos cuando son incapaces de hacerse felices. Acuérdate de lo que me dijiste.

—Sí, me acuerdo.

—Que nuestro compromiso no te hacía feliz, y que la culpa era mía.

—Bessy, he aquí mi mano. Si ya no me quieres, no hay nada más que hablar, pero, si todavía me quieres, olvida todo lo que dije entonces.

—¿Que lo olvide, Godfrey? ¿Cómo lo voy a olvidar? No eras feliz por mi culpa. Por mi culpa, como también sería mi culpa si intentase dar solaz a un niño enfermo con ejercicios de aritmética o alimentar a un perro con hierba. Yo no tenía derecho a amarte, conociéndote como te conocía y sabiendo además que mi forma de ser no es como la tuya. Comprendo mi castigo, que no es más de lo que puedo soportar, pero esperaba que el tuyo terminase pronto.

—Eres demasiado orgullosa, Bessy.

—Sí, es muy probable. Frank dice que soy una puritana, y el orgullo era el peor de los pecados de los puritanos.

—Demasiado orgullosa e inflexible. En un matrimonio, ¿no deben marido y mujer adaptarse el uno al otro?

—Sí, una vez que están casados; y toda chica que quiera casarse debería saber que tendrá que adaptarse en muchas cosas a su marido. Sin embargo, no creo que la mujer deba ser la hiedra que sigue todas las direcciones de las ramas del árbol al que se aferra. En ese caso, ¿qué es de su propia personalidad? Pero sigamos andando o se nos va a hacer tarde.

—¿Y no me vas a dar ninguna otra respuesta?

—Ninguna otra, Godfrey. ¿No me acabas de decir que soy demasiado orgullosa? ¿Cómo es posible que te quieras atar de por vida a tanto orgullo femenino? Y si me dices eso en un momento como este, ¿qué no me dirías en la intimidad de la vida matrimonial, después de que las nimiedades de cada día hubiesen acabado con estas gentilezas tuyas de invitado y pretendiente?

Fue una intensa reprimenda a la que en ese instante a Godfrey Holmes le costó sobreponerse. No obstante, conocía muy bien a Bessy y entendía los entresijos de su cabeza y de su corazón. En su estado de entonces, se mostraría firme, orgullosa y casi brusca. Como tenía mucho que perder al rechazar la proposición que él le volvía a hacer, se obcecaría, por así decirlo, en estar severa e inflexible. De haber sido él pobre, de no haberlo amarlo ella, de no haber parecido que su matrimonio prometía ir a estar lleno de todo lo bueno del mundo, Bessy habría desconfiado menos de sí misma al recibir la proposición y habría contestado con mayor gentileza. De haber perdido él todo su dinero antes de volver con ella, habría aceptado de inmediato, como también habría hecho de perder él un ojo o el uso de las piernas. Sin embargo, habida cuenta de la situación económica de Godfrey, ella no tenía motivo para sentir ternura. Había un defecto orgánico en su carácter que, sin duda, tendría claramente marcada por medio de una protuberancia en el cráneo[29]: la protuberancia del filomartirio, como podríamos denominarla en propiedad. Bessy había arruinado su propia felicidad al rechazar a Godfrey Holmes, pero es que le parecía que estaba muy bien que una señorita como era debido arruinase su propia felicidad. En el último mes o dos había dado bandazos en las aguas hasta casi ahogarse. Ahora volvía a tener una hermosa tierra firme delante y una mano fuerte y agradable estirada para salvarla, pero, aunque había sufrido muchísimo entre las olas, seguía pensando que estaba mal que se salvase. Sería tan bonito cogerse de esa mano, tan dulce, tan dichoso, que seguro que tenía que estar mal. Tal era su doctrina, y Godfrey Holmes, por más que apenas había analizado la cuestión, entendía en parte que así era. Y, sin embargo, en cuanto Bessy pisase esa verde isla, sería feliz. Había hablado con desdén de las mujeres que se aferraban a sus maridos como la hiedra a un árbol, y, sin embargo, en cuanto se casara, no habría mujer que se aferrara a su marido con una tenacidad femenina más dulce que Bessy Garrow. Él no le dijo nada más mientras caminaban hacia casa, pero al ayudarla a montar en el bote, le apretó la mano; por un instante pareció que ella le devolvía el apretón; de ser así, fue una acción involuntaria, y su mano recobró de inmediato la rigidez al contacto con la de él.

Esa noche el comandante Garrow subió a su cuarto bastante tarde, pero su mujer lo esperaba levantada.

—¿Y bien? —le preguntó ella—. ¿Qué te ha dicho? Has estado con él más de una hora.

—Estas historias nunca se pueden contar muy deprisa —contestó el padre—, y en este caso era necesario que yo le entendiera con mucha exactitud.

Sería tedioso que repitiéramos todo lo que hablaron el comandante y la señora Garrow esa noche acerca de la proposición que por tercera vez había recibido su hija. Esa velada, después de que las damas se retiraran del comedor y los dos chicos también se marcharan, Godfrey Holmes se lo contó todo a su anfitrión y le explicó con sinceridad cuáles creía que eran los sentimientos de su hija.

—Ahora ya lo sabe usted todo —dijo—. Creo que Bessy me quiere, y, si es así, tal vez estaría bien que hablase usted con ella.

El comandante Garrow no estaba tan seguro de saberlo ya todo, pero, después de que esa noche hubiera hablado largo y tendido del asunto con su mujer, pensó que quizá ya tuviera toda la información.

A la mañana siguiente, Bessy supo a primera hora por la doncella que Godfrey Holmes se había marchado de Thwaite Hall para regresar a Liverpool. A la sirvienta no le dijo nada, pero se sintió en la obligación de comentarle algo a Bella:

—Lo que más lamento es que se haya tomado tantas molestias para venir para nada. Reconozco que es culpa mía, y lo siento mucho.

—Ya no tiene remedio —dijo la señorita Holmes con cierta gravedad—. Pero me da la impresión de que sus viajes entre Liverpool y esta casa no son la peor de sus desgracias.

Después del desayuno, Bessy fue llamada a la biblioteca de su padre, al que encontró allí junto con su madre.

—Bessy, querida, siéntate —dijo él—. ¿Sabes por qué nos ha dejado Godfrey esta mañana?

Bessy dio un rodeo por la habitación para sentarse cerca de su madre y cogerle la mano.

—Supongo que sí, papá —contestó.

—Anoche estuvo hablando conmigo hasta tarde y, cuando me contó lo sucedido entre vosotros, estuve de acuerdo en que lo mejor sería que se marchase.

—Sí, mejor que se haya marchado, papá.

—Pero ha dejado un mensaje para ti.

—¿Un mensaje, papá?

—Sí, Bessy, y tu madre está de acuerdo conmigo en que debemos transmitírtelo. Es el siguiente: que si le mandas recado de que vuelva, estará aquí para Reyes. Esta vez vino invitado por mí, pero si regresa, tendrá que ser invitado por ti.

—Pero, papá, no puedo…

—No digo que puedas, pero deberías pensártelo con calma antes de negarte. Me darás tu respuesta la mañana de Año Nuevo.

—Mamá sabe que sería imposible —alegó Bessy.

—Imposible no, querida mía. Lo que sé es que para ti sería muy difícil de hacer.

—En una cuestión como esta has de hacer lo que creas correcto —afirmó su padre.

—Si le pido que vuelva, será como decirle que me…

—En efecto, Bessy, será como decirle que te casarás con él. Eso es lo que Godfrey entendería, y también tu madre y yo. Es lo que entenderíamos todos.

—Pero, papá, cuando estuvimos en Liverpool…

—Se lo he contado todo, querida —intervino la señora Garrow.

—Creo tener una idea completa del asunto —dijo el comandante—, y en uno como este no te voy a aconsejar en ningún sentido. Pero ten en cuenta que, a la hora de decidirte, no debes pensar solo en ti, sino también en él. Si no lo quieres, si piensas que siendo su esposa no podrías quererlo, no hay nada más que decir. No hace falta que le explique a mi hija que, en tales circunstancias, harías mal en animar a un pretendiente a que viniese a verte. Sin embargo, dice tú madre que sí que lo quieres…

—Pero ¡mamá!

—Yo no te lo voy a preguntar. Pero si lo quieres, si se lo has dicho y de ese modo has dejado que él se haga una idea de lo feliz que va a ser, creo que estarás pecando gravemente contra él permitiendo que un falso orgullo femenino estropee esa felicidad suya. Una vez que una joven le confiesa a un hombre que lo ama, la confesión y el amor juntos le imponen un deber para con él que no puede desdeñar impunemente.

Entonces su padre la besó y, pidiéndole de nuevo que le diese la contestación la mañana de Año Nuevo, la dejó con su madre.

Tenía cuatro días para pensárselo, que para ella no transcurrieron fácilmente en modo alguno. De haber podido estar a solas con su madre, su lucha interna no le habría sido tan dolorosa, pero no le quedaba más remedio que hablar con Isabella Holmes y atender también a las Coverdale. Bella no podría haber estado más amable. No le habló del tema hasta la mañana del último día, en que solo le dijo unas pocas palabras:

—Bessy, tú que eres grande, sé también misericordiosa.

—Pero es que no soy grande, ni eso sería misericordia.

—En cuanto a eso, digo yo que Godfrey está en su derecho de tener su propia opinión.

Esa noche estaba sentada sola en su cuarto, con los ojos rojos de llorar, cuando su madre fue a verla. Tenía papel y pluma delante como si hubiese decidido redactar algo, pero no había escrito ni una sola palabra.

—¿Y bien, Bessy? —dijo su madre sentándose junto a ella—. ¿Has hecho ya la hazaña?

—¿Qué hazaña, mamá? ¿Y por qué habría de hacerla?

—La hazaña no es que escribas, sino que te decidas a escribir. Bastará con unas pocas palabras, con tal de que llegues a escribirlas.

—Es que es para toda la vida, mamá; para toda la suya y la mía.

—Cierto, Bessy, muy cierto. Pero será igual de cierto si le pides que venga o prefieres que no lo haga. La tarea de decidirse a algo de por vida ha de terminar haciéndose siempre en un momento especial de esa vida.

—Ay, mamá, mamá, dígame qué debo hacer…

Sin embargo, la señora Garrow se negó.

—Si quieres, yo te escribo las palabras que me digas —le propuso—, pero eres tú quien debe decidir que se escriban. Yo no le voy a pedir a mi niña que me deje para irse a otro hogar. Lo único que puedo decir es que estoy convencida de que en ese otro hogar serías muy feliz.

Empezaba a despuntar el día y la nota seguía sin escribirse; no obstante, llegada la mañana Bessy ya la había redactado y fue a entregársela a su madre.

—Llévesela a papá —le pidió, tras lo que se retiró y estuvo oculta de todos hasta después del mediodía.

«Querido Godfrey —rezaba la carta—, dice papá que volverás el miércoles si yo te lo pido. Sí, vuelve con nosotros, si es lo que quieres. Siempre tuya, Bessy».

—Esto viene a ser lo mismo que si firmara la partida de matrimonio —dijo el comandante, el cual, aun así, al enviarle la nota a Godfrey Holmes incluyó unos cuantos comentarios propios.

A vuelta de correo llegó la respuesta de Godfrey, y, la tarde del 6 de enero, Frank Garrow fue en el carruaje de la casa a la estación de Penrith a recogerle. Mientras se dirigían a Thwaite, los dos futuros cuñados se volvieron muy íntimos, y Frank explicó con suma perspicuidad un pequeño plan que se le había ocurrido:

—En cuanto oscurezca, para que ella no vea nada, Harry la colgará en el comedor; y tú encárgate de que entréis ahí antes que a cualquier otro sitio.

—Cuánto me alegro de que hayas vuelto, Godfrey —le dijo el comandante al recibirlo en el vestíbulo.

—Bendito seas, mi querido Godfrey —le dijo la señora Garrow—. Bessy está en el comedor —añadió con un susurro, por más que desconocía por completo la presencia allí de la rama de muérdago de Frank.

Como también la desconocía Bessy, ni creo que la conociera al término de su encuentro con Godfrey. Este le había hecho toda suerte de promesas a Frank, pero, llegado el momento, consideró que era un momento tan crucial que no debía referirse a la ramita de encima de sus cabezas. No fue el caso de Patty Coverdale.

—¡Pero qué vergüenza! —exclamó saliendo rápidamente de la habitación —. Si llego a saber lo que habías hecho, por nada del mundo habría entrado ahí. Y no pienso volver a entrar hasta que la hayas quitado.

Aun así, su hermana Kate tuvo la sagacidad de resolver el misterio por sí misma antes de que concluyese la velada.

CHARLOTTE RIDDELL

UN EXTRAÑO JUEGO NAVIDEÑO
(1868)

Cuando, tras la muerte de un pariente lejano, yo, John Lester, heredé el patrimonio de Martingdale, no se podría haber encontrado a lo largo y ancho de toda Inglaterra dos personas más felices que Clare, mi única hermana, y yo.

No éramos unos hipócritas tan abyectos como para fingir pena por la pérdida de nuestro familiar, Paul Lester, a quien nunca habíamos visto, de quien sabíamos poco —y ese poco bastante desfavorable— y de cuyas manos nunca habíamos recibido un solo beneficio; que era, en definitiva, tan extraño para nosotros como el entonces Primer Ministro, el zar de Rusia o cualquier otro ser humano que no tuviera nada que ver con la humildísima esfera en que vivíamos.

Su pérdida fue ciertamente nuestra ganancia. Su muerte no representó para nosotros la triste despedida a alguien largo tiempo querido y venerado, sino la adquisición de tierras, casas, importancia social y riqueza por parte de mí, el señor don John Lester, de Martingdale, Bedfordshire, antes John Lester, artista y residente en el segundo piso del número 32 de Great Smith Street, Bloomsbury, Londres.

No es que Martingdale fuera una propiedad rural al uso. A los Lester que habían ido heredando esos dominios en el transcurso de varios cientos de años no se les podría llamar muy prudentes ni aun queriendo ser corteses. Lo cierto es que apenas fueron muy honrados con su posteridad, pues se desprendieron de heredades y granjas, de derechos y patronazgos, de un modo tan señorial y tan poco práctico que finalmente Martingdale, estando en manos de Jeremy Lester, el último propietario que residiera allí, se redujo a un mero puntito en el mapa de Bedfordshire.

Había un misterio en relación con ese Jeremy Lester. Nadie sabía qué había sido de él. Una Nochebuena estaba en el salón de roble de Martingdale, y antes de la mañana siguiente desapareció para no volver a aparecer nunca en carne y hueso.

Esa noche, un tal señor Wharley, gran amigo del alma de Jeremy, estuvo jugando a las cartas con él hasta después de las campanadas de las doce, tras

lo que se despidió de su anfitrión y se marchó cabalgando a casa a la luz de la luna. Después de eso, nadie más, hasta donde se pudo determinar, volvió a ver a Jeremy Lester con vida.

Nunca había sido de costumbres muy ordenadas ni respetables, por lo que no fue hasta pasado Año Nuevo, después de que no hubieran llegado a la casa noticias de su paradero, cuando sus sirvientes empezaron a preocuparse seriamente por su ausencia.

Entonces comenzaron las pesquisas sobre él, que se volvieron más apremiantes conforme pasaron semanas y meses sin que obtuvieran la menor pista de dónde podría estar. Se ofrecieron recompensas, se publicaron anuncios, pero Jeremy siguió sin dar señales de vida, de manera que pasado algún tiempo su heredero legítimo, Paul Lester, tomó posesión de la casa y fue a pasar los meses de verano a Martingdale con su esposa rica y los cuatro hijos del primer matrimonio de ella. Paul Lester era un abogado agobiado de trabajo, por lo que todo el mundo supuso que estaría encantado de dejar la abogacía e instalarse en Martingdale, donde el dinero de su mujer y la fortuna que él había acumulado le proporcionarían prestigio incluso entre la aristocracia rural de los alrededores, y, en efecto, tal vez con esa intención se trasladara a Bedfordshire.

De ser así, no obstante, cambió rápidamente de idea, pues al caer las nieves de enero regresó a Londres, arrendó las tierras que rodeaban la casa, cerró la mansión, puso un guardián y no volvió a preocuparse de su casa solariega.

Pasó el tiempo y la gente empezó a decir que la casa estaba encantada, que Paul Lester «había visto algo» y demás; historias que nos fueron debidamente repetidas para nuestro provecho cuando, cuarenta y un años después de la desaparición de Jeremy Lester, Clare y yo fuimos a inspeccionar nuestra herencia.

Digo «nuestra» porque Clare siempre había seguido junto a mí con valentía en la miseria —una miseria absoluta—, y por eso la prosperidad no nos iba a separar ahora. Lo mío era de ella, lo cual Clare, bendita sea, sabía sin necesidad de que yo se lo dijera.

Ese paso de la estricta pobreza a la riqueza también fue en nuestro caso aún más dichoso en tanto en cuanto no nos lo esperábamos en absoluto. Nunca nos habíamos imaginado que heredaríamos de Paul Lester y, por lo tanto, no pesaba en nuestras conciencias que hubiéramos llegado jamás, ni en nuestros momentos más negros, a desearle la muerte.

De haber hecho él testamento, sin duda nunca habríamos ido a Martingdale, y por tanto yo nunca habría escrito esta historia; sin embargo, por suerte para nosotros murió intestado, con lo que las propiedades de Bedfordshire pasaron a mí.

En cuanto a la fortuna, Paul Lester se la había gastado viajando y dando grandes recepciones en su grandiosa casa de Portman Square. Y, por lo que respectaba a sus efectos personales, la señora Lester y yo llegamos a un acuerdo muy cordial, y ella me hizo el honor de invitarme a que la visitara de vez en cuando y, según supe luego, dijo de mí que era un joven muy respetable y presentable «habida cuenta de mi posición social», lo cual, viniendo de tan buena autoridad en la materia, me fue, por supuesto, muy grato. Además, me preguntó si tenía intención de residir en Martingdale, y al contestarle en sentido afirmativo, dijo que esperaba que me gustara mucho.

En ese momento me llamó la atención que lo dijera en un tono un tanto peculiar, y, cuando llegué a Martingdale y oí los absurdos rumores que corrían sobre que la casa estaba encantada, estuve seguro de que, si la señora Lester esperaba mucho, se temía aún más.

La gente decía que el señor Jeremy rondaba Martingdale. Afirmaban haberlo visto cazadores furtivos, guardabosques, niños que usaban el parque de la casa como atajo para ir a la escuela y enamorados que tenían su lugar de encuentro bajo los olmos y hayas.

En cuanto al guardián y su mujer, los terceros residentes allí desde la desaparición de Jeremy Lester, él negó muy serio con la cabeza cuando le pregunté, mientras que ella declaró que por nada del mundo, ni siquiera por todo el oro de este, entraría jamás de noche en el dormitorio rojo ni en el salón de roble:

—Contaba mi madre, señor (porque ella fue la sucesora de la anciana señora Reynolds, la primera guardiana), que pasaban cosas en esas habitaciones que pondrían los pelos de punta a cualquier cristiano: se oían patadas en el suelo, palabrotas y golpes a los muebles, y luego pasos fuertes por la escalera principal y por el pasillo hasta el dormitorio rojo, y luego un portazo y más pasos fuertes. Dicen que el señor Paul Lester se lo encontró una vez, y desde entonces no se ha vuelto a abrir el salón de roble. Yo desde luego no he entrado nunca ahí.

Al oír eso, lo primero que hice fue ir al salón de roble, abrir los postigos y dejar que el sol de agosto entrara a raudales en esa estancia encantada. Era una habitación anticuada de mobiliario sencillo: una mesa grande en el centro, otra más pequeña en un hueco junto a la chimenea, sillas alineadas contra las

paredes y una alfombra polvorienta y apolillada en el suelo. Había figuras de perros sobre el hogar, rotas y oxidadas; un guardafuegos de latón deslustrado y golpeado; un cuadro de una batalla naval encima de la repisa de la chimenea, y otra obra de arte de mérito similar colgada entre las ventanas. En conjunto, una habitación totalmente prosaica, aunque no por eso poco alegre, de la que huyeron los fantasmas en cuanto dejé que entrase la luz del día, y que me propuse, en cuanto la hube examinado, volver a decorar y amueblar para convertirla en una agradable sala de estar. Yo todavía estaba en la veintena, pero había aprendido a ser prudente en la excelente escuela de la necesidad, por lo que no tenía intención de gastar mucho dinero hasta que hubiera determinado con total seguridad cuáles eran las rentas exactas que derivaban de las tierras que todavía pertenecían a Martingdale y las cargas que había sobre ellas. De hecho, quería saber de cuánto dinero disponía antes de cometer ninguna gran extravagancia, y aquel lugar llevaba tanto tiempo descuidado que encontré ciertas dificultades para averiguar la situación real de mis ingresos.

Pero, entretanto, Clare y yo disfrutamos mucho explorando cada rincón y recoveco de nuestros dominios, revolviendo el contenido de viejos arcones y armarios, examinando los rostros de nuestros antepasados que nos miraban desde las paredes y paseando por los jardines abandonados, llenos de malas hierbas y cubiertos de matas y correhuelas, en los que los bojes medían cinco metros y medio y los retoños de los rosales varios metros. Más tarde los arreglé; ya no hay hierba en los senderos ni zarzas por la tierra; se podaron y recortaron los setos, así como los árboles y los bojes; sin embargo, a menudo digo que, pese a todas mis mejoras, o más bien como consecuencia de ellas, ahora Martingdale no parece ni la mitad de bonita que en aquel estado prístino tan pintoresco y primitivo.

Aunque no quería empezar a reparar y decorar la casa hasta que me hubiese informado mejor de los arriendos de Martingdale, el estado de mis finanzas era tan satisfactorio que Clare y yo decidimos irnos al extranjero a pasar, antes de que terminase el buen tiempo, las vacaciones de las que llevábamos tanto hablando. No sabíamos lo que podría pasar en un año, como sabiamente comentó Clare; lo mejor era que nos divirtiéramos mientras pudiésemos, así que, antes de finales de agosto estábamos vagando por el continente, deambulando por Rouen, visitando las galerías de París y hablando de ampliar nuestro mes de solaz a tres. Lo que me decidió a hacerlo fue que entablamos amistad con una familia inglesa que tenía intención de pasar el invierno en Roma. Nos conocimos por casualidad, pero, al descubrir

que casi éramos vecinos en Inglaterra —de hecho, la finca del señor Cronson estaba cerca de Martingdale—, esa leve amistad pronto maduró hasta convertirse en intimidad, y al poco ya estábamos viajando juntos.

Desde el principio a Clare no le gustó mucho ese nuevo plan. Había una «chiquita» en Inglaterra con la que quería que me casara, y el señor Cronson tenía una hija que desde luego era muy atractiva. La chiquita no había despreciado al John Lester artista, mientras que no cabía ninguna duda de que la señorita Cronson tenía puestos los ojos en el John Lester de Martingdale, del mismo modo que habría apartado su bonito rostro de la mirada de admiración de un pobre; todo eso lo veo ahora con toda claridad, pero entonces estaba ciego y me habría declarado a Maybel —así se llamaba la señorita Cronson— antes de que terminase el invierno de no ser porque de pronto llegó la noticia de que la madre del señor Cronson estaba enferma. En un instante cambió todo el programa y nuestros deliciosos días en el extranjero tocaron a su fin. Los Cronson hicieron las maletas y se marcharon, y Clare y yo regresamos más lentamente a Inglaterra, he de confesar que un tanto malhumorados el uno con el otro.

Llegamos a Martingdale a mediados de noviembre y nos encontramos con que el lugar era de todo menos romántico o agradable. Los caminos estaban empapados, los árboles sin hojas y en el jardín no había flores, salvo unas pocas rosas tardías. Había sido una estación muy húmeda y todo presentaba un aspecto muy lamentable. Clare desistió de invitar a Alice a que fuera a hacerle compañía los meses de invierno como había sido su intención; en cuanto a mí, los Cronson seguían en Norfolk, donde iban a pasar las Navidades con la anciana señora Cronson, ya recuperada de su enfermedad.

Martingdale estaba muy lóbrego en general, y las historias de fantasmas de las que nos habíamos reído mientras la luz del sol inundaba la habitación, se volvieron más reales cuando solo contábamos con el fuego de la chimenea y las velas para disipar la oscuridad. También se volvieron más reales cuando un sirviente detrás de otro nos fue dejando para buscar empleo en alguna otra parte; cuando cada vez con mayor frecuencia hubo «ruidos» en la casa, y cuando Clare y yo oímos los pasos fuertes, los portazos y los parloteos que nos habían descrito.

Querido lector, sin duda no crees en fantasías supersticiosas; te ríes de que existan los fantasmas y «te encantaría encontrar una casa encantada en la que poder pasar una noche». Todo eso es muy valiente y encomiable, pero espérate a estar en una vieja mansión rural, lúgubre y sombría, llena de sonidos totalmente inexplicables, sin un solo sirviente y la única compañía de

un anciano guardián y su mujer, quienes, como vivían en el extremo más alejado de la casa, no se enteraban de los pasos y portazos que se sucedían a lo largo de toda la noche.

Al principio supuse que los ruidos los hacían algunas personas malintencionadas que querían, por las razones que fuese, que la casa siguiera deshabitada; sin embargo, poco a poco Clare y yo llegamos a la conclusión de que de verdad se trataba de una aparición sobrenatural, lo que volvía a Martingdale un lugar inhabitable.

Pero como seguíamos siendo personas prácticas, y, a diferencia de nuestros predecesores, no teníamos dinero para vivir dónde y cómo quisiéramos, decidimos vigilar para ver si podíamos hallar indicios de participación humana en el asunto. En caso contrario, acordamos que demoleríamos el ala derecha de la casa y la escalera principal.

Durante noches nos quedamos levantados hasta las dos o las tres de la madrugada, Clare haciendo labor y yo leyendo con un revolver en la mesa de al lado; mas no hubo nada, ni sonido ni aparición, que recompensara nuestra vigilia. Eso pareció confirmar mi idea inicial de que no eran unos ruidos sobrenaturales, pero, por si acaso, decidí que pasaría la Nochebuena, el aniversario de la desaparición de Jeremy Lester, de guardia en el dormitorio rojo, propósito que ni siquiera le revelé a Clare.

Hacia las diez, cansados por nuestras vigilias previas, nos retiramos a descansar. Tal vez de forma demasiado ostentosa cerré con mucho estruendo la puerta de mi cuarto y, cuando la abrí media hora después, ni un ratón podría haber avanzado por el pasillo con mayor sigilo y precaución que yo. Me senté en el dormitorio rojo en medio de la más absoluta oscuridad. Durante más de una hora fue como si estuviese en mi propia tumba, ya que no podía ver nada, pero, pasado ese tiempo, salió la luna y arrojó unas extrañas luces por el suelo y en las paredes de la cámara encantada.

Hasta ese momento yo había estado vigilando frente a la ventana; después me retiré a un rincón cerca de la puerta, donde me ocultaban las espesas colgaduras de cama y un armario antiguo.

Permanecí alerta sin que ningún sonido rompiera el silencio. Agotado por tantas noches de desvelo y harto de mi vigilia solitaria, caí finalmente en un sueño del que desperté al oír que la puerta se abría con cuidado.

—John —dijo mi hermana casi entre susurros—, John, ¿estás ahí?

—Sí, Clare —contesté—, pero ¿qué haces levantada a estas horas?

—¡Ven abajo —dijo—, que están en el salón de roble!

No hizo falta que me explicase a quién se refería, y la seguí con sigilo por la escalera mientras me advertía con una mano levantada de que era preciso que guardase silencio y actuara con cautela.

Clare se detuvo ante la puerta abierta del salón de roble, por la que ambos nos asomamos.

En la habitación, que habíamos dejado a oscuras por esa noche, ardía un resplandeciente fuego de leños en la chimenea, había velas encendidas sobre la repisa, habían sacado la mesa pequeña de su rincón habitual y, en ella, dos hombres jugaban al *cribbage*.

Podíamos verle la cara al jugador más joven; era la de un hombre de unos veinticinco años que había llevado una vida difícil y malvada, que había desperdiciado su fortuna y su salud y que en vida había sido Jeremy Lester. Me resultaría difícil explicar cómo lo supe, cómo al momento identifiqué los rasgos del jugador con los del hombre que esa misma noche hacía cuarenta y un años que había desaparecido. Vestía ropas de antaño, llevaba el pelo empolvado y volantes de encaje en las muñecas.

Parecía como si, después de volver a casa de alguna gran fiesta, se hubiera sentado a jugar a las cartas con un amigo íntimo. En el dedo meñique le brillaba un anillo, y en la pechera un valioso diamante. Llevaba hebillas también de diamante en los zapatos y, de acuerdo con la moda de su época, pantalones bombachos y medias de seda que resaltaban la forma de unas piernas y tobillos fornidos.

Aunque se encontraba de cara a la puerta, en ningún momento levantó la mirada, ya que parecía estar totalmente concentrado en las cartas.

Durante algún tiempo hubo un silencio absoluto que solo rompía el trascendental recuento de puntos. Clare y yo seguíamos en el umbral, conteniendo la respiración aterrorizados, pero, a la vez, fascinados por la escena que se estaba representando ante nosotros.

Las cenizas caían suavemente en el hogar como la nieve; oíamos el crujido de las cartas conforme las repartían sobre la mesa, así como el recuento —quince: un punto, quince: dos puntos y demás—, pero no dijeron nada más hasta que finalmente el jugador al que no veíamos la cara exclamó:

—¡Yo gano! La partida es mía.

Entonces su contrincante cogió las cartas y, después de barajarlas con negligencia, las juntó todas y arrojó la baraja entera a la cara de su invitado según bramaba:

—¡Tramposo, mentiroso, toma!

Hubo tanto bullicio y confusión mientras arrojaban sillas, gesticulaban violentamente y gritaban con vehemencia, que no entendimos lo que dijeron. De pronto Jeremy Lester salió a grandes zancadas de la habitación con tanta prisa que casi nos tocó al pasar junto a nosotros, a lo que siguieron los fuertes pasos por la escalera hasta llegar al dormitorio rojo, de donde bajó a los pocos minutos con dos estoques bajo el brazo.

Cuando volvió a entrar en el salón, nos pareció que le daba a elegir arma al otro hombre, y después abrió el ventanal y, cediendo el paso ceremoniosamente a su adversario, salió fuera seguido por Clare y por mí.

Atravesamos el jardín y bajamos por un sendero estrecho y sinuoso a una parcela llana de césped protegida por el norte por una plantación de abetos jóvenes. Esa noche brillaba intensamente la luna y pudimos ver con toda claridad a Jeremy Lester midiendo los pasos.

—Cuando cuentes hasta tres —dijo al fin al hombre que seguía de espaldas a nosotros. Habían echado a suertes donde se situarían y había perdido el señor Lester, sobre el que caían los rayos de luna; y no quisiera volver a ver nunca a un sujeto tan apuesto.

—Uno… —empezó el otro—, dos…

Y antes de que nuestro pariente tuviera la menor sospecha de las intenciones de su rival, este se abalanzó sobre él y le clavó el estoque en el pecho.

Al ser testigo de tan cobarde traición, Clare soltó un grito. Al instante los duelistas desaparecieron, una nube ocultó la luna y nosotros nos quedamos a la sombra del bosque de abetos temblando de frío y terror. No obstante, sabíamos por fin lo que le había sucedido al antiguo propietario de Martingdale, que no había caído en justa lid, sino vilmente asesinado por un falso amigo.

Cuando me desperté ya avanzada la mañana del día de Navidad, fue para ver un mundo blanco en el que el suelo, los árboles y los arbustos estaban todos cubiertos de nieve. La había por todas partes, una cantidad de nieve que nadie recordaba que hubiese caído en cuarenta y un años.

—Fue una mañana de Navidad igual que esta cuando desapareció el señor Jeremy —comentó el viejo sacristán a mi hermana, la cual había insistido en arrastrarme por la nieve hasta la iglesia y que, al oír eso, se desmayó y hubimos de llevarla a la sacristía, en la que le conté al párroco todo lo que habíamos presenciado la noche anterior.

Al principio ese respetable varón no se tomó el asunto muy en serio, pero, cuando una quincena más tarde la nieve se derritió y el bosque de abetos pudo

ser examinado, reconoció que tal vez pasaran cosas en el cielo y la tierra que su limitada filosofía jamás se habría imaginado.

En un pequeño claro del interior de la plantación encontramos el cadáver de Jeremy Lester. Lo reconocimos por el anillo, las hebillas de diamantes y el reluciente alfiler del pecho; y el señor Cronson, que en su calidad de magistrado vino a inspeccionar esas reliquias, quedó visiblemente inquieto por mi relato.

—Dígame, señor Lester, ¿vio en su sueño el rostro del… del caballero… del rival de su pariente?

—No —contesté—, tanto sentado como de pie estuvo en todo momento de espaldas a nosotros.

—Bueno, de todos modos ya no hay nada que se pueda hacer —observó el señor Cronson.

—No, nada —asentí.

Y sin duda así habría quedado la cosa de no ser porque unos días después, mientras cenábamos en Cronson Park, de pronto Clare dejó caer el vaso de agua que se estaba llevando a los labios y exclamando: «¡Mira, John, es él!», se levantó y, con el rostro tan blanco como el mantel, señaló un retrato de la pared.

—Le vi la cara un instante cuando volvió la cabeza hacia la puerta al salir Jeremy Lester —explicó—, y es él.

Apenas conservo vagos recuerdos de lo que ocurrió a continuación. Había sirvientes corriendo de un lado a otro, la señora Cronson se cayó histérica de la silla, las señoritas se agolparon alrededor de su mamá y el señor Cronson, temblando como si tuviera un ataque de paludismo, intentaba dar alguna explicación mientras Clare no dejaba de rogarme que nos marcháramos de allí por lo que más quisiera.

Y nos marchamos, y no solo de Cronson Park, sino también de Martingdale. No obstante, antes de irnos hablé con el señor Cronson, el cual me contó que el retrato que Clare había identificado era el del padre de su mujer, la última persona que había visto a Jeremy Lester con vida.

—Ahora es un anciano de más de ochenta años —concluyó el señor Cronson—, y me lo ha confesado todo. Espero que no quiera usted traer más tristeza y deshonra a esta familia haciendo público el asunto.

Le prometí que guardaría silencio, pero poco a poco la historia se fue conociendo y finalmente los Cronson tuvieron que abandonar el país.

Mi hermana nunca ha vuelto a Martingdale; se casó y vive en Londres. Por mucho que le asegure que ya no hay ruidos extraños en la casa, se niega a

visitarme en Bedfordshire, donde la «chiquita» sobre la que tanto tiempo quiso que yo «pensara seriamente» es ahora mi mujer y la madre de mis hijos.

ARTHUR CONAN DOYLE

UNA NOCHEBUENA TREPIDANTE
o
MI CONFERENCIA SOBRE DINAMITA
(1883)

Cuán a menudo me ha parecido muy extraño y curioso que el peligro y los problemas persigan a quienes más ganas tienen de llevar una vida tranquila y sin complicaciones. Yo mismo soy uno de ellos, y, al rememorar el pasado, me doy cuenta de que fue en los periodos de mi existencia que con mayor seguridad podría haber calificado de pacíficos cuando me acaeció alguna aventura inesperada, como el rayo que cayó de un cielo despejado para alterar los nervios del viejo Horacio. Posiblemente mi experiencia difiera de la de otros, y puede que haya sido especialmente desafortunado. En ese caso, mayor motivo para que me lamente de mi desdichada suerte y deje aquí constancia de ella para beneficio de quienes han vivido circunstancias más dichosas.

Basta con que comparen mi vida con la de Leopold Walderich y entenderán de qué me quejo. Los dos somos de Mulhausen, en Baden, y de ahí que lo haya elegido a él como ejemplo, por más que otros muchos también me servirían. Él se jactaba de ansiar aventuras. Pues bien, escuchen lo que ocurrió. Fuimos juntos a la Universidad de Heidelberg. Yo era sosegado, estudioso y modesto; él, impetuoso, imprudente y vago. Durante tres años él se entregó a todo tipo de desmanes, mientras yo frecuentaba los laboratorios y apenas abandonaba mis libros, salvo para irme a toda prisa a dar un paseo por el campo cuando el dolor de cabeza y el pitido de oídos me advertían de que estaba poniendo en jaque mi constitución física.

Aun así, en ese periodo la vida de él fue relativamente tranquila, mientras que toda mi existencia estuvo marcada por una serie de peligros de los que escapé por los pelos. Me dañé la vista y casi me asfixié con un gas venenoso. Cogí la triquinosis comiendo jamón y hube de guardar cama semanas. Fui arrojado por la ventana de un segundo piso por un inglés loco porque se me ocurrió citar el solemne pasaje de la *Historia del mundo*, de Schoppheim, que demuestra que Waterloo fue exclusivamente victoria de los prusianos y arroja serias dudas sobre la presencia de cualquier fuerza británica más allá de Bruselas. Estuve a punto de ahogarme en dos ocasiones, y en una casi me habría precipitado por el parapeto del castillo de no recibir la ayuda de ese

mismo inglés. Estos son unos pocos de los incidentes que me ocurrieron mientras intentaba vivir recluido para sacarme la licenciatura.

Aun en cosas más pequeñas mi suerte siguió siendo igual de mala. Recuerdo muy bien, por ejemplo, cuando en una ocasión los más alocados del cuerpo de Baden se lanzaron a una empresa totalmente disparatada. Había un granjero a unos tres kilómetros de la ciudad, de nombre Nicholas Bodeck, que, como se volviera detestable para los estudiantes, estos decidieron devolvérselo gastándole una broma. Así pues, hicieron gran número de pequeños gorros con los colores del cuerpo en ellos, y los conspiradores invadieron sus tierras en mitad de la noche y los pegaron a las cabezas de todas las aves del lugar.

El efecto era sin duda muy cómico, como tuve oportunidad de juzgar por mí mismo al dar la casualidad de que pasara por allí a la mañana siguiente. Supuse que Walderich y sus amigos habrían llevado a cabo la broma en busca de emociones fuertes, a sabiendas de que el granjero era un hombre resuelto. Sin embargo, no obtuvieron ninguna emoción fuerte; fui yo el que las vivió. Nunca fui muy activo, pero esa mañana desde luego corrí los tres kilómetros a una velocidad increíble, como también hicieron los cinco hombres armados de horquillas que iban detrás de mí.

Puede que estas cosas parezcan triviales, pero, como dicen ustedes en Inglaterra, por una paja se sabe la dirección del viento, y todo esto indicaba lo que estaba por venir.

Me licencié en Medicina y me convertí en el señor doctor Otto von Spee. Luego lo hice en Ciencias y recibí muchos elogios por mi tesis «De los compuestos explosivos de la serie triple del metilo». Me citaban como una autoridad en trabajos científicos, y mis catedráticos predijeron que me aguardaba una gran carrera. Sin embargo, mis estudios tocaron repentinamente a su fin tras el estallido de la gran guerra con Francia[30].

Walderich se alistó voluntario en uno de los regimientos de primera, luchó en casi todos los combates, se cubrió de gloria y regresó ileso para ser galardonado con la Cruz del Mérito. Yo estuve destinado en una ambulancia que no llegó ni a cruzar la frontera, pero, aun así, conseguí romperme un brazo al tropezar con una camilla, y contraje la erisipela de uno de los pocos heridos a los que traté. No recibí medalla ni cruz, y, cuando todo hubo terminado, me volví discretamente a Berlín, donde me establecí como docente privado[31] de física y química.

Como es normal, se estarán preguntando qué tiene que ver todo esto con mi relato navideño. Comprobarán a su tiempo que es necesario que se lo

cuente para que puedan apreciar como es debido el mayor suceso de mi larga lista de desgracias. Han de recordar también que soy alemán y, por lo tanto, tal vez un poco prolijo, como los de mi nación tenemos fama de ser. A menudo he admirado el estilo ágil y vibrante de los narradores ingleses, pero me temo que, si intentara imitarlo, sería como si una de nuestras lentas y pesadas cigüeñas de Mulhausen adoptase los bonitos y gráciles aires de sus petirrojos navideños. Llegado el momento sabrán todo lo que tengo que contar sobre mi Nochebuena.

Después de establecerme en Berlín, intenté combinar la práctica de la medicina privada con mi trabajo de docente privado, que equivale a lo que llaman profesor particular en Inglaterra. Eso hice durante algunos años, pero resultó que mi ejercicio de la medicina, como se daba sobre todo entre las clases bajas, favorecía mi lamentable propensión a meterme en líos, por lo que decidí abandonarlo.

Así pues, me mudé a una casa apartada de un barrio tranquilo de la ciudad y me dediqué a la investigación científica, en la que principalmente continué investigando la misma materia que me había interesado en un principio, esto es, las propiedades de los compuestos explosivos.

Mis gastos eran pequeños, y todo lo que me quedaba lo gastaba en instrumental científico y aparatos mecánicos de diversas clases. Pronto tuve un acogedor laboratorio que, si bien no era tan pretencioso como el de Heidelberg, estaba igual de equipado para satisfacer mis necesidades. Cierto es que los vecinos se quejaban, y que tuve que apaciguar a Gretchen, mi ama de llaves, con una moneda de cinco marcos en las tres ocasiones en que salí volando por los aires y la otra en que me caí mientras intentaba sujetar un cable eléctrico en lo alto de una edificación anexa. No obstante, esas minucias fueron fáciles de resolver, y rápidamente mi vida fue adquiriendo el carácter pacífico que tanto tiempo llevaba deseando.

Era feliz y, lo que es más, me estaba haciendo famoso. Mi «Observaciones sobre el cacodilo» en el *Archivo Mensual de Ciencia* causó bastante sensación, y el señor Raubenthal, de Bonn, lo calificó de *meisterlich*[32], por más que disintiese de muchas de mis deducciones. No obstante, una contribución posterior a esa misma publicación me permitió explicar ciertos experimentos que bastaron para convencer a ese eminente erudito de que mi punto de vista era el correcto.

Tras ese triunfo se me reconoció mundialmente como una autoridad de mi rama de investigación y uno de los mayores expertos en explosivos. El Gobierno me nombró miembro de la Comisión de Torpedos de Kiel, y se me

concedieron otros muchos honores. Una de las consecuencias de ese repentino acceso a la fama fue que me vi muy solicitado como conferenciante, tanto para congresos científicos como para esas charlas divulgativas para fomentar la educación de la gente que se han vuelto tan habituales en la metrópoli. De ese modo mi nombre apareció en los periódicos como el de alguien muy versado en esos temas, y a eso atribuyo los hechos que estoy a punto de narrar.

Era una Nochebuena fría y ventosa. El aguanieve golpeteaba contra los cristales de las ventanas y las ráfagas de viento aullaban entre las ramas esqueléticas de los adustos álamos de mi jardín. Había poca gente en la calle, y esos pocos llevaban los abrigos abotonados hasta arriba, las barbillas hundidas en el pecho y se dirigían a toda prisa a casa tambaleándose por la fuerza de la tormenta. Hasta el enorme policía de fuera había dejado de moverse de un lado a otro y se resguardaba acurrucado en un portal.

Muchos hombres solitarios podrían haberse sentido incómodos en una noche así, pero yo estaba tan interesado en mi trabajo que no tenía tiempo para compadecerme del estado del tiempo. Una mina submarina ocupaba toda mi atención, y en un tanque de plomo que tenía delante había metido una pequeña bola de mi nuevo explosivo. El problema que quería resolver era hasta qué punto su capacidad destructiva quedaría modificada por la acción del agua, una cuestión tan importante que impedía que yo me pudiera sentir abatido. Además, uno de los enamorados de Gretchen estaba en la cocina, y sus broncas expresiones de satisfacción, ya fuera por los encantos de ella, por mi cerveza o por ambos, eran lo bastante audibles para desterrar cualquier idea de soledad que me pudiese pasar por la cabeza.

Estaba poniendo la batería sobre la mesa y conectando los cables con cuidado para hacer explotar la carga cuando oí unos pasos cortos y rápidos fuera de la ventana y, justo a continuación, llamaron con fuerza a la puerta.

Muy rara vez recibía visitas de mi limitado número de conocidos, y desde luego nunca en una noche como esa. Quedé asombrado un instante y, tras concluir que debía de tratarse de alguien que iba a ver a Gretchen, seguí trabajando en mi aparato.

Para mi gran sorpresa, después de que Gretchen abriera la puerta se oyeron unos murmullos en el vestíbulo y luego tocaron discretamente en la entrada de mi santuario, a lo que siguió la aparición de una dama de alta estatura a la que podría haber jurado que no había visto en la vida.

Se cubría el rostro con un espeso velo oscuro, y, como su vestido era del mismo color sombrío, deduje que debía de ser viuda. Entró con pasos

decididos y enérgicos y, después de echar un vistazo, se sentó tranquilamente en el sofá que había entre la pila voltaica y la mesa de los reactivos; todo sin decir una palabra y como si no se percatara en absoluto de mi presencia.

—Buenas noches, señora —dije cuando conseguí recobrar la compostura.

—¿Querrá hacerme un favor, doctor? —dijo bruscamente con un tono severo que armonizaba con su figura adusta y angulosa.

—Por supuesto, señora —contesté haciendo uso de mis modales más refinados. Había una chica en Heidelberg que decía que yo a veces tenía una forma de comportarme muy fascinante. Solo era una broma, claro está, pero por algo lo diría—. ¿En qué la puedo ayudar?

—Diga que se retire a esa sirvienta suya que está escuchando detrás de la puerta.

En ese momento, antes de que yo pudiera ni moverme, se oyó una sucesión de golpes, seguida de un terrible estrépito y un prolongado grito. Era evidente que mi desdichada doméstica se había caído por las escaleras cuando intentaba evitar que la descubriese. Me iba a levantar, pero la desconocida me detuvo.

—Ahora ya da igual —dijo—. Vayamos a lo nuestro.

Asentí con la cabeza en señal de que era todo oídos.

—Se trata, doctor —continuó—, de que quiero que me acompañe y me dé su opinión sobre un caso.

—Mi querida señora —repuse—, hace tiempo que me retiré del ejercicio de mi profesión, pero si va calle abajo, verá la consulta del doctor Benger, que es muy competente y la acompañará encantado.

—¡No, no! —exclamó ella muy angustiada—. ¡Tiene que ser usted y nadie más que usted! El pobre de mi querido marido me ha dicho cuando me iba que Otto von Spee era el único hombre que podía devolverlo de la tumba. Todos se van a quedar destrozados si vuelvo sin usted. Además, los profesores del hospital dijeron que era usted la única persona de Europa que podría ocuparse del asunto.

Aunque me dedicaba de pleno a la investigación científica, siempre había tenido la convicción de que tenía dotes para ser un médico de primera. Fue un consuelo indescriptible saber que las principales figuras de la profesión refrendaban mi opinión remitiéndome un caso singular. No obstante, cuanto más lo pensaba, más extraño me parecía.

—¿Está segura? —pregunté.

—Sí, totalmente.

—Pero yo estoy especializado en el estudio de explosivos y tengo muy poca experiencia práctica en el campo de la medicina. ¿Qué le ocurre a su marido?

—Tiene un tumor.

—¿Un tumor? No sé nada de tumores.

—Venga conmigo, por favor, querido doctor von Spee, venga a verlo —me imploró la señora, sacándose un pañuelo del bolsillo y echándose a sollozar convulsivamente.

Eso pudo conmigo. Llevaba una vida retirada y nunca había visto a una dama afligida.

—Estaré encantado de acompañarla, señora —dije.

Lamenté la promesa en cuanto la hice. El viento bramó furioso en la chimenea recordándome lo inclemente de esa noche. No obstante, había dado mi palabra y no tenía escapatoria. Salí de la habitación con el aspecto más jovial que me fue posible, mientras Gretchen me liaba un chal al cuello y me abrigaba todo lo que pudo.

¿Qué tendría ese tumor, me pregunté, que había inducido a tan doctos cirujanos a remitírmelo a mí, que era más artillero que médico? ¿Sería que era de un crecimiento tan duro que no había bisturí que lo pudiese extirpar y se necesitaban explosivos? Era una idea tan cómica que apenas pude contener la risa.

—Bien, señora —dije al volver a entrar en el estudio—, estoy a su disposición.

Conforme hablaba, golpeé accidentalmente la máquina eléctrica, lo que provocó una ligera transmisión de corriente por los cables que hizo que la mina submarina explotase con estruendo y saliera volando una pequeña columna de agua. Pese a estar acostumbrado a tales accidentes, reconozco que me sobresalté bastante por lo repentino de ese. Mi acompañante, sin embargo, permaneció impasible en el sofá, tras lo que se levantó sin la menor muestra de sorpresa o emoción y salió de la habitación.

«¡Vaya, tiene nervios de granadero!», exclamé mentalmente mientras la seguía a la calle.

—¿Está lejos? —pregunté cuando empezamos a avanzar bajo la tormenta.

—No, no mucho —contestó—. Además, me he tomado la libertad de traer un coche de alquiler para que el señor doctor no coja frío. Ah, ahí viene.

Según lo decía, un carruaje cerrado apareció a toda velocidad por la calle y se detuvo junto a nosotros.

—¿Tiene a Otto van Spee? —preguntó un hombre de rostro cetrino después de bajar la ventanilla y asomar la cabeza.

—Sí, aquí está.

—Pues venga, adentro con él.

En un primer momento pensé que solo lo decía de broma, pero mi acompañante enseguida me sacó del engaño al agarrarme del cuello del abrigo y meterme, con lo que me pareció una fuerza sobrehumana, en el vehículo. Caí en el suelo y el hombre me arrastró a un asiento, mientras ella se subía, cerraba la puerta y, a continuación, los caballos emprendían la marcha a todo galope.

Me recliné totalmente desconcertado, incapaz de entender lo que había sucedido. El interior del carruaje estaba muy oscuro, pero oí que ellos dos conversaban entre susurros. Cuando intenté protestar y exigirles una explicación, un gruñido amenazante y una basta mano en mi boca me advirtieron que guardara silencio. Yo no era rico ni estaba especialmente bien relacionado, como tampoco me dedicaba a la política. Por lo tanto, ¿por qué me secuestraba esa gente de un modo tan minucioso? Cuantas más vueltas le daba, más enigmático me resultaba todo.

Nos detuvimos un momento y se montó en el carruaje un tercer hombre, que también preguntó con mucho interés si habían conseguido a Otto van Spee y expresó gran satisfacción al responderle en sentido afirmativo. Tras esa parada seguimos traqueteando aún más deprisa, mientras el vehículo se balanceaba de un lado a otro por la velocidad y el chacoloteo de los cascos de los caballos se podía oír por encima del bramido del vendaval. Me dio la impresión de que pasábamos por todas las calles de Berlín hasta que, con una repentina sacudida, el cochero detuvo el carruaje y mis captores me indicaron que bajara.

Apenas tuve tiempo para mirar a mi alrededor y darme cuenta de que estaba en una calle angosta de algún barrio bajo de la ciudad. Se abrió una puerta delante de nosotros y los dos hombres me metieron por ella seguidos por la mujer hercúlea, lo que frustraba cualquier posibilidad de huir.

Nos encontrábamos en un largo pasaje o pasillo débilmente iluminado por dos lámparas parpadeantes, cuyo resplandor amarillento parecía intensificar la oscuridad que las rodeaba. Después de caminar unos veinte metros o más llegamos a una puerta maciza que bloqueaba nuestro avance. Uno de mis guardianes la golpeó con el bastón que llevaba y, entonces, reverberó un fuerte sonido metálico y se abrió, tras lo que se cerró con un chasquido cuando la hubimos atravesado.

En ese momento me arriesgué a detenerme y reconvenir de nuevo a mis acompañantes. Sin embargo, solo obtuve por respuesta un empujón de la mujer de detrás de mí que me hizo entrar disparado por una puerta entreabierta en una pequeña y acogedora habitación. Mis secuestradores me siguieron de un modo más pausado y, después de echar la llave, procedieron a sentarse indicándome por señas que hiciese lo mismo.

Era una estancia pequeña, pero amueblada con mucha elegancia. En la chimenea ardía un refulgente fuego, y los brillantes colores de los finos muebles y la alfombra de variadas tonalidades contribuían a darle un aire alegre. Los cuadros de las paredes, sin embargo, ayudaban muchísimo a neutralizar ese efecto. Aunque eran muy numerosos, todos y cada uno de ellos mostraban un episodio desagradable o criminal de la historia. Muchos los tenía tan lejos que no pude descifrar las inscripciones. No obstante, para un estudioso como yo la mayoría contaban una historia que conocía. Estaba el loco de Schtaps en el jardín atentando contra la vida del primer Napoleón. Encima había un bosquejo de Orsini con su cobarde bomba esperando en silencio entre los demás asistentes en el vestíbulo de la ópera[33]. Una estatuilla de Ravaillac[34] estaba colocada en un pedestal de un rincón, mientras que un gran óleo del estrangulamiento del desdichado emperador Pablo[35] en su dormitorio ocupaba toda una pared de la habitación.

Todo eso no es que contribuyera mucho a animarme, y el aspecto de mis tres acompañantes ayudaba menos aún. Ya en varias ocasiones había dudado del sexo de la persona que me había inducido a salir de mi acogedor domicilio, pero, al quitarse ahora el velo, reveló un negro bigote y un rostro bronceado de ojos inquisitivos y siniestros que parecían mirar en lo más profundo de mí. En cuanto a los otros, uno era descarnado y cadavérico, y el otro de aspecto insignificante, barba descuidada y tez enfermiza.

—Lamentamos mucho habernos visto obligados a recurrir a estos métodos, doctor von Spee —dijo este último—, pero por desgracia no teníamos otra forma de asegurarnos el placer de su compañía.

Hice una inclinación de cabeza por respuesta, aunque me temo que un tanto desabrida.

—Y yo debo disculparme por las libertades que me he tomado, sobre todo por haberle privado de la satisfacción de ver el notable tumor de mi marido —dijo el individuo al que había conocido en primer lugar.

Recordé el modo en que me había empujado como si fuera un baúl vacío y mi inclinación de cabeza fue aún más desabrida.

—Confío, caballeros —dije—, en que, ahora que ya han llevado a cabo tan admirablemente su broma, me permitan volver a seguir con los estudios que me han hecho interrumpir.

—Calma, señor doctor, menos prisa —dijo el hombre alto poniéndose en pie—. Tiene que hacer usted algo antes de dejarnos. Se trata ni más ni menos de que dé a unos cuantos inquisidores de la verdad una clase sobre la materia de su especialidad. ¿Será tan amable de venir por aquí?

Fue a una puerta lateral pintada del mismo color que el papel de la pared y la abrió con expresión muy persuasiva. Era inútil resistirme, ya que los otros dos cómplices también se habían levantado y situado a cada lado de mí. Cedí a las circunstancias y salí por allí tal y como me indicaban.

Avanzamos por un segundo pasillo, bastante más corto que el primero y mucho más iluminado. Al final había una gruesa cortina de terciopelo que cubría una puerta plegable de paño verde. Esta se abrió y, para mi gran sorpresa, me hallé en una habitación grande en que se encontraba reunido un considerable número de gente. Estaban sentados en largas filas frente a un estrado de un extremo de la estancia en el que había una única silla y una pequeña mesa redonda llena de objetos.

Mis acompañantes me hicieron pasar, viéndose nuestra entrada recibida con muchos aplausos. Estaba claro que nos esperaban, ya que hubo un movimiento general de expectación entre los allí congregados. Al echar un vistazo, observé que la mayoría de los presentes llevaban ropas de artesanos o peones. No obstante, también había algunos vestidos de forma respetable e incluso elegante, y unos cuantos cuyas levitas azules y charreteras doradas revelaban que eran oficiales del ejército. Sus nacionalidades parecían casi tan variadas como sus ocupaciones. Distinguí la cabeza dolicocefálica de los teutones, el cráneo redondo y cubierto de rizos de los celtas y la mandíbula prognata y los rasgos salvajes de los eslavos. Era prácticamente como si estuviese mirando en una de las vitrinas de moldes del museo antropológico de mi amigo Landerstein.

Mas no tenía tiempo para sorprenderme ni reflexionar. Uno de mis guardianes me hizo atravesar la habitación y me situó bajo la mesa que ya he mencionado que estaba sobre una tarima. Mi aparición ahí fue la señal para que el público prorrumpiera de nuevo en aplausos que, entre los hechos con las manos y los golpes de bastones en el suelo, se prolongaron un tiempo considerable.

Cuando remitieron, el hombre descarnado que había ido conmigo en el carruaje subió a la tarima y dirigió unas palabras a los presentes:

—Caballeros, como pueden comprobar, el comité ha conseguido cumplir su promesa y traer al célebre (*berümhte*[36] fue el término que usó) doctor Otto von Spee para que se dirija a ustedes.

Hubo más aplausos.

—Doctor —prosiguió volviéndose hacia mí—, no creo que esté de más que le dé una pequeña explicación en público. Es usted una reputada autoridad en explosivos. Pues bien, todos estos caballeros y yo mismo estamos interesados en la materia y escucharemos encantados sus puntos de vista. Lo que más queremos en concreto es que nos dé instrucciones claras y precisas sobre la forma de preparar dinamita, pólvora de algodón y otras substancias similares, ya que a veces tenemos ciertas dificultades para obtener esas cosas para nuestros experimentos. También nos va a hablar del efecto de la temperatura, el agua y otros agentes en estas substancias, cómo se almacenan mejor y el modo más efectivo de usarlas. Por nuestra parte, escucharemos atentamente y le trataremos bien siempre que no intente buscar ayuda o huir. En caso de que cometiera el desacierto de hacer cualquiera de las dos cosas —añadió tocándose el bolsillo—, el íntimo conocimiento que ya tiene de los explosivos se ampliará al de los proyectiles.

Aunque no puedo decir que a mí me pareciese un buen chiste, sí que tuvo mucha aceptación entre el público.

—Quería añadir unas pocas palabras a lo dicho por nuestro erudito presidente —dijo un hombre pequeño que se puso en pie en la primera fila—. He puesto en la mesa aquellos materiales con que he podido hacerme para que el sabio doctor pueda ilustrar su disertación con los experimentos que considere oportunos. Para concluir, le aconsejo que hable lo más despacio y claro que pueda, ya que algunos de los asistentes no están muy versados en la lengua alemana.

¡De nuevo mi redomada mala suerte de siempre! Una noche en la que Walderich y todos los tipos divertidos de Berlín estarían roncando pacíficamente en sus camas, yo —yo, el doctor Otto von Spee, el modesto hombre de ciencia— tenía que dar una conferencia a una organización criminal secreta, pues mi audiencia no podía ser otra cosa, y enseñarles a forjar las armas con que atacarían a la sociedad y a todo lo más preciado y venerado. ¡Y encima tratándose de esa noche! Así pues, ¿debía yo poner en sus manos la capacidad de convertir una casa en un arsenal, de destruir la estabilidad de la patria, e incluso quizá de atentar contra mi querido káiser? ¡Nunca! Juré para mí que nunca lo haría.

La mayoría de hombres pequeños que usan gafas son obstinados. Yo, hombre pequeño con gafas, no era la excepción a la regla. Apreté los dientes y pensé que *ruat caelum*[37], de mi boca no saldría palabra alguna que les pudiese ser de ayuda. No me iba a negar a dar la conferencia, pero estaba decidido a no tocar los puntos en que ellos querían que los instruyera.

No me dejaron mucho tiempo para reflexionar. Un murmullo que no parecía presagiar nada bueno y el sonido de pies inquietos arrastrándose por el suelo indicaban que el público empezaba a impacientarse. He de decir, no obstante, que daba la impresión de que muchos me veían con bastante cariño, en particular un individuo tirando a corpulento de características marcadamente celtas que, no contento con lucir una gran sonrisa en su rubicundo rostro, de vez en cuando agitaba los brazos con unos movimientos con los que pretendía expresar simpatía e inspirarme confianza.

Subí junto a la mesa, que estaba cubierta de todo tipo de objetos que habían considerado que guardaban relación con el tema de mi charla. Algunos eran bastante curiosos: un terrón de sal, una tetera de hierro, parte del eje roto de una rueda y un gran fuelle de cocina. Otros eran más apropiados. Había un pedazo de pólvora de algodón que no debía de pesar menos de un par de libras, y también algodón en rama, almidón, varios ácidos, un mechero Bunsen, tubos de fulminato de mercurio, dinamita en polvo y una gran jarra de agua. También había una botella y un vaso para mi uso.

—*Meine herren*[38] —empecé, tal vez con un ligero temblor de voz—, nos hemos reunido aquí esta noche para estudiar la dinamita y otros explosivos.

Me salió con toda naturalidad, ya que era la fórmula estereotipada con que solía comenzar mis disertaciones en el Educationische Institut. Sin embargo, a mi público pareció hacerle mucha gracia, y el rubicundo celta se desternillaba de admiración y risa. Hasta el hombre adusto al que habían llamado presidente se dignó a sonreír en señal de aprobación y comentó que me había adaptado muy bien a las circunstancias.

—Estas sustancias —continué— son unos poderosos agentes ya sea para hacer el bien o el mal. Para hacer el bien cuando se utilizan para extraer piedra en una cantera, eliminar los obstáculos para la navegación o destruir casas en una conflagración. Para hacer el mal…

—Mejor que pase a algo más práctico —me indicó el presidente en tono grave.

—Cuando se moja almidón en ciertos líquidos —proseguí—, este adquiere propiedades explosivas. Un erudito compatriota nuestro, el químico Schonbein, se dedicó a estudiar el hecho y descubrió que, al hacer lo mismo

con el algodón, el efecto aumentaba enormemente. Schonbein era un hombre muy respetado por sus contemporáneos, devoto de su país y leal…

—¡Sáltese eso! —me ordenó el presidente.

—Al tratarlo de ese modo, el algodón gana un ochenta por ciento de peso. Esta substancia es más susceptible de aumentar de temperatura que la pólvora, ya que se inflama a 300° Fahrenheit, mientras que la segunda necesita un calor de 560° para explotar. La pólvora de algodón también se puede hacer explotar con un golpe, lo cual no es el caso con la mezcla de carbón, azufre y salitre.

Hubo algunos murmullos de enojo entre los presentes y el presidente me interrumpió por tercera vez:

—Estos caballeros se quejan de que no les ha dejado usted claro cómo se fabrica la substancia. Espero que sea tan amable de abundar más en ese punto.

—No tengo nada más que decir —afirmé.

Hubo otro murmullo amenazante, y entonces el presidente se sacó algo del bolsillo de la chaqueta con lo que se puso a juguetear despreocupadamente.

—Creo que debería pensarse mejor su decisión —observó.

La mayoría de hombres pequeños con gafas son apocados. De nuevo yo no era la excepción a la regla. Me avergüenza decir que el peligro que corría mi patria e incluso mi káiser desaparecieron de pronto de mi recuerdo. Solo era consciente de que yo, Otto van Spee, me hallaba ante el umbral de la eternidad. Al fin y al cabo, me dije, podían averiguarlo todo por sí mismos en cualquier manual de química. ¿Por qué debía sacrificar mi valiosa vida por semejante nimiedad? Continué la exposición con unas prisas no muy dignas:

—La pólvora de algodón se obtiene empapando algodón en ácido nítrico. La explosión se produce al combinarse el oxígeno del ácido con el carbono del algodón. Ha de limpiarse muy bien con agua después de fabricarlo, o el ácido nítrico superfluo actuará directamente en el algodón carbonizándolo y reduciéndolo poco a poco a una masa viscosa. Durante este proceso con frecuencia el calor evoluciona lo suficiente para que explote el algodón, por lo que es peligroso descuidar la limpieza. Después de esto, se puede emplear un poco de ácido sulfúrico para librarse de la humedad, y la sustancia está lista para ser usada.

Hubo bastantes aplausos en ese punto de mi disertación, y vi que varias personas del público tomaban apuntes.

Mientras hablaba, no dejaba de estudiar detenidamente la habitación con la esperanza de encontrar alguna posibilidad de escapatoria. La tarima sobre

la que me hallaba llegaba hasta una pared lateral en la que había una ventana. Esta estaba medio abierta, y, en el caso de que consiguiera alcanzarla, fuera parecía haber un jardín desierto que tal vez comunicara con la calle. Nadie podría interceptarme antes de que llegara a la ventana, pero estaba esa arma mortífera con la que mi cadavérico conocido seguía jugueteando. Él se encontraba sentado al otro lado, y la mesa me protegería en parte si me atreviera a echar a correr hacia la ventana. ¿Sería capaz de armarme de valor e intentarlo? No, al menos de momento no.

—El general von Link —continué—, el artillero austríaco, es una de nuestras principales autoridades en pólvora de algodón. Experimentó con ella en obuses, pero…

—Eso se lo puede saltar —dijo el presidente.

—Después de fabricarse, la pólvora de algodón se puede comprimir bajo el agua. Una vez comprimida es totalmente segura y no hay peligro de que estalle. Esta muestra que tenemos en la mesa no está comprimida. No hay cantidad de calor que ejerza efecto alguno en el algodón húmedo. En un experimento que se llevó a cabo en Inglaterra, un almacén de pólvora de algodón ardió sin que hubiese ninguna explosión. Si, por el contrario, disparásemos una carga de fulminato de mercurio, o un trozo pequeño de algodón seco, junto con un disco húmedo, bastaría para que explotara. Paso a demostrárselo por medio de un experimento.

Se me había ocurrido una idea. En la mesa había una mezcla de azúcar y clorato de potasa, que se usaba con ácido sulfúrico como mecha en minería. También disponía de una botella del ácido. Sabía que la combustión imperfecta de estos cuerpos produciría una densa nube blanca de humo. ¿Me serviría de pantalla entre el arma del presidente y yo?

Por un momento el plan me pareció descabellado e irrealizable; aun así, me ofrecía alguna oportunidad de escapar, y cuanto más lo pensaba, más me convencía. No obstante, cabía la posibilidad de que, aunque consiguiera saltar por la ventana, el jardín resultase ser un callejón sin salida y mis perseguidores me atraparan. Por otro lado, no tenía ninguna garantía de que no me fuesen a asesinar al concluir la conferencia. Por lo que sabía de las costumbres de esa clase de gente, me parecía muy probable. Mejor que arriesgase… pero no, no iba a pensar en lo que estaba arriesgando.

—Les voy a mostrar el efecto del fulminato de mercurio en un pedazo pequeño de algodón húmedo —dije agitando el azúcar y el clorato de potasa en el borde de la mesa, y empujando el pedazo grande de algodón al otro lado para que estuviera a salvo de los efectos de la explosión—. Observen que el

hecho de que la substancia esté empapada de agua no entorpece en absoluto su acción.

Entonces eché el ácido sulfúrico sobre la mezcla, tiré la botella y hui hacia la ventana en medio de una espléndida nube de humo.

La mayoría de hombres pequeños con gafas no destacan por su agilidad. ¡Ah! En eso al fin demostré ser la excepción a la regla. Casi parecía que mis pies no tocaban el suelo cuando salí disparado de la mesa y me tiré por la ventana como los jinetes saltan por aros en el circo. Ya estaba fuera cuando sonó el chasquido seco que me esperaba en la habitación a mis espaldas, y entonces…

Eso, ¿y entonces? ¿Cómo describirlo? Hubo un ruido sordo e intenso que pareció sacudir la tierra conforme aumentaba el sonido hasta culminar en un estruendo que rasgó el mismísimo cielo. Danzaron llamas ante mis ojos, madera ardiendo, piedras y escombros volaron a mi alrededor, y, mientras miraba atónito, recibí un contundente golpe en la cabeza y caí al suelo.

Es difícil precisar cuánto tiempo permanecí inconsciente. Un buen rato al menos, pues cuando volví en mí estaba estirado en la cama de mi pequeño cuarto de casa, y la fiel Gretchen me refrescaba las sienes con agua y vinagre. En la puerta había una pareja de fornidos *polizei diener*[39] que asomaron sus cabezas con cascos y sonrieron satisfechos al ver que yo recobraba el sentido.

Tardé algún tiempo en recordar algo de lo sucedido, hasta que poco a poco me vino a la mente mi misterioso visitante, el frenético trayecto en carruaje bajo la tormenta, mi improvisada conferencia sobre dinamita y, por último, el accidente tan extraño como inexplicable. Sigue pareciéndome extraño, pero creo que, habida cuenta de que la mesa se interponía entre la bala y yo, y que en esa mesa había dos libras de pólvora de algodón proclive a la ignición al recibir un golpe, no hace falta ir más lejos en busca de explicación. Después de aquello, disparé un tiro desde cierta distancia a un pedazo pequeño de la misma substancia con resultados muy similares.

¿Y dónde estaba la casa?, se preguntarán, ¿y cuál fue el sino de sus ocupantes? Ah, mis labios están sellados. La policía de la madre patria es activa y astuta, y me han ordenado que no diga nada, ni siquiera a mis amigos más íntimos, de ninguna de esas dos cosas. Sin duda tendrán sus razones, y yo debo obedecer. Tal vez quieran que otros conspiradores se crean que han averiguado más de lo que en realidad han hecho. No obstante, sí que puedo afirmar que no ayuda a tener una larga vida o buena salud encontrarse presente en una ocasión así. A eso al menos nadie podrá poner ninguna objeción.

Ya estoy casi bien del todo, gracias a Gretchen y al doctor Benger, el que vive calle abajo. Me puedo mover renqueando y los vecinos ya empiezan a quejarse de los vapores tóxicos que produzco. Me temo, sin embargo, que ya no siento el mismo entusiasmo por los explosivos que tenía antes de mi conferencia de medianoche sobre dinamita. Es una materia que parece haber perdido buena parte de su atractivo. Tal vez con el paso del tiempo vuelva a ese mi primer amor; de momento, me limito a ser un tranquilo docente privado de las ramas más elementales de la química. Esa tranquilidad es lo que más me preocupa. Miedo me da que esté a punto de vivir alguna otra aventura inesperada. De todos modos, hay algo en lo que sí que estoy totalmente decidido. Aunque todos los parientes que tengo en el mundo, junto con la familia imperial y la mitad de la población de Berlín, aparezcan gritando en mi puerta pidiéndome ayuda médica, nunca volveré a asomar la cabeza una vez caída la noche. Estoy contento dedicándome a lo mío, y he desterrado para siempre la pretensión de ser considerado médico en ejercicio que tenía antes de esa trepidante Nochebuena.

ARTHUR CONAN DOYLE

LA AVENTURA DEL CARBÚNCULO AZUL
(1892)

Fui a ver a mi amigo Sherlock Holmes dos días después del de Navidad con la intención de felicitarle las fiestas. Esa mañana lo encontré repantigado en el sofá envuelto en una bata púrpura, con las pipas a mano a su derecha y un montón de periódicos matutinos arrugados, que evidentemente acababa de leer, también cerca. Junto al sofá había una silla de madera de un lado de cuyo respaldo colgaba un sombrero de fieltro de aspecto muy desastrado, estropeado por el uso y rajado por varias partes. Una lupa y un fórceps en el asiento de la silla indicaban que había colgado el sombrero de ese modo para examinarlo.

—Está ocupado —dije—; no quisiera interrumpirlo…

—No, no. Me alegro de tener un amigo con el que poder hablar de mis resultados. Es un asunto totalmente trivial —dijo señalando con un dedo el sombrero viejo—, pero hay algunos puntos relacionados con él que no carecen por entero de interés e incluso de sapiencia.

Me senté en su butaca y me calenté las manos en el crepitante fuego, pues había caído una fuerte helada y las ventanas estaban cubiertas de espesos cristales de hielo.

—Me imagino —comenté— que, aunque sea tan poca cosa, ese objeto está vinculado a alguna historia horrible; que es la clave que lo guiará para resolver un misterio y castigar un crimen.

—No, no, no hay ningún crimen —contestó Sherlock Holmes riéndose—. Solo se trata de uno de esos pequeños incidentes caprichosos que ocurren cuando tienes a cuatro millones de seres humanos todos empujándose entre sí en el espacio de unos cuantos kilómetros cuadrados. Entre la acción y reacción de tan densa multitud humana, cabe esperar que tenga lugar cualquier posible combinación de hechos, y que se presenten muchos pequeños problemas que puedan resultar sorprendentes y extraños sin por eso ser delictivos. Nosotros ya tenemos experiencia de varios.

—Tanto es así que, de los últimos seis casos que he añadido a mis notas, tres estaban exentos de cualquier tipo de delito legal.

—Exactamente. Se refiere usted a mi intento de recuperar los papeles de Irene Adler, al peculiar caso de la señorita Mary Sutherland y a la aventura del hombre del labio torcido. Pues sí, no me cabe duda de que este pequeño asunto pertenece a la misma categoría inocente. ¿Se acuerda de Peterson, el portero?

—Sí.

—Pues a él pertenece este trofeo.

—¿Es su sombrero?

—No, no, él lo encontró. Desconozco de quién es. Le ruego que no lo vea como un bombín estropeado, sino como un problema intelectual. Pero, primero, cómo es que está aquí. Llegó la mañana del día de Navidad junto con un hermoso ganso que, sin duda, estará en estos momentos asándose ante el fuego de Peterson. Los hechos son los siguientes: hacia las cuatro de la mañana, Peterson, que, como usted sabe, es un tipo muy honrado, bajaba por Tottenham Court Road de vuelta a casa de algún pequeño jolgorio. Delante de él vio a la luz de gas a un hombre tirando a alto que se tambaleaba un poco al caminar y llevaba un ganso blanco al hombro. Al llegar a la esquina de Goodge Street, el desconocido se enzarzó en una pelea con un puñado de gamberros. Uno de estos le tiró el sombrero al suelo al hombre, el cual levantó su bastón para defenderse y, al blandirlo sobre su cabeza, hizo añicos el escaparate de la tienda que tenía detrás. Peterson corrió a proteger al desconocido de sus atacantes, pero el hombre, asustado por haber roto el escaparate y ver que alguien de aspecto oficial y uniforme se le acercaba a toda prisa, tiró el ganso, puso pies en polvorosa y desapareció en el laberinto de callejuelas que hay a espaldas de Tottenham Court Road. Los gamberros también habían huido al aparecer Peterson, con lo que este quedó en posesión del campo de batalla y asimismo del botín de guerra en forma de este sombrero estropeado y de un impecable ganso navideño.

—Que supongo que devolvería a su dueño…

—Mi querido amigo, ese es el problema. Si bien es cierto que en una tarjeta atada a la pata izquierda del ave ponía «Para la señora de Henry Baker», como también lo es que las iniciales «H. B.» son legibles en el forro de este sombrero, habida cuenta de que hay varios miles de Baker y varios cientos de Henry Baker en esta ciudad nuestra, no resulta tan fácil devolver objetos perdidos a ninguno de ellos.

—Entonces ¿qué hizo Peterson?

—Me trajo el sombrero y el ganso ese mismo día de Navidad, a sabiendas de que hasta los problemas más insignificantes me son de interés. Nos

quedamos con el ganso hasta esta mañana, cuando ya empezaba a dar señales de que, pese a la ligera helada, no estaría mal comérselo sin mayor demora. Así pues, quien lo encontró se lo ha llevado para cumplir con el destino final de un ganso, mientras que yo todavía conservo el sombrero del caballero desconocido que se quedó sin su comida de Navidad.

—¿Y no ha puesto ningún anuncio ese hombre?

—No.

—Entonces ¿qué pistas puede tener usted sobre su identidad?

—Solo las que se pueden deducir.

—¿A partir del sombrero?

—Exactamente.

—Tiene usted que estar de broma. ¿Qué información va a obtener de este viejo bombín deteriorado?

—Tenga la lupa. Ya conoce mis métodos. ¿Qué información obtiene usted sobre la identidad del hombre que ha usado este artículo?

Cogí el andrajoso objeto y, bastante atribulado, le di vueltas. Era un sombrero negro muy corriente de la habitual forma redonda, duro y muy gastado por el uso. El forro había sido en su momento de seda roja, pero estaba muy descolorido. Aunque no llevaba el nombre del fabricante, tenía garabateadas, como había dicho Holmes, las iniciales «H. B.» en un lado. Estaba agujereado en el ala para sujetarle una cinta de manera que no se volase cuando hacía viento, pero le faltaba ese elástico. Por lo demás, era un bombín rajado, muy polvoriento y manchado por varias partes, aunque parecía que habían intentado disimular los retazos descoloridos pintándolos con tinta.

—No veo nada —dije devolviéndoselo a mi amigo.

—Al contrario, Watson, lo ve usted todo, pero no razona a partir de lo que ve. Es demasiado tímido a la hora de sacar conclusiones.

—En ese caso, sea tan amable de explicarme qué es lo que infiere usted de este sombrero.

Lo cogió y observó de ese peculiar modo introspectivo que le era tan característico.

—Tal vez sea menos revelador de lo que podría haber sido —comentó—, y, sin embargo, podemos apreciar en él algunas inferencias claras, así como unas pocas que, cuando menos, parecen bastante probables. Que este hombre era un gran intelectual parece obvio, por supuesto, como también que era bastante adinerado hasta hace menos de tres años, pero ahora no corren buenos tiempos para él. Tenía unas excelentes dotes de previsión que ahora

son menores, lo que apunta a una regresión moral que, considerada en conjunto con la disminución de su fortuna, parece indicar que lo afecta alguna influencia maligna, probablemente la bebida. Eso sirve también para explicar el hecho obvio de que su mujer ya no lo quiera.

—Pero ¡mi querido Holmes!

—No obstante, este hombre conserva cierto grado de amor propio —prosiguió sin hacer caso a mi protesta—. Lleva una vida sedentaria, sale poco, no está nada en forma, es de mediana edad, tiene pelo entrecano que se ha cortado en estos últimos días y en el que se pone un ungüento de tilo. Estos son los hechos más evidentes que se pueden deducir a partir de este sombrero. También, por cierto, que es muy poco probable que este hombre tenga suministro de gas en su casa.

—Tiene usted que estar de broma, Holmes.

—En absoluto. ¿Es posible que incluso ahora que le he dado estos resultados sea incapaz de ver cómo los he obtenido?

—Aunque no me cabe la menor duda de que soy muy estúpido, reconozco que soy incapaz de seguirlo. Por ejemplo, ¿de dónde se saca que este hombre era un gran intelectual?

Por respuesta, Holmes se puso el sombrero. Le cubrió toda la frente hasta descansarle en el puente de la nariz.

—Es una cuestión de capacidad cúbica —dijo—. Un hombre con un cerebro tan grande, algo debe de tener en él.

—¿Y lo de la disminución de su fortuna?

—Este sombrero tiene tres años. Estas alas lisas que se curvan por el borde se empezaron a hacer entonces. Es un sombrero de excelente calidad. Fíjese en la cinta acanalada de seda y el forro tan bueno. Si este hombre se podía permitir un sombrero tan caro hace tres años, y no se ha comprado otro desde entonces, seguro que su situación ya no es la que era.

—Sí, eso está claro, sin duda. Pero ¿qué me dice de la previsión y la regresión moral?

Sherlock Holmes se rio.

—He aquí la previsión —dijo poniendo un dedo en el pequeño disco y la presilla de la cinta para que no se volara—. Esto no se vende con el sombrero. Si este hombre encargó que se lo añadieran, es señal de cierta previsión, ya que se ocupó de tomar esa precaución contra el viento. Sin embargo, en vista de que se rompió el elástico y él no se ha molestado en reemplazarlo, es obvio que ahora es menos previsor que antes, lo que es clara prueba del debilitamiento de su fuerza de voluntad. Por otro lado, el que haya intentado

disimular algunas de estas manchas del fieltro embadurnándolas con tinta es señal de que no ha perdido del todo la dignidad.

—La verdad es que es un razonamiento convincente.

—Los otros puntos, lo de que es de mediana edad, tiene pelo entrecano que se ha cortado recientemente y usa ungüento de tilo, se obtienen todos al examinar detenidamente la parte baja del forro. La lupa revela gran número de pelos cortados por las tijeras del barbero. Todos están pegajosos y hay un claro olor a ungüento de tilo. Este polvo, observará usted, no es el polvo grisáceo de arenilla de las calles, sino ese polvo parduzco y más esponjoso de una casa, lo que demuestra que ha estado colgado en un domicilio la mayor parte del tiempo, mientras que las manchas de humedad del interior son prueba concluyente de que su dueño transpiraba abundantemente, con lo que no es muy probable que estuviese en buena forma.

—Pero ¿y eso de que su mujer ya no lo quiere…?

—Este sombrero lleva semanas sin cepillarse. El día que yo lo vea a usted, mi querido Watson, con una acumulación de polvo de una semana en el sombrero, y que su esposa lo ha dejado salir a la calle de esa guisa, me temeré que usted también haya tenido la desgracia de perder el afecto de su señora.

—¿Y si ese hombre es soltero?

—No, llevaba el ganso a casa para congraciarse con su mujer. No se olvide de la tarjeta de la pata.

—Tiene usted respuesta para todo. Pero ¿cómo diantres ha llegado a la conclusión de que no tiene suministro de gas en casa?

—Uno puede hacerse una mancha de sebo, o incluso dos, por casualidad, pero, cuando hay al menos cinco, creo que no hay duda de que esta persona debe de estar frecuentemente en contacto con sebo ardiente, y probablemente suba de noche a su cuarto con el sombrero en una mano y una vela encendida en la otra. En cualquier caso, desde luego las manchas de sebo no se las hizo con un chorro de gas. ¿Queda satisfecho?

—Bueno, es todo muy ingenioso —contesté riendo—, pero como ha dicho usted antes, no se ha cometido delito ni daño algunos salvo la pérdida de un ganso, así que todo parece un desperdicio de tiempo y esfuerzo.

Sherlock Holmes se disponía a contestar cuando se abrió la puerta y Peterson, el portero, entró corriendo muy colorado y con expresión de estar aturdido del asombro.

—¡El ganso, señor Holmes! ¡El ganso! —exclamó entrecortadamente.

—¿Eh? ¿Qué le pasa al ganso? ¿Es que ha vuelto a la vida y se ha ido volando por la ventana de la cocina?

Holmes se giró en el sofá para verle mejor la cara.

—¡Mire, señor! ¡Mire lo que le ha encontrado mi mujer en el buche!

Alargó la mano y mostró en el centro de la palma una fulgurante piedra azul, de tamaño bastante menor al de una judía, pero de tal pureza y brillo que centelleaba como un punto eléctrico en la oscura cavidad de su mano.

Sherlock Holmes se incorporó dando un silbido.

—¡Diantres, Peterson! —dijo—. ¡Un tesoro oculto! ¿Sabe qué tiene ahí?

—¿Un diamante, señor? Una piedra preciosa. Corta el cristal como si fuera masilla.

—Es más que una piedra preciosa. Es *la* piedra preciosa.

—¡No me diga que es el carbúnculo[40] azul de la condesa de Morcar! —exclamé.

—Exactamente. Bien me conozco su tamaño y forma, ya que llevo varios días leyendo el anuncio que han puesto en el *Times*. Es totalmente único y de un valor que solo puede suponerse, pero la recompensa de mil libras que ofrecen desde luego no es ni una vigésima parte de su precio de mercado.

—¡Mil libras! ¡Dios bendito!

El portero se dejó caer en una silla y nos miró a uno y otro.

—Esa es la recompensa, y tengo mis razones para saber que hay consideraciones sentimentales de fondo que llevarían a la condesa a desprenderse de la mitad de su fortuna con tal de recuperar la gema.

—Desapareció, si no recuerdo mal, en el Hotel Cosmopolitan —comenté.

—Así es, el 22 de diciembre, hace solo cinco días. John Horner, un fontanero, fue acusado de haberla substraído del joyero de la dama. Las pruebas contra él eran tan contundentes que han remitido el caso al tribunal de lo penal. Creo que tengo algún informe del asunto por aquí.

Hurgó entre los periódicos, mirando las fechas, hasta que al fin alisó uno, lo dobló en dos y leyó el siguiente párrafo:

«Robo de una joya en el Hotel Cosmopolitan. John Horner, de veintiséis años, fontanero, compareció ante el tribunal acusado de haber substraído el 22 del corriente del joyero de la condesa de Morcar la valiosa gema conocida como el carbúnculo azul. James Ryder, empleado del hotel, declaró que condujo a Horner al vestidor de la condesa el día del robo para que soldara el segundo barrote de la chimenea que estaba suelto. Se quedó con Horner algún tiempo, pero al final lo llamaron y tuvo que irse. Al volver, se encontró con que Horner ya no estaba allí, el buró había sido forzado y el pequeño joyero de tafilete en que, como después se supo, la condesa acostumbraba a guardar la joya, estaba abierto sobre el tocador. Ryder dio la voz de alarma al instante

y Horner fue detenido esa misma noche, pero no se halló la piedra ni en su persona ni en su casa. Catherine Cusack, doncella de la condesa, depuso haber oído el grito de consternación de Ryder al descubrir el robo y haber ido corriendo a la habitación, donde lo encontró todo tal y como lo describió el anterior testigo. El inspector Bradstreet, de la sección B, dio testimonio de la detención de Horner, el cual forcejeó denodadamente y afirmó su inocencia en términos muy enérgicos. Al conocerse una condena previa por robo del detenido, el magistrado rechazó ocuparse sumariamente del delito y lo remitió a la corte penal. Horner, que había dado muestras de sufrir fuertes emociones durante la vista, se desmayó a la conclusión de esta y tuvo que ser sacado del tribunal».

—En fin, eso dice el informe —comentó Holmes pensativo, tirando el periódico a un lado—. Ahora lo que tenemos que resolver es la secuencia de hechos que conducen de un joyero desvalijado al buche de un ganso en Tottenham Court Road. Como verá, Watson, nuestras pequeñas deducciones han adoptado de pronto un aspecto mucho más importante y menos inocente. He aquí la piedra; la piedra procede del ganso, y el ganso del señor Henry Baker, el caballero del sombrero gastado y todas las demás características con que le he estado aburriendo a usted. Así pues, debemos dedicarnos muy en serio a encontrar a este caballero y determinar el papel que ha jugado en este pequeño misterio. Para lograrlo, hemos de probar primero con los medios más sencillos, y estos pasan indudablemente por poner un anuncio en todos los periódicos vespertinos. Si eso falla, recurriré a otros métodos.

—¿Y qué va a escribir en el anuncio?

—Deme lápiz y ese pedazo de papel. A ver: «Encontrados en la esquina de Goodge Street un ganso y un bombín negro. El Sr. Henry Baker podrá recuperarlos acudiendo a las 6:30 de esta tarde al 221B de Baker Street». Claro y conciso.

—Sí, mucho, pero ¿verá él el anuncio?

—Seguro que no le quita ojo a los periódicos, puesto que, siendo pobre, fue una pérdida muy importante para él. Está claro que se asustó tanto por el infortunio de romper el escaparate y ver acercarse a Peterson, que solo pensó en escapar de allí, pero luego se debe de haber arrepentido amargamente del impulso de tirar el ave. Además, al figurar su nombre tendrá que enterarse, pues todo el mundo que lo conozca lo pondrá al tanto. Tenga, Peterson, vaya corriendo a la agencia de publicidad y que publiquen esto en los periódicos vespertinos.

—¿En cuáles, señor?

—Ah, pues en el *Globe*, el *Star, Pall Mall, St James's, Evening News Standard*, el *Echo* y los demás que se le ocurran.

—Muy bien, señor. ¿Y la piedra?

—Ah, sí, yo me la quedo. Gracias. Y mire, Peterson, cuando vuelva compre un ganso y me lo trae, porque tendremos que darle uno a ese caballero en sustitución del que la familia de usted está devorando en estos momentos.

Después de que se fuera el portero, Holmes cogió la piedra y la miró a la luz.

—Qué hermosa —dijo—. Fíjese cómo destella y brilla. Es un núcleo y foco del delito, claro está. Toda buena piedra preciosa lo es. Son los cebos favoritos del diablo. En las joyas más grandes y antiguas cada faceta equivale a un hecho sangriento. Esta piedra aún no tiene veinte años. La encontraron en la orilla del río Amoy, en el sur de China, y destaca por tener todas las características del carbúnculo, a excepción de que es de tono azul en vez de rojo rubí. Pese a su juventud, ya arrastra un historial siniestro. Ha habido dos asesinatos, un ataque con vitriolo, un suicidio y varios robos por este pedazo de carbón cristalizado de cuarenta granos de peso. ¿Quién diría que un juguete tan bonito pudiese proveer de tanto material a la horca y la prisión? Voy a guardarlo en la caja fuerte y a mandarle unas líneas a la condesa informándole de que lo tenemos.

—¿Cree que ese hombre, Horner, es inocente?

—No sabría decirle.

—Bien, entonces ¿piensa que ese otro, Henry Baker, tuvo algo que ver con todo esto?

—Pienso que es mucho más probable que Henry Baker sea totalmente inocente y que no tuviera ni la menor idea de que esa ave que llevaba era de un valor más considerable que si hubiese sido de oro macizo. No obstante, eso lo determinaré por medio de una prueba muy sencilla si recibimos respuesta al anuncio.

—¿Y no puede hacer nada hasta entonces?

—Nada de nada.

—En ese caso, voy a seguir visitando pacientes, pero volveré por la tarde a la hora que ha puesto usted en el anuncio porque me gustaría ver cómo se resuelve un asunto tan enredado.

—Encantado de recibirlo. La cena es a las siete. Creo que hoy tenemos becada. Por cierto que, en vista de los recientes acontecimientos, tal vez debiera pedirle a la señora Hudson que le examine el buche…

Me entretuve con un paciente, por lo que pasaba un poco de las seis y media cuando volví a Baker Street. Conforme me acercaba a la casa, vi a un hombre alto que llevaba gorra escocesa y el abrigo abotonado hasta la barbilla esperando fuera bajo el brillante semicírculo de luz que salía por el dintel de la puerta. Justo cuando llegué, abrieron y nos condujeron a ambos a la sala de Holmes.

—El señor Baker, supongo —dijo aquel levantándose de la butaca y saludando a su visitante con el aire relajado de cordialidad que tan rápidamente sabía adoptar—. Siéntese aquí junto al fuego, por favor. Hace frío esta tarde, y observo que tiene usted la circulación más adaptada al verano que al invierno. Ah, Watson, llega usted justo a tiempo. ¿Es suyo ese sombrero, señor Baker?

—Sí, es el mío sin duda.

Era un hombre corpulento y cargado de espaldas, de cabeza enorme y rostro ancho y de aspecto inteligente que le terminaba en una barba puntiaguda de pelo castaño entrecano. Un toque colorado en la nariz y las mejillas, junto con un ligero temblor de mano, me recordaron la conjetura de Holmes acerca de sus hábitos. Llevaba la raída levita negra abotonada hasta arriba con el cuello levantado y las largas muñecas le salían por las mangas sin señal alguna de puños o camisa. Hablaba de un modo lento y entrecortado, eligiendo las palabras con cuidado, y daba la impresión general de ser un hombre de letras y erudición maltratado por la fortuna.

—Nos hemos quedado estas cosas unos días —le explicó Holmes—, porque esperábamos ver un anuncio de usted en el que diera su dirección. La verdad es que no entiendo por qué no lo puso.

Nuestro visitante se rio bastante avergonzado.

—Ya no me abundan tanto los chelines como antes —comentó—. Estaba convencido de que la banda de matones que me atacaron se habrían llevado el sombrero y el ave, por lo que no quería gastar más dinero en un intento inútil por recuperarlos.

—Es muy normal. Por cierto, ahora que menciona el ganso, no nos quedó más remedio que comérnoslo.

—¿Que se lo comieron? —exclamó el otro casi levantándose de la silla de la agitación.

—Sí. De no haberlo hecho, no habría sido de ninguna utilidad para nadie. Pero supongo que ese otro ganso de encima del aparador, que es más o menos del mismo peso y está muy fresco, le servirá igual de bien…

—Ah, sí, sí, por supuesto —contestó el señor Baker con un suspiro de alivio.

—Claro que todavía tenemos las plumas, patas, buche y demás del suyo, por si quiere…

El hombre se rio con ganas.

—Me podrían servir de recuerdo de mi aventura —dijo—, pero, aparte de eso, no veo para qué podría querer yo los *disjecta membra* del difunto. No, si me permite, señor, creo que voy a dedicar toda mi atención a esa espléndida ave del aparador.

Sherlock Holmes me lanzó una rápida mirada al tiempo que se encogía levemente de hombros.

—Bien, pues aquí tiene su sombrero y su ganso. Por cierto, ¿le importaría decirme dónde consiguió el otro? Es que me dedico un poco a la cría de aves, y pocas veces he visto un ganso más hermoso.

—Por supuesto, señor —dijo Baker, quien, poniéndose en pie, ya se había metido su nueva ganancia bajo el brazo—. Pertenezco a un grupo que frecuentamos la taberna Alpha, cerca del Museo Británico; bueno, entiéndame, durante el día donde estamos es en el propio museo… El caso es que este año el dueño de la taberna, de nombre Windigate, puso en marcha un «club del ganso» en el que, a cambio de la entrega de unos pocos peniques a la semana, recibiríamos uno en Navidad. Yo fui pagando religiosamente, y ya sabe usted todo lo que pasó después. Le quedo muy agradecido, señor, porque esto de llevar una gorra escocesa no casa ni con mis años ni con mi circunspección.

Y, con una pomposidad muy cómica, se inclinó solemnemente ante nosotros dos y se marchó a grandes zancadas.

—Bien, pues ya está zanjado lo del señor Henry Baker —dijo Holmes tras cerrar la puerta—. Ha quedado claro que no sabe nada en absoluto del asunto. ¿Tiene hambre, Watson?

—Pues no mucha.

—En ese caso, propongo que dejemos la cena para más tarde y sigamos la pista que nos ha dado ese hombre sin perder un instante.

—Por supuesto que sí.

Hacía una noche glacial, así que nos enfundamos bien los abrigos y bufandas. Fuera las estrellas brillaban con frialdad en el cielo despejado, y el aliento de los transeúntes era como el humo de disparos. Nuestras pisadas sonaban fuertes y nítidas mientras cruzábamos por el barrio de los médicos, por Wimpole Street, Harley Street y Wigmore Street hasta llegar a Oxford

Street. Un cuarto de hora después estábamos en Bloomsbury en la taberna Alpha, que es un pequeño bar en la esquina de una de las calles que terminan en Holborn. Holmes abrió la puerta del salón privado y pidió dos cervezas al rubicundo tabernero de delantal blanco.

—Si es tan buena como sus gansos, su cerveza debe de ser excelente —le dijo Holmes.

—¿Mis gansos? —preguntó el hombre con aspecto sorprendido.

—Sí. Hace media hora he hablado con el señor Henry Baker, que participó en su club del ganso.

—Ah, ya le entiendo. Es que esos gansos no eran míos, señor.

—¡Vaya! ¿Y de quién eran entonces?

—Las dos docenas me las vendió un comerciante de Covent Garden.

—¿No me diga? Conozco a algunos de allí. ¿Cuál fue?

—Se llama Breckinridge.

—Ah, a ese no lo conozco. Bien, brindo a su salud y por la prosperidad de su establecimiento. Buenas noches.

Salimos a la noche helada y, mientras se abotonaba el abrigo, dijo:

—Bien, pues vamos a por el señor Breckinridge. Recuerde, Watson, que, aunque solo tenemos algo tan sencillo como un ganso en un extremo de la cadena, en el otro tenemos a un hombre al que seguro que le caerán siete años de trabajos forzados a menos que podamos determinar su inocencia. Tal vez nuestras pesquisas solo sirvan para confirmar su culpabilidad, pero, en cualquier caso, disponemos de una línea de investigación que se le ha escapado a la policía y que una curiosa casualidad ha puesto en nuestras manos. Sigámosla hasta llegar a ese otro lado más amargo de la cadena. Así pues, ¡hacia el sur y rapidito!

Atravesamos Holborn, bajamos por Endell Street y por un zigzag de calles humildes hasta llegar al mercado de Covent Garden. Uno de los puestos más grandes lucía el nombre de Breckinridge, y su propietario era un hombre de rostro caballuno y anguloso y patillas bien recortadas que estaba ayudando a un chico a cerrar.

—Buenas noches. Qué frío hace… —dijo Holmes.

El vendedor asintió y le dirigió una mirada inquisitiva.

—Ya veo que no le quedan gansos —continuó Holmes señalando el mostrador vacío de mármol.

—Le puedo conseguir quinientos para mañana por la mañana.

—Eso no me sirve.

—Bueno, aún quedan algunos en ese puesto de ahí que tiene la luz encendida.

—Es que me han recomendado que acudiera a usted.

—¿Quién?

—El dueño del Alpha.

—Ah, sí, le mandé un par de docenas.

—Y muy buenas aves que eran. ¿Quién es su proveedor?

Para mi sorpresa, esa pregunta enfureció al vendedor.

—A ver, señor mío —dijo con la cabeza ladeada y los brazos en jarras—, ¿adónde quiere ir a parar? Venga, suéltelo sin rodeos.

—Si no podría ser más directo. Me gustaría saber quién le vendió a usted los gansos que suministró al Alpha.

—Pues no se lo voy a decir, ¡y se acabó!

—Es un asunto sin importancia, así que no entiendo por qué se acalora tanto por semejante minucia.

—¿Que yo me acaloro? Pues tal vez usted se acalorase lo mismo si le dieran tanto la tabarra como a mí. Cuando pago mi buen dinero por un buen artículo, ahí tendría que terminar la cosa; en cambio, todo es «¿dónde están los gansos?» y «¿a quién le vendió los gansos?» y «¿cuánto quiere por los gansos?». Parece como si fuesen los únicos gansos del mundo, del follón que están armando por ellos.

—Bueno, yo no tengo ninguna relación con quien haya estado preguntando también —dijo Holmes como si nada—. Si no quiere contestarnos, se acabó la apuesta y ya está. Es que siempre estoy dispuesto a jugarme lo que sea cuando me llevan la contraria acerca de aves, y me he apostado cinco libras a que el ganso que me comí se había criado en el campo.

—Pues ha perdido usted las cinco libras, porque estaba criado en la ciudad —saltó el vendedor.

—De eso nada.

—Le digo yo que sí.

—No me lo creo.

—¿Va a saber usted más de aves que yo, que llevo trabajando con ellas desde que era un chiquillo? Le digo que todos esos gansos que envié al Alpha estaban criados en la ciudad.

—No va a conseguir que me lo crea nunca.

—¿Se apuesta algo?

—Eso es quedarme con su dinero, porque sé que tengo razón, pero sí que me voy a apostar un soberano con usted solo para que aprenda a no ser tan terco.

El comerciante se rio entre dientes adustamente.

—Tráeme los libros, Bill —dijo.

El chico le llevó un pequeño volumen delgado y otro grande y grasiento que dejó debajo de la luz.

—A ver, don Creído —dijo el comerciante—, que me pensaba yo que no me quedaban gansos y al final va a resultar que todavía tengo uno en el puesto. ¿Ve este librito?

—¿Y bien?

—Aquí está la lista de la gente a la que compro. ¿Lo ve? En esta página están los que son de campo, y los números que hay después de sus nombres indican dónde encontrar sus cuentas en el libro de contabilidad grande. ¿Y ve esta otra página en tinta roja? Es la lista de mis proveedores de ciudad. Mire el tercer nombre y léamelo, venga.

—Señora Oakshott, Brixton Road 117-249 —leyó Holmes.

—En efecto. Ahora busque esa página 249 en el libro grande.

Holmes así lo hizo:

—Aquí está: señora Oakshott, Brixton Road 117, huevos y aves de corral.

—¿Y qué dice la última entrada?

—22 de diciembre, 24 gansos a siete chelines y seis peniques.

—Así es. ¿Lo ve? ¿Y qué pone debajo?

—Vendidos al señor Windigate, del Alpha, a doce chelines.

—¿Qué me dice ahora?

Sherlock Holmes parecía profundamente disgustado. Se sacó un soberano y lo tiró al mostrador, tras lo que se marchó de allí con aire de estar tan indignado que ni tenía palabras. A unos metros de distancia se detuvo debajo de una farola y empezó a reírse al modo tan desbordante como silencioso que le era característico.

—Cuando ves a un hombre con ese corte de patillas y el suplemento deportivo asomándole por el bolsillo, sabes que le puedes sacar lo que sea jugándote algo con él —dijo—. Hasta creo que, si le hubiera puesto cien libras delante, no me habría dado una información tan completa como la que he obtenido porque se pensaba que me iba a ganar la apuesta. En fin, Watson, supongo que estamos llegando al final de nuestra búsqueda, y lo único que nos queda por decidir es si vamos a ver a esa señora Oakshott esta noche o lo dejamos para mañana. Según lo que ha dicho ese tipo tan hosco, hay otros

aparte de nosotros que también están muy interesados en el asunto, y yo tendría que…

Lo interrumpió un fuerte alboroto proveniente del puesto del que acabábamos de irnos. Al volvernos, vimos a un sujeto pequeño con cara de rata en el centro del círculo de luz que arrojaba la lámpara balanceante, mientras Breckinridge, el comerciante, amenazaba furioso con los puños a ese ser rastrero en la puerta de su puesto.

—¡Ya estoy harto de ti y de tus gansos! —gritó—. ¡Os podíais ir todos juntos al infierno! Si vuelves a venir a molestarme con esas tonterías, te suelto al perro. Que venga la señora Oakshott y le contesto a ella, pero tú ¿qué tienes que ver? ¿Acaso te compré a ti los gansos?

—No, pero de todas formas uno era mío —gimió el otro.

—¡Pues le preguntas por él a la señora Oakshott!

—Ella me dijo que le preguntara a usted.

—¡Por mí como si le preguntas al rey de Prusia! ¡Ya estoy harto! ¡Fuera de aquí!

Dio enfurecido unos pasos adelante y el hombrecillo desapareció corriendo entre la oscuridad.

—Ah, esto nos puede ahorrar la visita a Brixton Road —susurró Holmes —. Venga conmigo a ver lo que le sacamos a ese sujeto.

Y avanzando a grandes zancadas entre los puñados desperdigados de gente que remoloneaban alrededor de los iluminados puestos, rápidamente alcanzó al hombrecillo y le tocó en el hombro. Este se volvió de un respingo, y puede ver a la luz de gas que de su rostro había desaparecido hasta el último vestigio de color.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó con voz trémula.

—Usted perdone —dijo Holmes en tono insulso—, pero es que no he podido evitar escuchar las preguntas que le ha hecho usted a ese vendedor, y creo que le podría ser de ayuda.

—¿Usted? ¿Y quién es usted? ¿Cómo es que sabe algo de esto?

—Me llamo Sherlock Holmes y me dedico a saber lo que otros no saben.

—Pero de esto no puede saber nada…

—Perdone, pero lo sé todo. Está usted intentando seguir el rastro a unos gansos que la señora Oakshott, de Brixton Road, le vendió al comerciante Breckinridge, y este a su vez al señor Windigate, del Alpha, y este a los de su club, al que pertenecía el señor Henry Baker.

—¡En ese caso, señor, es usted a quien estaba deseando encontrar! —exclamó el hombrecillo extendiendo sus manos de dedos temblorosos—. Casi

ni le puedo explicar lo mucho que me interesa este asunto.

Sherlock Holmes dio el alto a un coche que pasaba en ese momento.

—Pues entonces mejor que lo hablemos en una habitación acogedora y no en este mercado azotado por el viento —afirmó—. Pero le ruego que me diga, antes de que continuemos, a quién tengo el placer de ayudar.

El hombrecillo vaciló un instante.

—Me llamo John Robinson —contestó mirándolo de soslayo.

—No, no, dígame su verdadero nombre —le indicó Holmes con amabilidad—. Siempre resulta incómodo hablar con alguien que usa un nombre falso.

Al otro se le sonrojaron las pálidas mejillas.

—Bien —dijo—, en realidad me llamo James Ryder.

—Eso es, el empleado del hotel Cosmopolitan. Suba al coche, por favor, y enseguida podré explicarle todo lo que quiere saber.

El hombrecillo se quedó mirándonos a uno y otro con ojos entre asustados y esperanzados, como quien no sabe si está a punto de recibir una ganancia imprevista o de padecer una catástrofe. A continuación, se subió al carruaje y, media hora después, estábamos de vuelta en la sala de Baker Street. Durante el trayecto no hablamos de nada, pero la respiración aguda y entrecortada de nuestro nuevo acompañante, así como el que no dejara de apretarse y soltarse las manos, eran señal de la tensión nerviosa que sufría.

—Ya estamos aquí —dijo Holmes jovialmente cuando entramos en fila en la habitación—. Se agradece este fuego con el tiempo que hace. Tiene usted frío, señor Ryder. Siéntese en la silla de mimbre, y permítame que me ponga las zapatillas antes de que resolvamos este asunto suyo… Bien, entonces quiere saber qué fue de esos gansos…

—Sí, señor.

—O me figuro que más bien estará interesado en un ganso en concreto; uno blanco con una franja negra en la cola.

Ryder tembló de emoción.

—Sí, señor. ¿Sabe adónde fue a parar?

—Aquí.

—¿Aquí?

—Sí, y resultó ser un ave excepcional. No me extraña que esté usted tan interesado en ese ganso. Puso un huevo después de muerto: el huevo azul más hermoso y brillante que se haya visto jamás. Lo tengo aquí en mi museo.

Nuestro visitante se puso en pie pasmado y se agarró de la repisa de la chimenea con la mano derecha. Holmes abrió la caja fuerte y sacó el

carbúnculo azul, que brilló como una estrella con un resplandor frío e intenso en todas direcciones. Ryder se quedó mirándolo con rostro tenso, como si no supiera si reclamarlo o hacer como si no lo reconociera.

—El juego ha terminado, Ryder —anunció Holmes con tranquilidad—. ¡Sujétese bien o va a terminar dentro del fuego! Ayúdele a sentarse, Watson. Este hombre no tiene suficiente sangre fría para participar impunemente en un delito grave. Dele un poquito de coñac. Bien, ya parece un poco más persona. ¡Menudo renacuajo!

Por un momento Ryder se había tambaleado a punto de caerse, pero, después de que el coñac le devolviera un poco de color a las mejillas, se sentó contemplando con ojos asustados a su acusador.

—Ya tengo casi todos los eslabones y todas las pruebas que necesito, así que hay poco que me haga falta que me cuente usted. De todos modos, mejor esclarecer ese poco para que el caso quede completo. ¿Conocía esta piedra azul de la condesa de Morcar, Ryder?

—Catherine Cusack me habló de ella —contestó el otro con voz entrecortada.

—Ah, la doncella de la señora. En fin, la tentación de hacerse de pronto con una fortuna tan fácilmente pudo con usted, como ha podido con anterioridad con otros hombres mejores. El problema es que no fue usted muy escrupuloso en su *modus operandi*; de hecho, me da la impresión de que hay en usted todo un canalla en potencia, Ryder. Estaba al tanto de que ese hombre, Horner, el fontanero, había estado implicado en algo similar y por eso sería más fácil que sospechasen de él. Así pues, ¿qué hizo? Se encargó de estropear algo en la habitación de la condesa en colaboración con su cómplice Cusack y se las arregló para que enviasen a Horner a repararlo. Después de que él se fuera, usted desvalijó el joyero, dio la voz de alarma y consiguió que detuviesen a ese pobre hombre. A continuación…

De pronto Ryder se tiró a la alfombra y se agarró de las rodillas de Holmes.

—¡Por el amor de Dios, tenga misericordia de mí! —chilló—. ¡Piense en mi padre y en mi madre! Esto los destrozaría. Yo nunca había ido por el mal camino ni nunca volveré a ir, lo juro. Se lo juro sobre una biblia si quiere. ¡Por lo que más quiera, no me denuncie!

—¡Vuelva a su silla! —le ordenó Holmes severamente—. Claro, ahora se arrastra y se rebaja, pero en su momento poco le importó que ese pobre Horner terminara en el banquillo de los acusados por un delito del que no sabía nada.

—Puedo huir, señor Holmes, marcharme del país, y así la acusación contra él se vendrá abajo.

—Bueno, ya hablaremos de eso… Pero ahora denos un relato veraz del siguiente acto. ¿Cómo es que terminó la piedra en el ganso, y cómo es que el ganso terminó a la venta? Cuéntenos la verdad, pues de eso depende su única esperanza de salir bien parado de esta.

Ryder se pasó la lengua por los labios resecos.

—Se lo voy a contar tal y como sucedió, señor —dijo—. Después de que detuvieran a Horner, pensé que sería mejor que me escapara con la piedra enseguida, ya que no sabía en qué momento podría ocurrírsele a la policía investigarme y registrar mi habitación. No había ningún lugar en el hotel en el que la gema pudiera estar segura. Salí de allí como si tuviese algún cometido que hacer y me dirigí a casa de mi hermana, que se casó con un hombre llamado Oakshott y vive en Brixton Road, donde se dedica a criar aves de granja para abastecer el mercado. De camino allí, todos los hombres con los que me cruzaba me parecían policías o detectives, y, aunque hacía mucho frío esa noche, no dejé de sudar hasta llegar a la casa. Mi hermana me preguntó qué pasaba y por qué estaba tan pálido, pero solo le dije que estaba alterado por el robo de la joya en el hotel. Entonces salí al patio trasero para, mientras me fumaba una pipa, intentar pensar en lo que debía hacer.

»Tengo un amigo, Maudsley, que se echó a perder y acaba de cumplir condena en Pentonville[41]. Un día que me lo encontré, se puso a hablarme de las tácticas de los ladrones y de cómo se desprendían de lo que robaban. Como estaba seguro de que no me engañaría, porque sé unas cuantas cosas sobre él, decidí ir a Kilburn, donde vive, y confiarle mi secreto para que me enseñara el modo de transformar la piedra en dinero. Pero ¿cómo llegar allí sano y salvo? Recordé lo mal que lo había pasado en el trayecto desde el hotel. En cualquier momento me podrían detener y registrar, y entonces me encontrarían la joya en el bolsillo del chaleco. Estaba apoyado contra la pared mirando los gansos, que se movían alrededor de mis pies, cuando de repente tuve una idea con la que pensé que podría vencer hasta al mejor detective que haya existido jamás.

»Unas semanas antes, mi hermana me había dicho que podía elegir el ganso que quisiera de regalo de Navidad, y yo sabía que ella siempre cumple su palabra. Así que solo tenía que coger el ganso y llevar en él la piedra a Kilburn. Hay un pequeño cobertizo en el patio tras el que acorralé a una de las aves, una blanca muy hermosa con una franja negra en la cola. La agarré y, abriéndole el pico, le metí la piedra hasta donde me llegaron los dedos. El

ganso se la tragó y noté que le bajaba por el gaznate hasta el buche. Pero el animal no dejaba de aletear y forcejear, por lo que salió mi hermana a ver lo que pasaba. Cuando me volví a hablarle, el ganso se soltó y se mezcló con los demás.

»—Pero ¿qué haces con esa ave, Jem? —me preguntó ella.

»—Como dijiste que me darías una por Navidad, estaba palpando a ver cuál es la más gorda.

»—Si ya tenemos la tuya apartada; el ave de Jem la llamamos. Es esa blanca tan grande de ahí. Hay veintiséis en total: una para ti, una para nosotros y veinticuatro para vender.

»—Gracias, Maggie, pero si no te importa, prefiero la que tenía ahora.

»—La otra pesa tres libras más, y la hemos embuchado especialmente para ti.

»—Da igual, prefiero la otra, y me la voy a llevar ya.

»—Bueno, pues haz lo que más te plazca —contestó mi hermana un poco enojada—. ¿Y cuál es la que quieres?

»—Esa blanca de la franja en la cola que está justo en medio de la bandada.

»—Muy bien, pues mátala y llévatela.

»Eso hice, señor Holmes, y me fui con el ganso a Kilburn. Se lo conté todo a mi amigo, pues con él no hay problemas en hablarle de ese tipo de cosas. Se estuvo riendo hasta que casi se ahoga, y luego cogimos un cuchillo y abrimos el ganso. Se me cayó el alma a los pies cuando no apareció la piedra por ninguna parte, y entonces supe que había cometido algún terrible error. Dejé allí el ganso, volví corriendo a casa de mi hermana y fui directamente al patio trasero. Allí no había ni un ave.

»—¿Dónde están, Maggie? —pregunté desesperado.

»—Se las han llevado al vendedor, Jem.

»—¿A qué vendedor?

»—A Breckinridge, de Covent Garden.

»—Pero ¿había alguna otra con una franja en la cola igual que la que me he quedado?

»—Sí, Jem, había dos de esas; yo no las podía distinguir una de otra.

»Caí en la cuenta de lo sucedido, claro está, y eché a correr lo más deprisa que pude para ver a ese hombre, Breckinridge; pero él había vendido todo el lote de golpe y no quiso decirme para dónde eran. Ya lo han oído esta noche: siempre me trata del mismo modo… Mi hermana se piensa que me estoy volviendo loco, y a veces hasta yo mismo lo creo. Y ahora… ahora soy un

ladrón confeso sin que jamás haya llegado ni a rozar la fortuna por la que he arruinado mi reputación. ¡Que Dios me ayude, que Dios me ayude!

Empezó a sollozar de forma compulsiva cubriéndose el rostro.

Hubo un largo silencio, tan solo roto por su fuerte respiración y por el acompasado tamborileo de dedos en el borde de la mesa de Sherlock Holmes. Entonces mi amigo se puso en pie y abrió la puerta.

—¡Váyase! —dijo.

—¿Qué, señor…? ¡Que Dios lo bendiga!

—Ni una palabra más. ¡Márchese!

Y no hicieron falta más palabras. Tan solo hubo un rápido movimiento, ruido en la escalera, un portazo y el nítido sonido de alguien que se iba corriendo por la calle.

—Al fin y al cabo, Watson —dijo Holmes estirando una mano para coger su pipa de cerámica—, no tengo por qué compensar los fallos de la policía. Si Horner corriera peligro sería otra cosa, pero este sujeto no va a comparecer como acusación contra él y el caso se desestimará. Supongo que estoy perdonando un delito grave, pero también es posible que esté salvando a un pobre hombre. Este no va a volver a delinquir jamás después de todo el miedo que ha pasado. Si lo enviáramos ahora a la cárcel, se convertiría en delincuente de por vida. Además, estamos en las fechas de perdonar. El azar nos ha puesto delante un enigma muy peculiar cuya solución es su propia recompensa. Y ahora, si tiene la amabilidad de llamar al timbre, doctor, daremos inicio a otra investigación en la que también un ave será el elemento principal.

JULIANA EWING

DRAGONES: UN CUENTO DE NOCHEBUENA
(1870)

Los señores de Skratdj

Érase una vez cierta familia llamada Skratdj (que suena a ruso o polaco, pero lo cierto es que vivían en Inglaterra), que se distinguían por la siguiente peculiaridad: aunque casi nunca discutían en serio, jamás se ponían de acuerdo en nada. Cuesta decidir si a sus amigos les era más doloroso oírles contradiciéndose constantemente, o más gratificante enterarse de que «no era nada, solo su forma de ser».

Empezó con el padre y la madre. Eran una excelente pareja que de verdad se quería mucho, pero tenían esa costumbre de llevarse mutuamente la contraria y de oponerse a las opiniones del otro que, aunque era algo que daban por normal en privado, en público resultaba muy exasperante para quienes estaban presentes. Si uno contaba una anécdota, el otro lo interrumpía con media docena de correcciones de detalles triviales sin ningún interés ni importancia para nadie, ni siquiera para los mismos hablantes. Por ejemplo, pongamos que los dos estuvieran cenando en casa de alguien, y que la señora Skratdj, sentada al lado del anfitrión, estuviese contribuyendo a la conversación intrascendente de la mesa del siguiente modo:

—Ah, sí, está haciendo un tiempo muy variable. Ayer por la mañana parecía que íbamos a tener muy buen día en la ciudad, pero empezó a llover al mediodía.

—A las once y cuarto, querida —se oiría entonces al señor Skratdj desde varias sillas más allá en el tono corrector de marido y padre—, y la verdad es que no parecía en absoluto que fuese a hacer buen día, sino que tenía un aspecto de lo más amenazante. Tu memoria no es siempre muy precisa para las cosas pequeñas, querida mía.

Sin embargo, la señora Skratdj no llevaba quince años de esposa y madre para dejarse apagar por un ataque del matacandelas marital. Mientras el señor Skratdj se inclinaba hacia delante en su silla, ella se inclinó hacia delante en la suya y se defendió por encima de las parejas intermedias:

—Pero, mi querido señor Skratdj, si tú mismo dijiste que hacía una semana que no teníamos tan buen tiempo…

—Perdona, querida, pero lo que dije es que hacía una semana que el barómetro no estaba tan alto. No obstante, como podrías haber observado si esos detalles fueran contigo, mi amor, que no van, el ascenso fue muy rápido,

y no hay señal más segura que esa de tiempo inestable. Claro que la señora Skratdj es muy dada a olvidarse de esas nimiedades sin importancia —añadió dirigiendo una sonrisa que abarcaba a todos los comensales—, ya que siempre está absorta como es debido en cuestiones domésticas más importantes, como todo lo que concierne al cuarto de los niños.

—La verdad es que el señor Skratdj está siendo bastante injusto —dijo alegremente ella con una sonrisa tan afable y general como la de su marido—, porque sé que él es igual de olvidadizo e impreciso que yo. Y no creo tener tan mala memoria en absoluto.

—Pues se te olvidó a qué hora estábamos invitados a cenar la semana pasada —dijo el señor Skratdj.

—Y tú no pudiste serme de ninguna ayuda cuando te lo pregunté —fue la briosa réplica de ella—, y eso que tú no eres de los que se olvidan de nada cuando se trata de cenar, querido.

—La carta te la enviaron a ti —repuso él.

—Y yo te la mandé a ti con Jemima —dijo ella.

—Pero no la leí —alegó él.

—Y encima la quemaste —le espetó ella—; y como digo siempre, no hay nada más tonto que quemar una carta de invitación antes del día en cuestión, porque seguro que se olvida uno de algo.

—No me cabe duda de que siempre lo dices —comentó el señor Skratdj con una sonrisa—, pero yo desde luego no recuerdo haber oído nunca esa observación de tu boca, mi amor.

—¡Ah! ¿A quién le falla entonces la memoria? —preguntó victoriosa la señora Skratdj; y como en ese momento las damas se levantaron para salir del comedor, fue ella quien tuvo la última palabra.

Como se puede colegir de esta conversación, la señora Skratdj era muy capaz de defenderse. Siendo aún novia, joven y tímida, solía venirse abajo cuando el señor Skratdj contradecía sus afirmaciones y enmendaba sus historias en público. Por entonces ella apenas abría la boca sin desaparecer bajo el apagavelas doméstico. Sin embargo, en el transcurso de quince años había aprendido acerca de su marido que perro ladrador, poco mordedor (o más bien nada mordedor en absoluto). Así pues, esos desaires suyos que hacían chirriar los oídos de los demás no tenían el menor efecto en la dama a quien iban dirigidos, pues esta sabía que no valía la pena enfadarse y, además, se había acostumbrado rápidamente a replicar ella también. En los tiempos en que sucumbía a él, a veces era desdichada, pero ahora su marido y ella se

entendían muy bien y, estando de acuerdo en discrepar entre sí, lamentablemente también lo estaban en hacerlo en público.

Sin duda eran quienes estuvieran presentes los que llevaban la peor parte en esas ocasiones. Para la buena pareja la costumbre se había convertido en algo muy normal que no afectaba en absoluto al agradable tenor de su relación. Se dedicaban toda una velada a entrometerse en la conversación del otro, a contradecir afirmaciones y a discutir conclusiones, y luego, cuando todos pensaban que esas incesantes chispas de riña terminarían prendiendo en una ardiente pelea en cuanto se quedaran a solas, resultaba que ellos se volvían tan contentos a casa en un coche de alquiler, mientras criticaban a los amigos que en esos momentos estaban haciendo comentarios sobre ellos, y sin ponerse como siempre en absoluto de acuerdo sobre nada de lo sucedido esa noche.

Sí, los que estaban presentes eran quienes llevaban la peor parte. Los que se hallaban cerca de ellos deseaban estar en cualquier otro sitio, sobre todo cuando eran interpelados. A los que se sentaban a cierta distancia no les importaba tanto. Una discusión doméstica a cierta distancia es interesante, como un combate visto desde un lugar más allá del alcance de las armas. Al fin y al cabo, uno se podría llegar a ver algún día en esa situación. Además, siempre da un toque de interés a una velada aburrida poder decir *sotto voce* al de al lado: «¡Mira! ¡Los Skratdj ya han empezado otra vez!». Sus amigos solteros consideraban que debajo de todo aquello debía de haber un terrible abismo de tiranía y fastidio, y daban gracias al cielo por seguir solteros y poder hablar sin cortapisas. Los casados tenían una idea más clara de lo que ocurría en realidad, y solo pedían en nombre del sentido común y del buen gusto que Skratdj y su mujer no hiciesen tanto el ridículo.

No obstante, las cosas siguieron igual, y supongo que todavía continuarán, pues no hay muchas malas costumbres que se curen cuando se es ya de mediana edad.

En aquellas cuestiones en que había que emitir un juicio relativo, ya fuera si hacía calor o frío, si había mucha o poca luz o si la tarta de manzana estaba dulce o agria, sus puntos de vista nunca coincidían. Así, un día el señor Skratdj entró en la sala frotándose las manos y se plantó ante el fuego diciendo:

—Hoy hace un frío glacial, ya lo creo que sí.

—Pero, mi querido William —dijo la señora Skratdj—, tú tienes que haberte enfriado, porque, lo que es yo, me agobia estar cerca del fuego.

—Pues bien que decías ayer que ojalá tuvieras una chaqueta de piel de foca, cuando no hacía ni la mitad de frío que hoy —replicó él.

—¡Mi querido William! Es que ayer los niños estuvieron tiritando todo el día y soplaba viento del norte.

—Soplaba del este, querida.

—Lo sé por el humo —afirmó la señora Skratdj con tanta calma como decisión.

—Digo yo que sé distinguir el viento del este cuando lo siento en mis carnes —explicó él jocosamente a las visitas.

—Le pedí a Jemima que mirase la veleta —murmuró ella.

—Me importa un bledo lo que pueda decir Jemima —afirmó su marido.

En otra ocasión la señora Skratdj y una amiga estaban conversando:

—Lo conocimos en casa de los Smith; es un hombre muy agradable y caballeroso de unos cuarenta años —explicó la señora Skratdj en referencia a un asunto que interesaba a ambas.

—No tiene más de treinta y cinco —sentenció el señor Skratdj desde detrás del periódico.

—Pero, mi querido William, si tiene el pelo cano…

—Muchos hombres ya lo tienen cano a los treinta. Sé de uno que lo tenía a los veinticinco.

—Bueno, cuarenta o treinta y cinco, lo mismo da —dijo la señora Skratdj a punto de continuar su relato.

—Una diferencia de cinco años no le da lo mismo a la mayoría de gente de treinta y cinco —dijo su marido mientras se dirigía a la puerta—. A mí desde luego no me la daría.

Y con aire jovial salió de la sala, tras lo que la señora Skratdj pudo seguir contando el resto de la anécdota a su modo.

Los pequeños Skratdj

El Espíritu de la Contradicción siempre se hace hueco en la mayoría de cuartos de los niños, aunque en grados muy distintos. Los niños saltan por lo que sea y gruñen por naturaleza como los cachorros de perro; y buena parte de nosotros recordamos haber tomado parte en diálogos tan enérgicos como los siguientes:

—Lo voy a hacer.

—No podrás.

—No te atreverás.

—Vamos que sí.

—Que lo hagas.

—Que no.

—A la mamá vas.

—Pues bueno.

Corresponde a los padres sensatos sofocar estos fuegos de artificio de las discusiones juveniles y hacer entender esa lección que se aprende poco a poco de que en este mundo uno tiene a menudo que «pasar por alto» y «aguantar» cosas de los demás, habida cuenta de que uno mismo no es en absoluto perfecto. También que es una muestra de amabilidad, y casi una obligación, dejar que la gente piense, diga y haga cosas a su modo de cuando en cuando.

Sin embargo, aun en el caso de que a los señores de Skratdj se les hubiera ocurrido alguna vez enseñar todo eso a sus hijos, hemos de confesar que la lección no les habría salido muy bien, ya que ellos mismos saltaban a la mínima y gruñían entre sí tanto o más que sus hijos en el cuarto de los niños.

Los dos mayores eran los cabecillas de esas peleas. Entre ellos, chico y chica, se libraba una incesante guerra verbal de la mañana a la noche. Como ninguno carecía de agudeza, que practicaban constantemente, ambos cultivaban el arte de la discusión sobremanera.

Empezaba en el desayuno, si no antes:

—Me has quitado la silla.

—No es tu silla.

—Sabes que es la que me gusta, y estaba en mi sitio.

—¿Y cómo sabes que estaba en tu sitio?

—Da igual, el caso es que lo sé.

—No, no lo sabes.
—Sí que lo sé.
—¿Y si digo que estaba en mi sitio?
—No puedes, porque no lo estaba.
—Puedo si quiero.
—Bueno, ¿y lo estaba?
—No te lo pienso decir.
—¡Ves! O sea, que no estaba.
—Sí que estaba.
—¡Que no!
Etc., etc., etc.

Qué dirección tomar en sus paseos diarios era un fructífero tema para que desarrollaran sus diferencias de opinión.

—Vayamos hoy al parque, niñera.
—No, no, que siempre vamos al parque.
—¿Qué? Pero si hace un montón de tiempo que no vamos.
—¡Menudo cuento! Estuvimos el miércoles. Bajemos por Gipsey Lane, que nunca vamos por ahí.
—Pero ¡si siempre bajamos por Gipsey Lane! Y ahí no hay nada que ver.
—Me da igual. No pienso ir al parque, y ahora voy a ir a pedirle a papá que nos mande bajar por Gipsey Lane, que para eso corro más deprisa que tú.
—Eso es una mezquindad, pero lo mismo me da.
—¡Papá, papá, Polly me ha llamado mezquino!
—No, yo no le he dicho eso, papá.
—¡Sí que lo has hecho!
—No. Solo he dicho que era una mezquindad que dijeses que corrías más deprisa que yo y que fueras a pedirle a papá que nos mandara bajar por Gipsey Lane.
—Entonces sí que lo has llamado mezquino —sentenció el señor Skratdj —. Eres una niña muy mala y maleducada. Te estás volviendo muy problemática, Polly, y te voy a tener que enviar al colegio para que te metan en vereda. Ve adónde quiere tu hermano ahora mismo.

Pues Polly y su hermano ya tenían una edad en la que convenía en la medida de lo posible echarle a ella la culpa de las diferencias entre ambos. En las familias en que la disciplina doméstica tiene más de quisquillosa que de firme, llega un momento en que son las chicas las que casi invariablemente llevan las de perder, porque ellas soportan las reprimendas y los chicos no. La

autoridad doméstica, al igual que algunos otros poderes, tiende a exagerarse con los débiles.

No obstante, tampoco es que el señor Skratdj le hiciera siempre caso a Harry.

—Si no me lo devuelves ahora mismo, voy a contar que te comiste dos manzanas del huerto el domingo —dijo el señorito Harry en una ocasión.

—«Por chivato la lengua te cortarán y los perros de la ciudad un pedazo se comerán»[42] —recitó su hermana.

—¡Ah, me has llamado chivato! Pues a papá vas, y ya te metiste el otro día en un buen lío por llamarme de todo.

—Bien, adelante, que a mí me da igual.

—No quieres que vaya, que lo sé.

—Lo que pasa es que no te atreves.

—Sí que me atrevo.

—Entonces ¿a qué esperas?

—No, si ya voy, y vas a ver cómo termina esto.

Polly, no obstante, tenía sus razones para permanecer impasible, así que Harry se puso en marcha. Sin embargo, cuando llegó al rellano se detuvo. El señor Skratdj había anunciado con especial énfasis esa mañana que no quería que lo molestasen, y, aun siendo su preferido, Harry no tenía ninguna gana de presentarse en el comedor en ese momento. Por lo tanto, volvió al cuarto de los niños y dijo con aire magnánimo:

—No quiero meterte en líos, Polly. Si me pides perdón, no voy.

—No te pienso pedir perdón —replicó ella, que estaba igual de bien informada sobre cómo estaban las cosas en el cuartel general—. Venga, ve si te atreves.

—Si no quieres que vaya, no voy —dijo Harry renunciando discretamente a la cuestión de las disculpas.

—Es que prefiero que vayas —afirmó la obstinada Polly—. Tú siempre te estás chivando, así que, venga, ve y chívate, a menos que te dé miedo.

Y Harry fue, pero al final de la escalera se volvió a detener y, mientras reflexionaba sobre cómo regresar para mayor mérito de su dignidad, Polly asomó la cara entre los balaustres y con su afilada lengua lo incitó a seguir:

—¡Ah, te he pillado! Te has parado porque no te atreves a ir.

—Sí que me atrevo —dijo Harry, que finalmente fue.

Cuando abrió la puerta, el señor Skratdj se volvió.

—Por favor, papá… —empezó a decir.

—¡Fuera de aquí! —exclamó el señor Skratdj—. ¿No os he dicho que no quería que me molestaseis esta mañana? Pero qué…

Harry cerró la puerta y se retiró de allí a toda prisa.

Una vez fuera, regresó al cuarto de los niños con pasos muy dignos y aire de aparente satisfacción según requería:

—Tienes que darme los cubos, si eres tan amable.

—¿Y quién lo dice?

—¿Y quién lo va a decir? A ver, ¿adónde he ido?

—Ni lo sé ni me importa.

—He ido a ver a papá, ¡ea!

—¿Y ha dicho que te tengo que dar los cubos?

—Sí, como ya te he explicado.

—No, no me lo has explicado.

—Pues no te lo voy a repetir.

—Pues entonces voy yo a preguntárselo a papá.

—Hala, venga, ve.

—No voy si me dices la verdad.

—No te voy a decir nada. Ve tú y pregunta si te atreves —dijo Harry, encantado de que se hubiesen vuelto las tornas.

La expedición de Polly tuvo el mismo resultado, y ella intentó disimular su precipitada retirada de modo similar:

—¡Ah, no se lo has dicho!

—No me creo que se lo hayas preguntado a papá.

—¿Que no? Pues bueno.

—¿De veras que se lo has preguntado?

—Ah, no sé…

Etc., etc., etc.

Entretanto, el señor Skratdj reprendía a su mujer por no controlar más a los niños, a lo que la señora Skratdj replicó que era imposible que lo hiciera cuando él malcriaba a Harry de ese modo y debilitaba la autoridad de ella con sus constantes interferencias.

Las diferencias de género daban lugar a muchas de esas peleas de los niños, como ocurre tan a menudo en las disputas domésticas.

—Los chicos nunca hacen lo que les piden —se quejaba Polly.

—Es que las chicas piden cosas muy poco razonables —era la contestación de Harry.

—No son ni la mitad de poco razonables que las que pides tú.

—Ah, pero es distinto: las mujeres tienen que hacer lo que los hombres les digan, sea razonable o no.

—¡De eso nada! —exclamó Polly—. Al menos, eso solo es entre maridos y mujeres.

—Todas las mujeres son seres inferiores —afirmó Harry.

—Prueba a ordenarle a mamá que haga lo que quieres a ver qué pasa —adujo Polly.

—Los hombres tienen que dar órdenes y las mujeres que obedecerlas —dijo Harry recurriendo al principio general—. Y, cuando yo tenga esposa, ya me cuidaré de que haga lo que le digo. En cambio, tú tendrás que obedecer a tu marido cuando lo tengas.

—Pues no tendré marido y así podré hacer lo que quiera.

—¿Conque no lo tendrás? Intentarás cazar uno, que lo sé. Las chicas siempre quieren casarse.

—No veo por qué —repuso Polly—; estarán hartas de hombres si han tenido hermanos.

Y así seguían, *ad infinitum*, con incesantes discusiones que no demostraban nada ni convencían a nadie, y un continuo torrente de contradicciones mutuas que siempre rallaban en la pelea.

Y además había entre ellos otro tipo de competición verbal que estaba aún menos cerca de ser una disputa que los casos que acabamos de mencionar. Los pequeños Skratdj, al igual que algunos otros niños, eran víctimas del lamentable error de que quedaba inteligente oírles replicándose cosas supuestamente ingeniosas y haciendo juegos muy viejos y bastante vulgares de palabras, tales como:

—Te voy a dar el aguinaldo. ¿En qué parte de la cara lo quieres?

—No lo voy a aguantar.

—Pues te sientas y así lo podrás aguantar.

—Mañana te lo doy.

—A hoy, lo veo; en mañana poco creo.

De manera que, si una visita empezaba a hablar por amabilidad con uno de los niños, de inmediato el otro se acercaba e intervenía tras las respuestas del primero con comentarios y pullas supuestamente agudos que sonaban tan tontos como aburridos e impertinentes.

Y aunque eso era de mala educación, los señores de Skratdj no ponían fin a esa costumbre. Al fin y al cabo, no era más que un remedo de lo que ellos mismos hacían. Aun así, a menudo decían: «Pero ¿cómo es que los niños están siempre discutiendo?».

El perro de los Skratdj y el caballero irascible

Resulta sorprendente hasta qué punto el estado de ánimo de todo un hogar puede verse influido por los cabezas de familia. El señor Skratdj era muy buen señor, y la señora Skratdj muy buena señora, y, sin embargo, sus sirvientes vivían en una continua actitud de irritabilidad que casi rozaba el descontento. Se empujaban en las escaleras traseras, se llamaban de todo en la antecocina y mantenían una guerra perpetua con el criado principal por la cuestión de la división de tareas entre los géneros. A la menor provocación, daban aviso de que se iban a marchar.

Hasta el mismo perro se había contagiado de la manía de saltar por todo. No era un perro valiente ni fiero, como tampoco pedigrí alguno sancionaba sus pretensiones de arrogancia. Aun así, había contraído al igual que sus dueños una mala costumbre, una jugarreta que lo convertía en el azote de todas las visitas tímidas, y de hecho de todas las visitas comoquiera que fuesen.

Siempre que alguien se acercaba a la casa, en ciertas ocasiones cuando le hablaban y a menudo sin que guardase relación con causa alguna, el chucho *Snap*[43] salía corriendo y se ponía a ladrar con su vocecita chillona. Si la visita se detenía, *Snap* se apartaba de costado, pero en cuanto la visita continuaba andando, *Snap* lo seguía de cerca retomando la cantinela. Le ladraba al lechero, al repartidor de la carnicería y al panadero, pese a que los veía todos los días. Nunca se llegó a acostumbrar a la lavandera, ni tampoco ella a él. La mujer decía que «le recordaba a ese perro negro del *Progreso del peregrino*»[44]. En verano *Snap* se sentaba en la verja y ladraba a todo vehículo y todo peatón que se atreviera a pasar por el camino. En una única ocasión tuvo la oportunidad de ladrar a ladrones, pero, aunque ladró mucho y fuerte, nadie se molestó en levantarse, pues dijeron: «Solo son las cosas de *Snap*». Los Skratdj perdieron entonces una tetera de plata, un queso Stilton y dos tazas de comunión plateadas; y todavía hoy el señor y la señora Skratdj siguen discutiendo sobre quién dijo que no valía la pena hacer caso a la advertencia de *Snap*.

Una Navidad, cierto caballero irascible fue a visitar a los Skratdj. Era un joven alto, vigoroso y de pelo rubio rojizo que, procedente de la estación, se dirigía a la casa llevando su bolsa de viaje. Más que hacer la bolsa, lo había

embutido todo de cualquier modo, como acostumbran los solteros, con lo que se podía ver dónde el tacón de una bota dilataba la piel y dónde llevaba el frasco de crema de afeitar.

Cuando llegó a la casa, *Snap* salió como era habitual y empezó con los ladridos. Al caballero le gustaban mucho los perros y había soportado alrededor de una docena de veces ese recibimiento de *Snap*, el cual por su parte conocía al visitante casi tan bien como a la lavandera, y bastante mejor que al repartidor de la carnicería. El caballero tenía varios perros buenos, sensatos y bien educados, y le disgustaba mucho esa conducta de *Snap*. Aun así, le habló con amabilidad, y *Snap*, que había recibido muchos pedazos de comida de su plato, no pudo menos que detenerse un momento a lamerle la mano. Sin embargo, en cuanto el caballero siguió avanzando, *Snap* lo siguió a toda prisa de cerca sin dejar de ladrar.

Y entonces el caballero, que era irascible y de esas personas que, como se dice, pegan primero y preguntan después, se volvió rápidamente hacia *Snap* y, mientras este huía, le lanzó el maletín. El frasco de crema de afeitar dio contra una piedra y se rompió. El tacón de la bota golpeó a *Snap* en el lomo y lo envió chillando a la cocina. Y *Snap* nunca volvió a ladrar a ese caballero.

Si a este no le gustaba la conducta del perro, menos aún le gustaban las continuas disputas de la familia Skratdj. No obstante, era viejo amigo del matrimonio y sabía que en realidad eran felices juntos, y que el que se estuviesen contradiciendo constantemente solo era una mala costumbre suya. En alusión a su verdadero afecto y a sus perpetuas disputas los llamaba «los tortolitos gruñones».

Cuando la guerra verbal entre sus anfitriones llegaba a su momento álgido durante la cena, él se mesaba su mata de pelo rubio rojizo y decía con expresión cómica en sus ojos pardos: «No os pongáis a flirtear, amigos míos, que hacéis que un soltero se sienta violento».

Y entonces los Skratdj no podían evitar reírse.

Con los pequeños Skratdj sus medidas eran más enérgicas. Le gustaban mucho los niños y sabía ser buen amigo de ellos. No escatimaba tiempo ni molestias para ayudarles en sus juegos o trabajos, pero no consentía que se dijesen cosas en su presencia. En ese sentido se portaba mucho mejor que tantas visitas que creen que lo educado es sonreír ante la insolencia y el desparpajo de los que, por ignorancia y vanidad, los niños tan a menudo hacen gala delante de extraños. Luego estos corteses conocidos critican tanto a padres como a hijos a sus espaldas por esas malas costumbres que ellos mismos contribuyen a fomentar.

El caballero irascible trataba a sus jóvenes amigos de un modo muy distinto. Un día que estaba hablando con Polly e interesándose con amabilidad por sus clases, a lo que ella respondía con mucha tranquilidad y sensatez, apareció el señorito Harry y empezó a desplegar su ingenio haciendo comentarios y contradiciendo lo que decía su hermana, con lo que ella también empezó a replicarle y se originó la discusión de siempre.

—¿Así que te gusta la música? —dijo el caballero irascible.

—Sí, me gusta mucho —contestó Polly.

—¿Ah, sí? —intervino Harry—. Entonces ¿por qué estás siempre llorando por la música?

—Yo no hago eso.

—Sí que lo haces.

—No. Solo lloro a veces cuando me quedo atascada.

—Pues muy pegajosa debe de ser tu música, porque siempre te estás quedando atascada.

—¡Contén esa lengua! —le ordenó el caballero irascible.

Y, con lo que se pensaba que era un aire muy burlón, Harry se sacó la lengua y se la cogió con dos dedos. Fue una lástima que no tuviera tiempo de metérsela antes de que el caballero irascible le propinara un bofetón que hizo que juntara los dientes en la punta de la lengua y, en consecuencia, se la mordiese.

—Es que no sirve de nada intentar hablar con ellos —sentenció el caballero irascible mesándose los cabellos.

Los niños son como los perros: saben juzgar muy bien quiénes son sus amigos de verdad. Harry no dejaba de apreciar al caballero irascible ni una pizca menos porque tuviera que respetarlo y obedecerlo; y todos los niños lo recibieron alborozados cuando llegó esa Navidad a la que nos hemos referido por su ataque a *Snap*.

En la mañana del día de Nochebuena la ponchera de porcelana se rompió. El señor Skratdj tuvo una acalorada discusión con su mujer sobre si estaba guardada en lugar seguro, tras la que ambos hablaron en términos muy tajantes con la criada, que no se explicaba cómo había podido suceder; la cual, mientras se retiraba indignada por el pasillo trasero, le dio una patada a *Snap*; el cual de inmediato la emprendió contra el jardinero, que en ese momento entraba con los rábanos picantes para la ternera; el cual, al echarse hacia atrás, pisó a la gata; la cual bufó y renegó según se subía a la bomba del agua con la cola tan grande y erecta como la de un zorro.

Para evitar esa escena doméstica, el caballero irascible se retiró a la sala del desayuno y cogió un periódico. Al poco, Harry y Polly entraron y pronto estuvieron discutiendo tan ricamente de sus cosas en un rincón.

El caballero irascible, que llevaba algún tiempo observándolos con sus ojos pardos por encima del periódico, dijo:

—Harry, mi muchacho, ven.

Y Harry se le acercó.

—Enséñame la lengua, Harry —le pidió.

—¿Para qué? —preguntó el niño—. Si usted no es médico…

—Haz lo que te digo —lo conminó el caballero irascible; y como Harry viera que se le movía la mano, sacó rápidamente la lengua. El caballero irascible suspiró.

—Ay —dijo en tono apesadumbrado—, lo que yo me pensaba… Polly, ven que te vea la tuya.

La niña, que entretanto se les había ido aproximando con sigilo, también la sacó. Pero el caballero irascible pareció aún más apabullado y negó con la cabeza.

—Pero ¿qué pasa? —exclamaron los dos niños—. ¿Por qué se pone así?

Y se tocaron las puntas de las lenguas para ver si notaban algo raro. Sin embargo, el caballero irascible salió lentamente de la habitación sin contestarles, mientras se mesaba los cabellos y decía: «Ay, sí…», asintiendo con aire muy serio de estar en lo cierto.

Justo cuando había atravesado el umbral, se volvió y, asomándose a la habitación, preguntó:

—¿Os habéis dado cuenta de que las lenguas se os están poniendo afiladas?

—¡No! —gritaron asustados los niños—. ¿De verdad?

—Y si alguna vez notáis que se os vuelven bífidas, decídmelo —añadió el caballero en tono muy solemne.

Dicho lo cual, se marchó negando muy serio con la cabeza.

Por la tarde los niños le insistieron de nuevo:

—¡Díganos qué le pasa a nuestras lenguas!

—Esta mañana volvisteis a discutir y a pelear como siempre —contestó él.

—Bueno, sí, es que se nos olvidó —alegó Polly—. Ya sabe que lo hacemos sin mala intención. Pero deje eso ahora, por favor, y díganos lo de las lenguas. ¿Qué les va a pasar?

—Mucho me temo —dijo el caballero irascible en tono solemne y mesurado— que los dos vais a terminar rápidamente…

—¿Como el perro y el gato? —sugirió Harry, experto en ese tipo de expresiones.

—¿Como el perro y el gato? —repitió el caballero irascible mesándose los cabellos—. ¡Benditos míos, no! ¡Nada ni la mitad de agradable! (Bueno, a menos que todos los perros fueran como *Snap*, que gracias a Dios no lo son). No, lo que me temo es que los dos vais a terminar rápidamente… ¡con los dragones!

Y el caballero irascible no quiso decir ni una palabra más sobre el tema.

Nochebuena

Al cabo de unas pocas horas los señores de Skratdj recobraron la serenidad. Se sirvió el ponche en una jarra y resultó estar igual de bueno. Fue una velada muy animada. Montaron el árbol de Navidad, tomaron pasteles y encendieron el fuego y las velas, y después de la cena había gachas y el juego de los dragones. Cuando se cansaron del árbol, con bastante apetito tras el esfuerzo de estirarse para llegar a las ramas más altas, apagar astillas «peligrosas» y cortar cinta y cordel por todas partes, llegó la cena con sus bienvenidos pasteles, gachas y ponche. Y cuando las gachas[45] ya empezaban a aburrir al gusto (y hay que reconocer que es un plato navideño más por cuestión sentimental que de sabor), apagaron las velas y tanto los ánimos como los paladares del grupo se estimularon por los misteriosos e intensos placeres de los dragones[46].

Entonces, mientras el caballero irascible se calentaba de espaldas a la chimenea, una adusta sonrisa se dibujó en su rostro según escuchaba los sonidos que se producían. En la oscuridad, las llamas azules saltaban y bailaban, las pasas se cogían y se iban arrebatando de mano en mano y se esparcían fragmentos de llama por aquí y por allá. Los niños gritaban mientras los ardientes dulces les mataban el empalagoso sabor de las gachas. El señor Skratdj exclamó que estaban estropeando la alfombra; la señora Skratdj se quejó de que él le había derramado coñac en el vestido. El señor Skratdj replicó que en el círculo familiar ella no debería ponerse vestidos tan susceptibles de sufrir daños. La señora Skratdj le recordó un viejo parlamento de él sobre que una debiera lucir las cosas bonitas para beneficio de su familia en lugar de reservarlas para las visitas. El señor Skratdj, por su parte, también le recordó que la excusa que ella había puesto para comprarse ese vestido en concreto cuando no lo necesitaba era su intención de usarlo también al año siguiente. Los niños discutían sobre el coraje de cada uno y la cantidad de pasas que les correspondían. *Snap* ladraba con furia a las llamas y las sirvientas se empujaban entre ellas para coger buen sitio en la puerta, donde no habrían dejado que el criado pudiese ver nada de no ser porque este se asomaba por encima de sus cabezas.

—¡Y dale, y dale! —se rio entre dientes el caballero irascible. Y, al decir eso, pareció como si las voces de los señores de Skratdj subieran de tono en

su intercambio matrimonial, y la discusión de los niños fuese más fuerte, el perro diera gañidos como enloquecido y el combate de las sirvientas se intensificara; mientras, las llamas de los dragones saltaban cada vez más y el fuego azul volaba por la habitación como espuma.

Finalmente se terminaron las pasas, se consumieron prácticamente las llamas y todos se trasladaron al salón. Solo Harry permaneció allí.

—Vente, Harry —le dijo el caballero irascible.

—Un momento —pidió el niño.

—Es mejor que vengas.

—¿Por qué?

—Ya no hay motivo para quedarse. Os habéis comido las pasas y el coñac se ha apagado.

—No del todo —dijo Harry.

—Bueno, casi. Más valdría que se hubiese apagado del todo. Venga, vente. Es peligroso que un chico como tú se quede a solas con los dragones esta noche.

—Pero ¡qué va! —exclamó Harry.

—Bien, pues haz lo que quieras —dijo el caballero irascible, que salió a grandes zancadas de la habitación y dejó al niño allí solo.

Bailando con dragones

Harry se acercó con sigilo a la mesa, en la que una pálida llamita azul parpadeaba en el plato de los dragones.

—Qué pena que se apague —dijo, y entonces se fijó en la botella de coñac del aparador—. Solo una pizca —murmuró para sí mientras abría la botella y echaba un poco de coñac en la llama.

En cuanto el coñac tocó el fuego, todo el de la botella se prendió de golpe y esta se hizo pedazos; Harry tuvo mucha suerte de no resultar gravemente herido. Se le metió en los ojos un poco de coñac caliente y le escocieron, por lo que tuvo que cerrarlos unos segundos.

Pero, cuando los abrió, ¡ay lo que vio! Por toda la habitación las llamas azules saltaban y bailaban como lo habían hecho en el plato de sopa con las pasas. Y Harry observó que cada llama sucesiva era un pliegue del largo cuerpo de un brillante dragón azul que se movía como una serpiente. Y la habitación estaba llena de ellos. Sus caras eran como las de esos dragones hechos de porcelana azul y blanca muy antigua, y tenían lenguas bífidas como las serpientes. Eran de un precioso color azul cielo. Las langostas que acaban de cambiar de caparazón son muy bonitas, pero el violeta y añil de ese caparazón no tiene comparación con el brillante azul cielo de un dragón.

¡Cómo saltaban! No dejaban de saltar unos sobre otros, como las focas al jugar. Pero si de verdad se trataba de un juego, era uno muy brusco, pues conforme saltaban, se mordían y gritaban, y los gritos eran como los bramidos del ñu del Jardín Zoológico; y de vez en cuando se arrancaban con las garras unos a otros pelo de las cabezas que quedaba esparcido por el suelo, y que al caer era como los copos de llama que la gente se sacude de los dedos cuando comen las pasas de los dragones.

Harry estaba aterrado.

—¡Qué divertido! —dijo una voz cerca de él, y entonces vio que lo acompañaba uno de los dragones que, tumbado, no participaba en el juego. Había perdido una de las horquillas de la lengua accidentalmente y de momento no podía gritar.

—Me alegro de que te parezca divertido —contestó Harry—, pero a mí no me lo parece.

—Ah, bien, pues venga, únete a ellos —dijo el dragón con sorna—. Eres toda una adquisición. Te dejarán participar ahora, en la tercera ronda.

—¿Con esos seres? —dijo Harry espantado.

—Sí, con esos seres. Y, de poder gritar, yo mismo te acompañaría. Es el juego perfecto para ti.

—Dime, por favor, ¿en qué consiste? —preguntó Harry.

—Más te vale que no le digas «por favor» a los otros —le advirtió el dragón—, si no quieres que te arranquen todo el pelo. Consiste en lo siguiente: tienes que estar siempre saltando sobre alguien, ya sea hablando o gritando. Si alguien te habla, tienes que replicarle de mala manera. Y no hace falta que te explique cómo se hace eso, que lo sabes muy bien. Si por casualidad alguien responde con cortesía, se le arranca un puñado de pelo de la cabeza para estimularle el cerebro. No hay cosa más divertida.

—Supongo que para vosotros es una diversión estupenda —dijo Harry—, pero seguro que a nosotros no nos gustaría. Me refiero a los hombres, mujeres y niños. Eso no nos va nada de nada.

—¿Que no? —exclamó el dragón—. Tú no sabes la de seres humanos que bailan con dragones en Nochebuena. Si nos tienen entrando en las casas hasta después de medianoche, podemos sacar a la gente de sus camas y llevarlos a bailar al Vesubio.

—¿Al Vesubio? —repitió Harry sorprendido.

—Sí, al Vesubio. Procedemos de Italia. Nuestra piel es del color de la bahía de Nápoles. Nos alimentamos de pasas y licores ardientes. A veces nos lo pasamos de maravilla en el monte. ¡Cómo nos gritamos, y nos arañamos, y nos tiramos del pelo! ¡Qué delicia! En ocasiones, cuando las riñas se vuelven demasiado grandes, la Madre Montaña no lo soporta y nos escupe a todos y arroja cenizas detrás de nosotros. Pero eso solo es a veces. El año pasado tuvimos una celebración encantadora, con tantos seres humanos que hay que ver lo bien que se gritan. Fue una fiesta de lo más selecta con invitados muy escogidos. Siempre tenemos muchos niños descarados, así como sirvientes. También maridos y mujeres, y tantos de los primeros como de las segundas, si no más. Pero, además de estos, el año pasado tuvimos dos sacristanes, un jefe de correos rural que dedicaba su talento a insultar al público en vez de a aprenderse la normativa postal, tres cocheros de alquiler y dos pasajeros, dos dependientas de una tienda de lana de Berlín que no tenía competencia, cuatro viajantes, seis patronas, seis abogados penalistas, varias viudas de casas de beneficencia, siete caballeros solteros y nueve gatos que blasfemaban por todo; una docena de cacatúas chillonas de color azufre, un montón de golfillos

de ciudad, un lote de chuchos callejeros de las colonias que acosaban a las personas y cinco ancianas, con sus sombreros de los domingos y sus devocionarios, que habían estado peleándose para coger buen sitio en la iglesia.

—¡Santo cielo! —exclamó Harry.

—Si no encuentras algo más mordaz que decir que «santo cielo», lo vas a pasar mal, te lo aseguro —dijo el dragón—. Y yo que creía que eras de lengua afilada, pero ya veo que aún no se te ha vuelto bífida. Ah, aquí vienen. ¡Adelante, y si en algo aprecias tus rizos, ya puedes gritar y replicar!

Y, antes de que Harry pudiese contestar nada, los dragones empezaron la tercera ronda y, al pasar, arrastraron a Harry con ellos.

Se estremeció al ver a sus compañeros de juego. Eran transparentes como langostinos, pero de ese precioso azul celeste; y, según saltaban, bramaban como los ñúes; y cuando saltaban sobre Harry, él tenía que saltar también. Además de bramar, se replicaban y discutían, en lo que asimismo debía participar Harry.

—Qué agradable, ¿verdad? —le dijo uno de los dragones azules.

—En absoluto —replicó Harry.

—Eso es porque tienes mal gusto —replicó el dragón azul.

—¡De eso nada! —replicó Harry.

—Entonces lo tuyo es orgullo y terquedad. A ti hay que cepillarte el pelo.

—¡No, no, por favor! —chilló Harry olvidándose de la advertencia, con lo que el dragón le arrancó un puñado de pelo de la cabeza, tras lo que Harry gritó y los dragones azules gruñeron y bailaron.

—¿A que eso te ha rizado el pelo? —le preguntó otro dragón saltando sobre él.

—No es asunto tuyo —replicó Harry como mejor pudo mientras lloraba.

—Para mí es más placer que asunto —replicó el dragón.

—Pues te lo guardas todo para ti —replicó Harry.

—Y yo que quería compartirlo contigo cuando te enganche del pelo —replicó el dragón.

—Ya puedes esperar sentado a que se te presente la ocasión —replicó Harry haciendo acopio de todo su aplomo a la desesperada.

—Pero ¿tú sabes con quién estás hablando? —rugió el dragón, que abrió la boca de oreja a oreja y sacó disparada su lengua bífida ante el rostro de Harry, el cual se asustó tanto que se olvidó de replicar y suplicó:

—¡No, te lo ruego, no lo hagas!

Tras lo que el dragón azul le arrancó otro puñado de pelo y todos los demás dragones gruñeron como antes.

Harry nunca llegó a saber cuánto duró exactamente tan atroz juego. Pese a la práctica que había adquirido en el cuarto de los niños, a menudo no se le ocurría una réplica y lo pagaba perdiendo más cabello. ¡Ay, qué absurdo y tedioso empezó a parecerle eso de ser grosero y llevarse siempre la contraria! Pero no le quedaba más remedio que seguir, mientras se preguntaba todo el rato cuánto faltaría para las doce y si los dragones se quedarían hasta medianoche y se lo llevarían al Vesubio.

Al fin, para su gran alegría, estuvo claro que el coñac se terminaba. Los dragones se movían más despacio, ya no saltaban tan alto y finalmente uno tras otro se fueron marchando.

«¡Que se vayan todos antes de las doce!», pensó el pobre Harry.

Ya solo quedaba uno. Harry y él estuvieron saltando, replicándose y gruñéndose mientras el niño pensaba alborozado que ese era el último, hasta que el reloj del vestíbulo hizo ese zumbido que algunos relojes hacen antes de dar la hora, como si se aclarasen la garganta.

—¡Ay, vete, por favor! —gritó Harry desesperado.

El dragón azul dio un salto y arrancó tal puñado de pelo de la cabeza del chico que pareció como si también se llevase parte del cuero cabelludo. Mas fue su salto final. Desapareció enseguida antes de la primera campanada de las doce. Y Harry quedó tumbado en el suelo boca abajo en la oscuridad.

Conclusión

Cuando lo encontraron, tenía sangre en la frente. Harry pensó que era donde el dragón le había clavado las garras, pero los otros dijeron que se trataba de un corte de un fragmento de la botella rota de coñac. Los dragones habían desaparecido tan por completo como ese licor.

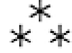
Harry se curó de la manía de replicar. Había tenido bastante para toda la vida, y los rebatimientos que se sucedían incesantemente en la casa pasaron a darle escalofríos. Aunque Polly no había contado con el beneficio de su experiencia, también mejoró de actitud.

En primer lugar, ocurrió porque llevarse la contra, al igual que otras formas de discutir, precisa de dos partes, y Harry ya nunca quiso participar en eso. Y, según fue dando respuestas corteses y amables a las gracias de Polly, esta terminó por avergonzarse y no las volvió a repetir.

En segundo lugar, Polly se enteró de lo de los dragones. Harry se lo contó todo al caballero irascible y a ella.

—¿Cree que es cierto? —le preguntó Polly al caballero.

—Bueno —contestó él mesándose los cabellos—, ya os advertí de que ibais a terminar con los dragones…



A partir de ahí, Harry y Polly no consintieron las réplicas de mal tono de sus hermanos pequeños en el cuarto de los niños y repudiaron esa actitud por completo. El ejemplo y reprobación de los hermanos mayores son un poderoso instrumento de disciplina en la educación infantil, y al poco no hubo ninguna «lengua afilada» entre los hijos de los Skratdj.

Sin embargo, dudo que los padres llegaran a curarse. No sé si se enterarían de lo sucedido. Además, las malas costumbres no se corrigen fácilmente cuando ya se es mayor.

Me temo que los señores de Skratdj aún tendrán que bailar con los dragones…

WILKIE COLLINS

LA MÁSCARA ROBADA
o
EL MISTERIO DE LA CAJA DE CAUDALES

Una historia para contar al amor de la lumbre navideña
(1864)

Introducción

Es posible que algunos lectores de este relato posean una «máscara» de escayola, o rostro o efigie de Shakespeare, que es una copia del célebre busto de Stratford. Esas copias se pusieron a la venta hace ya algún tiempo. Las circunstancias en que se hizo el molde original me las relató un amigo (que ya no se encuentra entre nosotros) al que estoy muy agradecido porque tuvo la amabilidad de acordarse de mí y regalarme el ejemplar de la máscara que ahora tengo:

Hace unos cuantos años, mientras un albañil de Stratford-upon-Avon estaba realizando unas reparaciones en la iglesia, se las apañó para hacer un molde del busto de Shakespeare creyendo que no levantaba ninguna sospecha. Sin embargo, se descubrió lo que había hecho y de inmediato las autoridades a cargo del busto lo amenazaron con las penas y castigos más severos de la ley, aunque sin especificar por qué delito en concreto. El pobre hombre se asustó tanto por esas amenazas, que recogió sus herramientas al instante y se marchó de Stratford llevándose el molde con él. Más tarde planteó el caso a personas capacitadas para aconsejarle que le dijeron que no debía temer sanción alguna, y que, si creía que tendrían salida, podía hacer cuantas copias quisiera y venderlas en cualquier parte. Él siguió la recomendación, fijó las máscaras con mucho cuidado en placas de mármol negro y vendió gran cantidad de ellas no solo en Inglaterra, sino también en Estados Unidos. Hemos de añadir que ese albañil siempre se había caracterizado por la gran veneración que sentía por Shakespeare, lo que lo llevó al extremo de asegurar al amigo del que obtuve esta información que, si en su condición de viudo alguna vez se volvía a casar, solo sería con una mujer que fuese descendiente en línea directa de William Shakespeare.

De la anécdota que acabo de relatar surgió la primera idea para las siguientes páginas. Ofrezco ahora este pequeño libro al público en el que he intentado contar una sencilla historia en tono tan natural como familiar; en otras palabras, como si la estuviera narrando a un grupo de amigos sentados alrededor de mi hogar.

WILKIE COLLINS

Hanover Terrace, Regent's Park

Estaría insultando a la inteligencia de los lectores si creyera necesario describirles tan célebre ciudad como es Tidbury-on-the-Marsh. ¿Quién no conoce ese elegante lugar residencial de provincias? El espléndido nuevo hotel que se ha erigido al lado de la vieja posada; la extensa biblioteca a la que, no contentos con solo añadirle más libros, también están añadiendo ahora una nueva entrada; el proyecto de construir una calle en media luna de viviendas palaciegas de estilo griego en lo alto de la colina, que rivalice con la ya terminada de viviendas almenadas de estilo gótico al pie de esa colina; ¿no son hechos locales como estos de sobra conocidos por cualquier inglés inteligente? Pues claro que sí; la pregunta es superflua. Vayamos de inmediato, sin perder más tiempo, de Tidbury en general a la Calle Mayor en particular, y en concreto a nuestro destino allí: el establecimiento comercial de los señores Dunball y Dark.

Al fijarse únicamente en los líquidos de colores, la estatua en miniatura de un caballo, los emplastos para callos, las bolsas impermeables, los tarros de cosméticos y los platillos de cristal tallado llenos de pastillas del escaparate, uno podría pensar en un principio que Dunball y Dark solo eran farmacéuticos. Pero al observar detenidamente por la entrada una estancia interior, vería una inscripción, un receptáculo o caja de caoba grande y vertical con un agujero, unos barrotes de metal que protegían el agujero, una cortina verde para cubrir el agujero, y un hombre con una pala de cobre para dinero parcialmente visible tras el agujero; todo lo cual bastaría para informar a uno de que Dunball y Dark no solo eran farmacéuticos, sino también una «sucursal bancaria».

Es una mañana fría y borrascosa de finales de noviembre. El señor Dunball, en ausencia del señor Dark, que ha ido a dar un discurso en la junta de la parroquia, se ha metido en la caja de caoba para hacerse cargo de la sucursal bancaria. Es muy gordo, por lo que de un modo muy absurdo resulta demasiado grande para su campo de acción. Todavía no ha ido un solo cliente a sacar dinero; ni siquiera ha ido nadie a chismorrear con el banquero por los barrotes de metal de su prisión comercial. Ahí está sentado, contemplando tranquilamente la calle a través de la sección de farmacia de la tienda, con el oro en un cajón, los billetes en otro, los codos sobre los libros de contabilidad y la pala del dinero bajo el pulgar: la viva imagen de la soledad acaudalada; el ermitaño de las finanzas británicas.

En la tienda de fuera está el joven dependiente, dispuesto a drogar al público en un santiamén. Sin embargo, Tidbury-on-the-Marsh es un lugar sano y poco rentable y no hay público que aparezca. Una vez que el joven dependiente ha comprobado por el reloj de la tienda que son las diez y cuarto, y por la veleta de enfrente que el viento sopla del «sur-sur-oeste», ya ha agotado todas sus fuentes externas de entretenimiento, y no le queda más que dedicarse primero a afilar la navaja y luego a cortarse las uñas. Ha terminado la mano izquierda, y acaba de empezar con el pulgar de la derecha, cuando al fin un cliente oscurece la entrada de la tienda.

El señor Dunball da un respingo y agarra la pala de cobre; el joven dependiente cierra la navaja deprisa y saluda inclinándose. El cliente es una chica joven que quiere un tarro de bálsamo labial.

Viste con mucha pulcritud y discreción; parece contar dieciocho o diecinueve años, y tiene algo en el rostro que solo puedo describir con el epíteto de «adorable». Hay una belleza inocente y pura en su frente, cejas y ojos; una expresión relajada, amable y feliz cuando te mira, y un curioso sonido hogareño en su clara voz que, en conjunto, te llevan a imaginarte, aunque no la conoces de nada, que hace tiempo sí que debiste de conocerla y amarla, y por lo que fuera después fuiste tan ingrato de olvidarte de ella con el paso del tiempo. No obstante, mezclado con la dulzura e inocencia juveniles que componen su encanto más destacado, hay un aire de firmeza —perceptible especialmente en la expresión de sus labios— que proporciona cierto carácter y originalidad a su rostro. Su figura…

Me detengo al nombrar su figura. No es en absoluto por falta de frases para describirla, sino por la desalentadora convicción de que ninguna descripción de ella sería capaz de producir el efecto deseado en las mentes de los demás. Si se me pregunta en qué empeños literarios en particular se nota más la pobreza del material resultante, contestaré que en las descripciones de las heroínas. Todos las hemos leído a cientos, algunas tan minuciosas y precisas que no solo se nos informa de los ojos, cejas, nariz, mejillas, tez, boca, dientes, cuello, orejas, cabeza y cabello y peinado de la dama, sino que también conocemos el modo concreto en que los sentimientos de debajo hacían que el pecho de encima respirase agitado o se hinchiera, además de la posición exacta de la cabeza en que sus pestañas eran lo bastante largas para proyectar una sombra en sus mejillas. Hemos leído todo eso con la atención y admiración que se merece, y, sin embargo, nos hemos levantado de la lectura sin habernos hecho ni la más remota idea del tipo de mujer que en realidad es

la heroína. Al comienzo de la descripción sabíamos vagamente que era hermosa, y al final sabemos exactamente lo mismo e igual de vagamente.

Imbuido de esta convicción, prefiero dejar que sea el lector (con la ayuda del retrato muy parecido a ella del frontispicio) quien se haga su propia idea del aspecto de la clienta de los señores Dunball y Dark. Dejando aparte a las espléndidas bellezas con que tengan relación, imagínense que era como cualquier chica guapa e inteligente que conocen: como cualquiera de esos ángeles agradables que, junto al hogar, nos encantan aunque lleven un vestido de mañana de lana merina y estén remendando un par de calcetines. Si es esta la clase de realidad femenina que se imaginan los lectores, ni el autor ni la heroína encontraremos motivo de queja.

Bien, pues nuestra señorita se acercó al mostrador y pidió bálsamo labial. El dependiente, conquistado de inmediato por el poderoso encanto de su presencia, le rindió el primer homenaje gentil que se le ocurrió pidiéndole permiso para enviarle el frasco a casa.

—Perdone, señorita —dijo—, pero creo que vive usted más abajo de la calle, en el número 12. Ayer pasaba por ahí y creo que la vi entrar en compañía de un anciano caballero y de otro más, ¿no es así?

—Sí, nos alojamos en el número 12 —contestó la joven—, pero me voy a llevar yo el bálsamo si no le importa. Sí que quisiera pedirle un favor antes de irme —prosiguió con mucho recato, pero sin el menor aire de azoramiento—; si tienen sitio en el escaparate para colgar esto, mi abuelo, el señor Wray, les quedará muy agradecido.

Y entonces, para gran sorpresa del joven dependiente, le entregó un pedazo de cartón, con una cuerda de la que colgarlo, en el que figuraba la siguiente inscripción escrita con muy buena letra:

> El señor Reuben Wray, discípulo del finado y célebre John Kemble[47], informa respetuosamente a sus amigos y al público en general que da lecciones de elocuencia, oratoria y recitado a razón de ocho peniques por cada clase de una hora. Se preparan alumnos para el escenario, o para representaciones teatrales privadas, partiendo de la combinación de una interpretación inteligente del texto con los movimientos de brazos y piernas adoptados por el finado e ilustre Roscio[48] de la escena inglesa, John Kemble, y estudiados detenidamente de este por el señor Reuben Wray. Se mejora la técnica de oradores y clérigos (en la más estricta confidencialidad) a nueve peniques la clase de una hora. Se combaten y eliminan los defectos y

> vacilaciones del habla. Se enseña a jóvenes damas a expresarse con elegancia y a jóvenes caballeros las normas de la dicción. Se hace descuento a colegios y clases numerosas. Tengan la amabilidad de dirigirse al señor Reuben Wray (antiguo miembro del Teatro Real de Drury Lane), en Calle Mayor, 12, Tidbury-on-the-Marsh.

No hay inscripción babilónica que jamás se haya cincelado, ni manuscrito de papiro que jamás se haya escrito, que pudieran desconcertar tanto al joven dependiente como ese peculiar anuncio. Lo leyó hasta el final estupefacto, tras lo que, dirigiendo una mirada de perplejidad a la joven del otro lado del mostrador, comentó:

—Está muy bien escrito, señorita, y muy bien redactado, ya lo creo que sí. Supongo…, bueno, estoy seguro de que el señor Dunball…

Entonces se oyó un crujido como si alguna sólida construcción de madera estuviese poco a poco partiéndose por la mitad. Era el propio señor Dunball que salía con dificultades del habitáculo de la sucursal bancaria para ir a examinar el anuncio.

Lo leyó con mucha atención siguiendo cada línea con el dedo índice, y luego con cautela y delicadeza dejó el cartón en el mostrador. Si afirmo que ni el señor Dunball ni su dependiente estaban muy seguros del significado de «Roscio de la escena inglesa», ni qué rama concreta de la sabiduría humana pretendía enseñar el señor Wray por medio de la «elocución», no estaré cometiendo ninguna injusticia con patrón y empleado.

—Así que quiere que colguemos esto en el escaparate, que…, en el escaparate, señorita —preguntó el señor Dunball, quien iba a decir «querida», pero algo en el aire y la actitud de la joven lo detuvo.

—Si no es ninguna molestia, señor.

—¿Le importa que le pregunte su nombre y de dónde es?

—Me llamo Annie Wray, y el último lugar en que residimos fue Stratford-upon-Avon.

—Ah, vaya… Y el señor Wray da clases de… elocución… por media corona, ¿no?

—Mi abuelo solo quiere que los habitantes de esta ciudad sepan que puede enseñar a quienes lo deseen a hablar o leer con buena expresión y la debida pronunciación.

El señor Dunball quedó bastante desconcertado por el modo franco y sereno en que la pequeña Annie Wray le contestó a él, director de sucursal bancaria, farmacéutico y autoridad municipal. Cogió de nuevo el anuncio y se

fue a leerlo por segunda vez en el solemne aislamiento monetario del establecimiento de atrás.

El joven dependiente lo siguió.

—Creo que son personas respetables, señor —le susurró—. Ayer pasaba yo por allí al tiempo que el anciano caballero entraba en el número 12. El viento le levantó la capa por un lado y vi que llevaba una gran caja de caudales debajo. Vamos que si lo vi, señor, y bien pesada que parecía.

—¿Una caja de caudales? —exclamó el señor Dunball—. ¿Y qué tiene que ver un hombre que tiene una caja de caudales con la elocución a ocho peniques a la hora? ¿Y si es un estafador?

—No lo creo, señor; ¡fíjese en la señorita! Además, los del número 12 me dijeron que llevaba referencias y pagó una semana de alquiler por adelantado.

—Conque eso hizo… ¿Y está usted seguro de que era una caja de caudales?

—Totalmente seguro, señor, y digo yo que dentro tendría dinero.

—¿De qué sirve una caja de caudales sin dinero? —repuso desdeñosamente el director de la sucursal bancaria—. De todas formas, todo esto es bastante extraño… ¡Espere, que a lo mejor es una apuesta! Sé de caballeros que han hecho cosas muy raras por una apuesta. O puede que esté chiflado… En fin, a ella se la ve buena chica, y no creo que vaya a pasar nada porque colguemos este anuncio. En cualquier caso, ya haré indagaciones sobre ellos.

Después de fruncir el ceño solemnemente al anunciar esa última medida de precaución, el señor Dunball volvió con paso lento a la farmacia. No obstante, no tenía tan mal carácter como se creía y, pese a toda su dignidad y sospechas, se deshizo en muchas más sonrisas de las que pretendía al dirigirse a la pequeña Annie Wray:

—No forma parte de nuestro trabajo, señorita, pero de todos modos lo vamos a poner para hacerle el favor. Supongo que, en el caso de necesitar referencias, nos las podrán suministrar… Sí, claro, por supuesto. Bueno, pues ya está puesto en el escaparate en un lugar bien visible (que puede ver al salir), entre la ristra de emplastos para callos y las cápsulas de adormidera. Le deseo al señor Wray todo lo mejor, aunque no creo que Tidbury sea el lugar más adecuado para venir a dar eso que llaman elocución, ¿verdad?

—Gracias, señor, y buenos días —dijo la pequeña Annie, que se marchó de la tienda tan tranquila como había entrado.

—¡Qué chica más impasible! —comentó el señor Dunball mientras la veía bajar por la calle hacia el número 12.

«¡Y qué guapa también!», pensó el dependiente, el cual también intentaba observarla por el escaparate como su jefe.

—Quiero saber quién es ese señor Wray —dijo el señor Dunball conforme se volvía tras desaparecer Annie—. Y daría lo que fuera por saber qué guarda en la caja de caudales —añadió el banquero farmacéutico mientras se metía pensativo en el receptáculo de caoba de la parte trasera.

Es usted un hombre sabio, señor Dunball, pero no va a resolver esos dos misterios sentado ahí a solas en la garita de su sucursal bancaria. ¿Hay alguien que los pueda resolver? Sí, yo.

¿Quién es el señor Wray? ¿Y qué guarda en la caja de caudales? ¡Acompáñenme al número 12 y véanlo!

Antes de que irrumpamos en casa del señor Wray, tengo que contar algunas cosas de él a sus espaldas, aunque en absoluto con intenciones calumniosas. Voy a usar su anuncio, que ahora cuelga en el escaparate de los señores Dunball y Dark, como base para mi disertación.

El señor Reuben Wray se convirtió, tal y como él lo expresa, en «discípulo del finado y célebre John Kemble» de la siguiente manera. Empezó en la vida siendo tres años aprendiz de un escultor. No sé si sería porque la ocupación de hacer moldes y picar piedra resultó ser demasiado sedentaria para su temperamento, o porque un consejero maligno de su interior, de nombre vanidad, le susurró: «Busca la admiración pública y tendrás el aplauso de todos», pero el hecho es que, en cuanto terminó el periodo de aprendizaje, dejó a su patrón y su localidad natal para unirse a una *troupe* de cómicos de la legua, o, como él mismo manifestó de modo más grandilocuente, «se subió a los escenarios».

La naturaleza lo había dotado de buenos pulmones, ojos grandes y nariz aguileña, con lo que tenía garantizado el éxito ante el público rural. He de reconocer que sus esfuerzos profesionales apenas bastaban para alimentarlo y vestirlo, pero para consolarse él siempre tenía presente que a la larga terminaría triunfando en los escenarios londinenses. Mientras esperaba que llegase tan deseado acontecimiento, se permitió entre medias un pequeño lujo que suele ser un recurso muy provechoso para jóvenes que pasan dificultades extremas: se casó. Sí, se casó a los diecinueve años más o menos con la encantadora Colombina[49] de la compañía.

Y consiguió una buena esposa. Sé que muchos se negarán a creérselo, pero es la verdad. El único triunfo que compensó el enorme fracaso social que su existencia parecía condenada a representar fue su matrimonio con una Colombina ambulante. Ella, la pobre, siguió después de casada trabajando con tanta dureza como alegría para ganarse el pan; recorría penosamente muchos agotadores kilómetros de ciudad en ciudad al lado de él sin quejarse jamás; alababa las dotes interpretativas de su marido y compartía sus esperanzas; le remendaba la ropa; le perdonaba su mal humor; adulaba al director por el bien de él y arreglaba las riñas en que se metía; en definitiva, y en el mejor y más elevado sentido de la palabra, lo amaba. Permítanme que añada que solo le dio un vástago, una niña, y, considerando el estado de sus recursos económicos, creo que está justificado que incluya esa circunstancia como una consistente prueba adicional de sus excelentes virtudes de mujer casada.

Después de mucha perseverancia y muchas decepciones, finalmente Reuben consiguió unirse a una compañía estable de provincias, la de Tate Wilkinson[50] de York. Tuvo que bajarse mucho de su pedestal dramático original para conseguir convencer al director. De los papeles principales de la tragedia y el melodrama, en la compañía estable de provincias se hundió hasta convertirse en una «utilidad menor», que en la jerga teatral designa a un actor al que se pone a realizar los cometidos dramáticos más pequeños que las necesidades de la obra requieran. Aun así, pese a todo, él siguió esperando la oportunidad que nunca llegaba, y, aun así, la pobre Colombina siguió fielmente esperando con él hasta el final.

Pasó el tiempo, años, y esa oportunidad no llegaba, hasta que Colombina y él se encontraron un día en Londres desamparados y famélicos. Su vida de ese periodo daría de por sí para toda una novela romántica de disponer yo de tiempo y espacio para escribirla; pero he de avanzar todo lo deprisa que pueda a fechas posteriores, con lo que el lector tendrá meramente que conformarse con saber que en el último momento —el último de esperanza y casi el último de vida— Reuben consiguió empleo de actor de la categoría más ínfima en Drury Lane[51].

Véanlo pues entonces, todavía joven pero con sus ambiciones juveniles frustradas para siempre, recibiendo el sueldo teatral más bajo a cambio del trabajo teatral más bajo; apareciendo en escena de soldado, camarero, lacayo y demás; sin una sola línea de texto, sino tan solo exhibiendo su carcasa consumida por la pobreza, vestido con los atavíos más ajados del viejo vestuario de Drury Lane, uno o dos minutos cada vez a razón de alrededor de un chelín la noche; un hombre abatido en un mundo miserable: el mundo entre bastidores.

John Philip Kemble está actuando en el teatro, y su fama va llegando a su punto álgido. ¡Qué estruendo de aplausos le sigue prácticamente cada vez que sale de escena! ¡Con qué majestuosidad se retira al salón verde[52] según aspira abstraído grandes pellizcos de rapé! ¡Cómo ansían sus pobres hermanos de la farándula, mientras desde los laterales lo miran con reverencia, que se fije en ellos, y cuán pocos lo lograrán! Hay, no obstante, uno de entre esa tribu de desdichados que no le ha pasado desapercibido, aunque todavía no le haya hablado. Ha observado que ese hombre, andrajoso y solitario, siempre está estudiando su forma de actuar desde cualquier posición ventajosa en que el pobre desgraciado se pueda situar en medio de todo el polvo, suciedad, corrientes y confusión de entre bastidores. El señor Kemble también se ha percatado de que, cada vez que representan una obra

de Shakespeare, ese desconocido tiene un viejo libro desvencijado en las manos y parece seguir la actuación detenidamente a partir del texto, en lugar de acurrucarse en algún rincón calentito con una pinta de cerveza junto al resto de figurantes. Habiéndose fijado en esas cosas, el señor Kemble tiene intención una y otra vez de hablar con ese hombre, pero una y otra vez se le olvida por completo. Sin embargo, finalmente llega el día en que ese encuentro personal tanto tiempo postergado tiene lugar, y es de este modo.

Van a montar una nueva tragedia; una especialmente mala, por cierto, y eso en los tiempos en que se escribían tragedias especialmente malas. Está ambientada en Escocia, y el señor Kemble está decidido a interpretar su papel llevando el traje tradicional de las Highlands escocesas. La idea de actuar en un drama vistiendo las ropas apropiadas del periodo en que transcurre la obra se considera una innovación tan peligrosa que nadie más se atreve a seguir su ejemplo, por lo que de todos los personajes él es el único que va a llevar ropa de las Highlands en una obra sobre las Highlands[53]. Eso no lo intimida en absoluto. Ha representado a Otelo una o dos noches antes vestido de general del ejército británico[54], y tiene tan claro que es un absurdo, que está decidido a perseverar y empezar a reformar el vestuario teatral, lo que más tarde llevaría profundamente a cabo.

Llega la noche y empieza la obra. Justo cuando el señor Kemble ha de salir a escena, descubre que no tiene puesto el monedero de piel de cabra, una de las peculiaridades más destacadas del traje tradicional de las Highlands. ¡No hay tiempo para buscarlo! ¡Todo está perdido en su reivindicación de la verosimilitud del vestuario! ¡Va a tener que salir al escenario a la vista de todos vestido solo a medias de hombre de las Highlands! ¡Pero no, no todo está perdido aún! Mientras todos corren frenéticamente de aquí para allá en vano, un hombre le ata a toda prisa algo en la cintura al señor Kemble justo a tiempo. ¡Es el monedero perdido! Y al final Roscio sale a escena hecho todo un hombre de las Highlands de la cabeza a los pies. En su primer mutis, el señor Kemble pregunta por el hombre que ha encontrado el monedero. Es ese figurante pobre en quien ya se había fijado. El gran actor llevaba el monedero en las manos antes de la representación, pero, en un momento de distracción, lo había dejado en una silla en un lugar a oscuras detrás de la concha del apuntador. A su humilde admirador, al que no se le escapaba nada de lo que hacía, tampoco se le escapó eso, y de ahí que fuera el único que encontró el monedero de piel de cabra a tiempo.

—Señor, le quedo infinitamente agradecido —le dice cortésmente el señor Kemble al hombre turbado y ruborizado que tiene delante—. Me ha salvado

de aparecer incompleto, y por lo tanto ridículo, ante el público de Drury Lane. Ya me había fijado en usted antes, leyendo mientras espera a salir a escena a nuestro divino Shakespeare, el vínculo poético que nos une a todos por muy grande que sea nuestra distancia profesional. Acepte, señor, este pellizco que le ofrezco, este pellizco de rapé.

Cuando el interprete sin blanca llegó a casa esa noche, ¡qué maravillosa noticia tenía para su mujer! ¡Y qué orgullosa y feliz se puso la pobre Colombina cuando supo que el señor Kemble había ofrecido a Reuben Gray un pellizco de rapé de su propia cajita!

Sin embargo, la amabilidad del actor trágico no se limitó a decir unas palabras agradables y tener un gesto de condescendencia social. Reuben leía a Shakespeare cuando ninguno de sus compañeros ni se habría molestado en mirar el libro, y eso bastaba de por sí para que el señor Kemble se interesase por él. Además, era joven y podría tener dotes que solo había que estimular.

—Le ruego que recite para mí, señor —le pidió el gran John Kemble una noche, deseoso de comprobar lo que su humilde admirador verdaderamente sabía hacer. El resultado del recitado fue inequívoco: el pobre Wray no sabía hacer nada que cientos de sus hermanos no pudieran igualar. En él, el anhelo de convertirse en un gran actor no era más que ambición sin capacidad.

Aun así, algo salió ganando Reuben Wray gracias al monedero de piel de cabra. Unas oportunas palabras de su nuevo protector lo elevaron dos o tres puestos en la compañía, y su sueldo aumentó en proporción. Ahora le daban papeles con algunas líneas de diálogo y, con aún mayor condescendencia, el señor Kemble se las declamaba para que aprendiera en los ensayos, y con toda solemnidad le enseñaba (me temo que más a menudo de broma que en serio) cómo debieran moverse por escena un patriótico soldado romano o el fiel lacayo de un padre desconsolado.

El agradecido Wray siempre aceptaba esas indicaciones con absoluta buena fe, y fue precisamente en virtud de las clases que así recibió —un total de media docena más o menos, a razón de unos dos minutos cada una—, por lo que después se anunció como profesor de elocución y discípulo de John Kemble. Muchos grandes hombres han brillado a las mil maravillas ante el público como alumno de algún otro gran hombre habiendo recibido un suministro de combustible educativo igual de pequeño que el del señor Reuben Wray.

Después de establecer con imparcialidad la relación de nuestro amigo con el señor Kemble, puedo despachar el resto de su anuncio más brevemente.

Supongo que lo único que ahora quieren que les explique es cómo llegó a enseñar elocución y cómo le fue.

Pues bien, Reuben se aferró con fuerza al teatro de Drury Lane pese a todas las rivalidades, peleas, desastres y fluctuaciones del gusto del público que acabaron con carreras más importantes que la suya. El teatro se reconstruyó, se quemó y se volvió a reconstruir, y todavía el viejo Wray (como empezaban a llamarlo) seguía formando parte de él, aunque otros se marcharan. Durante ese largo lapso de años monótonos, la muerte y la aflicción se cebaron cruelmente con el hogar del pobre actor. Primero su buena y paciente Colombina murió; luego, tras un considerable intervalo, la única hija de Colombina se casó joven y, ¡ay de mí!, lo hizo con un infame sinvergüenza que después de maltratarla la abandonó. Pronto siguió a su madre a la tumba, dejando una niña, la pequeña Annie de este relato, al cuidado de Reuben. Una de las primeras cosas que su abuelo enseñó a la niña fue a decir que se llamaba Annie Wray. No soportaba oír pronunciar a nadie el apellido del disoluto de su padre, y decidió que ella siempre llevase el suyo.

¡Ay, qué tiempos de congoja fueron para el pobre intérprete! Cuántas noches se sentó en el rincón más oscuro entre bastidores, con su desvencijado volumen de Shakespeare en las manos —la única posesión que jamás había empeñado—, mientras las lágrimas le caían por las mejillas hundidas y maquilladas de pensar en la querida y perdida Colombina y en su hija. Cuán a menudo esas lágrimas permanecían bien grandes en sus ojos conforme marchaba por el escenario a la cabeza de un supuesto ejército, o iba renqueando a entregar la sempiterna carta al sempiterno dandi de una alta comedia. ¿Comedia, digo? Si la gente de delante de las luces, que se reían a carcajadas de las ocurrencias del distinguido y vivo caballero de la obra, hubieran visto cómo se sentía por dentro el desdichado lacayo anciano que le llevaba el chocolate y los periódicos, ni todo el ingenio del mundo habría salvado a la comedia de ser llorada como la tragedia más conmovedora jamás escrita.

Pero tenía que llegar la hora —aunque fue mucho después de esto— en que cesara la relación de Reuben con el teatro. Como si el destino hubiese unido irónicamente la suerte escénica del gran actor y el pequeño, el año de la retirada del señor Kemble de las tablas fue el mismo del despido del señor Wray de ellas.

Hacía ya algún tiempo que estaba muy mayor para ser de utilidad, y, además, el mundo teatral en que se había criado estaba cambiando sin que él pudiese cambiar también. Un hombre de baja estatura y ardientes ojos negros,

llamado Edmund Kean[55], había llegado de provincias y resplandecía como un cometa entre la espesa neblina convencional de la escena inglesa. A partir de ese momento, la nueva escuela empezó a subir y la vieja a hundirse; y Reuben también se hundió junto con otros átomos insignificantes por ese vórtice. Al final de la temporada, le informaron de que ya no precisaban de sus servicios.

Fue entonces, al encontrarse de nuevo triste y desamparado en el mundo, casi tanto como al llegar a Londres con la pobre Colombina, cuando se le ocurrió lo de probar con las clases de elocución. Disponía de una pequeña cantidad de dinero con la que empezar, que habían reunido para él sus compañeros más ricos al dejar el teatro. ¿Por qué no iba a poder ganarse la vida de profesor de elocución en provincias, del mismo modo que lo hacían algunos de sus colegas de mayor importancia en Londres? La necesidad le susurró que no lo dudara y lo intentase, y él, que tenía una nieta a la que mantener, lo intentó.

Su método de enseñanza era extremadamente sencillo. Tenía un remedio para corregir las deficiencias de toda clase que impartía: el remedio Kemble. Había observado al señor Kemble año tras año hasta conocerse cada centímetro de él y, por así decirlo, aprendérselo de memoria. ¿Que un alumno quería caminar por el escenario de la manera apropiada? A enseñarle el modo de andar del señor Kemble. ¿Que un político en alza quería convertirse en un excelente orador? A enseñarle las gesticulaciones de Kemble al interpretar a Bruto, y lo mismo con respecto a las necesidades estrictamente vocales. ¿Que el caballero número 1 quería aprender el arte de leer en voz alta? A enseñarle las cadencias de Kemble. ¿Que el caballero número 2 se sentía pobre de pronunciación? A enseñarle a pronunciar vocales, consonantes y sílabas difíciles de decir tal y como Kemble las pronunciaba en el escenario. ¿Y de qué libro aprendían? ¿Con qué manual iban a mejorar por igual los clérigos y oradores, los aspirantes a la fama dramática, las señoritas de expresión oral sin gracia y los jóvenes de dicción incorrecta? De Shakespeare; todos y cada uno de Shakespeare. Wray no conocía ningún otro; para él, la literatura era Shakespeare. Su mayor vanagloria era haberse aprendido a Shakespeare de memoria. Todo lo que sabía, cada recuerdo tierno y adorable, cada pequeño honor que había conseguido en su pobre y limitada esfera, del modo que fuese guardaban indefectiblemente alguna relación con William Shakespeare.

¿Y por qué no? ¿Qué es Shakespeare sino un gran sol que brilla sobre la humanidad, y sobre las cabezas grandes y pequeñas por igual? ¿No han penetrado los rayos de esa potente luz en muchos lugares pobres y humildes

para bien? ¿Por qué sorprendernos entonces de que cayeran, agradables y estimulantes, incluso sobre Reuben Wray? Así que, hiciera bien o mal, con Shakespeare de libro de texto y el señor Kemble de modelo, nuestro amigo, ya a la vejez, invadió valientemente la Inglaterra de provincias como profesor de elocución y todas sus destrezas complementarias. Y, lo que es más increíble, aunque de vez en cuando hubieran de pasar algunas privaciones terribles, consiguió que su nieta y él pudiesen vivir de la elocución (o de lo que hacía pasar por tal ante sus discípulos).

No puedo decir que oradores ni clérigos le pidieran ansiosamente que en la más estricta confidencialidad les mejorase su técnica (véase el anuncio) a nueve peniques la hora; ni que jóvenes damas buscaran expresarse con elegancia o los jóvenes caballeros aprender las normas de la dicción (véase de nuevo el anuncio) a partir de su experimentada lengua. No obstante, le iba bien de otros modos. A veces lo contrataban para instruir a los muchachos de una escuela rural para el día de entrega de premios. A veces requerían sus servicios para que evitase que actores aficionados de provincias asesinaran los diálogos por completo y no se empujaran continuamente en el escenario. Esto último en ocasiones le proporcionaba buen empleo, sobre todo con sociedades estables de aficionados para quienes sus condiciones laborales eran bastante baratas y sus conocimientos de la disciplina teatral de una utilidad inestimable.

Sin embargo, oportunidades como esas no eran nada en comparación con las que obtenía cuando lo contrataban de vez en cuando para supervisar toda las complicaciones del montaje de una representación teatral privada en alguna casa solariega. Entonces se encontraba con una generosidad mucho mayor de lo que jamás se había atrevido a esperar; entonces era seguro que la carta del señor Kemble —el último legado de amabilidad hacia él del gran actor— en la que daba fe de su honradez y conocimientos generales del arte escénico tendría un efecto prodigioso. La pequeña Annie, otro miembro de la familia al que presentaré más tarde y él vivían meses de las ganancias de esas representaciones teatrales privadas; pues los jóvenes actores, en medio de toda la diversión, hallaban tiempo para compadecerse del pobre y anciano actor retirado y de admirar a su atractiva nieta, por lo que le pagaban por sus servicios con una generosidad que excedía al menos en cinco veces lo que él se habría aventurado a pedir.

Y así, yendo de ciudad en ciudad, en ocasiones abatido por el fracaso y otras más animado por gozar de cierta prosperidad, llegó de Stratford-upon-Avon, cuando el presente siglo era unos veinticinco años más joven que

ahora, a Tidbury-on-the-Marsh a probar suerte con la elocución; a enseñar a los setenta años a expresarse con elegancia, cuando a él ya le faltaban la mitad de los dientes. ¿Triunfará? Por mi parte, espero que sí. Hay algo en el espectáculo de este pobre anciano que, aunque profundamente maltratado por el mundo, todavía sigue luchando para ganarse el pan y el de la nieta a la que quiere más que a su vida, y que, aunque él mismo sea un vestigio de tiempos pasados, se esfuerza por adaptarse a una nueva era para la que él ya está acabado y que apenas oye su débil voz de otros tiempos salvo para reírse; como digo, sin duda hay algo en todo eso que impide albergar cualquier idea de ridículo, sino que ha de instar a la compasión y la buena voluntad.

Pero ya está bien de hablar del señor Reuben Wray. Vayamos de inmediato a conocerlo —sin olvidarnos de su misteriosa caja de caudales— al número 12.

Todo lo del desayuno está puesto en la salita del alojamiento de Reuben. Obsérvese que esta salita no la ha alquilado nuestro amigo; jamás ha tenido semejante lujo doméstico en la vida. Al estar desocupada, se la ha cedido su casera, enormemente impresionada por la sofisticación trágica del modo de expresarse de su nuevo inquilino. Todo lo del desayuno, repito, está puesto. Tres tazas, pan, media libra de mantequilla salada, un poco de azúcar húmeda en un platillo y una tetera negra de barro cocido con el pitorro roto: tales son los suntuosos preparativos que tientan al señor Wray y a su familia a bajar a las nueve de la mañana, y, sin embargo, ¡no aparece nadie!

¡Ah, escuchen! Se oye un crujido de botas que parece que bajan de alguna buhardilla de la casa por lo lejano que se siente al principio. Los pesados pasos se perciben cada vez más cerca hasta que se detienen en la puerta de la salita para anunciar la aparición de… ¿el señor Wray, claro está? Pues no; no vamos a tener esa suerte, y hasta empiezo a dudar que lleguemos a conocerlo en persona. El individuo en cuestión ni siquiera está emparentado con él y, sin embargo, forma parte de la familia; y, como ha sido el primero en bajar, ciertamente se merece que le dediquemos de inmediato nuestra atención.

Mide más de un metro ochenta, es proporcionalmente fuerte y robusto y parece tener unos treinta años. Su modo de andar no podría ser más extraño, sus rasgos son grandes y discordantes, tiene la cara picada de viruela y da la impresión de que el pelo que le queda en la cabeza —no mucho— le crece en todo tipo de direcciones opuestas a la vez. No sé nada de su persona que pueda ensalzar salvo su expresión, tan jovial, sincera e incluso inocente que compensa todo lo demás. Los ojos le brillan tanto de honradez y bondad, que lo deslumbran a uno y le impiden observar su tosca nariz y su boca y barbilla desiguales hasta el punto de apenas saber si es o no feo. En cierto sentido, algunos hombres son feos aunque tengan las facciones del Apolo de Belvedere, mientras que otros son apuestos aunque tengan rasgos que parezcan de caricatura. Nuestro nuevo conocido pertenece a estos últimos. Permítanme que les presente: aquí el estimado lector, aquí Julio César. Esperen, no se sorprendan del nombre clásico, que ya se lo explico todo.

La historia del señor Martin Blunt, alias *Julio César*, es en buena medida la del señor Reuben Wray. Al igual que él, Blunt empezó en la vida en una compañía itinerante, pero no de actor, sino de carpintero, apagavelas, portero y chico para todo. En una ocasión en que la compañía tenía el ambicioso empeño de llevar a cabo la terrible profanación de representar el *Julio César*

de Shakespeare, el actor que iba a interpretar al emperador se puso enfermo. No había nadie para sustituirlo, pues todos los demás miembros de la compañía ya tenían papel en la obra, así que, desesperados, recurrieron a Martin Blunt. Era lo bastante grande para pasar por héroe romano, y con eso se apañaban.

Primero le cortaron todo el diálogo que les fue posible y luego le metieron el resto como pudieron en la renuente sesera; le sujetaron al pobre muchacho una sábana blanca alrededor del cuerpo a modo de toga, le pusieron una porra en la mano y una perilla en la barbilla y sin ninguna piedad lo lanzaron a escena. Su interpretación fue recibida con enormes carcajadas, pero él consiguió salir adelante y, tras ser asesinado como correspondía, al caer se dio un golpe que hizo que se sacudiera todo el escenario, lo que le granjeó una gran ovación solo para él.

Nunca lo olvidó. Fue su primera y última aparición teatral, y, en su inocencia, siempre alardeaba de ella como su momento de mayor distinción. Cuando al final fue a parar a Londres y, por ser verdaderamente muy buen carpintero, lo contrataron en Drury Lane, sus compañeros de trabajo se las arreglaron para sacarle enseguida la historia de su única representación, con lo que quedó marcado por ella de por vida. Se convirtió en el blanco de todas las bromas y le pusieron el mote de Julio César. Así lo llamaban todos, y yo me limito a seguir esa costumbre en estas páginas. Si a alguien no le gusta el apodo, que tenga la bondad de llamarlo como mejor le plazca; él es tan jovial que en modo alguno se ofenderá por eso. Veamos cómo conoció al viejo Wray.

Nuestro joven y robusto carpintero empezó a trabajar en Drury Lane justo cuando la carrera de Reuben tocaba allí a su fin. Una noche, alrededor de una semana antes del estreno de una nueva pantomima, parte de la pesada maquinaria empezó a tambalearse al tiempo que Wray pasaba junto a ella, y le habría caído encima de no ser por Julio César (¡no me acostumbro a decirle Blunt!), quien, a riesgo de herirse las extremidades, sujetó la masa que se desmoronaba y, con un tremendo esfuerzo, la detuvo hasta que el anciano se apartó renqueando y estuvo a salvo. Eso llevó al agradecimiento, la amistad y la intimidad. De algún modo Wray y su salvador parecían entenderse muy bien, pese a la diferencia de edad y carácter. Al final, cuando Reuben empezó a enseñar elocución en provincias, el carpintero lo siguió en calidad de protector, ayudante, sirviente o lo que ustedes quieran.

Julio César tenía un motivo en especial para participar de lo que deparara la suerte al viejo Wray, lo cual se verá en cuanto la pequeña Annie entre en la

salita. Por torpe que pudiera ser, nunca suponía una molestia. Era de utilidad y provecho de muchos modos distintos. Repartía folletos solicitando clientela para el señor Wray; construía el escenario cuando a este le salía alguna representación privada; se metía a trabajar de oficial de carpintero cuando les fallaban todos los demás recursos y, de hecho, estaba dispuesto a hacer lo que fuera, desde exigir el pago de una deuda a limpiar zapatos. Ya podía su señor ponerse todo lo quejoso que quisiera a veces y tratarlo como a un niño en sus ocasionales arrebatos de ira, que él nunca le contestaba ni parecía malhumorado. Las únicas cosas que no había manera de que hiciese eran que se abstuviera de tirar sin darse cuenta todo lo que tuviese cerca, y que perfeccionase el movimiento de brazos y piernas de acuerdo con el método del finado señor Kemble.

Volvamos a la salita y el desayuno. Julio César, el de las botas que crujían, entró en la habitación con un pequeño costurero en una mano (que había estado haciendo en secreto algún tiempo) y un pañuelo de cuello de muselina nuevo en la otra. Era el cumpleaños de Annie. El costurero era un regalo; el pañuelo, lo que los franceses llamarían un homenaje a la celebración.

Lo primero que hizo fue que se le cayó el costurero y lo recogió corriendo; lo segundo, ir al espejo (no había ninguno en su cuarto de la buhardilla) e intentar ponerse el pañuelo nuevo. Solo había conseguido atárselo a medias, sin tener ni idea de hacerse el lazo, cuando se oyeron unos pasos ligeros en la estera de fuera y entró Annie.

—¡Julio César delante de un espejo! ¡Dios Santo, qué le pasará! —exclamó la joven riendo muy divertida.

Qué lozana, radiante y guapa se la veía cuando fue hasta él y, diciéndole que se estuviese quieto, en un instante le ató el pañuelo poniéndose de puntillas.

—Hale, ya está. ¿Y ahora qué tienes que decirme por mi cumpleaños?

—Tengo un costurero, y me alegro mucho de que sea tu cumpleaños —responde Julio César, tan confuso por lo repentino del anudado del pañuelo que no sabe muy bien de lo que habla.

—¡Qué maravilla de costurero! ¡Qué amable de tu parte! Lo voy a cuidar muchísimo. En fin, supongo que, después de esto, te tengo que decir que me des un beso.

Y, poniéndose de nuevo de puntillas, le ofreció la mejilla lozana y sonrosada para que se la besase, con una mezcla tan bonita de timidez,

gratitud y pícara diversión, que lamento decir que Julio César sintió la tentación de arrodillarse allí mismo y adorarla.

Antes de que el recatado lector tenga tiempo de considerar que todo esto es muy indecoroso, tal vez sea mejor que explique que Annie Wray le había prometido a Martin Blunt (ahora sí que lo llamo por su verdadero nombre por lo serio del asunto) que algún día sería su esposa. Ella cumplía todas sus promesas, pero les puedo asegurar que estaba especialmente decidida a cumplir esta.

¡Imposible!, exclama mi estimada lectora. Con lo guapa que es, podría aspirar a mucho más que un pobre carpintero; además, ¿cómo se va a fijar en un sujeto grandullón, torpe y patoso, que, por mucho que diga usted de su expresión, es feo?

Podría contestarle, señora, que nuestra pequeña Annie había mirado bastante más allá de la superficie al elegir marido, y había encontrado ciertas cualidades de corazón y disposición en este pobre carpintero que la llevaban a quererlo —sí, a quererlo—, y a respetarlo y admirarlo también. Pero prefiero contestarle con una pregunta: ¿no ha conocido nunca a otras de su sexo, mujeres jóvenes, encantadoras, románticas y magníficas, que han dejado estupefacto a todo su círculo de familiares y amigos al casarse con hombres particularmente bajitos, achaparrados, prácticos y de mediana edad, y encima mostrando todos los síntomas de tenerles mucho afecto? Me figuro que habrá visto usted casos como estos que le nombro, y, cuando me los pueda explicar a mi entera satisfacción, yo estaré encantado de explicarle ese anómalo compromiso de la pequeña Annie a la suya.

Entretanto, no estará de más que cuente que este peculiar romance solo le había sido insinuado en una ocasión al señor Wray. De inmediato el anciano montó en cólera y amenazó con tomar medidas extremas y contundentes si seguían pensando en eso. Solo y desprovisto de cualquier otro lazo, sentía con respecto a su nieta esos celos de que otros pudieran quererla que, de todas las debilidades y en casos como el suyo, son los más perdonables y los más puros. Si un duque hubiera pedido a Annie en matrimonio, dudo mucho que el señor Wray hubiese aceptado, salvo con la condición de que viviesen todos juntos.

Dadas las circunstancias, nunca volvieron a mencionar el compromiso. Annie le dijo a su enamorado que debían esperar, ser pacientes y seguir como hermanos hasta que llegaran tiempos y oportunidades mejores. Y Julio César la escuchó y la obedeció a pies juntillas. Era como un gran perro fiel con su pequeña prometida; la amaba, la vigilaba, la protegía con todo su corazón y

sus fuerzas, pidiendo solo a cambio que le concediese el privilegio de satisfacer hasta su más ínfimo deseo.

Bien, pues ese beso sobre el que he hecho tan largo inciso afortunadamente ya había terminado cuando fuera se oyeron otros pasos, la puerta se abrió y… ¡sí, al fin lo tenemos aquí en persona! ¡Entra el señor Reuben Wray!

La edad lo ha encorvado y, aunque trata de disimularlo, no lo consigue. Tiene las mejillas hundidas y el rostro surcado de arrugas, lo que no es solo obra del tiempo, sino también del sufrimiento. Aun así, el anciano sigue teniendo la cabeza ágil y mucho ánimo. Su mirada no ha perdido toda su vivacidad, ni su sonrisa su calor. ¡He aquí el verdadero modo de andar de Kemble y su verdadero porte! ¡He aquí la grandiosidad y corrección trágicos que el desafortunado Julio César contempla a diario, pero no consigue imitar ni por asomo! Observen de nuevo sus ropas. Raídas como están (y me temo que remendadas por algunas partes), no tienen ni una mota de polvo, y el poco pelo que le queda en la cabeza lo lleva tan bien peinado como si contara con los rizos del propio Absalón. No, por mucho que las desgracias, las decepciones, las penas y las penurias sin miramientos lo hayan atacado despiadadamente durante más de medio siglo, todavía no han acabado con el anciano. A los setenta años, continúa de pie en el cuadrilátero de la vida, muy castigado por todas partes (como dicen los pugilistas), pero decidido a ganar la pelea.

—Muchas felicidades, cariño mío —dice el viejo Reuben acercándose a Annie y dándole un beso—. Es el vigésimo cumpleaños tuyo que vivo para ver. Doy gracias a Dios.

—Mire qué regalo, abuelo —dice la joven enseñándole orgullosa el costurero—. ¿Se imagina quién lo ha hecho?

—¡Eres un buen hombre, Julio César! —exclama el señor Wray adivinándolo directamente—. Buenos días, dame la mano. —Y en voz más baja pregunta a Annie—: ¿Ha roto algo desde que se ha levantado?

—¡No!

—Me alegro. Julio César, permíteme que te ofrezca un pellizco de rapé.

Y se sacó la cajita al estilo de Kemble. Tenía su actitud propia y su actitud Kemble. La primera solo aparecía cuando algo le agradaba o afectaba mucho, mientras que la segunda era para las ocasiones corrientes en que tenía tiempo de recordar que era profesor de elocución y discípulo del Roscio inglés.

—Gracias, señor, *mu* amable —dijo el satisfecho carpintero alargando con cuidado dos grandes dedos hacia la cajita que el otro le ofrecía.

—¡Detente! —exclamó el viejo Wray retirándola de pronto. Siempre sermoneaba a Julio César sobre cuestiones de elocución cuando no tenía nadie más a quien enseñar para no perder práctica—. Detente, que así no puede ser. En primer lugar, eso de «gracias, señor, muy amable», aunque lo digas de buen talante, es poco elegante y grosero. «Le quedo muy agradecido, señor» es lo correcto, y, por supuesto, ¡nada de decir ese *mu* en vez de muy! ¡Y recuerda que lo que te estoy diciendo el señor Kemble se lo dijo una vez al Príncipe Regente! La siguiente indicación que te he de dar es que no cojas nunca el pellizco de rapé con la mano derecha, sino siempre con la izquierda. ¿Quieres saber por qué?

—Sí, por favor, señor —contestó su discípulo que tanto lo admiraba muy humildemente.

—«Sí, si tiene la amabilidad, señor» habría estado mejor, pero lo dejaremos pasar como un fallo menor. Y ahora te voy a explicar por qué por medio de una anécdota. Un día estaba Matthews imitando al señor Kemble en su cara en *Penruddock*[56], en la gran escena en que se detiene a tomar un pellizco de rapé. «Muy bien, Matthews, muy parecido a mí —le dice el señor Kemble con displicencia al terminar—, pero has cometido un gran error». ¿Qué error?, exclama Matthews con acritud. «Amigo mío, no me has representado tomando rapé como un caballero, que es lo que yo siempre hago. Al imitar mi Penruddock, has cogido el pellizco con la mano derecha, mientras que yo uso la izquierda, como invariablemente hace un caballero, porque así siempre tiene la derecha limpia de tabaco para dársela a un amigo». ¿Ves? Que no se te olvide, y ahora ya puedes coger el rapé.

A continuación, el señor Wray se volvió para hablar a Annie, pero al instante su voz quedó ahogada por una absoluta explosión de estornudos lanzados a gritos por el desdichado Julio César, al que el rapé había convulsionado los nervios nasales. Después de decidir mentalmente que nunca volvería a ofrecerle la cajita a su fiel seguidor, el viejo Reuben desistió de decir lo que pretendía hasta que estuvieran sentados tranquilamente a la mesa para desayunar, y entonces volvió a la carga con renovada determinación:

—Annie, querida mía, tú y yo hemos leído mucho juntos a nuestro divino Shakespeare, como el señor Kemble siempre lo llamaba. Como eres mi alumna permanente, a estas alturas tendrías que ser capaz de citar de memoria casi tanto como yo. Te voy a poner a prueba con algo nuevo: imagínate que te hubiese ofrecido a ti el pellizco de rapé (que desde luego el señor Julio César

nunca volverá a tener otro, eso se lo puedo prometer); ¿qué versos de Shakespeare habrías dicho que fuesen aplicables a eso? Venga, piénsalo.

—Pero, abuelo, si el rapé no se había inventado en tiempos de Shakespeare, ¿no? —repuso Annie.

—Eso da igual —replicó el anciano—. Shakespeare es para todos los tiempos; se le podrá citar en relación con todo lo que suceda en el mundo mientras el mundo exista. ¿Que no puedes citar nada de él sobre el rapé? Yo sí. Escucha. Si me dices: «Te ofrezco un pellizco de rapé», yo te contesto de *Cimbelino* (acto IV, escena 2): «Pisiano, voy a probar tu droga». ¿Ves? ¿A que sirve? ¿Qué es el rapé sino una droga para la nariz? Encaja perfectamente, como todo lo del divino Shakespeare cuando uno se lo sabe de memoria como yo, ¿verdad, mi pequeña Annie? Y ahora pásame más azúcar; ojalá lo pudiéramos tener en terrones para ti, querida mía, pero me temo que solo nos lo podemos permitir húmedo. ¿Ha venido alguien esta mañana por el anuncio? ¿Tenemos algún alumno nuevo, eh?

No, no había alumnos; de momento ni un solo hombre, mujer o niño a los que enseñar elocución. Pero al señor Wray eso no lo abatió en absoluto; estaba convencido de que aparecería un alumno en el transcurso del día y con eso le bastaba. Su pequeño juego de palabras tomado de Shakespeare acerca del rapé lo había puesto de excelente humor. Siguió haciendo citas, hablando de elocución y comiendo tostadas con mantequilla con la misma rapidez y alegría que si todo Tidbury se hubiera juntado para formar una enorme clase para él con la intención de pagarle en efectivo al término de cada lección.

Sin embargo, después de que retiraran todo lo del desayuno, de pronto pareció que el anciano recordaba algo que le hizo cambiar de actitud por completo. En un primer momento estuvo azorado, luego callado y por último cogió el volumen de Shakespeare y empezó a leerlo con ostentosa aplicación como si quisiera dejar claro que nadie debía molestarlo.

Al mismo tiempo, un observador perspicaz podría haber advertido que el señor Julio César le hacía diversas señales y muecas toscas a Annie, que al parecer la joven entendió, pero a las que no sabía cómo contestar. Finalmente, haciendo un esfuerzo como si se armara de mucho valor, dijo:

—Abuelo, no se habrá olvidado de su promesa…

No hubo respuesta del señor Wray, probablemente tan absorto en su Shakespeare que no la había oído.

—Abuelo —repitió Annie en voz más alta—, nos prometió que el día de mi cumpleaños nos explicaría cierto misterio.

Esa vez al señor Wray no le quedó más remedio que oírla. Levantó la vista con expresión de gran perplejidad.

—Sí, querida, lo prometí, pero casi preferiría no haberlo hecho. Es peligroso explicar ese misterio, pequeña Annie, mira lo que te digo. ¿Y a qué viene tanta curiosidad?

—No creo que me pueda acusar de exceso de curiosidad, abuelo, ni tampoco a Julio César, porque queramos saberlo —alegó Annie—. Recuerde que solo llevábamos tres días en Stratford-upon-Avon cuando llegó usted con aspecto de estar muy asustado y dijo que nos teníamos que ir de inmediato. Nos mandó hacer el equipaje y nos marchamos a toda prisa como si fuéramos presos que escapaban en lugar de personas honradas.

—Sí, eso hicimos —gruñó apesadumbrado el viejo Reuben, que ya empezaba a adoptar cierto aire de culpabilidad.

—Y por mucho que se lo rogamos —prosiguió Annie—, no quiso decirnos ni una palabra de lo que pasaba. Y cuando después de irnos de Stratford le preguntamos por qué no soltaba nunca esa vieja caja de caudales, en la que yo guardaba antes mis chismes, tampoco nos lo quiso decir y nos ordenó que nunca se lo volviésemos a nombrar. Solo en uno de sus momentos de buen humor conseguí que nos prometiera que nos lo explicaría todo en mi siguiente cumpleaños; para celebrarlo, dijo. A nosotros se nos puede confiar cualquier secreto, y no creo que sea mucha curiosidad querer saber esto.

—Muy bien —dijo el señor Wray levantándose con una especie de calma desesperada—; lo prometí y, pase lo que pase, voy a cumplir mi promesa. Esperad, que vuelvo enseguida.

Y salió de la habitación a toda prisa. Volvió al momento con la caja de caudales. «Vaya cosa más abollada y estropeada para tanto misterio», pensó Annie mientras él dejaba la caja en la mesa y ponía con solemnidad las manos encima.

—Ahora bien —dijo el viejo Wray con su tono trágico más profundo y mirada muy grave—, dadme vuestra palabra de honor, los dos, de que nunca diréis bajo ningún concepto a nadie ni una palabra de lo que os voy a contar, y me da igual lo que pueda pasar: ¡bajo ningún concepto!

Annie y su enamorado se lo prometieron al instante y muy en serio. Empezaban a ponerse un poco nerviosos por esos preparativos tan minuciosos para la revelación que se avecinaba.

—¡Cerrad la puerta! —los conminó el señor Wray con un susurro teatral —. Y ahora sentaos cerca y escuchad. Voy a explicar el misterio.

-Supongo —dijo el viejo Reuben— que no habréis olvidado ninguno que, al segundo día de nuestra estancia en Stratford, fui a cenar a casa de un amigo íntimo al que conocía desde pequeño y que vivía a cierta distancia de la ciudad…

—¿Cómo nos vamos a olvidar de eso? —exclamó Annie—. Ni creo que jamás lo olvidemos, con el miedo que pasé por usted todo el tiempo que estuvo fuera.

—¿Miedo por qué, Annie? —preguntó el señor Wray con aspereza—. ¿Es que te pensabas que…?

—No sé lo que me pensaba, abuelo, pero me pareció que el que saliera solo y fuese a pasar la noche en casa de su amigo, como nos dijo que iba a hacer, era muy extraño. ¡Figúrese que era la primera vez que dormíamos bajo techos distintos!

—Me avergüenza reconocer, querida mía —contestó el señor Wray, quien de pronto pareció muy intranquilo de aspecto y habla—, que en esa ocasión fui un hipócrita e incluso algo peor. Te engañé. No fui a cenar con ningún amigo, ni pasé la noche en casa de nadie.

—¡Abuelo! —gritó alarmada Annie poniéndose en pie de un salto—. ¿Qué me está diciendo?

—Perdone, señor —intervino Julio César poniéndose muy rojo y cerrando lentamente sus enormes puños conforme hablaba—, perdóneme, pero, si esa noche alguien se metió con usted o se burló, dígame dónde los puedo encontrar.

—Nadie me trató mal —dijo el anciano en tono firme e incluso solemne —. Esa noche la pasé junto a la tumba de William Shakespeare en la iglesia de Stratford-upon-Avon.

Annie cayó en su asiento y perdió el resplandor de semblante en un momento. El encomiable carpintero dio tal respingo que rompió el travesaño de la silla. Fue una variación de sus habituales actos de ese tipo, que por lo general se limitaban a tazas, platillos y copas de vino.

El señor Wray no prestó atención al accidente, lo que de por sí indicaba que algo le preocupaba mucho. Tras un breve silencio, siguió hablando, olvidándose por completo de la actitud y elocuencia de Kemble:

—Os repito que pasé toda esa noche en la iglesia de Stratford, y vais a saber por qué. Por la mañana tú fuiste conmigo a la iglesia, Annie; era martes…, sí, martes por la mañana, a ver el busto de Shakespeare. Lo miraste,

como tanta otra gente, como una mera curiosidad; yo lo miré como el mayor tesoro del mundo; ¡el único retrato auténtico de Shakespeare! Sé que se hizo a partir de una máscara que le pusieron en el rostro después de muerto, y me da igual lo que pueda decir la gente, que yo lo sé. Bien, pues, mientras volvíamos a casa, me sentía como si hubiera visto al propio Shakespeare resucitar de entre los muertos. La gente se reiría de mí si me oyese, pero es verdad: eso es lo que sentía. Y de pronto, rápidamente, como una repentina punzada de dolor, pensé que esa cabeza de Shakespeare tenía que ser mía; mi posesión, mi compañera, mi gran tesoro que no se podría pagar con dinero. ¡Y la tengo! ¡Aquí! ¡El único molde del busto de Stratford está guardado en esta caja de caudales!

Hizo una pausa. La estupefacción mantenía a sus oyentes en silencio.

—Como ambos sabéis —continuó—, fui aprendiz de un escultor. Entre otras cosas, me enseñó a hacer moldes; era parte del trabajo, la más fácil. Sabía que podía hacer un molde del busto de Stratford si tenía valor suficiente, y lo tuve; ese martes lo tuve. Fui a comprar yeso, jabón líquido y un cuenco de litro, que son los materiales que empleé, y los metí en una vieja bolsa de lona. Aparte de eso, solo me hacía falta agua, y por la mañana vi que en la sacristía había una jarra que supongo que estaría del domingo para uso del clérigo. Llevaba la bolsa bajo la capa sin problemas; lo único que me preocupaba era cómo entrar en la iglesia de nuevo sin levantar sospechas. Mientras lo pensaba, pasé por delante de la puerta de la posada. Había unas cuantas personas en los escalones hablando con otros de la calle; estaban quedando para ir todos juntos a ver el busto y la tumba de Shakespeare esa misma tarde. Eso me venía muy bien; decidí que entraría con ellos en la iglesia.

—¿Y que se quedaría allí toda la noche, abuelo?

—Sí, y que me quedaría allí toda la noche, Annie. Hacer un molde no lleva mucho, pero quería hacer el mío sin que nadie me viera, y a primera hora de la mañana, antes de que la gente se levantara, era el único momento seguro en la iglesia. Además, tenía que disponer de mucho tiempo, ya que no estaba seguro de que lo fuera a conseguir a la primera después de tantos años sin hacer moldes. Pero ahora os contaré cómo lo hice cuando llegue a eso. El caso es que me inventé la historia de que iba a cenar y dormir en casa de un amigo porque no sabía lo que podría ocurrir y porque… en definitiva, porque no quería contaros mis intenciones. Fui a escondidas hasta cerca de la iglesia y esperé a que apareciese el grupo de visitantes. Llegaron ya tarde y entonces entramos todos juntos, yo con la bolsa escondida debajo de la capa. Por suerte

el hombre que nos había enseñado la iglesia por la mañana no estaba, ya que era una anciana la que se encargaba de su cometido por la tarde. Esperé a que los otros estuviesen todos congregados alrededor de la tumba de Shakespeare, dándole la lata a la pobre mujer con preguntas estúpidas sobre él. Era el momento: me metí con cautela en la sacristía, abrí el armario y me escondí entre los sobrepellices sin hacer ningún ruido. Al cabo de un rato, oí que uno de los del grupo de la iglesia (gente muy grosera y escandalosa) preguntaba a otro qué había sido del carca de la capa, y el otro contestó que debía de haber tenido la inteligencia de irse y que mejor que ellos también lo hicieran, porque en esa iglesia hacía mucho frío y era muy aburrida. Así que se marcharon, oí que cerraban las puertas y me quedé encerrado allí toda la noche.

—¡Toda la noche encerrado en una iglesia! ¡Ay, abuelo, qué miedo debió de pasar!

—Bueno, Annie, tenía un poco de miedo, pero más por lo que iba a hacer que por estar allí solo. Pero deja que os siga contando. Como era otoño, oscureció enseguida después de que esa gente se fuera; ya no podía dedicarme a lo mío entonces, así que me armé de valor para esperar hasta la mañana. Lo primero que hice fue ir con sigilo a observar el busto; decidí que podía sacar el molde en unas tres o cuatro piezas. Lo único que quería era lo que se llama una máscara: solo la frente y la cara, sin la cabeza. Es fácil sacar una máscara de un busto; sabía que podía hacerlo, pero, por lo que fuese, en ese momento no me sentía muy tranquilo. El busto empezó a sobrecogerme, estando allí a solas en la iglesia según oscurecía. Era casi como si estuviese viendo el fantasma de Shakespeare en ese lugar y en ese instante. De no haber estado cerrada con llave la puerta, creo que habría salido corriendo de la iglesia, pero no podía, así que me arrodillé y besé la lápida (en ese momento tuve la curiosa idea de que era como darle las buenas noches a Shakespeare), y después volví a tientas a la sacristía. Después de entrar y cerrar la puerta que se interponía entre la tumba y yo, os aseguro que recuperé parte del valor y pensé: «No estoy haciendo nada malo; no voy a dañar el busto; solo quiero lo que un inglés y viejo actor tiene derecho a codiciar: una copia del rostro de Shakespeare; no pasa nada porque cene aquí un poco, rece mis oraciones como siempre y me eche un sueñecito…». Y, justo cuando lo estaba pensando, sonó con estruendo el reloj dando la hora. Casi me caigo al suelo, pese a lo osado que me sentía un momento antes. Tuve que esperar hasta que todo volvió a quedar en silencio para calmarme y poder sacarme del bolsillo los pedazos de pan y queso que llevaba. Sin embargo, no podía comer de

impaciente que estaba porque llegara la mañana, así que me senté en la butaca del párroco a ver si podía dormir.

—¿Y pudo, abuelo?

—No, tampoco podía, al menos al principio. Ya estaba muy oscuro, y empezaba a entrarme frío y a volverme la congoja. Lo único que se me ocurrió para animarme fue decir mis oraciones y después recitar a Shakespeare. Y a eso me dediqué, Annie, como un jabato: recité una obra tras otra excepto las tragedias, que me daban miedo estando solo de noche en una iglesia. En fin, creo que iba por la mitad del *Sueño de una noche de verano*, susurrando un diálogo tras otro, cuando me fui quedando adormilado hasta dormirme del todo, aunque muy inquieto, y entonces ¡vaya sueño tuve! Soñé que la iglesia estaba bañada de luz de luna, más brillante que la que jamás haya visto despierto. Salí de la sacristía y vi a las hadas del *Sueño de una noche de verano*, todas como chispas de luz plateada, bailando alrededor del busto de Shakespeare. En cuanto se percataron de mí, me llamaron con sus dulces voces de ruiseñor: «Ven, Reuben, taimado Reuben, que sabemos por qué estás aquí y no nos importa en absoluto. Tú amas a Shakespeare como nosotras; ¡baila, Reuben, y sé feliz! A Shakespeare le gustan los viejos actores; él también fue actor, y nadie nos ve. ¡Divirtámonos esta noche! ¡Venga, viejo Reuben, que no se diga, a bailar!». Y bailamos como locos, tanto en el aire como en el suelo, y todos alrededor del busto al menos quinientas mil veces sin parar hasta que… ¡otra vez sonó el reloj! Y me desperté en la oscuridad empapado en sudor frío.

—Lo mismo que me pasa a mí —dijo Julio César entrecortadamente mientras se secaba la frente con ganas con un pañuelo de algodón hecho jirones.

—Bueno, pues después de ese sueño volví a ponerme a recitar, y volví a amodorrarme y a tener otro sueño; este horrible, con fantasmas y brujas, pero no lo recuerdo tan bien. Me desperté de nuevo, con mucho frío y muy alarmado por si había seguido durmiendo cuando ya despuntaba la valiosa luz del día. No, todavía era de noche. Salí otra vez a la iglesia y me volví a meter en la sacristía, ya que no era capaz de estarme allí. Haría eso una docena de veces sin saber por qué. Finalmente, sin que me volviese a dormir en ningún momento, logré resistir toda la noche como pude, esa noche que no parecía que fuese a terminar nunca. Nada más amanecer, empecé a caminar arriba y abajo de la iglesia rápidamente para entrar en calor, lo cual estuve haciendo bastante rato. Luego, cuando vi por las ventanas que el sol ascendía, abrí al fin la bolsa y me preparé para el trabajo. Os aseguro que me temblaban las

manos y se me nublaba la vista (creo que tenía lágrimas en los ojos, pero no sé por qué), mientras impregnaba toda la piedra de jabón para evitar que el yeso que iba a poner se le pegara. Entonces mezclé el yeso y el agua en el cuenco, con cuidado de que no se formaran grumos, y me di cuenta de que lo hacía con la misma naturalidad que si hubiese dejado el negocio del escultor el día anterior. Después…, pero no vale la pena que te explique lo que no entiendes, pequeña Annie. Será mejor que lo resuma en que hice el molde en cuatro partes como tenía pensado, dos para la parte superior de la cara y otras dos para la inferior. Luego puse la cobertura exterior de escayola para sujetarlo todo y tiré hasta sacar limpio el molde. Miré y comprobé que tenía una máscara de Shakespeare tomada del busto de Stratford.

—¡Ay, abuelo, cuánto se debió de alegrar!

—No, y eso es lo raro. En un primer momento me sentí como si hubiera robado un banco o las joyas de la Corona, o como si hubiese encendido un cebo de pólvora para volar todo Londres. ¡Era como si hubiera hecho algo así! ¡Algo tan terriblemente osado y desesperado! Sin embargo, un poco después me sobrevino una especie de dicha frenética; me daban ganas de ponerme a gritar y cantar a voz en cuello. A continuación, me entró una impaciencia febril por vaciar el molde enseguida y ver si la mascara salía sin mácula. Contener esa impaciencia mía fue lo que más me costó desde que estaba en la iglesia.

—Pero, señor, ¿cuándo salió de allí por fin? Cuéntenos eso, por favor —le pidió Julio César.

—No pude hasta después de que el reloj diera las doce, cuando ya me había comido todo el pan y el queso —contestó el señor Wray en tono bastante lastimero—. Cuánto me alegré al oír al fin desde la sacristía, en la que acababa de entrar un instante antes, que se abría la puerta de la iglesia. Era la misma mujer que había estado enseñando el busto de Shakespeare la tarde anterior. Aguardé el momento oportuno y salí a la iglesia, pero ella se giró de repente cuando estaba a mitad de camino y se me acercó. En la vida me había asustado por una anciana, pero vamos que si esa me asustó. «¡Ah, conque otra vez aquí! —dijo—. ¡Venga, que ya está bien! Ayer por la tarde se marchó de extranjis sin pagar nada, y ahora se cuela en cuanto abro la puerta. ¿Pero no le da vergüenza ser tan tacaño a su edad?». Nunca había pagado nada con verdadero gusto, Annie, hasta que le di un poco de dinero a esa anciana para que se callara. Y tampoco recuerdo que hubiese intentado correr desde que había dejado los escenarios (donde corríamos mucho sobre todo en

las escenas de batallas), pero el caso es que eché a correr en cuanto estuve fuera de la iglesia y casi no paré en todo el camino a casa.

—Por eso se le veía tan cansado cuando llegó, abuelo —dijo Annie—, y entonces no supimos a qué atribuirlo.

—En fin —continuó el anciano—, tan pronto como pude separarme de vosotros tras mi regreso, me encerré en mi cuarto, saqué el molde a toda prisa de la bolsa y lo vacié enseguida. ¡Qué molde más hermoso, más perfecto! Nunca había hecho uno mejor cuando era aprendiz, Annie. Me senté en el borde de la cama a contemplar a Shakespeare, a mi Shakespeare, por el que tantos peligros había corrido y que había hecho con mis propias manos: tan blanco, puro y hermoso aun recién salido del molde. Pese a ser tan viejo, fue lo único que pude hacer para no ponerme a bailar de alegría.

—Y, sin embargo, abuelo —le reprochó Annie—, se guardó toda esa alegría para usted sin compartirla conmigo.

—Estuvo muy mal, cariño mío, que no te contase nada, y ahora me arrepiento. Pero, a fin de cuentas, esa alegría me duró muy poco: solo unas pocas horas de esa tarde. No sé si recordarás que fui a la carnicería a comprarme algo para cenar; algo que me apeteciera y que me hiciese sentirme a gusto antes de acostarme esa noche (y ni os podíais imaginar las ganas que tenía de meterme en la cama esa noche). Bien, pues cuando entré en la carnicería, había varias personas que ¿de qué creéis que estaban hablando? Es que hasta me entran temblores al recordarlo ahora. ¡Estaban hablando de que alguien había hecho un molde (de forma ilegal, figuraos) del busto de Stratford!

Al instante Annie volvió a palidecer al oír eso. En cuanto a Julio César, por más que no dijo nada, era evidente que estaba padeciendo un segundo ataque de ese sudor frío empático que ya había sufrido antes. Usaba el pañuelo de algodón más que nunca.

—El carnicero estaba hablando cuando entré —prosiguió el señor Wray —. «*Pos* quien *haiga* sido y se lo llevó —decía (y ay qué mal hablaba, Annie) —, eso no se sabe aún, pero mañana seguro que ya lo sabrá el ayuntamiento y lo cogerán». «Ah —intervino un hombrecillo sucio que iba de negro—, *uséase* que lo meterán en chirona por meterse en la iglesia a por un molde». Y se rieron; sí, se rieron de una broma tan infame. Entonces otro hombre preguntó cómo se había descubierto. «Unos dicen —contestó el carnicero— que alguno lo vio de chiripa por la ventana haciéndolo, y otros dicen que los únicos que saben quién es son los de la iglesia, pero que no quieren decir nada hasta que lo atrapen». «Bueno —dijo una mujer con un cesto que esperaba a

que la despacharan—, ¿y cómo lo van a atrapar? (Póngame dos chuletas cuando pueda, por favor). Eh, ¿cómo lo van a atrapar?». «Calma, que le digo yo que lo van a atrapar —dijo el hombre de la broma zafia—. En primer lugar, han puesto volantes ofreciendo una recompensa por él; en segundo lugar, van a interrogar a la gente que enseña la iglesia; en tercer lugar…». «¡Ya está bien de tanto lugar —exclamó la mujer—, que yo lo que quiero son mis chuletas!». «Aquí las tiene, señora —dijo el carnicero cortándolas—, y mire lo que le digo, yo lo que opino de esto es que a quien haya sido lo deportarán en un santiamén». «No pueden —dijo el hombre sucio—; solo pueden meterlo en la cárcel». «Y de por vida, ¿no?», dijo la mujer según se marchaba con las chuletas. «Sea tan amable de ponerme un par de riñones, por favor», pedí yo, porque me temblaban las piernas y ya no lo soportaba más.

—Entonces ¿pensaba que sospechaban de usted, abuelo?

—Pensaba todo lo peor, Annie. Aun así, compré los riñones y me fui de allí sin que nadie me lo impidiera, mientras se quedaban hablando del asunto. De camino a casa vi el volante, ¡el mismísimo volante! Diez libras de recompensa por atrapar a quien había hecho el molde. Lo leí dos veces en una especie de trance aterrorizado. Me quitarían la máscara y me meterían en prisión, eso si no me deportaban: vaya panorama para que me entraran ganas de comerme los riñones. Solo podía hacer una cosa: marcharme de Stratford mientras aún pudiera. La diligencia nocturna salía esa misma noche con destino directo a este lugar, lo bastante lejos para estar a salvo. Nos quedaba algún dinero de aquella última representación privada en la que fueron tan generosos con nosotros. En resumen, que te dije que hicieras el equipaje, Annie, como has recordado antes, y cogimos a tiempo la diligencia sin que yo me atreviera a contaros mi secreto y sintiéndome fatal todo el viaje. Pero dejemos eso; aquí estamos, sanos y salvos, y aquí está mi rostro de Shakespeare, mi diamante de valor incalculable, sano y salvo también. Os lo voy a enseñar; los dos vais a contemplar la máscara, y luego espero que aceptéis que ya sabéis tanto como yo del misterio.

—Pero ¿y el molde? —preguntó Annie—. ¿Es que no tiene también el molde?

—¡Dios me ampare! —exclamó el señor Wray golpeando desesperado con ambas manos la tapa de la caja de caudales—. ¡Entre el miedo que tenía y las prisas por huir, se me olvidó! ¡Se quedó en Stratford!

—¡Se quedó en Stratford! —repitió Annie con una vaga sensación de consternación que no habría sabido explicar.

—Sí, dentro de la bolsa de lona, que metí detrás de los volúmenes del *Registro anual* del casero que había en el estante de arriba del armario de mi cuarto. Se me olvidó por completo de tanto pensar en que ni a la máscara ni a mí nos pasara nada. Pero no te asustes tanto, Annie. No creo que los de allí lo encuentren, y en el caso de que lo hicieran, no sabrían lo que era y lo tirarían. Tengo la máscara y eso es lo único que quiero; el molde ya no tiene ninguna importancia; ¡es la máscara la que tiene toda la importancia del mundo para mí!

—Aun así, no puedo remediar que me dé miedo, abuelo y, aunque no sabría explicar por qué, desearía que se hubiera traído usted el molde.

—Te da miedo que los de Stratford vengan aquí a por mí, Annie, eso es lo que te asusta. Pero con que Julio César y tú no le contáis el secreto a nadie, y sé que no lo vais a contar, no hay nada que temer. A mí no me van a volver a ver por Stratford, ni a vosotros tampoco; y aunque los propios encargados de la iglesia encontraran el molde, con eso no sabrían adónde me había ido yo, ¿verdad? Venga, pequeña Annie, tontita, levanta la vista. Levántala y contempla el gran espectáculo que te voy a mostrar, y que nadie más de Inglaterra puede: ¡la máscara, la máscara de Shakespeare!

Se le sonrojaron las mejillas mientras, con temblor de dedos, se sacaba una llave del bolsillo y la metía en la cerradura de la vieja caja de caudales. Julio César, sin aliento del asombro y suspense, se juntó las manos a la espalda para asegurarse de que no rompía nada esa vez. Hasta Annie se contagió de la emoción triunfal y el deleite del anciano y respiró más deprisa de lo acostumbrado cuando oyó que se abría la cerradura.

—¡Helo aquí! —exclamó el señor Wray levantando la tapa—. ¡He aquí el rostro de William Shakespeare! ¡He aquí el tesoro que los más grandes lores de este país no poseen, una copia del busto de Stratford! Mirad esta frente; ¿quién tiene una así hoy en día? Mirad sus ojos, mirad su nariz. ¡No solo fue el hombre más excelso que jamás haya existido, sino también el más apuesto! ¿Quién dice que su cara no era como esta, plasmada tal cual después de morir? ¿Quién se atreve a afirmarlo? Fijaos en la boca, que se le descuelga abierta: ahí tenéis una prueba. Fijaos en la mejilla de debajo del ojo derecho; ¿no le veis cierta parálisis del músculo, lo que no se aprecia en el otro lado?: otra prueba. ¡Ay, Annie, Annie, este es el mismísimo rostro que en su momento contempló, vivo y radiante, este pobre mundo nuestro! ¡He aquí el hombre que me ha consolado, que me ha formado, que ha hecho de mí lo que soy! ¡He aquí su imagen[57], la preciada reliquia terrenal de ese grandísimo

espíritu que ahora se solaza con los ángeles celestiales y canta entre los más melodiosos de todos!

Le falló la voz y se le llenaron los ojos de lágrimas. De pie, miraba la máscara con un arrobamiento y sensación de triunfo que no se podía expresar con palabras. En tales momentos, hasta a través de ese pobre y magro rostro resplandecía el espíritu inmortal de la belleza que nunca muere; hasta en ese viejo y débil cuerpo mortal se reivindicaba externamente el destino divino de toda la humanidad.

Seguían reunidos en silencio alrededor del vaciado de Shakespeare cuando llamaron con fuerza a la puerta de la sala. Al instante el anciano Reuben bajó la tapa de la caja de caudales y la cerró con llave, y, con la misma premura y sin esperar a que le dieran permiso, entró un desconocido.

Vestía un largo sobretodo, llevaba una bufanda roja al cuello y sujetaba en la mano una gorra muy vieja y fea de piel de gato. Tenía la cara muy sucia, los ojos muy inquisitivos, las patillas muy pobladas y la voz decididamente muy bronca, pese a sus esfuerzos por dulcificarla cuando habló.

—Señorita y caballeros, mil perdones —dijo el recién llegado—, ¿el señor Wray?

Entretanto, recorría la habitación con la mirada fijándose en todo y en todos hasta que de pronto se percató de la caja de caudales.

—Yo soy el señor Wray, señor —contestó nuestro anciano amigo, bastante asustado, pero recuperando la actitud y elocución de Kemble como por arte de magia.

—*Mu* bien —dijo el desconocido—, entonces, mil perdones de nuevo y ¿sería tan amable de darme una tarjeta con sus condiciones? Es para un joven caballero que requiere sus servicios, señor Wray, sabe usted —añadió con un susurro conforme se acercaba al anciano y, como sin darse cuenta, apoyaba una mano en la caja de caudales.

—¡Quite la mano de ahí, señor! —bramó el señor Wray muy airado, pero con voz temblorosa. Al mismo tiempo, Julio César se adelantó un paso o dos cerrando los puños a medias. Probablemente el hombre de la gorra de piel de gato nunca hubiese estado tan a punto de que lo derribaran de un golpe. Tal vez se lo sospechara, porque rápidamente retiró la mano de la caja.

—Ha sido sin querer, señor —dijo a modo de explicación—, que no me *dao* cuenta y *na* más. Pero ¿será tan amable de darme la tarjeta? El joven caballero que la quiere *sa enterao* de su anuncio y, como resulta que no va *mu* bien de pronunciación y se le da fatal lo de leer en voz alta, pues le gustaría mejorar con eso que da usted con discreción a oradores y clérigos a nueve

peniques la hora. Él se pondrá en contacto con usted en secreto, señor Wray, y bien que tendrá que trabajar con él para sacarle punta; pero hágame el favor de darme la tarjeta y el número de la casa, que le prometí que se los conseguiría hoy.

—Aquí tiene una tarjeta, señor, y ya me ocuparé yo de mejorar la capacidad de expresión de ese caballero por muy mala que sea —dijo el señor Wray muy aliviado al saber lo que llevaba a ese hombre allí.

—Buenos días, señorita y caballeros —se despidió este poniéndose la gorra de piel de gato—. Hoy sabrá usted del joven, y sobre todo no se olvide de guardar el secreto, señor.

Hizo un guiñó y se marchó.

—Y yo que creía que era un cazarrecompensas de Stratford —murmuró el señor Wray al cerrarse la puerta—, y resulta que solo venía en nombre de un nuevo alumno. ¡Veis, os dije que hoy tendríamos un nuevo alumno, os lo dije!

—Pero qué enviado más raro ha elegido el joven caballero, abuelo… —comentó Annie.

—El pobre es como es, querida, y a nosotros lo mismo nos da con tal de que nos reporte dinero. ¿Habéis visto ya bien la máscara, o queréis que abra otra vez la caja?

—Creo que por hoy está bien, abuelo. Pero, dígame, ¿por qué la guarda en esta vieja caja?

—Porque no tengo nada más donde quepa y que se pueda cerrar con llave. Lamento haber sacado tus «chismes», como los llamas, querida mía, pero no tenía ninguna otra cosa. ¡Espera, que se me ha ocurrido algo! Que Julio César me haga una caja para la máscara, y así te podré devolver esta.

—No la quiero, abuelo, y mejor que ninguno la tuviéramos. Al llevar encima una caja de caudales, habrá quien se crea que guardamos dinero dentro.

—¿Dinero? ¿Que la gente se va a creer que tengo dinero? ¡Ay, Annie, qué cosas dices, mi niña, qué chiste más bueno!

Y el anciano se echó a reír con ganas mientras se iba rápidamente a devolver la preciada máscara a su cuarto.

—Le vas a hacer la caja nueva, ¿verdad, Julio César? —preguntó Annie con mucho interés en cuanto su abuelo salió de la habitación.

—Hoy mismo consigo la madera —contestó el carpintero—, y mañana tendré una caja como… como…

Se le daban mal las comparaciones, así que se detuvo tras el segundo «como».

—Hazla deprisa, querido, muy deprisa —le pidió la joven muy preocupada—, y así podremos tirar esa caja vieja. Si desde el principio el abuelo nos hubiera dicho para qué la quería, no habría sido necesario que la usara, porque tú le podrías haber hecho una de antemano. En fin, ahora lo mismo da; tú hazla deprisa.

¡Oh, tú, Julio César, obedece fielmente a tu pequeña prometida en eso como en todas sus demás instrucciones, que no sabes si hará falta pronto esa caja nueva ni todo el daño que aún pueda evitar!

Tal vez empiecen ustedes a cansarse de tres personajes tan sencillos y hogareños como el señor y la señorita Wray y el señor Julio César, el carpintero. Lo cierto es que tengo mis fuertes sospechas de que estén deseando recibir cierto estimulante literario en forma de villano. Pues se van a tomar el estimulante, y además con destilación doble, ya que en este capítulo tengo dos villanos para ustedes.

Ahora bien, créanme cuando les digo que, después de que conozcan a sus nuevos compañeros, estarán encantados de volver con el señor Wray y su familia.

A unos cinco kilómetros de Tidbury-on-the-Marsh hay una aldea llamada Little London[58], a veces conocida popularmente como «el pozo del infierno» en alusión a las gentes que lo frecuentan. Es un lugar sucio formado por una docena de casitas medio en ruinas y una taberna, y habitado por rufianes, depravadas y niños mugrientos. Se supone que tan agradable población obtiene principalmente el sustento de su implicación en la caza furtiva y los pequeños robos que tienen lugar en su tierra natal. En pocas palabras, Little London tiene mal aspecto, huele mal y es mal lugar; en toda Inglaterra no encontrarán una aldea más inmunda en medio de un paisaje más bonito.

Lo que nos interesa es la taberna. «Los Alegres Labradores» reza el cartel, y la dueña es Judith Grimes, viuda. Cuanto menos contemos de la señora Grimes, mejor; lo que pudiéramos decir de ella no sería propio del tenor de estas páginas. A la madre de la señora Grimes, que roza los ochenta años, también la podemos relegar a un clemente olvido; pues a la edad de su hija era, si es que eso es posible, la peor de las dos. Con su hijo, el señor Benjamin Grimes, no me inclino a ser tan compasivo por tratarse de un varón. Si afirmo que era en todos los sentidos un perfecto ejemplar de sinvergüenza de provincias, estaré siendo culpable, de acuerdo con una máxima profunda y razonable de nuestra ley, de decir una gran difamación, ya que estaré repitiendo una gran verdad.

Ustedes conocen bien a ese tipo de hombre. Han visto a menudo al sujeto grandote, de espesas cejas y tez cetrina que holgazanea en las esquinas de los pueblos con una paja en la boca y una porra en la mano. Tal vez le hayan preguntado por dónde ir a algún sitio y les haya contestado con un gruñido y una petición de dinero; o hayan oído hablar de él por su implicación en la cobarde agresión a su policía rural; o por una pelea mortífera con el

guardabosques de un amigo de ustedes; o por un caso feo de delito común que le tocó a otro amigo suyo, el magistrado. Quienquiera que haya estado en el campo conoce a ese hombre, la mácula inextirpable de todo su vecindario, tan bien como yo.

Hacia las ocho de la tarde del mismo día en que el señor Wray hizo su revelación, la anciana señora Grimes —o como la solían llamar, Madre Grimes— estaba sentada en su butaca de la sala privada de «Los Alegres Labradores» decidiendo si irse a acostar. Sus pensamientos al respecto necesitaban de cierta aceleración que le proporcionó su diligente hijo, el señor Benjamin Grimes.

—Venga, vieja, ¿por qué no te vas arriba? —le preguntó el destacado pueblerino.

—Sí, ya voy, Ben… Con cuidado, Judy… Ya voy… —farfulló la anciana después de que entrara la señora Grimes, hija, para llevársela con muy pocos miramientos.

—Ojito que no entre nadie aquí esta noche —gritó Benjamin a su hermana cuando salían—, que va a venir Dick el Colega —añadió con un susurro cargado de misterio.

Una vez que se quedó solo a aguardar a Dick el Colega, la espera se le hizo bastante larga al señor Grimes. Primero miró por la ventana; se veían unas cuantas casitas y campos y más allá un bosque en pendiente; era un escenario muy corriente de por sí, pero la pureza celestial de la brillante luz de luna le otorgaba en ese momento una belleza inusual. Dicha belleza no pareció ser del gusto del señor Grimes, ya que enseguida se apartó de la ventana. Ensimismado, fijó sus ojos grises, hundidos y siniestros en la pared de enfrente, en la que solo encontró cuatro grabados coloreados en los que se representaba la historia del hijo pródigo. Los había visto cientos de veces con anterioridad, pero los volvió a observar por mera costumbre.

En el primero de la serie, el hijo pródigo vestía un traje de etiqueta de un rojo brillante y se estaba montando a caballo (por el lado equivocado), mientras su padre, también de traje de etiqueta rojo brillante, le ayudaba con una mano y con la otra señalaba desconsolado un camino de color queso que conducía directamente de las patas delanteras del caballo a una lejana ciudad del horizonte formada en su totalidad por torres. En la segunda lámina, el señorito pródigo estaba dándose un festín entre dos refinadas damas, todos con copas doradas de vino, al tiempo que a su lado un acompañante libertino aparecía despatarrado en el suelo en estado de borrachera cataléptica. En la tercera, el hijo pródigo estaba tumbado boca arriba con la levita roja rasgada,

a través de la cual se le veía la piel amoratada; le faltaba una de las medias, una tormenta rugía sobre su cabeza y tenía una puerca blanca a cada lado, una de ellas al parecer comiéndole la pantorrilla. En la cuarta…

Justo cuando el señor Grimes llegó a la cuarta lámina, oyó que fuera silbaban una melodía y fue a la ventana. Era Dick el Colega, o, en otras palabras, el hombre de la gorra de piel de gato que había honrado al señor Wray visitándolo por la mañana.

El comportamiento de Dick el Colega al entrar en la sala tuvo el mérito de ser muy original como muestra de modales. Se fijó en el señor Grimes lo mismo que si no hubiera estado presente; acercó una silla a la chimenea; puso los pies sobre las placas; se sacó una tarjeta del bolsillo del sobretodo y luego se permitió un largo, continuado y empalagoso ataque de risa, cuidadosamente modulado en lo que los músicos llamarían tono menor.

—¿De qué te ríes de ese modo? —le preguntó Grimes.

—Tú primero trae ponche caliente (eh, y el mío con dos terrones de azúcar), y te lo cuento en un periquete, Benjamin —dijo Dick el Colega sin dejar de reírse conforme hablaba.

Mientras Benjamin va a por el ponche, tenemos tiempo para algunas explicaciones.

Posiblemente recuerden que el joven dependiente de los señores Dunball y Dark vio al señor Wray entrando con la caja de caudales en el número 12. La misma ráfaga de viento que, al apartar la capa del viejo Reuben, reveló lo que llevaba debajo al dependiente, mostró lo mismo y a la vez al señor Grimes, que dio la casualidad de que holgazaneaba por la Calle Mayor en ese momento. Como no sabía nada de la máscara ni del misterio relacionado con ella, cabía esperar que Benjamin considerase que la caja de caudales era para guardar dinero en metálico; como también era normal, tratándose de él, que ansiase ardientemente hacerse con ese dinero y se lo comunicara a Dick el Colega.

Y lo hizo por esta razón: pese a lo mucho que ambicionaba ser un granuja de primera, el señor Grimes no poseía la suficiente astucia ni habilidad, como tampoco había recibido de joven la educación londinense necesaria para ocupar tan elevado puesto. Robar aves de corral, por ejemplo, era lo que le iba a Benjamin, pero robar una caja de caudales de una casa con todo bien cerrado y atrancado en medio de una gran ciudad, era un logro que escapaba a su capacidad; un logro que solo un hombre de su círculo de conocidos podía conseguir, y ese era Dick el Colega, el gran desvalijador de casas de Londres. Ciertos episodios recientes de la vida de este ilustre personaje habían hecho

que no fuese muy seguro para él residir en la capital y sus alrededores, por lo que se había retirado a una distancia prudente en provincias eligiendo Tidbury y la campiña adyacente como un campo de acción propicio, y de paso un lugar muy bonito en el que esconderse de la policía de la metrópoli.

—Muy bueno, Benjamin, y no *tas pasao* de dulce —comentó Dick el Colega al probar el ponche que le llevó Grimes. No era en modo alguno uno de esos despiadados ladrones de casas, salvo que lo provocaran mucho. Había más óleo que aguafuerte en la mezcla de su temperamento. Sus robos eran prodigios de habilidad, astucia y fría determinación. En pocas palabras, robaba vajillas de plata u oro o dinero de las viviendas del mismo modo en que los gatos roban nata de las mesas de desayuno: esperándose al momento oportuno y sin hacer ningún ruido.

—¿Has visto la caja de caudales? —le susurró Grimes con mucho interés.

—Mira esta mano, Benjamin —fue su serena y triunfal respuesta—. Ha estado encima de la caja. Tenías razón: el botín nos espera.

—¿El botín? ¿Y eso qué es?

—A ver, esto es botín —contestó Dick el Colega sacándose media corona del bolsillo y sosteniéndola solemnemente para que Benjamin la inspeccionara—. No llevo encima un billete de cinco libras ni una taza de bautizo, pero los billetes y la plata también son botín. Bien, Grimes, muchacho, ya sabes lo que es un botín, y pronto tendrás el tuyo si tienes los ojos bien abiertos. Si mañana no hace tan buena noche, si no hay tanta luz de luna de esta para regalar, nos haremos con la caja de caudales.

—¡Y la mitad es para mí! Ya lo sabes, Dick el Colega.

—Cierra ese pico y tendrás tu mitad. He ido a ver al viejo y me ha dado su tarjeta de visita con el número de la casa. ¡Ja, ja, ja! ¡El tío me ha dado a mí su tarjeta! ¡Eso es como invitarlo a uno a que le robe, ya lo creo que sí! —Y, con otro ataque de risa, Dick el Colega arrojó victorioso la tarjeta del señor Wray al fuego—. Pero vamos a lo importante, que eso no lo es —prosiguió cuando recobró el aliento—; lo importante es la caja de caudales.

Y, para ser justos con él, ciertamente se ciñó a lo importante, sin apartarse del tema ni un pelo durante media hora entera.

Lo principal de la larga arenga con que obsequió al señor Benjamin Grimes fue en resumen lo siguiente: después de leer el anuncio del anciano, se le ocurrió la forma de entrar en casa del señor Wray sin levantar sospechas; allí vio la caja de caudales con sus propios ojos y, a partir de ciertos indicios, quedó convencido de que había dinero dentro y de que su dueño era un avaro que escondía todas sus ganancias en esa caja, hasta los peniques y soberanos

sueltos. A continuación, averiguó quiénes eran los demás inquilinos de la casa y descubrió que la única persona digna de temer del número 12 era nuestro amigo el carpintero. Luego examinó el edificio y vio que se podía acceder a él por la ventana de la sala trasera, que daba al tejado del lavadero. Finalmente, comprobó que los dos vigilantes encargados de custodiar la ciudad llevaban a cabo su cometido yéndose siempre a dormir a las once y dejando que la ciudad se custodiase por sí misma. Era todo muy sencillo; de hecho, demasiado sencillo para cualquiera salvo para un joven principiante.

—Y mira lo que te digo, Benjamin —añadió Dick el Colega para concluir—: nada de violencia. Coge el botín sin montar alharacas y tuyo será seguro. A veces la violencia es tan mala como despertar a toda una calle; la violencia es el último recurso del desvalijador despabilado cuando lo pillan con las manos en la masa. Lo primero de todo, tienes la máscara —dijo sacando una de dominó muy raída—, *asinque* nadie podrá acusarte de ser tú llevándola puesta. Luego tienes el cachorrillo —añadió sacando una pistola—, para que se estén quietos al verla, y, si con eso no basta, tienes la mordaza y la cuerda —dijo sacándolas también— para las bocas y manos. Nunca aprietes el gatillo a menos que veas a otro a punto de apretar el suyo. Si uno monta follón, que sea por algún motivo. Los más encopetados de nuestro oficio, y que no se te olvide esto, Grimes, muchacho, siempre se hacen con el botín sin problemas, y, cuando no les es posible, se lo toman con resignación. ¡Eso sí que es sabiduría, la sabiduría de la vida!

—Pero ¿es que te vas, tío? —preguntó sorprendido Benjamin cuando el filosófico ladrón se dirigió de pronto hacia la puerta.

—No nos deben ver juntos mañana —le susurró Dick el Colega—. Déjame en paz, que tengo que hacer esta noche; cosas mías. Mañana por la noche a las once estate en el cruce de lo alto del parque. Tú mira bien y me verás.

—Pero ¿y si sigue habiendo tanta luz? —repuso Grimes.

—Bien pensado, Benjamin —dijo el ladrón de casas tras un momento de reflexión—, nos arriesgaremos por mucho que brille la luna. La Calle Mayor de Tidbury no es Bow Street de Londres, *asinque* nos podemos arriesgar. Con luna o sin luna, Grimes, muchacho, mañana es nuestra noche.

Para entonces ya había salido de la casa, separándose del otro en la puerta. La radiante luz de luna caía de un modo encantador sobre todo, e incluso sobre ellos. ¡Qué pura era! Aún más pura por brillar sobre Benjamin Grimes y Dick el Colega y no mancharse con el contacto.

El resto del día de cumpleaños de Annie, el señor Wray lo pasó en casa esperando con ansia las prometidas noticias del misterioso nuevo alumno cuya elocución tanta ayuda necesitaba. Aunque no apareció ni escribió, el viejo Reuben siguió empeñado en que iba a ir, y con la misma paciencia todavía lo esperaba a la mañana siguiente.

Annie estaba en la sala con su abuelo haciendo encaje. Había aprendido la técnica para contribuir en la medida de lo posible al sustento de la casa, y a veces sus confecciones le permitían echar unos chelines en las arcas tan poco llenas de la familia. Sus encajes no eran del tipo que la gente distinguida se molestaría en mirar dos veces; solo eran sencillos y bonitos como ella misma, y únicamente se vendían (cuando lo hacían, lo cual, ay, no era muy frecuente) entre señoras de monederos casi tan poco provistos como el suyo propio.

Julio César estaba abajo en la cocina haciendo la importantísima caja (o, en palabras de la irritada casera, «ensuciando toda la casa»). Esta no sentía debilidad por el serrín y las virutas, y casi perdió los estribos cuando el bote de cola invadió el fuego de la cocina. Pero ¡tú sigue trabajando, honrado carpintero, tú a lo tuyo y no le hagas caso! Consigue que la máscara de Shakespeare salga de la vieja caja y pase a la nueva antes de que sea de noche y habrás completado el mejor día de trabajo de tu vida.

En la sala, Annie y su abuelo hablaron mucho del molde de Shakespeare. Si tuviera que dar cuenta de todos los arrobamientos y citas del viejo Reuben en ese tiempo, llenaría todo el espacio que me queda en este pequeño libro. Solo en una ocasión varió la conversación. Fue cuando, para cambiar un poco de tema, Annie preguntó cómo se sacaba el vaciado de escayola del molde, y al instante el señor Wray se fue por las ramas en medio de una nueva cita para explicárselo. Mientras seguía describiendo por segunda vez cómo se mezclaban la escayola y el agua, cómo se dejaba el resultado a «asentar» y cómo se retiraba el molde, la casera, con aire muy acalorado e importante, irrumpió en la habitación exclamando:

—¡Señor Wray, señor Wray, que está aquí el señor[59] Colebatch, de Cropley Court, que sube a verlo! —Tras lo que añadió entre susurros—: Es muy irascible y raro, señor, pero no hay caballero mejor en el mundo…

—Bien, señora, gracias —la interrumpió una voz muy sonora desde fuera —. Me puedo presentar yo, porque me figuro que un viejo autor teatral y un viejo actor no necesitan mucha presentación. ¿Cómo está, señor Wray? Vengo a conocerlo. Encantado, señor.

Antes de que entrara el señor rural, la primera idea del señor Wray había sido que al fin llegaba el joven alumno, pero con la aparición del señor Colebatch descubrió que estaba equivocado. Era un anciano caballero de rostro muy sonrosado, brillantes ojos negros que le destellaban incesantemente y venerable pelo totalmente cano que le crecía por toda la cabeza de punta hasta formar un verdadero bosque. Además, su elocución no precisaba de mejoras, y su expresión proclamaba de inmediato que era la de un caballero; uno muy excéntrico, pero caballero al fin y al cabo.

—Bien, señor Wray —dijo sentándose y abriéndose el abrigo como si fuera un viejo amigo—, tengo costumbre de ir siempre al grano, ya que odio las ceremonias y aburrir a las personas. Me llamo Matthew Colebatch, vivo en Cropley Court, a las afueras de la ciudad, y he venido a verlo porque he discutido por la reputación de usted con el reverendo Daubeny Daker, el párroco de aquí.

El asombro privó al señor Wray de toda facultad de habla mientras oía esa alocución inicial.

—Le cuento lo que ha pasado —continuó el señor rural—. En primer lugar, Daubeny Daker es un fisgón hipócrita, que va a las casitas de los pobres a preguntar qué tienen para cenar y, cuando se lo dicen, levanta la tapa de la cacerola y huele para asegurarse de que le han dicho la verdad. Eso es lo que él llama cumplir con su deber para con los pobres, y lo que yo llamo ser un fisgón hipócrita. Bien, pues Daubeny Daker vio el anuncio de usted en el escaparate de Dunball. Debo decirle, por cierto, que él llama a los teatros casas del demonio y a los actores emisarios de Satanás. Se lo oí en un sermón y desde entonces no he vuelto a su iglesia. Bueno, el caso es que leyó su anuncio y, cuando llegó a la parte de mejorar la técnica de los clérigos a nueve peniques la hora (¡sería demasiado barato mejorar a Daubeny Daker por ese precio!), le entró uno de sus ataques de ira desagradables, despiadados y desdeñosos, entró en la tienda e insistió en que quitaran el cartel por ser un insulto por parte de un actor vagabundo hacia el clero. No se enfade, señor Wray, cálmese, por el amor de Dios, que ya le di yo bien su merecido, se lo aseguro. Bueno ¿y qué cree que hizo ese zopenco gordo de Dunball al oír al párroco? ¡Quitó el cartel del escaparate al instante, como si Daubeny Daker fuera el rey de Tidbury y desobedecerlo estuviese penado con la muerte!

—¡Mi reputación, señor mío! —lo interrumpió Wray.

—Espere, señor Wray, por favor, que le tengo que contar cómo le di su merecido. Media hora después de que hubiesen quitado el cartel, dio la casualidad de que me pasé por la tienda, y Dunball, sonriendo como un idiota,

me lo contó todo. «¡Vuélvalo a poner ahora mismo! —le dije—. No pienso consentir que echen por tierra la reputación de ningún hombre quienes no lo conocen». Dunball puso mala cara y vaciló. Yo me saqué el reloj y le dije: «Le doy un minuto para que decida quién le interesa más de cliente, Daubeny Daker o yo». Resulta que soy lo que se llama un hombre rico, señor Wray, así que Dunball se decidió en dos segundos y volvió a poner el anuncio donde estaba antes.

—No tengo palabras para agradecerle su amabilidad, señor —dijo el pobre Reuben.

—Y ahora escuche cómo le di su merecido a Daubeny Daker, escuche. Coincidí con él en una cena esa misma noche. Estaba hablando de usted y de lo que había hecho tan orgulloso como un pavo real. «Lo cierto —dijo al concluir su relato— es que consideré que era mi obligación de clérigo hacer que quitaran el anuncio». «Y yo —intervine— consideré que era mi obligación de caballero hacer que lo volviesen a poner». Entonces empezamos a discutir (sé que me odia porque en su momento escribí una obra de teatro), pero no le voy a repetir lo que dijo para no afligirlo a usted. Todo terminó, después de que lleváramos alrededor de una hora discutiendo acaloradamente, cuando le espeté que su comportamiento al tacharlo a usted de persona de dudosa reputación, sin hacer la menor indagación sobre usted, demostraba una falta de espíritu cristiano, justicia y sentido común. «Puedo aguantar sus cambios de humor, señor Colebatch —me dijo a su modo desagradable y desdeñoso—, pero, permítame que le pregunte, usted que tanto defiende al señor Wray, ¿acaso sabe de él más que yo?». Se pensaba que con eso quedaba zanjada la cuestión, pero le repliqué como una centella: «No, señor, pero le voy a dar a usted ejemplo yendo mañana por la mañana a ver a ese señor para poder juzgar de primera mano». Entonces sí que quedó zanjada la cuestión, y aquí estoy esta mañana para cumplir lo que dije.

—Le demostraré, señor Colebatch, que soy digno del honor de que usted me defienda —dijo el señor Wray con una mezcla de dignidad sin malicia y gratitud viril que le sentaba muy bien—. Tengo una carta del finado señor Kemble…

—¿Qué, de mi viejo amigo John Philip? —exclamó el hacendado—. ¡Veámosla inmediatamente! Él, señor Wray, fue «el romano más noble de todos», como escribió Shakespeare.

¡Ciertamente era un amigo inestimable! ¡Había conocido al señor Kemble y citaba a Shakespeare! El viejo Reuben estuvo a punto de abrazarlo en ese

momento, pero, conteniéndose, se limitó a enseñarle la magna carta de Kemble.

El señor Colebatch la leyó y al instante declaró que, como certificado de buenas referencias, superaba con creces a todos los jamás escritos en cualquier campo y establecía la reputación del señor Wray por encima de cualquier difamación.

—¡Esto hunde a Daubeny Daker por completo, señor mío! —Justo cuando lo decía, el anciano caballero se percató de la pequeña Annie, que llevaba todo el rato sentada discretamente en un rincón trabajando en sus encajes. Él apenas había tenido oportunidad de verla llevado por la vehemencia de su discurso de presentación, pero ahora compensó el tiempo perdido con su habitual celeridad—: ¿Y quién es esta joven tan guapa? —preguntó mientras sus brillantes ojos destellaban más que nunca.

—Mi nieta, Annie —contestó el señor Wray con orgullo.

—¡Qué encantadora! ¡Qué bonita se la ve ahí sentada tan tranquila con su encaje! —exclamó el señor Colebatch entusiasmado—. No, no se mueva, Annie, ni se marche. Me gusta mirarla. No le importará que la mire un viejo soltero raro como yo, ¿verdad que no? Siga con su encaje, querida, y el señor Wray y yo seguiremos con nuestra charla.

Esa «charla» completó lo que la carta de Kemble había iniciado. A instancias del otro, el viejo Reuben le contó con toda naturalidad la pequeña historia de su vida como se la contaría un amigo íntimo, y con todo el inigualable patetismo que otorgan la sencillez y la verdad. El tiempo que el señor Colebatch no estuvo contemplando a Annie —que no fue mucho—, lo dedicó a anatemizar a su implacable enemigo, Daubeny Daker, con una serie de violentos improperios; y a prever con inmensa dicha la derrota aplastante que ahora podría infligir a ese reverendo caballero la siguiente vez que se lo encontrara. Después de eso, al señor Wray solo le hacía falta dar un paso más para crecer en la estima del hacendado y que lo considerase el fénix de todos los profesores de oratoria del pasado, el presente y el futuro; y lo dio. Recordaba la producción de la obra del señor Colebatch —una tragedia grandilocuente y sangrienta— en el teatro de Drury Lane, y, lo que era más, él mismo había interpretado a uno de los personajes secundarios.

De inmediato el señor rural lo agarró de la mano. Esa obra, en virtud de la cual se consideraba autor dramático, era su punto débil. Había estado en cartel una única noche muy llena de interrupciones, y luego nunca se había vuelto a oír de ella. El señor Colebatch atribuía esa circunstancia por entero a la falta de verdadera apreciación del público, y ahora, a la vejez, alardeaba de su obra

dondequiera que iba, sin hacer el menor caso a cómo había sido recibida. Se afirma a menudo que los padres de niños enfermizos son los padres que más quieren a sus hijos. Eso es a veces, y solo a veces, cierto. No obstante, apliquémoslo a los niños enfermizos de la literatura y directamente se convierte en una norma que nadie en todo el mundo puede refutar planteando ni una sola excepción.

—¡Mi querido señor! —exclamó el señor Colebatch—. ¡El que se acuerde usted de mi obra nos une aún más! Se titulaba (aunque usted lo recordará, por supuesto) *La asesina misteriosa*. Pardiez, señor, ¿no le vendrán por casualidad a la cabeza las últimas cuatro líneas de la escena de la muerte de la culpable Lindamira? Decían así, señor Wray:

> »¡Muerte y granizo de medianoche! ¡Venid todos los horrores a mí!
>
> ¡La cordial oscuridad de mi alma os desafía!
>
> Enferma de culpa estoy. ¿Qué me curará? ¡Esto! *(Se clava una daga)*.
>
> ¡Ja, ja! Me siento mucho mejor *(Sonríe débilmente)*. ¡Tan a gusto! *(Muere)*.

»¡Si eso no es escribir con garra, señor, yo no me llamo Matthew Colebatch! Y, sin embargo, los atontados del público no supieron apreciarlo. ¡Santo cielo! —dijo sacándose el reloj—. ¡Si ya es la una! Tendría que estar en casa; me voy corriendo. Adiós, señor Wray. Me alegro tanto de haberlo conocido que casi me entran ganas de dar las gracias a Daubeny Daker por provocarme la enorme ira que me ha traído aquí. Me recuerda usted mis días de juventud, cuando me metía entre bastidores y cenaba con Kemble y Matthews. Adiós, pequeña Annie. ¡Soy un viejo perverso y tengo intención de besarla algún día! No, no dé un paso más, señor Wray; ni un paso, diantres, o no volveré nunca. Voy a hacer que la gente de Tidbury lo contrate a usted con todo el talento que tiene; son los idiotas más espantosos que hay bajo la bóveda celeste, pero lo van a contratar. Si no hay otra forma, lo pondré a usted a leer mi obra en el Instituto de Mecánica. Haremos que les den escalofríos y que se les ponga el pelo de punta cuando oigan una pequeña tragedia de la vieja escuela. Me despido hasta la próxima, y que Dios lo bendiga.

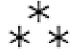
Y el parlanchín hacendado se marchó con la misma prisa con que había llegado.

—¡Abuelo, qué caballero más agradable! —dijo Annie levantando por primera vez la vista de la almohadilla del encaje.

—¡Qué amabilidad sin precedentes ha tenido conmigo! ¡Qué gusto más perfecto en todo! ¿Lo has oído citar a Shakespeare? —exclamó el viejo Reuben en pleno arrobamiento. Siguieron así alrededor de una hora, deshaciéndose alternativamente en elogios sobre el señor Colebatch. Al cabo de ese tiempo, Annie dejó la labor y fue a la ventana.

—Está lloviendo, y muy fuerte —comentó—. Vaya por Dios, hoy no vamos a poder salir a pasear.

—¡Escucha cómo gime el viento! —dijo el anciano—. Y también hace más frío. Esta noche vamos a tener tormenta, Annie.



¡Las cuatro y el carpintero sigue trabajando en la cocina! Date prisa, Julio César, date prisa, para que podamos sacar la máscara de Shakespeare de la caja de caudales del señor Wray y la metamos bien protegida y acomodada en tu compacto cofre de madera antes de que nadie se vaya a dormir esta noche. ¡Date prisa, hombre, date prisa!

Por alguna razón de intendencia doméstica que no vale la pena mencionar, en el número 12 comieron ese día mucho más tarde de lo habitual. Eran las cinco cuando se sentaron a la mesa. Su conversación giró por completo en torno al visitante de la mañana. Como el señor Wray no encontrase en su vocabulario propio términos lo bastante selectos para describir al excéntrico señor rural, se sirvió de los de Shakespeare aún más de lo que tenía por costumbre cada vez que hablaba del señor Colebatch. Se las arregló para encontrar algunos parecidos asombrosos con ese excelente caballero (ora en un particular, ora en otro) en cada personaje noble y venerable de todas las obras, sin olvidarse tampoco en una o dos ocasiones de hallar las correspondientes similitudes entre los personajes de peor fama y más taimados y ese vengativo enemigo de todas las obras, actores y teatros que era el reverendo Daubeny Daker. Jamás comentarista profeso alguno de Shakespeare (y es una afirmación muy osada) consiguió distorsionar el formidable significado del bardo con tanta destreza para que encajara con perfecta armonía con sus propias ideas microscópicas, como hizo el señor Wray para proveerse de elogios sobre la bondad y generosidad del señor Matthew Colebatch, de Cropley Court.

Entretanto, el tiempo iba empeorando según avanzaba la tarde. El viento soplaba más fuerte hasta casi convertirse en vendaval y de vez en cuando arrojaba la intensa lluvia contra la ventana con alarmante furia. Prometía ser una de las noches más procelosas, lluviosas y oscuras que tenían en Tidbury desde que comenzase el invierno.

Poco después de recoger la mesa, y tras haber terminado de hablar de momento del señor Colebatch, el viejo Reuben se quedó dormido en su butaca. Era un lujo poco habitual en él que probablemente se debiera a lo tarde que habían comido. Por lo general, el señor Wray comía a las dos y, a continuación, salía a dar su paseo sin hacer el menor caso a las solemne observancia de la digestión. Era pobre y, por lo tanto, no se podía permitir la opulenta distinción de ser dispéptico.

El comportamiento del señor Julio César, el carpintero, cuando apareció de la cocina para ocupar su asiento a la mesa, fue bastante desconcertante. Volcó un salero, se derramó salsa en la camisa y tiró una patata cuando intentaba pasarla en lo que era una distancia de unos diez centímetros de la fuente al plato de Annie. Eso, para empezar, estaba bastante por encima de su media de accidentes de mesa en una comida. Luego, terminada esta, anunció

su intención de volverse a la cocina el resto de la tarde en un tono de misterio tan inusitado que a Annie le picó la curiosidad y empezó a interrogarle. ¿Es que no había hecho aún la caja nueva? ¿No? Pero ¡si seguro que podría hacer una caja así en una hora! Sí, claro que podría. Entonces ¿por qué no la había terminado?

—Espera un poco, Annie, y lo sabrás.

Dicho lo cual, se llevó de forma muy enigmática uno de sus grandes dedos sobre un lado de su gran nariz y se fue de la habitación de inmediato. Media hora después, volvió con aspecto muy avergonzado y turbado, y tratando sin éxito de ocultar un enorme emplasto —toda una hogaza de pan caliente con agua— que le decoraba la palma de la mano derecha. Esa vez, Annie insistió en que se explicase.

Resultó que se le había ocurrido la idea de decorar la tapa de la nueva caja con unas toscas tallas suyas en homenaje al señor Wray y la máscara de Shakespeare. Como no tuviera la menor práctica en la difícil artesanía que se proponía realizar, se había clavado una astilla, con lo que la caja estaba en la cocina esperando que le pusieran la cerradura y las bisagras, cuando lo más probable era que la única persona de la casa que podía hacerlo no estuviese en condiciones de volver a manejar un martillo en muchos días. ¡Ay, pobre Julio César! ¡Nunca una atención tan bien intencionada estuvo tan malísimamente encauzada como la tuya! De todos los variopintos accidentes de tu vida en esencia accidentada, esta herida en concreto, que impide que termines la caja nueva esta noche, es el más inoportuno e irreparable.

Cuando llevaron el té, el señor Wray se despertó; y como suele ocurrir con las personas que rara vez se permiten la inocente sensualidad de una siesta después de comer, pasó de inmediato de un estado de extrema somnolencia a otro de extrema vigilia. Para entonces la noche estaba más negra que nunca: la lluvia caía fuerte y espesa y el furioso viento recorría la oscuridad en todo su poderío y esplendor. La tormenta empezó a afectar un poco el ánimo de Annie, lo cual la joven dio a entender a su abuelo cuando este se despertó. El viejo Reuben, con su extraordinaria capacidad de reacción, de inmediato le propuso el remedio: leer una obra de Shakespeare, que era el modo más seguro de que no prestasen atención al mal tiempo; y, sin dejar ni un momento para que Annie pudiera considerar la propuesta, abrió su libro y empezó a leer *Macbeth*.

Como no solo deleitó a sus oyentes con cada una de las pausas de Kemble y cada infinitésima inflexión de su elocución a lo largo de toda la lectura, sino que también realizó una concienzuda parodia de los efectismos de la señora

Siddons[60] en la escena de sonambulismo de *lady* Macbeth, con la ayuda de un pañuelo de bolsillo blanco atado a la barbilla y una palmatoria esmaltada en la mano, y, como además de esos retrasos especiales y estrictamente dramáticos, demoró aún más el avance de la obra vigilando a Julio César y despertando sin piedad al desventurado carpintero en cuanto se dormía (lo cual, por cierto, ocurría cada diez minutos), a nadie sorprenderá que la lectura de *Macbeth* no terminase hasta las once. Estaba sonando la hora en la iglesia de Tidbury cuando el señor Wray declamó solemnemente las últimas frases de la tragedia y cerró el libro.

—Ya está —dijo el viejo Reuben—; con esto supongo que te habré quitado el mal tiempo de la cabeza, Annie. Tienes cara de sueño, querida; vete a dormir. Quería hacer unos comentarios sobre la forma correcta de leer la escena de la daga de Macbeth, pero los puedo dejar para mañana por la mañana. No te tengo más tiempo levantada. Buenas noches, cariño mío.

¿Es que el señor Wray no se iba a acostar también? No, nunca había estado tan despierto en la vida; se iba a quedar un rato «a gusto» junto al fuego. ¿Quería que Annie le hiciese compañía? Bajo ningún concepto; de ninguna de las maneras iba a tener levantada a la pobre. ¿Y Julio César? Por supuesto que no, porque seguro que se dormiría enseguida y oírlo roncar, afirmó el señor Wray, era aún peor que oírlo estornudar. Así que los dos jóvenes le dieron las buenas noches al anciano y lo dejaron allí para que se estuviera «a gusto» como quería. Este es el modo en que se preparó para vivir tan opulento rato.

Puso la butaca delante del fuego y luego una silla a cada lado, tras lo que abrió el aparador y sacó la caja de caudales que contenía la máscara de Shakespeare. La depositó sobre una de las sillas y, en la otra, su ejemplar de las obras y la vela. Finalmente se sentó en el centro, cómodo y recogido hasta lo inenarrable, y lentamente aspiró un abundante pellizco de rapé.

—¡Con la que está cayendo fuera —se dijo el viejo Reuben— y lo a gusto y calentito que estoy aquí!

Abrió la caja y, colocándosela sobre las rodillas, contempló la máscara del interior. Poco a poco, la expresión inicial de orgullo y satisfacción de sus ojos fue dando paso a otra fija y ensimismada. Cerró con cuidado la tapa y se reclinó en la butaca; sin embargo, no llegó a echar la llave de la caja de caudales.

Le venían a la cabeza muchos viejos recuerdos, que le había revivido su conversación de esa mañana con el señor Colebatch, y ahora también le evocaban muchas asociaciones personales sobre Shakespeare que siempre

guardaban relación con su preciada e inestimable máscara. Tiernas remembranzas hablaban tan lastimera como solemnemente en su interior. La pobre Colombina —perdida, pero nunca olvidada— era de todas esas sombras de recuerdos quien se movía más encantadora y santa por el tenue mundo de sus visiones insomnes. ¡Qué poco consigue la tumba ocultar de nosotros! El amor que empezó antes perdura después. La luz que miraban nuestros ojos cuando brillaba en la tierra al pasar al cielo solo cambia para convertirse en la estrella que guía nuestros recuerdos.

Escuchen, que el reloj de la iglesia da los cuartos; cada campanada suena con la furia fantasmagórica de todos los tonos de carillones cuando se oyen en medio del fragor de una tormenta, pero ahora no sobresaltan al viejo Reuben. Está muy lejos, en otros escenarios, volviendo a vivir otros tiempos. Dan las doce y entonces, al sonar el largo repique de medianoche de la campana del reloj, él se despabila y lo oye.

El fuego se ha reducido a un pálido punto rojo; Reuben se siente helado e, incorporándose en la butaca mientras bosteza, intenta tomar la decisión de levantarse y subir a acostarse. Su expresión está empezando a volverse totalmente lánguida y cansada cuando de pronto cambia. Mira de nuevo con atención, cierra con fuerza la boca y las mejillas le palidecen, todo en un instante: está alerta. Le da la impresión de que, al sonar las ráfagas más fuertes de viento, o al chocar la lluvia con más fuerza contra la ventana, oye un sonido muy débil y curioso, que a veces parece un chirrido y otras unos golpecitos. Mas no sabe en qué parte de la casa pueda ser, y ni siquiera si es dentro o fuera. En los momentos más tranquilos de la tormenta, escucha con especial atención para averiguarlo, pero siempre es entonces cuando no oye nada.

Debe de tratarse de su imaginación, y, sin embargo, es una imaginación que parece tan real que se ha estremecido de la cabeza a los pies dos veces en el último minuto.

¡Pero sin duda acaba de oír otra vez ese ruido extraño! Entonces ¿por qué no se levanta, va a la ventana y presta atención para comprobar si los débiles golpecitos proceden por casualidad de fuera, de delante de la casa? Algo parece mantenerlo en la butaca totalmente inmóvil; algo que hace que le dé miedo volver la cabeza por si ve una escena espantosa junto a él…

Silencio, que vuelve a sonar cada vez con mayor claridad. Y ahora se transforma en un crujido —tan cercano— del postigo de la ventana de la sala de estar trasera.

¿Qué es eso que se desliza por la rendija de entre las hojas de la puerta y el suelo? ¡Una luz! ¡Una luz en esa habitación vacía que no usa nadie! ¡Y ahora susurros, pasos y la manivela de la puerta se mueve…!

—¡Ayuda, ayuda, por el amor de Dios! ¡Asesinos! ¡Ase…!

Justo cuando el anciano pidió auxilio, los dos ladrones, enmascarados y armados, aparecieron en el cuarto, y al instante siguiente Reuben ya tenía la mordaza de Dick el Colega bien apretada en la boca.

Sujetaba con fuerza la caja de caudales contra su pecho. Loco de terror, sus ojos miraban fijamente a todo como los de un muerto mientras forcejeaba entre los poderosos brazos que lo sujetaban.

Grimes, que no estaba acostumbrado a esas escenas, quedó tan petrificado de sorpresa al encontrar al anciano levantado y la habitación iluminada, que permaneció inmóvil con la pistola estirada mirando sin saber qué hacer por los agujeros de su antifaz. No fue el caso de su experimentado jefe. Los oídos y ojos de Dick el Colega eran tan rápidos como sus manos, y los primeros le informaron de que el grito de Reuben pidiendo ayuda (pese a la habilidad con que él lo había sofocado con la mordaza) había despertado a alguien de la casa, y los segundos detectaron de inmediato la caja de caudales que el señor Wray apretaba contra su pecho.

—¡Aparta esa pistola de juguete, so paleto! —susurró el ladrón con furia—. Espabila y quítale la caja. ¡Date prisa, maldita sea, que arriba *san despertao*!

No era fácil «darse prisa». Pese a su debilidad, Reuben se aferraba a su tesoro con la fuerza convulsiva de la desesperación haciendo frente al atlético rufián que intentaba arrebatársela. Furioso por esa resistencia, Grimes empleó toda su fuerza, y le arrancó la caja al anciano con tanta violencia que la máscara de Shakespeare salió volando por la tapa abierta hasta caer a cierta distancia y romperse en varios fragmentos en el suelo.

Grimes quedó atónito unos instantes al ver cuál era el verdadero contenido de la caja de caudales. Luego, llevado por la ira del descubrimiento, fue corriendo a los pedazos y, con un horrible reniego, los chafó con su pesada bota como si la escayola pudiese sentir su venganza.

—¡Yo lo mato aunque me cuelguen! —bramó el villano volviéndose a continuación hacia el señor Wray y levantando el cañón de la pistola por encima de la cabeza del anciano.

Pero, justo al mismo tiempo, tan valeroso como su heroico apodo, Julio César irrumpió en la habitación. Sin pensárselo dos veces, golpeó a Grimes con la mano herida. Aun propinándoselo con esa desventaja, el puñetazo fue

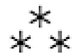
tan fuerte que lanzó al otro por la sala hasta que cayó contra la pared de enfrente. Sin embargo, el triunfo del robusto carpintero fue breve. Apenas un segundo después de que su adversario cayera, él también se desmoronó sin sentido al recibir un culatazo de Dick el Colega.

Hasta a este desvalijador londinense le abandonó el valor al percatarse del increíble engaño del que su compañero y él habían sido víctimas. Solo recobró su característica frialdad y serenidad cuando el carpintero atacó a Grimes. Entonces, fiel a su método de no hacer nunca ruidos innecesarios ni malgastar pólvora, golpeó a Julio César justo detrás de la oreja con infalible destreza. El golpe, silencioso y en apariencia infligido por un mero giro de muñeca, fue sin embargo contundente y dejó al otro sin sentido.

Y ahora los desgarradores chillidos de la casera desde el piso de los dormitorios se vertían cada vez más rápidamente a la calle por la ventana abierta. Iban mezclados con los gritos más débiles de Annie, a la que la buena mujer impedía por la fuerza que corriese peligro yendo abajo. La sirvienta (la única otra habitante de la casa) rivalizaba con su señora a la hora de chillar frenética e incesantemente pidiendo ayuda desde la ventana de la buhardilla.

—¡Toda la calle estará en pie dentro de un momento! —exclamó Dick el Colega soltando un reniego a cada tres palabras que decía y ayudando a Grimes, ya medio recuperado, a incorporarse—. ¡Aquí no hay botín que valga, *asinque* rapidito, paleto, o al final nos pescan!

Empujó a Grimes a la sala trasera; le metió prisa para que saltara por el alféizar de la ventana al tejado del lavadero y que se apañase como mejor pudiera para llegar a tierra y, a continuación, lo siguió él con el reloj y el monedero del señor Wray, así como un broche de Annie que esta se había dejado en la repisa de la chimenea, todo lo cual se había guardado en el amplio bolsillo de su sobretodo en un momento. Como botín no valían mucho, pero la destreza con que Dick el Colega los cogió en un instante con una mano mientras con la otra sujetaba a Grimes, y la fuerza, sangre fría y habilidad de que hizo gala al organizar la retirada, fueron dignas de su reputación. Mucho antes de que los dos vigilantes de Tidbury empezaran a pensar en organizar una persecución, el ladrón de casas y su compañero ya se encontraban fuera de su alcance, lo cual habría ocurrido igual incluso si los propios policías de Londres hubieran estado allí para darles caza.



Cuánto tiempo lleva el anciano en esa misma posición, agachado en un rincón de la habitación sin mover un músculo ni decir palabra. Cayó de rodillas en

ese lugar después de que se fueran los ladrones y ahí sigue desde entonces.

Cuando Annie consiguió zafarse de la casera y bajó corriendo, él no se movió. Cuando la joven lanzó un largo gemido de desesperación al ver al valiente que yacía inconsciente en el suelo y con aspecto de estar muerto, él no dijo nada. Cuando se abrió la puerta de la calle y una multitud de vecinos a medio vestir, aterrorizados por la noticia que habían oído, se precipitaron al interior gritando y montando mucho alboroto, él no se fijó en nadie en absoluto. Cuando mandaron llamar al médico y, en medio de un imponente silencio expectante, este procedió a devolver al carpintero a la consciencia, ni siquiera en tan apasionante momento él levantó la mirada. Solo cuando la sala volvió a quedar despejada y su nieta fue junto a él y, rodeándole el cuello con el brazo, juntó su fría mejilla con la suya, pareció estar vivo. Entonces suspiró profundamente, hundió la cabeza aún más en el pecho y empezó a tiritar de la cabeza a los pies como si alguna gélida influencia lo congelara.

Todo ese larguísimo tiempo no había dejado de mirar una única cosa: los fragmentos de la máscara de Shakespeare que yacían debajo de él. Y así continuó cuando de diversas maneras intentaron convencerlo para que se levantara: todavía agachado sobre ellos, en la misma posición y con la misma expresión fija y aterradora que le habían visto desde el principio.

Annie fue a por la caja de caudales y, temblorosa, se la puso delante. En cuanto la vio, los ojos le empezaron a destellar. Se abalanzó frenético sobre los trozos de máscara y los guardó en la caja con manos convulsas y respiración rápida y entrecortada. Recogió hasta la última esquirla de escayola que el ladrón había machacado con la bota y forzó la vista para buscar más cuando ya no quedaba ni el menor ápice. Finalmente, cerró la caja con llave y se la apretó contra el pecho, tras lo que permitió que lo levantaran y se lo llevasen con cuidado de allí.

No soltó la caja mientras lo acostaban. Annie, su enamorado y la casera se quedaron en su cuarto en vela y los tres, en distinto grado, tuvieron el mismo presentimiento espantoso con respecto a él, que no se atrevieron a compartir con los otros. De vez en cuando lo oían golpeteando la tapa de la caja de un modo extraño, pero él no llegó a decir nada en ningún momento y, hasta donde alcanzaron a saber, en ningún momento se durmió.

El médico había dicho que se pondría mejor al amanecer. ¿Sabría el médico lo que de verdad le pasaba, y tendría alguna sospecha de que algo muy valioso había resultado gravemente dañado esa noche además de la máscara de Shakespeare?

A la mañana siguiente, la noticia del robo en la casa no solo se extendió por todo Tidbury, sino también por los pueblos colindantes. La primera persona que se pasó por el número 12 para ver cómo iban después del susto de la noche anterior fue el señor Colebatch. La voz del anciano caballero se oía más fuerte que nunca mientras subía por las escaleras con la casera. Afirmó que iba a hacer que despidieran a los dos vigilantes de Tidbury, ya que no estaban en absoluto capacitados para proteger la ciudad. Juró que, aunque le costase cien libras, llevaría policías de Londres y se encargaría de que cogieran, juzgaran, condenaran y colgaran a «esos dos ladrones del infierno» antes de Navidad. Con tanto invocar venganza y represalias de ese modo a cada escalón que subía, el señor rural tenía el mal genio muy «caliente» cuando entró en la sala. No obstante, se le «templó» al no encontrar a nadie allí, y le cayó aún varios grados más al ver el rostro de la pequeña Annie cuando esta bajó a verlo.

—Anímese, Annie —dijo el anciano caballero haciendo un débil esfuerzo por mostrarse jovial—, que ya ha pasado todo. ¿Qué, cómo está su abuelo? Me imagino que todavía muy asustado, ¿no?

—¡Ay, señor! ¿Asustado? ¡Yo me temo que ha perdido el juicio! —exclamó Annie, quien, incapaz de contenerse por más tiempo, se echó a llorar copiosamente.

—No llore, Annie, no llore, que no lo soporto, de verdad se lo digo —le pidió el hacendado en tono nada firme—. Ya me encargo yo de hablar con él y que recupere el juicio como que me llamo Matthew Colebatch; venga, deje de llorar —añadió sacándose el voluminoso pañuelo indio y dedicándose con mucho cuidado y dulzura a enjugarle las lágrimas como si fuera una niña pequeña o su propia hija—. Ya está, las hemos limpiado. ¡No, que queda una! Y ahora que también hemos quitado esa, hablemos un poco de este asunto, querida mía, a ver lo que hay que hacer. Lo primero de todo, ¿qué es eso que he oído de un vaciado de escayola que se ha roto?

Annie habría dado lo que fuera con tal de contarle al señor Colebatch todo lo de la máscara de Shakespeare, pero recordó su promesa y también pensó en las autoridades de Stratford, que de algún modo podrían llegar a enterarse del secreto si se le revelaba a alguien, y entonces perseguirían a su abuelo con toda la fuerza de la ley, pese a lo muy triste y destrozado que estaba, hasta su escondite de Tidbury-on-the-Marsh.

—Prometí que no contaría nada a nadie del vaciado de escayola, señor… —empezó a decir con aire muy avergonzado y desdichado.

—Y va a cumplir su promesa —la interrumpió el señor Colebatch—, como tiene que hacer una chica buena y honrada. Me cae aún mejor por eso, y no digamos nada más de la escayola. Pero ¿qué se llevaron esos sinvergüenzas del infierno?

—El viejo reloj de plata del abuelo, su monedero con veintiséis peniques dentro y mi broche, que es lo de menos.

—¿Lo de menos? ¿Que el broche de Annie es lo de menos? —exclamó el otro recuperando su habitual irritación—. Pero da igual, el caso es que estoy decidido a que atrapen y cuelguen a esos canallas, aunque solo sea por robar ese broche. Y mire lo que le digo, querida: si no quiere que me dé uno de mis arrebatos de ira, tome esto y no diga nada.

¿Que tomara qué? ¡Santo Dios! ¡Que tomara una fortuna! ¡Le había apretujado un billete de diez libras en la mano!

—¡Insisto, pequeña testaruda, en que no haga que me dé uno de mis arrebatos! —exclamó el anciano caballero cuando la pobre Annie hizo un leve gesto de sentir reparo por la dádiva—. ¡No quiera Dios que a mí se me ocurra herir sus sentimientos, querida, por una razón tan mísera como que yo tenga unas cuantas libras más en el bolsillo que usted! —continuó en tono tan serio y amable que a Annie empezaron a llenársele los ojos de lágrimas de nuevo —. Digamos, si lo prefiere, que ese billete es el pago por adelantado de un gran pedido de encajes que voy a hacerle. La vi ayer con sus encajes, y tengo la intención de que sea mi proveedora habitual de estos lo que me quede de vida. ¡Diantres —añadió adoptando su extraña actitud brusca—, es que ni sé la cantidad de encajes que voy a tener que adquirir! Está mi ama de llaves de toda la vida, la señora Buddle, a la que que me aspen si no visto de encajes de arriba abajo y por fuera y por dentro. Pero no se ponga usted a trabajar, Annie, hasta que yo se lo diga, que primero hay que esperar a que a la señora Buddle se le gasten todas las enaguas, ¿eh? Venga, venga, no empiece otra vez con los llantos… ¿Puedo ver al señor Wray? ¿No? Cierto, mejor será no molestarle tan pronto. Salúdelo de mi parte y dígale que me pasaré mañana. Venga, guárdese el billete y anímese; y no se ponga a hacer nada más, pequeña Annie, que ya sabe que tiene un amigo anciano y raro que vive en Cropley Court.

Mientras decía todo eso, el buen hacendado se marchó de la habitación sin dejar que Annie pudiese abrir la boca. Una vez en las escaleras, volvió a despotricar de los ladrones con la misma furia. Lo último que la casera le oyó

decir al cerrar la puerta fue que se iba en ese momento a dar su merecido a los dos vigilantes de Tidbury por no impedir el robo; a darles su merecido como Dios mandaba y como que se llamaba Matthew Colebatch.

Después de guardar a buen recaudo el regalo del buen caballero (que llegaba después de que se hubieran quedado sin un penique), Annie volvió al cuarto de su abuelo. Este había experimentado algún cambio conforme avanzaba la mañana, y ahora se afanaba en una ocupación que hizo que a Annie se le partiera el corazón: intentaba restaurar la máscara de Shakespeare.

Las primeras palabras que dijese desde el robo se las dirigió a ella. Como no parecía saber que los ladrones habían conseguido escapar antes de que la joven bajara, le preguntó si le habían hecho algún daño. Una vez tranquilizado a ese respecto, hizo una seña al carpintero para que se le acercara y le rogó con un susurro lleno de ansia que le preparase cola de inmediato. Aunque en un principio no se imaginaron para qué la querría, le siguieron la corriente encantados.

Cuando le llevaron la cola, abrió la caja de caudales con un aire de leve y apagada esperanza que daba mucha pena ver y empezó a ordenar los fragmentos de la máscara sobre la cama. Estaban hechos añicos sin posibilidad de arreglo, pero, aun así, él no dejaba de moverlos de aquí para allá con manos temblorosas, mientras todo el rato murmuraba entristecido que sabía que era muy difícil, pero estaba convencido de que al final lo conseguiría. A veces se equivocaba al elegir los pedazos y, después de pegar dos o tres con la cola, tenía que separarlos. Hasta cuando no se equivocaba, no encontraba bastante que se pudiese juntar lo suficientemente bien para devolver solo un escaso cuarto de la máscara a su forma anterior. No obstante, siguió con la labor, examinando pieza tras pieza de la escayola rota hasta la más diminuta con paciencia y laboriosidad, con la misma falsa esperanza de éxito y con la misma vana perseverancia, que lo instaban a continuar durante horas y horas pese a la descorazonadora perspectiva de ir a fracasar. Había empezado a primera hora de la mañana y todavía no había terminado cuando Annie regresó de su entrevista con el señor Colebatch. Saber que sus esfuerzos estaban irremediablemente condenados al fracaso y, aun así, ver que se obstinaba en ellos con desesperación, era en verdad algo para desesperarse y echarse a temblar.

Finalmente, Annie le rogó que guardase los pedazos en la caja y descansara un rato. Él se negaba a escuchar a nadie más, pero a ella le hizo caso y obró según le pedía, alegando que no tenía la cabeza lo bastante despejada ese día para recomponer la máscara, pero estaba seguro de que lo

conseguiría al siguiente. Después de cerrar la caja con llave y ponerla bajo la almohada, se tumbó y se quedó dormido al instante.

¡Tal era su estado! No tenía más idea que la de restaurar la máscara de Shakespeare. Si lo distraían de eso, o bien caía dormido o permanecía ausente y sin habla. No era un caso de pérdida de facultades, sino de suspensión de estas. La fibra de su mente se había relajado al romperse la preciada posesión a la que tan unida estaba. Esos rasgos de escayola rígidos y fríos formaban sus pensamientos de día y sus sueños de noche; en ellos su profunda y hermosa devoción por Shakespeare —hermosa por tratarse de una fe poética innata que había sobrevivido a todas las poéticas privaciones de la vida— había hallado su más querida manifestación externa. Alrededor de esa máscara él había ido inconscientemente poniendo nuevos exvotos de orgullo, satisfacción y humilde felicidad casi a cada nueva hora. Hacerse con ella había sido el único gran logro de su vida, y conservarla su única gran determinación. ¡Y ahora estaba rota! ¡El más querido dios doméstico, además de su nieta, al que el pobre actor adoraba, y había tenido que ver con sus propios ojos cómo se hacía añicos por el suelo!

Era eso, mucho más que el miedo en sí producido por el robo, lo que lo había alterado y mantenía así.

No había forma de animarlo. Todos lo intentaban y todos fracasaban. Seguía pacientemente, día tras día, con su lamentable e imposible tarea de juntar los fragmentos de escayola, y siempre tenía alguna excusa para justificar su fracaso, y siempre alguna razón para empezar de nuevo. A Annie le hacía caso en todo lo demás —pues su corazón, que pertenecía a su nieta por completo, había escapado al golpe que le aturdiese la mente—, pero toda injerencia de ella en cualquier cosa relacionada con la máscara era inútil.

El buen señor rural iba todos los días a ver qué podía hacer, y le bromeaba, rogaba, sermoneaba y aconsejaba a su modo tan campechano como excéntrico. Sin embargo, el anciano se limitaba a sonreír débilmente y a olvidarse de todo lo que el otro le decía en cuanto terminaba de hacerlo. Entonces el señor Colebatch, privado de sus demás recursos, dio con lo que consideró una estratagema excelente. Informó en privado a Annie de que iba a obligar a todo su servicio doméstico, con la señora Buddle, el ama de llaves, a la cabeza, a que diesen clases de elocución, de manera que el señor Wray se dedicara de nuevo a la tarea que estaba acostumbrado a desempeñar.

—Toda esta gente de Tidbury del demonio no quiere aprender nada —dijo el buen hacendado—, así que mis sirvientes van a ser su nueva clase, y la señora Buddle estará ahí la primera para encargarse de que todos se

comporten. Hay que ponerlo a dar clase a su manera y, por la fuerza de la costumbre, terminará volviendo en sí.

Pero no lo hizo. Cuando le dijeron que tenía toda una clase de alumnos nuevos esperándole, solo contestó que se alegraba mucho y, al instante siguiente, se olvidó por completo del asunto.

El médico intentaba ayudarles. Probó con estimulantes y con sedantes; probó a tener a su paciente en cama y a tenerlo levantado; probó con sangrías y con ventosas, y luego desistió afirmando que sin duda al señor Wray le pasaba algo en la cabeza contra lo que la medicina y los tratamientos no podían hacer nada. No obstante, al médico aún le quedaba algo por decir que fuera de consuelo. De momento al anciano casi no le había fallado la fuerza física. Siempre estaba dispuesto a que lo levantaran y vistieran, y parecía alegrarse de que lo sentaran en su butaca. Eso era buena señal, pero no había forma de saber lo que podría durar.

Y duró una semana entera; una larga, melancólica e inane semana de invierno. Se aproximaba el día de Navidad, que por primera vez llegaría como día de luto para la pequeña familia que, pese a la pobreza y todos sus aniquiladores desastres, siempre la habían celebrado felices y unidos como la gran fiesta santa de todo el año. Ay, cuán apesadumbrada por partida doble se sintió la pobre Annie cuando una noche se retiró a su cuarto y recordó que faltaban justo quince días para Navidad.

Ya se la empezaba a ver pálida y muy delgada. No es solo la dicha lo que se manifiesta más rápido y claro en los jóvenes; en esta vida la pena —y qué lastima que sea así— comparte el mismo privilegio, y Annie tenía todo el aspecto de la angustia que sentía. Ese día no se había producido ningún cambio; había dejado al anciano por esa noche sin que estuviese mejor. De nuevo se había pasado horas intentando recomponer la máscara; todavía mostraba instintivamente de vez en cuando cierto cariño y atención a su nieta, pero por lo demás seguía totalmente ajeno a cualquier otra influencia.

Annie se sentó con apatía en la única silla de su pequeño cuarto pensando (era en lo único en que pensaba) en alguna forma de despabilar a su abuelo a la mañana siguiente y lamentándose de que la máscara rota continuara siendo el único obstáculo fatídico para todos sus esfuerzos. Así permaneció unos minutos, lánguida y ensimismada, hasta que, de pronto, le sobrevino de dentro un cambio sorprendente y maravilloso. Se levantó de un salto de la silla blanca y rígida como si se hubiera vuelto de piedra. Al instante siguiente, el rostro se le puso muy rojo, juntó las manos con fuerza y respiró

profundamente. Y luego le volvió la palidez mientras temblaba de la cabeza a los pies y, arrodillándose junto a la cama, se cubrió la cara con las manos.

Cuando se incorporó, las lágrimas le surcaban las mejillas. Echó un poco de agua y se las lavó. Una extraña expresión de firmeza —un resplandor de entusiasmo, hermoso en su brillo y pureza— se extendió por su rostro conforme cogía la vela y salía de la habitación.

Fue a lo alto de la casa, donde dormía el carpintero, y llamó a su puerta.

—¿Te has acostado ya, Martin? —susurró (la vieja broma de llamarlo Julio César ya había terminado).

Él abrió la puerta sorprendido y explicó que acababa de subir.

—Vente a la sala, Martin —le pidió Annie mirándolo con expresión muy viva, y, como pensó él, casi enloquecida—. Rápido, que tengo que hablar contigo.

La siguió abajo. Cuando entraron en la sala, Annie cerró la puerta con cuidado y dijo:

—He tenido una idea que he de contarte. Se me acaba de ocurrir mientras estaba a solas en mi cuarto, y creo que es Dios quien me la ha mandado.

Le hizo un gesto para que se sentara a su lado y empezó a susurrarle al oído muy deprisa e inquieta y sin hacer ninguna pausa.

Él también empezó a palidecer mientras la escuchaba. Luego se sonrojó y adoptó una expresión firme como la de ella, pero en grado mucho mayor. Cuando Annie terminó de hablar, solo dijo que era un riesgo muy grande en todos los sentidos, repitiendo «en todos los sentidos» con más énfasis, pero era lo que ella quería y, por lo tanto, lo haría.

Cuando se levantaron para separarse, Annie le dijo con tanto cariño como seriedad:

—Siempre has sido muy bueno conmigo, Martin. Sigue siéndolo y sé un hermano para mí ahora más que nunca, pues te estoy confiando todo lo que tengo para confiar.

Años después, ya casados y con sus hijos creciendo a su alrededor, él siempre recordaría esa última mirada y esas últimas palabras de Annie al despedirse esa noche.

A la mañana siguiente, cuando el anciano estuvo listo para que lo levantaran y vistiesen, no fue el honrado carpintero quien apareció para ayudarle como siempre, sino un desconocido: el hermano de la casera. Ni se percató del cambio. Sus escasos pensamientos estaban todos concentrados en los mismo. La tarde anterior, llevada por el afectuoso deseo de seguirle la corriente en el capricho que se había convertido en la única idea que regía su vida, Annie le había comprado cemento. Y ahora el anciano no dejaba de murmurar para sí mientras lo vestían que seguro que al fin conseguiría unir los fragmentos de la máscara con la ayuda de ese cemento. Era por la cola por lo que había fracasado hasta ese momento; con el cemento estaba totalmente convencido de que lo lograría.

La casera y su hermano lo ayudaron a bajar a la sala. No había nadie, pero en la mesa, junto a todo lo del desayuno, habían dejado una nota. Miró inquisitivamente por todas partes cuando vio que la habitación estaba vacía. Luego, la única voz de su interior que no estaba silenciada, la de su corazón, le dijo que Annie tendría que haber estado allí para recibirle como siempre.

—¿Dónde está mi nieta? —preguntó preocupado.

—No me dejes sola con él, James —le susurró la casera a su hermano—, que tengo malas noticias que darle.

—¿Dónde está? —insistió el señor Wray, con expresión enloquecida al preguntarlo por segunda vez.

—Cálmese, señor, se lo ruego, y lea esta carta —le dijo la casera en tono tranquilizador—. La señorita Annie está bien y quiere que lea usted esto —añadió entregándole la nota.

La apartó de un manotazo, con tanta furia que la mujer se echó atrás asustada. Entonces gritó iracundo por tercera vez:

—¿Dónde está?

—Díselo —susurró el hermano de la casera—, díselo o se va a poner peor.

—Se ha ido, señor —explicó la mujer—, pero solo tres días. Lo último que me ha dicho ha sido: «Dígale a mi abuelo que volveré dentro de tres días, y entréguele esta carta con todo mi cariño». Ay, no se ponga así, señor, no se ponga así, que seguro que vuelve.

Él no dejaba de murmurar «se ha ido» con una espantosa expresión de enajenación en la mirada. De repente, hizo una señal para que le cogieran del suelo la carta que había tirado, rasgó el sobre en cuanto se la dieron e intentó leer su contenido.

La carta era corta y escrita con una letra llena de manchones y poco firme. Rezaba lo siguiente:

> Queridísimo abuelo:
>
> No le he dejado solo jamás en la vida, y si ahora me voy es para intentar servirle a usted por su bien. Dentro de tres días, o antes si Dios quiere, volveré con algo que le alegrará el corazón y hará que me quiera más que nunca. No me atrevo a decirle adónde voy ni a qué porque tal vez se asustaría usted tanto que enviaría a alguien a traerme de vuelta, pero créame cuando le digo que no hay ningún peligro. Querido abuelo, no dude de su pequeña Annie, y no dude que volveré como le digo con algo por lo que me perdonará que me vaya sin su permiso. Usted espere esos tres días y seremos muy felices de nuevo. Él (ya sabe a quién me refiero) viene conmigo para cuidarme. Piense, querido abuelo, en la bendita Navidad que nos reunirá a todos para que seamos más dichosos que nunca. No puedo escribir más, salvo para pedirle a Dios que lo cuide y le dé salud hasta que volvamos a estar juntos.
>
> ANNIE WRAY

Solo había leído hasta la mitad de la carta cuando la soltó diciendo «se ha ido» con un chillido que hizo que los otros se estremecieran. Luego pareció como si una sombra, una sobrecogedora e indescriptible, se extendiera por su cara. Al tiempo que no dejaba de jugar con un pico del mantel que tenía al lado, empezó a hablar con un hilo de voz:

—Creo que me estoy volviendo loco. Creo que algo me ha dado un susto de muerte. Un momento, a ver si reconozco algo. ¡Sí, sí! Aquí está la mesa de desayuno, eso lo sé. Ahí está la taza y el platillo de Annie, y ahí los míos. Sí, y ese tercer servicio del otro lado, ¿de quién es…? ¿De quién, de quién, de quién? ¡Ay, Dios mío, Dios mío, me he vuelto loco! ¡Se me ha olvidado de quién es ese tercer servicio! —Se calló, temblando de arriba abajo y, al momento siguiente, gritó en voz alta: ¿Que se ha ido? ¿Quién dice que se ha ido? ¡Es mentira! ¡No, no, es una broma cruel que me están gastando! Annie, nada de bromas conmigo. ¡Baja aquí, Annie! Llámenla alguno de ustedes. Annie, la han hecho añicos y los pedazos de escayola no se pegan. ¡No me puedes dejar ahora que la han destrozado! ¡Annie, Annie, ven a repararla! ¡Annie, pequeña Annie!

La llamó esa última vez en un tono de súplica quejumbrosa hasta lo indecible, tras lo que se hundió gimiendo en una silla para después guardar silencio —un silencio obstinado— porque desconfiaba abiertamente de todos. Permaneció en esa actitud hasta que las fuerzas empezaron a fallarle y dejó que lo llevasen al sofá. En cuanto se tumbó, cayó en un sueño profundo y febril.

Ay, Annie, Annie, con lo mucho que lo cuidabas, qué poco sabías de su enfermedad. Nunca presagiaste que tu ausencia produjera un resultado como este, o, por muy valeroso y afectuoso que fuese tu propósito al dejarlo solo, te habrías abstenido de la fatídica necesidad de abandonar la cabecera de su cama tres días seguidos.

El señor Colebatch llegó al poco de que el anciano se hubiera quedado dormido. Lo acompañaba un nuevo médico: uno de gran renombre que había escamoteado un poco de tiempo a su consulta londinense, en parte para visitar a unos parientes que vivían en Tidbury y en parte para recobrar su propia salud, que se había resentido de tanto intentar arreglar la de otros. En cuanto el buen hacendado se enteró de que disponía de esa ayuda fortuita en la ciudad, se encargó sin demora de hacerse con los servicios del médico.

—¡Ay, señor —dijo la casera al bajar a recibirlos—, está como loco! Le aseguro que no sé qué hacer.

—Afortunadamente, hay alguien que lo sabe —la interrumpió el señor rural de mala manera.

—Pero es que usted no sabe que la señorita Annie se ha ido y sin decir adónde…

—Da la casualidad de que eso también lo sé —repuso el señor Colebatch —. Me ha escrito una carta pidiéndome que cuide de su abuelo mientras ella está fuera, y aquí estoy para cumplir con lo que me pide. Lo primero de todo, señora, es que nos pase usted a alguna habitación en que este caballero y yo podamos hablar cinco minutos en privado.

»Bien, señor —dijo el hacendado cuando el médico y él se quedaron a solas en la sala trasera—, en resumen, el caso es el siguiente: hace una semana, dos ladrones del infierno entraron en esta casa y se encontraron al anciano señor Wray todavía levantado sin otra compañía en la sala de estar. Como es natural, le dieron un susto de muerte y también se llevaron algunas menudencias, pero eso no es lo importante. Lo importante es que también rompieron un vaciado de escayola que le pertenecía. Hay un misterio en torno al vaciado que la familia no quiere explicar y que nadie consigue averiguar, pero todo apunta a que el anciano le tenía el mismo cariño a esa escayola que

a un hijo, por muy raro que le pueda parecer, señor, pero le digo yo que es tan cierto como que me llamo Colebatch. Bien, pues desde entonces no le rige muy bien la cabeza; su único afán es reparar ese vaciado sin prestar atención a nada más. Así lleva seis o siete días, y hete aquí que entonces llega otro misterio: recibo una carta de su nieta, la niña más amable y encantadora que pueda haber, rogándome que lo cuide (y no habrá leído usted carta más bonita y bondadosa), mientras ella se marcha tres días para luego volver con una sorpresa para su abuelo que obrará milagros. No me dice qué sorpresa ni adónde va, pero promete que regresará a los tres días, y le aseguro yo a usted que así será. Me juego mi vida a que la pequeña Annie va a cumplir su palabra. En fin, la cuestión es: hasta que la veamos de nuevo y se aclare este maldito misterio, ¿qué podemos hacer por este pobre hombre, eh?

—Pues tal vez —dijo el médico con una sonrisa al concluir tan característica arenga—, lo mejor sea que yo vea al paciente antes de que hablemos nada más.

—¡Pero, diantres, qué idiota soy! —exclamó el señor Colebatch—. ¡Claro que sí, véalo ahora mismo; por aquí, doctor, por aquí!

Entraron en la sala. El enfermo seguía en el sofá, moviéndose y hablando en sueños. El médico hizo una seña al señor Colebatch para que guardara silencio, y ambos se sentaron a escuchar.

Los sueños del anciano parecían estar relacionados con algunos de los episodios recientes de su vida, que había transcurrido en ciudades de provincias enseñando a actores aficionados. En ese momento se estaba riendo.

—Pero bueno, jóvenes caballeros —le oyeron decir—, ¿a eso le llaman ustedes actuar? Ay, Dios mío, los profesionales no chocamos entre nosotros en el escenario de ese modo. ¡Suerte han tenido de requerir mis servicios antes de que vengan sus amigos a verlos! Deténgase, señor, que así no se hace; esa no es la forma de morirse; primero caiga sobre una rodilla, luego desplómese y luego… Ay, Señor, lo que cuesta que la gente pronuncie como es debido en lugar de bajar la voz al final de cada oración. Es que nunca… nunca…

Entonces calló en su delirio para cambiar a un estado de tristeza.

—Silencio, silencio —murmuró en tono ronco y asombrado—, silencio ahí detrás entre bastidores. ¿No oís que el señor Kemble está hablando? Escuchad y aprended de él como yo. Sí, sí, reíros, idiotas, que no sabéis ni actuar… ¡Dejadme en paz! ¿Y tú por qué me empujas? No te estoy haciendo nada. Solo estoy observando al señor Kemble… ¡No toques ese libro! Es mi Shakespeare…, sí, mío. Digo yo que puedo leer a Shakespeare si quiero,

aunque solo sea un actor a chelín por noche…, a chelín por noche…, un salario de miseria…, ay, un salario de miseria…

De nuevo su triste son cambió a un tono aún más delirante y quejumbroso.

—¡Ay, no sea tan duro conmigo! —gimió—. ¡No, por el amor de Dios! Mi mujer, mi pobre y querida mujer, solo hace una semana que falleció. Tengo frío, hambre y frío en este lugar con tanta corriente. ¿Y cómo no voy a llorar, señor, con lo buena que era conmigo? Pero estaré pendiente y saldré a escena cuando me llamen; solo le pido que me deje ahora e impida que los demás se rían de mí. ¡Ay, Mary, Mary! ¿Por qué te ha llevado Dios de mi lado? Ay, por qué, por qué, por qué…

Entonces cesaron los murmullos para luego reanudarse de forma más confusa. A veces su errático discurso se concentraba todo en Annie; otras, se transformaba en lamentaciones por la máscara rota; otras, volvía a los viejos tiempos entre bastidores en Drury Lane.

—Ay, Annie, Annie —dijo el hacendado con los ojos llenos de lágrimas—, ¿por qué te has tenido que ir?

—Pues a lo mejor su partida sea al final para bien —comentó el médico—. Está claro que ha llevado a este hombre a un punto límite. El regreso de la joven será una conmoción para él, lo cual siempre implica un riesgo, pero una conmoción que puede que funcione como es debido. Cuando alguien lucha por recuperar sus facultades, como está haciendo él, es que no las ha perdido del todo. ¿Dice usted que la señorita regresará pasado mañana?

—Sí, sí —contestó el señor Colebatch—, y afirma que con una sorpresa. ¿Qué sorpresa será esa? ¡Dios santo, por qué no lo habrá dicho!

—Eso ahora es lo de menos —replicó el otro—. Cualquier sorpresa servirá con tal de que este hombre tenga fuerza física para soportarla. Lo vamos a tener tranquilo, durmiendo lo más posible, hasta que ella vuelva. He visto algunos casos muy curiosos de este tipo, señor Colebatch; casos que se han curado por el menor incidente de un modo inexplicable. Voy a ocuparme de este con mucho interés.

—¡Cúrelo, doctor, cúrelo, y le aseguro que…!

—Calle, que lo va a despertar. Será mejor que nos vayamos. Volveré dentro de una hora, y le voy a dejar dicho a la casera dónde me puede encontrar si ocurre algo antes.

Salieron con sigilo y lo dejaron como lo habían encontrado, farfullando y murmurando en sueños.



Al tercer día, ya avanzada la tarde, el señor Colebatch y el médico estaban de nuevo muy ocupados en la sala del número 12 intentando esclarecer el estado del pobre Reuben.

En esa ocasión él estaba totalmente despierto y caminaba inquieto y débil de un lado a otro de la habitación hablando para sí, ora lamentándose por la máscara rota, ora furioso por la ausencia de Annie. Nada le llamaba la atención en absoluto; no parecía ser consciente de que hubiese alguien con él.

—¿Por qué no lo mantiene tranquilo? —susurró el hacendado—. ¿Por qué no le da un opiáceo, o como se llame, igual que ayer?

—Su nieta regresa hoy —contestó el médico—. Hoy es la mayor galena de todos, la naturaleza, la que se tiene que hacer cargo de esta crisis, y yo no debo entrometerme, sino observar y aprender.

Siguieron esperando en silencio. Llevaron luces, ya que empezó a oscurecer mientras continuaban con su preocupada vigilancia. ¡Y Annie todavía sin llegar!

Dieron las cinco y, unos diez minutos después, llamaron a la puerta de la calle.

—¡Es ella! —exclamó el médico.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el señor Colebatch muy intrigado.

—¡Mire! —respondió el médico señalando al señor Wray.

Este había estado moviéndose de un lado a otro cada vez con mayor inquietud, así como hablando con mayor vehemencia, justo antes de que tocaran. En cuanto se oyó que llamaban, se detuvo, y así seguía ahora, totalmente callado e inmóvil. No había expresión alguna en su rostro, y parecía haber dejado de respirar. ¿Qué influencias ocultas estaban actuando en su interior? ¿Qué imponente orden se había extendido sobre las negras aguas en las que se debatía su espíritu diciéndoles: «¡Callad! ¡Enmudeced!»[61]? Eso no había hombre —ni siquiera el de ciencia— que lo supiera.

Cuando abrieron la puerta de la calle y sonó abajo la jubilosa exclamación de bienvenida de la casera, el médico se levantó de su asiento y se situó con discreción justo detrás del anciano.

Oyeron pasos que subían a toda prisa las escaleras; a continuación, la voz de Annie, sin aliento y llena de entusiasmo, ya antes de entrar:

—¡Abuelo, tengo el molde! ¡Abuelo, traigo un vaciado nuevo! ¡La máscara, gracias a Dios, la máscara de Shakespeare!

Corrió a sus brazos sin mirar a nadie más de la habitación. Cuando tuvo la cabeza en el pecho de Reuben, todo el ánimo de la valiente joven la abandonó

por primera vez desde su ausencia y se echó a llorar histérica incapaz de decir nada más.

Él lanzó un gran grito en cuanto ella lo tocó: una voz inarticulada de reconocimiento por parte de su espíritu interior. Entonces la abrazó con fuerza; con tanta fuerza que el médico se les acercó un paso o dos con la primera mirada de alarma que había mostrado hasta entonces.

Sin embargo, en ese instante el anciano dejó caer inertes los brazos. ¿Qué está viendo ahora en la caja abierta que sostiene el carpintero? ¡La máscara! ¡Su máscara, entera como siempre! Blanca, suave y hermosa como cuando la sacó del molde en su cuarto de Stratford.

Daba miedo ver la lucha de sus principios vitales, la tensión y retorcimiento de todos sus nervios, cuando contempló la máscara. Los ojos, dilatados, se le pusieron en blanco en sus órbitas; le subió un torrente rojo oscuro de sangre que se le extendió por la cara; respiraba con profundas y roncas boqueadas de agonía. Eso duró un momento, un momento espantoso, y, a continuación, cayó hacia adelante en brazos del médico con todo el aspecto de haber muerto.

Lo llevaron a un sofá en medio del silencio que es propio de una incertidumbre tan terrible que hace imposible decir nada. El médico le puso un dedo en la muñeca, aguardó un instante y, levantando la mirada, asintió levemente con la cabeza. Ya le volvía a latir el pulso débilmente.

Largo y delicado fue el proceso de hacerlo volver en sí, como ayudar a desarrollarse la débil vida nueva de un recién nacido. Mas el médico era tan paciente como hábil, y al fin oyeron que el anciano respiraba con suavidad y normalidad.

Estaba tan débil que los ojos se le cerraron cuando hizo el primer esfuerzo de mirar a su alrededor. Al abrirlos de nuevo, tenían un extraño aspecto líquido y blando, casi como los ojos de una niña. Tal vez se debiera en parte a que, en cuanto pudo ver, a quien contempló fue a Annie.

Enseguida movió los labios, pero habló con tal hilo de voz que el médico tuvo que acercarse a su boca para poder oírlo. Dijo en tono trémulo que había tenido un sueño espantoso por el que se temía que se había puesto muy enfermo, pero ya había terminado y se encontraba mucho mejor, aunque no lo bastante fuerte para recibir a tantas visitas. Le volvieron a fallar las fuerzas y miró de nuevo a Annie en silencio. Al minuto siguiente, le susurró algo. Ella fue a la mesa, cogió la nueva máscara y, arrodillándose, la sostuvo delante de él para que la mirase. El médico hizo una seña al señor Colebatch, la casera y el carpintero para que lo acompañasen a la sala contigua.

—Bien —les dijo—, solo tengo una única instrucción muy importante que darles a todos ustedes, y que les pido que comuniquen a la señorita Wray cuando esté más calmada. Bajo ningún concepto debe imaginar el paciente que se equivoca al creer que todos sus males han estado ocasionados por un sueño. Ese será el punto débil de su intelecto el resto de su vida. Cuando se sienta más fuerte, es seguro que les interrogará a ustedes con curiosidad acerca de su sueño, pero deberán dejar que siga en el engaño si valoran su cordura como es debido. Les aseguro que ha recobrado la razón cuando ya estaba en las garras de la muerte, y necesita mucho tiempo para fortalecerse. Supongo que saben que una articulación que se disloca por un tirón se cura por medio de otro tirón. Consideren igualmente que a él se le ha dislocado la mente por una conmoción que ahora otra conmoción ha curado, y trátenla como tratarían una extremidad que acabase de volver a su sitio: con mucha delicadeza. Por cierto —añadió el médico tras un momento de reflexión—, si no consiguen hacerse con la llave de su caja de caudales sin levantar sospechas, fuercen la cerradura y tiren los fragmentos del antiguo vaciado, del que no dejaba de hablar en su delirio; destrúyanlos por completo. Si los volviese a ver alguna vez, podrían provocarle un grave perjuicio. Debe figurarse en todo momento lo que ahora: que el nuevo vaciado es el mismo que siempre ha poseído. Es un caso muy interesante, señor Colebatch, muy interesante, y de verdad que le estoy muy agradecido por haberme permitido estudiarlo. Cálmese, señor; veo que está usted un tanto alterado y asombrado por todo esto, pero el señor Wray ya no corre ningún peligro. Y fíjese en lo que le digo: ese hombre, salvo en un punto, no ha estado más cuerdo en toda su vida.

Todos miraban a la otra habitación mientras el médico hablaba. El señor Wray seguía en el sofá observando la máscara de Shakespeare, que Annie sostenía ante él arrodillada a su lado. El anciano rodeaba el cuello a su nieta con un brazo y, de vez en cuando, le susurraba algo con una leve sonrisa, pero muy feliz, a lo que ella contestaba también entre susurros. Aunque era una escena muy sencilla, la casera, pensando en todo lo que había sucedido, se echó a llorar al contemplarla. El honrado carpintero parecía muy dispuesto a seguir su ejemplo y, probablemente, el señor Colebatch hubiese compartido esa misma debilidad en ese momento de no encontrar la forma de no delatarse.

—¡Venga —exclamó muy ronco y con prisas—, vayámonos de aquí y dejémoslos solos, que aquí solo estorbamos!

—Tiene usted toda la razón, señor —observó el doctor—. Esa encantadora señorita es la única asistente médica que debe estar con él ahora. Detrás de usted, señor Colebatch.

—Joven —dijo este al carpintero conforme bajaban—, quisiera verlo a solas mañana por la mañana, que tengo mucho que preguntarle cuando se me haya pasado toda esta agitación de ahora. Igual que nuestro amigo está volviendo en sí, mi curiosidad también lo hace. Estese aquí mañana a las diez cuando yo vuelva. ¡Listo, doctor! No, detrás de usted, por favor. Ah, gracias a Dios que llegamos dolientes a esta casa y salimos de ella dichosos. ¡Al final vamos a tener una feliz Navidad y un próspero Año Nuevo, doctor!

A las diez justas, volvió el señor Colebatch muy puntual y, en lugar de subir, llamó al carpintero con mucho secretismo a la sala trasera.

—Bien, en primer lugar, ¿cómo está el señor Wray? —inquirió el anciano caballero, tan preocupado como si la noche anterior no hubiese mandado a alguien tres veces, y dos veces más a primera hora de la mañana, a hacer esa misma averiguación.

—Dios lo bendiga, señor —contestó el carpintero con una gran sonrisa y frotándose las manos de manera muy expresiva—. Después de haber dormido muy bien anoche, vuelve a tener el ánimo de siempre. Aún sigue muy débil, sin duda, pero ya es el mismo. En la última media hora se ha metido conmigo dos veces por mi forma de expresarme; tiene a Annie leyéndole a Shakespeare y no deja de preguntar si van a llegar nuevos alumnos: todo igual que antes. Ay, señor, qué alegría volverlo a ver así… Si es tan amable de acompañarme arriba…

—Espérese hasta que hayamos terminado de hablar —lo conminó el hacendado—, y siéntese. Por cierto, ¿ha dicho algo de esa caja de caudales del infierno?

—Forcé la cerradura esta mañana como me dijo el caballero y enterré muy hondo hasta el último pedazo de escayola en el jardín de detrás. Luego él ha visto la caja y le ha entrado un escalofrío. «Llévatela —me ha dicho—, y no quiero volver a verla. Me recuerda ese sueño espantoso». Y entonces nos ha contado lo que pasó como si de verdad hubiera sido un sueño, y ha dicho que no se lo podía quitar de la cabeza porque todo era como si hubiera sucedido realmente. Después me ha dado las gracias por hacer la caja nueva para el vaciado; recordaba que yo se lo había prometido, y eso que fue justo antes de que empezaran todos los problemas.

—Y supongo que estarán ustedes siguiéndole la corriente en todo y dejando que piense que está en lo cierto, ¿no? —inquirió el hacendado—. Recuerden que no debe enterarse nunca de que no ha estado soñando.

Y nunca se enteró, como nunca llegó ni a sospechar lo mucho que le debía a Annie. Pero eso tampoco importaba mucho, ya que sería imposible que llegaran a quererse más de haberlo descubierto él todo.

—Bueno, maestro carpintero —prosiguió el señor rural—, hasta ahora me ha contestado muy bien a todo, y espero que me conteste igual de bien a la siguiente pregunta. ¿Qué misterio esconde ese vaciado de escayola? ¡Ah, no, nada de ponerse inquieto! He visto la máscara y sé que es un retrato de

Shakespeare, y estoy decidido a averiguarlo todo. No me irá a decir usted que piensa que no soy un amigo en el que se pueda confiar, ¿eh?

—Cómo voy a pensar eso después de lo bien que se ha portado, señor. Pero, por favor, es que prometí que guardaría el secreto —dijo el carpintero con aspecto de estar aguardando la oportunidad de abrir la puerta y salir corriendo—. Se lo prometí, señor, de verdad que sí.

—¡Prometió unas narices! —bramó furioso el hacendado—. ¿De qué sirve guardar un secreto que ya se ha revelado en parte? Mire lo que le digo, señor… ¿Cuál es su nombre? Corre por ahí la broma de llamarlo Julio César, pero ¿cuál es su verdadero nombre, si es que tiene?

—Martin Blunt, señor, pero no me pida que le cuente el secreto, se lo ruego. No digo que vaya usted a charrarlo, pero si llegara a saberse algo y se enteraran en Stratford-upon-Avon…

De pronto se calló, con la sensación de que estaba empezando a ponerse en un compromiso.

—¡Ah, ya lo tengo! —exclamó el señor Colebatch—. ¡Que me aspen si no lo sé por fin todo!

—No me lo cuente, señor; por favor, no me lo cuente.

—Quédese en esa silla, señor Martin Blunt, y nada de intentar huir de mí. Qué tonto que fui de no imaginármelo todo en cuanto vi que era un retrato de Shakespeare. Conozco el busto de Stratford, señor Blunt. Y hay algo de Stratford que le da a usted miedo, ¿verdad? ¿Y por qué? Yo lo sé. Alguno de ustedes sacó esa máscara del busto de Stratford sin pedir permiso, porque son como dos gotas de agua. Bien, joven, mire lo que le digo: como no me lo confiese todo de inmediato, me voy a la redacción del *Tidbury Mercury* y les suelto mi versión del asunto a modo de interesante anécdota local. ¿Me lo cuenta o qué? Se lo estoy pidiendo por el bien del señor Wray; de lo contrario, antes preferiría morirme que pedírselo.

Confundido, amenazado, intimidado, gritado y derrotado, finalmente el desdichado carpintero cedió.

—Si hago mal contándolo, señor —dijo el buen hombre—, es culpa de usted.

Y pasó a relatarle, con muchos circunloquios y balbuceos, todo lo que le había revelado el viejo Reuben. De vez en cuando el hacendado soltaba alguna contundente interjección de asombro o de admiración, pero, por lo demás, escuchó la narración con sorprendente calma y atención.

—Pero ¿qué demonios son todas esas tonterías sobre las autoridades de Stratford y el castigo de la ley? —exclamó el señor Colebatch cuando el otro

hubo terminado—. En fin, lo mismo da; ya nos ocuparemos de eso más tarde. Ahora hábleme de lo de volver allí a coger el molde del armario y sacar la nueva máscara. Sé quién lo hizo: fue esa chiquilla tan querida, encantadora y sin parangón. Pero cuéntemelo todo, ¡venga, deprisa! ¡No me tenga aquí esperando!

Julio César se manejó en ese segundo relato con mucha más labia. Le contó que, una noche en su cuarto, Annie recordó de pronto que el molde se había quedado en Stratford, y decidió ir a por él para intentar devolver a su abuelo la salud y sus facultades; que él la acompañó para protegerla; que fueron a Stratford en la diligencia en asientos exteriores, con el frío que hacía, para ahorrar; que Annie apeló a la misericordia de su anterior casero y, en lugar de inventarse alguna mentira para engañarlo, le contó toda la verdad; que el casero se compadeció de ellos y prometió guardar el secreto; que subieron al cuarto y encontraron el molde en la vieja bolsa de lona detrás de los volúmenes del *Registro anual* donde el señor Wray lo había dejado; que Annie compró escayola y siguió las instrucciones que le había dado su abuelo sobre cómo hacer un vaciado, fracasando en el primer intento, pero consiguiéndolo admirablemente al segundo; que se vieron obligados a esperar, sufriendo una tensión espantosa, a que saliera al tercer día la diligencia de vuelta; y que finalmente regresaron sanos y salvos, no solo con la nueva máscara, sino también con el molde. Todos estos particulares salieron de boca del carpintero con una sencilla elocuencia a la que ninguna ayuda elocutiva podría haber proporcionado ni un ápice de mayor efecto que le fuese de utilidad.

—Cuando nos marchamos, no teníamos ni idea —dijo Julio César para concluir— de que el pobre señor Wray estuviese tan mal. Irse fue una prueba muy dura para Annie, señor. Se arrodilló delante de la casera (que yo la vi, y como medio enloquecida que estaba), se arrodilló delante de la mujer y le rogó que fuese como una hija para el anciano hasta que ella regresara. Y, aun después de eso, seguía sin estar segura de si debía irse cuando ya amaneció. Pero no le quedaba más remedio, porque no se atrevía a dejarme ir solo, por miedo a que se me cayera el molde cuando lo cogiera (que me temo que habría sido lo más probable), o me metiera en un lío contando lo que no debiera donde no debiese, y me llevaran con molde y todo ante las autoridades de Stratford, que iban a meter al señor Wray en la cárcel de no ser porque nos vinimos corriendo a Tidbury y…

—¡Pero qué tontería! ¡Podrían meterlo en la cárcel por hacer el vaciado lo mismo que podría yo! —exclamó el señor rural—. ¡Espere, que se me ocurre

algo! ¡Por fin se me ocurre algo que valga la pena! ¿Está el molde aquí? ¿Sí o no?

—Sí, señor, pero, por Dios bendito, ¿qué es lo que pasa?

—¡Corra! —dijo el señor Colebatch yendo de un lado a otro de la habitación como un poseso—. ¡Vaya al número 15 de esta calle, a Dabbs y Clutton, los abogados, y traiga a uno de ellos al instante! ¡Maldita sea, corra o me va a estallar una vena!

El carpintero fue corriendo al número 15, y el señor Dabbs, que dio la casualidad de que estaba en casa, acudió corriendo desde el número 15. El señor Colebatch lo recibió en la puerta de la calle, lo llevó a rastras a la sala trasera, lo sentó de un empujón en una silla y de inmediato le planteó el conflicto entre el señor Wray y las autoridades de Stratford, con las menos palabras posibles y el tono más acelerado que pudo.

—Bien —dijo el anciano caballero al final—, ¿pueden o no pueden perjudicarlo por lo que hizo?

—Es un caso muy sustancioso, señor —comentó el abogado—; muy sustancioso, ya lo creo que sí.

—¡Maldita sea, hombre —bramó el hacendado—, no me venga a mí con «casos sustanciosos» como si fueran algo rico de comer! ¿Pueden o no pueden perjudicarlo? ¡Contésteme en cuatro palabras!

—No, no pueden —contestó triunfalmente Dabbs en solo tres.

—¿Por qué? —preguntó el otro, ganándole con una réplica de solo dos.

—Por la siguiente razón —dijo Dabbs—. ¿Qué llevó el señor Wray a la iglesia? Su propia escayola en polvo. ¿Qué sacó de allí? La misma escayola con otra forma. ¿Tiene un busto de doscientos años algún tipo de derechos de reproducción? Imposible. ¿Dañó el señor Wray el busto? No, o de lo contrario habrían venido aquí a por él y lo habrían procesado de inmediato, porque saben dónde se encuentra. Precisamente ayer me estuvo hablando de eso un hombre de Stratford, que me dijo que sabían que el señor Wray estaba en Tidbury. Dadas todas esas circunstancias, ¿dónde hay ni sombra de caso contra el señor Wray? ¡En ninguna parte!

—¡Genial, Dabbs, genial! ¡Llegará usted a lord Canciller[62] algún día! ¡No he oído mejor opinión en toda mi vida! Bien, señor Julio César Blunt, ¿se da cuenta de qué es lo que se me ha ocurrido? ¿No? Atiéndame: saque vaciados de ese molde hasta que le duelan los brazos; fíjelos en placas de mármol negro para que resalte el rostro blanco; véndaselos, a una guinea cada una, a los montones de personas que darían lo que fuese por tener un retrato de Shakespeare; y luego ábrase lo más deprisa que pueda los bolsillos de los

pantalones para que le caiga todo el oro dentro. Dígale eso al señor Wray y le estará diciendo que es un hombre rico… o, no, no se lo diga, que está usted igual de poco preparado que yo para hacerlo como es debido. Vaya ahora mismo a repetirle a Annie hasta la última palabra de lo que le acabo de explicar, que ella sabrá cómo decírselo a su abuelo. ¡Venga, vaya!

—Pero entonces el señor Wray se enterará del modo en que el molde ha llegado hasta aquí, y no le podemos contar la verdad, señor.

—¡Cuéntenle una mentira, claro está! Díganle que el casero de Stratford lo encontró en el armario y lo envió aquí. Dabbs dará fe de que la gente de Stratford sabe que está en Tidbury y que no pueden hacerle nada; seguro que el señor Wray pensará que eso es buena prueba de que tenemos razón. Dígale que yo lo coaccioné a usted para que me contara el secreto cuando vi el molde; dígale lo que sea, pero vaya y arreglen esto ya. Yo me voy a dar mi paseo y a pasarme por el cantero para ocuparme de las placas de mármol. Estaré de vuelta dentro de una hora y entonces veré al señor Wray.

Al momento siguiente el impetuoso anciano había salido de la casa, y, antes de transcurriera toda la hora, ya había regresado aún más impetuoso que nunca.

Cuando entró en la sala, lo primero que presenció fue que el carpintero colgaba la caja que contenía la máscara, con la tapa quitada, sin miedo y a la vista de todos, encima de la chimenea.

—Me alegro de que la ponga ahí, señor —dijo dándole la mano al señor Wray—. Eso es señal de que Annie le ha contado mis buenas noticias, ¿no?

—Sí, señor —contestó el otro—, y son las mejores noticias que he oído en mucho tiempo. Ya puedo colgar ahí mi tesoro y contemplarlo cuando quiera de la mañana a la noche. Estuvo muy mal que esas gentes de Stratford me asustaran con amenazas que no podían cumplir. El mejor de ellos es quien fuese mi casero, un hombre honrado que ha tenido el detalle de enviarme mi vieja bolsa y el molde (que a él le parecería algo inservible), y que me dejé en mi cuarto, por el simple hecho de ser míos. Estoy muy orgulloso, señor, de haber hecho esa máscara. Nunca podré corresponder lo bastante a la amabilidad de usted al defender mi reputación y ocuparse de mí como ha hecho, pero si es tan amable de aceptar una copia de la máscara ahora que tenemos el molde, como dice Annie…

—Por supuesto que sí, y muy agradecido, y le encargaré cinco copias más para regalar a mis amigos cuando empiecen a venderlas al público.

—No estoy muy convencido de eso, señor —repuso el señor Wray bastante intranquilo—. Vender la máscara es como volver mi gran tesoro algo

muy corriente, como entregar mi propiedad exclusiva a todo el mundo.

El señor Colebatch refutó esa objeción al instante. ¿Podía el señor Wray, preguntó, ser de verdad tan egoísta de negar a otros aficionados a Shakespeare el privilegio que tanto valoraba él de poseer el retrato del bardo, por no hablar de renunciar como si nada al mismo tiempo a ganar una buena cantidad de dinero? ¿Era tan egoísta y desconsiderado? No; después de meditarlo, el señor Wray reconoció que no lo era. Ahora veía el asunto desde una nueva perspectiva, y, rogando al señor Colebatch que le perdonase si le había parecido egoísta o desagradecido, dijo que seguiría sus consejos.

—Muy bien —se alegró el anciano caballero—. Con eso ya me quedo contento. Pronto tendrá fuerzas, mi buen amigo, para hacer los vaciados usted mismo.

—Así lo espero —contestó el señor Wray—. Es muy extraño que me sienta tan débil por un mero sueño. Supongo que le habrán contado el sueño tan horrible que tuve. Si no viera la máscara ahí colgada, entera como siempre, de verdad que creería que se había hecho añicos tal y como soñé. Está claro que tuvo que ser un sueño, porque también soñé que Annie se había marchado de casa y me había dejado y, cuando me desperté, aquí estaba ella. También parece que voy una semana o más con retraso en mi idea del día del mes en que estamos. En definitiva, señor, que casi me creería hechizado —añadió apretándose una mano temblorosa contra la frente— si no supiera que casi es Navidad y no creyese en lo que el querido Will Shakespeare dice en *Hamlet* (un pasaje, por cierto, que el señor Kemble siempre lamentaba que suprimieran de la obra).

Y empezó a declamar, débilmente pero con todas las cadencias de Kemble de siempre, los exquisitos versos a los que se refería, mientras el hacendado llevaba el ritmo de cada modulación con el dedo índice:

Dicen que cuando vuelve la estación
en que celebramos el nacimiento de nuestro Salvador
esta ave matutina canta la noche entera,
y dicen que entonces ningún espíritu a vagar se atreve;
son buenas noches en las que los planetas no ejercen maleficio
ni ningún hada o bruja puede dañar con sus encantamientos.
Tan santo y lleno de gracia es ese tiempo.

—¡Eso es poesía! —exclamó el señor Colebatch mirando la máscara—. Muy superior a mi tragedia de la *Asesina misteriosa* me temo, ¿verdad, señor? Y qué bien recita usted, qué espléndido. Maldita sea, si todavía no hemos

hablado ni la mitad de Shakespeare y John Kemble. Una charla con un viejo intérprete como usted es vida nueva para mí, viviendo en un lugar tan bárbaro como este. Ay, señor Wray —y el hacendado bajó la voz y habló con una ternura que sonaba extraña en alguien tan brusco—, es usted muy afortunado por tener una nieta que le hace compañía siempre, pero sobre todo en Navidad. Yo soy un soltero viejo y solitario y me tengo que tomar la comida de Navidad sin mujer ni hija que me endulcen el sabor de los alimentos.

Al oír eso, la pequeña Annie se puso en pie y se acercó con discreción al lado del señor Colebatch. Tenía el pálido rostro muy ruborizado (aún no había recuperado todo su bonito color natural) y, tras observar con dulzura un momento al anciano, agachó la mirada y le dijo:

—No diga que está solo, señor. Si quiere, yo estaré encantada de ser como una nieta para usted. Yo… siempre preparo el budín de pasas el día de Navidad para el abuelo, y si él lo permite… y si usted…, si usted…

—¡Si esta encantadora niña no está intentando armarse de valor para invitarme a que pruebe su budín, es que yo soy el Papa de Roma! —exclamó el señor rural cogiendo a Annie en brazos y besándola—. Sin ninguna ceremonia, señor Wray, me invito a la comida de Navidad. La celebraríamos en Cropley Court, pero usted no está aún fuerte para salir estas noches frías. De todos modos, lo hará todo mi cocinera, a excepción del budín de Annie; la señora Buddle, el ama de llaves, vendrá a ayudar, y tendremos un festín, Dios mediante, como jamás se ha servido a un rey. Nada de disculpas de uno u otro, mi buen amigo; ¡estoy decidido a pasar el día de Navidad más feliz de mi vida, y usted también!

Y el buen hacendado cumplió su palabra. Por supuesto, corrió la voz por toda la ciudad de que el señor Matthew Colebatch, el hacendado de Tidbury-on-the-Marsh, iba a comer el día de Navidad con un viejo actor en una pensión. La gente distinguida de la ciudad se escandalizó e indignó. Dijeron que el señor rural ya había mostrado a menudo esa tendencia a rebajarse, como, por ejemplo, cuando se le vio bromeando en la Calle Mayor con un hojalatero ambulante al que había pedido a plena luz del día que le pusiera una contera nueva en el bastón; también lo habían descubierto comiendo tan tranquilo beicon y verdura en la casita de uno de sus arrendatarios, y lo habían oído cantando una balada tradicional con voz cascada de tenor para entretener al hijo de otro de ellos. Todo eso ya era vergonzoso de por sí, pero ir públicamente a comer con un oscuro actor teatral era la gota que colmaba el vaso. El reverendo Daubeny Daker afirmó que, después de eso, la esfera en

que debería moverse el señor Colebatch era el manicomio, y los amigos del reverendo Daubeny Daker se hicieron eco de esa opinión.

Sin hacer el menor caso a ese parecer generalizado de la gente distinguida del lugar, el señor Colebatch fue a comer el día de Navidad al número 12; y, lo que es más, llevando pantalones negros y medias de seda como si asistiese a una gran fiesta. La comida llegó antes que él, y la oronda señora Buddle, que lucía un vestido de seda de color lavanda con un delantal de batista encima para no mancharse, apareció de forma muy auspiciosa con el banquete. Nunca había sentido tanto la pequeña Annie la responsabilidad de hacer un budín de pasas como cuando vio el delicioso festín que había encargado el señor Colebatch para acompañar a su pequeña obra de repostería.

Se sentaron a comer con el hacendado presidiendo (el señor Wray insistió en eso) y la señora Buddle en el otro extremo (en lo que también insistió); el viejo Reuben y Annie en un lado de la mesa y Julio César solo al otro (como conocían sus costumbres, quisieron dejarle sitio). Todo transcurrió de forma bastante refinada y tranquila hasta que sirvieron el budín de Annie. Al verlo, el señor Colebatch se puso a dar vítores como si fuese detrás de una jauría de perros de caza. El carpintero perdió el equilibrio por el ruido y la emoción y tiró una cuchara, una copa de vino y un pimentero en tan rápida sucesión que la señora Buddle pensó que debía de estar loco; y, por primera vez desde que empezaran los problemas, la pobre Annie se echó a reír de nuevo y con todo el encanto de siempre. Hemos de añadir que el señor Colebatch hizo abundante honor al budín. Dos veces viajó su plato hasta la fuente, y lo habría hecho una tercera de no ser porque la fiel ama de llaves alzó su voz de aviso para recordar al anciano caballero que tenía estómago.

Cuando recogieron la mesa y llenaron las copas con el espléndido oporto añejo del hacendado, este excelente hombre se levantó lenta y solemnemente de la silla para anunciar que tenía que hacer tres brindis y dar un discurso. Añadió que este último estaba supeditado a que tuviese bien la voz después de las dos raciones de budín que se había tomado; aunque pensaba que no era muy probable, principalmente porque Annie se había excedido con la cantidad de pella al mezclar los ingredientes.

—El primer brindis —dijo el anciano caballero— es a la salud del señor Reuben Wray, y que Dios lo bendiga.

Cunado hubieron bebido con inmenso fervor, el señor Colebatch pasó de inmediato al segundo sin hacer una pausa y sentarse; una costumbre que otros oradores de sobremesa harían bien en imitar.

—El segundo brindis —dijo cogiéndole la mano al señor Wray y mirando a la máscara, que colgaba enfrente muy bien decorada con acebo—, el segundo brindis es para que la máscara de Shakespeare tenga muy buenas ventas y una calurosa acogida por toda Inglaterra.

Hicieron los honores a ese deseo como correspondía y, de inmediato, el señor Colebatch pasó como un rayo al tercero.

—El tercer brindis —dijo— es el del discurso. —Entonces intentó sin éxito aclararse la voz de los efectos del budín—. Como les digo, damas y caballeros, procedo al brindis del discurso. —Se calló de nuevo y pidió al carpintero que le sirviera una copita de coñac, y después de tomársela de un trago pudo seguir hablando con fluidez—. Señor Wray, me dirijo a usted en particular porque a usted particularmente concierne lo que voy a decir. Hace tres días tuve una pequeña charla en privado con estos dos jóvenes. Los jóvenes, señor, nunca están del todo libres de cometer ciertas imprudencias, y enamorarse es una de ellas. —En ese momento, Annie se escondió detrás de su abuelo, mientras que el carpintero, como no tenía nadie tras quien esconderse, se tranquilizó tirando sin querer una naranja—. Bien, señor —continuó el hacendado—, de esa pequeña charla en privado de la que hablaba infiero que estos dos jóvenes quieren casarse. Según tengo entendido, usted se opuso en un principio a su compromiso y, como hijos buenos y obedientes, ellos respetaron su objeción. Creo que es hora de recompensarlos por eso. Deje que se casen si quieren, señor, mientras usted siga felizmente con vida para verlo. No voy a decir nada de nuestra querida pequeña salvo esto: que para ella y para todas las chicas lo fundamental no es que se casen con un hombre de buena posición, sino que se casen con un buen hombre. Y he de reconocer que no me parece que ella haya elegido muy mal… —El señor Colebatch vaciló un instante, pues tenía en mente lo que no se atrevía a decir: que el carpintero le había salvado la vida a Reuben cuando los ladrones estaban en la casa, y que había demostrado ser digno de la confianza de Annie al pedirle ella que la acompañara a Stratford a recuperar el molde—. En definitiva, señor —prosiguió—, y para abreviar tanto discurso, no creo que deba usted oponerse a que se casen, siempre que dispongan de medios para vivir, y digo yo que eso lo tienen asegurado. En primer lugar, están los beneficios que seguro que obtendrán de la máscara, y que sé que usted compartirá con ellos. —Esa profecía sobre los beneficios se cumplió: para el nuevo año ya les habían encargado cincuenta copias, y después se vendieron aún mejor—. Con eso bastará para empezar, señor Wray. En segundo lugar, tengo la intención de conseguirle a aquí nuestro amigo un buen puesto de

maestro carpintero en la nueva calle en media luna que van a construir en mis tierras de lo alto de la colina, y le aseguro que eso no es mala cosa. Por último, quiero que se vayan todos ustedes de Tidbury a vivir en una casita mía que está deshabitada y viniéndose abajo por falta de inquilinos. Ojo, que le voy a cobrar el alquiler, señor Wray, e iré a por él cada trimestre con la puntualidad de un recaudador de impuestos. Yo no insulto a un hombre que se gana la vida por sí mismo ofreciéndole asilo, no lo quiera Dios, pero, hasta que le vayan las cosas mejor, quiero que me tengan la casita bien acogedora. No puedo prescindir de ir a ver a mi nueva nieta a veces, ni tampoco de hablar con un viejo actor sobre el teatro británico y el gran John Kemble. En resumen, señor mío, con semejantes perspectivas, ¿se va a oponer usted a que brinde por los que serán los señores de Martin Blunt?

Conquistado por las amables miradas y palabras del hacendado, tanto como por sus razonamientos, el viejo Reuben murmuró que aprobaba el brindis, y dijo con ternura mientras se giraba hacia Annie:

—¡Siempre que me prometa que podré vivir con ella!

—Venga, venga —dijo el señor Colebatch—, no se ponga a besar así a su abuelo delante de todos, pequeña descarada, para que todos le tengamos envidia el día de Navidad. Miren lo que les digo: brindo por los que serán los señores de Martin Blunt… ¡cuando se casen dentro de una semana! —añadió imperiosamente.

—¡Santo cielo, señor! —repuso la señora Buddle—. ¡La señorita no va a poder hacerse los vestidos en tan poco tiempo!

—Ya lo creo que podrá, señora, si todas las modistas de Tidbury se dejan los dedos cosiendo, y con esto termina mi discurso. —Dicho lo cual, el hacendado se dejó caer en la silla jadeando satisfecho—. ¡Ahora ya somos todos felices! —exclamó llenándose la copa—. Y ahora ya podemos disfrutar de este oporto a gusto, ¿verdad, amigo mío?

—Sí, somos todos felices —repitió el viejo Reuben, dando unas palmaditas a Annie en la mano, que tenía sobre la suya—, pero creo que yo lo sería aún más si consiguiera olvidarme de ese sueño espantoso.

—¿Olvidarse? —se extrañó el señor Colebatch—. Pero si siempre lo vamos a recordar todos juntos de aquí en adelante, y además encantados.

—¿Cómo es eso? —preguntó el señor Wray muy interesado.

—¡Mi buen amigo —contestó el hacendado dándole a él unas fuertes palmaditas en el hombro—, lo recordaremos alegremente como nada más que una historia para contar al amor de la lumbre navideña!

Notas

[1] Véase Lamentaciones 3: 19. <<

[2] «La callejuela del féretro». <<

[3] En el original se juega con que en inglés ese aguinaldo navideño es «Christmas box» (caja de Navidad). <<

[4] Dickens escribió este relato para el número especial de Navidad de 1854 de su revista *Household Worlds*. Publicamos aquí lo que él redactó en su totalidad, ya que de las otras seis historias que cuentan los seis viajeros restantes se encargaron algunos colaboradores habituales de Dickens, entre ellos Wilkie Collins. <<

[5] Watts existió, y esa casa de beneficencia estuvo en activo hasta 1947. <<

[6] Es el reloj de la lonja de Rochester, de ahí la referencia comercial. <<

[7] Rey inglés que en 1215 recuperó el castillo de Rochester de manos de los barones rebeldes que se habían hecho con él tras un feroz asedio. <<

[8] Véase Cantar de los Cantares 2: 12. <<

[9] En una canción infantil, Jack Horner es el niño que se sienta en un rincón a comerse un pastel de Navidad. <<

[10] La de tejido basto que ha llevado puesta para pasar las cuarenta y ocho horas en el calabozo (o en el «agujero negro», como lo llama Dickens). <<

[11] Lucas 7: 12. <<

[12] Lucas 7: 14. <<

[13] El puente de Aviñón quedó destrozado, tal y como se puede ver hoy en día, tras una fuerte crecida del Ródano en 1660. <<

[14] A continuación seguían las narraciones escritas por otros seis autores. <<

[15] Véase Marcos 12: 40. Dickens se refiere a un reciente escándalo de entonces en el que el director del instituto de Rochester había acusado al cabildo catedralicio de administrar mal los fondos de esa institución. <<

[16] Ese parque de Rochester se llama así porque en esos terrenos habían estado los viñedos de una abadía cercana. A Dickens le gustaba pasear por allí, y se dice que fue visto en el parque tres días antes de su muerte en 1870. <<

[17] Son referencias a incidentes de las siete historias que se han contado. <<

[18] Véase Marcos 11: 13-21 para la maldición de la higuera. <<

[19] Véase Juan 20: 15. Es María Magdalena que no reconoce a Cristo resucitado. <<

[20] Véase Hechos 5: 15. <<

[21] «Perezosos». <<

[22] «Del cuarto piso». <<

[23] Capital imaginaria del reino infernal. <<

[24] Personaje femenino que representa la paciencia y la constancia por antonomasia, y como tal su historia se narra tanto en el *Decamerón*, de Boccacio, como en *Los cuentos de Canterbury*, de Chaucer. <<

[25] Novela de Charles Dickens de 1841. <<

[26] Recordemos la tradición navideña anglosajona de origen celta de besarse bajo una rama de muérdago. <<

[27] «Que la vergüenza caiga sobre aquel que piense mal». Es el lema de la Orden de la Jarretera inglesa. <<

[28] «El bien supremo». <<

[29] Trollope se burla de la pseudociencia de la frenología, tan popular en la época victoriana. <<

[30] La guerra franco-prusiana de 1870-1871. <<

[31] Es el término literal con que, especialmente en las universidades alemanas, se denomina al profesor al que pagan directamente sus alumnos. <<

[32] «Magistrales». <<

[33] El italiano Felice Orsini intentó en 1858 asesinar a Napoleón III en París lanzándole varias bombas de fabricación inglesa cuando se dirigía a la ópera. <<

[34] François Ravaillac asesinó al rey Enrique IV de Francia en 1610. <<

[35] El zar Pablo I de Rusia murió estrangulado y pisoteado en su dormitorio en 1801. <<

[36] «Célebre, famoso». <<

[37] «Aunque se hunda el firmamento». <<

[38] «Señores». <<

[39] «Policías». <<

[40] Es decir, un rubí. <<

[41] Cárcel de Londres que se inauguró en 1806. <<

[42] Es una canción infantil inglesa. <<

[43] Puede traducirse como «el mordedor». <<

[44] El perro cruel de la segunda parte de *El progreso del peregrino* (1684), la alegoría cristiana del puritano John Bunyan. <<

[45] Esas gachas o *frumenty* son un plato de origen celta que era típico de las celebraciones navideñas. <<

[46] El juego de los dragones fue muy popular en Nochebuena entre los siglos XVI y XIX. Consistía en, con las luces apagadas, poner en una fuente coñac en el que flotaban pasas. Se encendía el alcohol y los participantes intentaban sacar las pasas de entre las llamas azules, con el consiguiente peligro de quemarse. <<

[47] John Kemble (1757-1823), en efecto, célebre actor inglés que destacó en papeles shakespearianos. <<

[48] Quinto Roscio, célebre actor romano del siglo I a. C. <<

[49] Personaje femenino de la Comedia del Arte italiana. <<

[50] Tate Wilkinson (1739-1803), actor que dirigió varios teatros del condado de Yorkshire. <<

[51] El importante teatro londinense de Covent Garden que se inauguró en 1663. <<

[52] La sala de espera o descanso para los actores de muchos teatros, llamada así por ser el verde el color predominante. <<

[53] Aquí Collins añade la siguiente nota: «¡Es un hecho real! Véase *La vida de Kemble*, de Boaden, vol. I, p. 326». <<

[54] Otra nota de Collins: «¡Otro hecho real! Véase la misma obra, vol. I, p. 256». <<

[55] Edmund Kean (1787-1833), actor inglés de fama internacional, especializado en Shakespeare y de técnica interpretativa muy distinta a la de Kemble. <<

[56] El título de esa comedia es *La rueda de la fortuna*, de Richard Cumberland. Se estrenó en Drury Lane en 1795 y su protagonista se llama Roderick Penruddock. <<

[57] En el original es una referencia directa a *Hamlet*, III, IV. <<

[58] «El pequeño Londres». <<

[59] Es un *squire*, o importante hacendado rural. <<

[60] Sarah Siddons (1755-1831), famosa actriz inglesa que era hermana de John Philip Kemble. <<

[61] Véase Marcos 4: 39. <<

[62] El presidente de la Cámara de los Lores y máxima autoridad judicial. <<